

**NARRATIVAS MARGINALES Y GUERRA SUCIA EN MÉXICO
(1968-1994)**

by

Aurelia de Gómez Unamuno

Licenciatura en Letras Hispánicas,

Universidad Nacional Autónoma de México, 2000

Master in Arts in Hispanic Languages and Literatures,

University of Pittsburgh, 2003

Submitted to the Graduate Faculty of
Arts and Sciences in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Ph.D. in Hispanic Languages and Literatures

University of Pittsburgh

2008

UNIVERSITY OF PITTSBURGH

ARTS AND SCIENCES

This dissertation was presented

by

Aurelia Gómez de Unamuno

It was defended on

November 13, 2008

and approved by

John Beverley, Professor, Hispanic Language and Literatures

Hermann Herlinghaus, Professor, Hispanic Languages and Literatures

Alejandro de la Fuente, Associate Professor, History

Dissertation Advisor: Elizabeth Monasterios, Associate Professor,

Hispanic Languages and Literatures

Copyright © by Aurelia Gómez de Unamuno

2008

NARRATIVAS MARGINALES Y GUERRA SUCIA EN MÉXICO (1968-1994)

Aurelia Gómez de Unamuno, PhD

University of Pittsburgh, 2008

Ten days before the 1968 Olympic Games, the Mexican Government violently repressed a massive Student Movement as a result of its unwillingness to negotiate with social sectors that had been adversely affected by the modernization process of the “Mexican Miracle”. After the repression, the government projected an image of stability and progress under the so called “apertura democrática”. Nonetheless during the decade of the seventies, Mexican citizens experienced state violence, and a counterinsurgency war known as the Dirty War, in which subversive groups who were considered dangerous for the National Security —university students and professors, *campesinos*, and guerilla fighters— were systematically targeted.

Narrativas marginales y guerra sucia en México is framed between two grassroots social movements that represent watershed events in Mexico’s political life: the Student Movement of 1968, and the Zapatista guerrilla uprising in 1994. This dissertation addresses the issues of political marginality, state violence, representation of torture and political imprisonment, construction of official history, and individual and collective memory. To shed light on the issue of political imprisonment, I analyze the novel *¿Por qué no dijiste todo?*, and the prison diary

Los diques del tiempo by Salvador Castañeda, as well as the political prisoners' anthology *Sobreviviremos al hielo* by Manuel Anzaldo and David Zaragoza. In discussing the construction of official history, and the role of memory I analyze the novels *Pretexta* by Federico Campbell, and *Muertes de Aurora* by Gerardo de la Torre.

These texts were published in the decade of the eighties as “fiction”. Nonetheless, they can be considered marginal for several reasons: 1) some of these writers were guerrilla fighters and not “intellectuals”, therefore they had to assault the *lettered city* (dominant discourses and state cultural institutions) in finding an in-between space (Silvano Santiago); 2) the novels of Campbell and de la Torre are not considered canonical, and have been ignored, even though both these writers belong to the *lettered city*; 3) all texts expose the mechanisms of authoritarian power, and the contradictions of representation, give voice to marginal subjectivities, and reveal alternatives to official history.

TABLA DE CONTENIDOS

| | |
|---|-----|
| AGRADECIMIENTOS | IX |
| 1.0 INTRODUCCIÓN | 1 |
| 2.0 VIOLENCIA DE ESTADO Y GUERRA SUCIA EN MÉXICO..... | 33 |
| 3.0 ROMPER EL CERCO: LAS NARRATIVAS CARCELARIAS..... | 70 |
| 4.0 DE LOS AFECTOS Y EL CONFINAMIENTO CARCELARIO | 107 |
| 4.1 HABLAR DESDE DENTRO..... | 109 |
| 4.2 DISCIPLINA Y SUJETO CARCELARIO | 122 |
| 4.3 VACIAMIENTO Y RECONVERSIÓN DEL CUERPO DE VIOLENCIA | 145 |
| 5.0 EL ÁNGEL DE LA HISTORIA: ARCHIVO Y MEMORIA..... | 190 |
| 5.1 POLÍTICAS DE LA DESMEMORIA..... | 193 |
| 5.2 “EL CRONISTA ENMASCARADO” O EL ARCHIVO DE LA HISTORIA | |
| | 205 |
| 5.3 EL ÁNGEL CAÍDO DE LA HISTORIA O LA MEMORIA DELIRANTE | 233 |
| 6.0 REFLEXIONES FINALES | 269 |
| APÉNDICE DE IMÁGENES..... | 277 |
| BIBLIOGRAFÍA | 294 |
| FILMOGRAFÍA | 309 |

LISTA DE IMÁGENES

| | |
|---|-----|
| Imagen 1. “Entre el progreso y el desarrollo”, Héctor García (1950)..... | 277 |
| Imagen 2. "Nuestra señora sociedad", Héctor García (1942)..... | 278 |
| Imagen 3. "Niño en el vientre de concreto" Héctor García (1952) | 278 |
| Imagen 4. Movimiento vallejista, fotorreportaje de Héctor García (1958) | 279 |
| Imagen 5. Grabado “Libertad de Expresión” de Adolfo Mexiac..... | 280 |
| Imagen 6. Manifestación del silencio, Óscar Menéndez | 280 |
| Imagen 7. Perro pancarta, Óscar Menéndez..... | 281 |
| Imagen 8. Contingente de mujeres en la Manifestación del silencio..... | 281 |
| Imagen 9. Toma de Ciudad Universitaria 18 de septiembre de 1968 | 282 |
| Imagen 10. Mitin el 2 de octubre en Tlatelolco | 282 |
| Imagen 11. Edificio Chihuahua, 2 de octubre en Tlatelolco | 283 |
| Imagen 12. Mitin en Tlatelolco, 2 de octubre 1968 | 283 |
| Imagen 13. Fotografías entregadas a Sanjuana Martínez..... | 284 |
| Imagen 14. Plaza de Tlatelolco..... | 285 |
| Imagen 15. Zapatos y papeles en Tlatelolco..... | 285 |
| Imagen 16. Planos del modelo carcelario Filadelfia y Lamberton..... | 286 |
| Imagen 17. Plano general de la planta baja de Lecumberri..... | 286 |
| Imagen 18. Construcción de Lecumberri, crujía “D” | 287 |

| | |
|---|-----|
| Imagen 19. Últimas celdas, crujía "C" | 287 |
| Imagen 20. Celdas terminadas, crujía "B" | 288 |
| Imagen 21. Plano de Lecumberri..... | 288 |
| Imagen 22. Fachada principal de Lecumberri | 289 |
| Imagen 23. Torre central como cárcel y como Archivo General de la Nación..... | 289 |
| Imagen 24. Murales en Lecumberri, pintados por reclusos | 290 |
| Imagen 25. Tríptico de David Alfaro Siqueiros | 290 |
| Imagen 26. Grabados de Alfonso Anzaldo | 291 |
| Imagen 27. Grabados de Alfredo de la Rosa y portada de <i>Sobreviviremos al hielo</i> | 292 |

AGRADECIMIENTOS

*A Ginesa
por el breve encuentro
A Mercedes y Aurelio
dos locos navegando
a contracorriente*

Agradezco a mis padres su cariño.

Quiero agradecer el apoyo que recibí durante el posgrado a los profesores John Beverley, Hermann Herlinghaus, Alejandro de la Fuente y, muy en especial, a mi asesora Elizabeth Monasterios por su gran dedicación y comentarios críticos a mi trabajo. También quiero agradecer la ayuda de los profesores del departamento y a Diamela Eltit por sus sugerencias y comentarios durante el semestre que visitó Pittsburgh. Quiero reconocer la invaluable labor intelectual y bibliotecaria de Eduardo Lozano, su pasión por las artes y América Latina perviven en su legado.

A Beatrice D'Angelis, Ana Paula Carvalho, Martha Mantilla y Sara Williams agradezco su amistad y apoyo. Al equipo del departamento: Erika Braga, Lucy DiStazio, Connie Tomko y Deborah Truhan por su amabilidad y ayuda en todo momento. Agradezco a los compañeros y amigos, con quienes compartí la histeria del posgrado a Alejandro y Beatriz, a Leonel y Carmen, a Magdalena y Aníbal, a Lucía y Lisardo Herrera, a Margarita y Germán, a Julia y Adolfo, a Junwgon, y en especial a Cecilia Carrizo por nuestros debates y solidaridad.

A Maca llena de historia, llena de olvido, a Gela y Burbu. A mis compañeras y amigas Maribel Alemán, Margarita Vargas, Claudia Cabeza de Vaca, Ana López, por las criaturitas del señor que se comen las naranjas al Moshka, a Waldo Lloreda por el materialismo del encuentro, al lucero por compartir y acompañarme parte del camino, a Joe por las flores siemprevivas en mi puerta, a Indradeep por los (des)encuentros y a Thomas Rath por los cafés y conversaciones en la etapa final de las correcciones.

Quiero agradecer el apoyo de mis colegas en Haverford College, así como la ayuda técnica de Hiroyo Saito.

A su vez quiero agradecer la ayuda de Omar Marín para localizar películas en la Filmoteca de la UNAM, al cineasta Óscar Menéndez y su asistente Félix García, por facilitar un corto de su imprescindible trabajo en *Historia de un documento*, archivo vivo de la violencia de estado.

A Salvador Castañeda, que atravesó los diques del tiempo, por su siempre amable y grata conversación en Santo Domingo, así como sus comentarios y su amistad a través de los libros.

1.0 INTRODUCCIÓN

*the storyteller makes no choice
soon you will not hear his voice
his job is to shed light
and not to master*
Grateful Dead

El movimiento estudiantil del 68 fue un parteaguas en la historia política, intelectual y cultural en México. Su emergencia, cristalizada a partir de un pleito callejero entre dos pandillas en el centro de la ciudad de México, activó tanto las fuerzas represivas del Estado como la capacidad de convocatoria, organización y movilización del sector juvenil, en especial el universitario, para tomar el espacio público como una forma de repudiar al viejo sistema priísta, sus complicidades y corrupción legitimadas bajo el discurso de estabilidad, paz, progreso y democracia.

Como una gota cuya constante caída horada la piedra, los movimientos sociales en México se manifestaron reiteradamente a pesar de los distintos mecanismos que el Estado desarrolló para su cooptación y represión justamente a partir de la institucionalización de la Revolución Mexicana, en

la temprana conformación del partido oficial que en 1946 se convirtió en el Partido Revolucionario Institucional (PRI)¹.

Los movimientos del 68 a nivel mundial compartieron afinidades como parte de un proceso de crisis del sistema hegemónico caracterizado por la polarización de fuerzas durante la guerra fría, así como el creciente rechazo al imperialismo capitalista de Estados Unidos y sus promesas no cumplidas una vez en el poder (Wallerstein). Aunado a esto, la incapacidad de la izquierda para ofrecer una representación política, la invasión de Estados Unidos a Vietnam, la intervención militar de la antigua URSS en Checoslovaquia, la movilización por los derechos civiles —entre ellos la lucha feminista y la lucha por la diversidad sexual— así como la movilización de la población afroamericana siguiendo a líderes como Martin Luther King, Malcom X y el Partido de las Panteras Negras, el cuestionamiento de la educación y sociedad en general dentro de las universidades a nivel mundial, provocaron que las generaciones jóvenes salieran a las calles, reclamando sus derechos y protestando contra un sistema que no los representaba.

Por su parte, el 68 mexicano, pese al repunte económico tras la Segunda Guerra Mundial, amalgamó algunas de estas proclamas como el cuestionamiento al autoritarismo a todos los niveles acentuando la brecha generacional y el rechazo al imperialismo estadounidense. A su vez, las

¹ El partido antecesor del PRI fue el Partido Nacional Revolucionario fundado en 1929, posteriormente se rearticuló en el Partido Revolucionario Mexicano en 1932, pero no fue sino hasta 1946 cuando cobró mayor fuerza y se convirtió en Partido Revolucionario Institucional.

demandas sociales de las décadas anteriores encontraron un eco en el movimiento estudiantil como las luchas obreras, los movimientos estudiantiles y magisteriales, así como la posibilidad a la vuelta de la esquina de realizar una transformación profunda tras el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, lo que llevó a la operación de focos guerrilleros en América Latina durante las décadas del sesenta y setenta. Por otro lado, se debe recordar la gran influencia que tuvo sobre los jóvenes la muerte de “El Che” en Bolivia en 1967, así como su incorporación inmediata en el imaginario cultural que, a la vez de martirologio, funcionó como un ícono de rebelión y, desde entonces, ha estado íntimamente vinculado a las manifestaciones estudiantiles y de lucha armada en México.

Se ha señalado, a su vez, que el movimiento del 68 no fue un movimiento realmente revolucionario sino reformista, ya que, por un lado, las demandas estudiantiles se circunscribieron a los derechos constitucionales y, por otro, tuvieron relativamente poca capacidad de movilización obrera, al contrario de lo que sucedió en el mayo parisino². Coincidió en que el movimiento estudiantil en México no alcanzó el nivel de un gran movimiento popular, sin embargo no se debe olvidar la participación de las familias de los desaparecidos, los habitantes de los barrios de Tlatelolco y del Casco de Santo Tomás, así como el activismo de las brigadas del Consejo Nacional de Huelga al ayudar a los pueblos y comunidades cercanas a la ciudad de México. Por

² Para un estudio sobre los movimientos del 68 en París y México véase Carlos Fuentes, *Los 68, París-Praga-México* y Armando Bartra, *1968 el mayo de la revolución*.

otro lado, es interesante observar que las demandas del Pliego Petitorio del 68 apuntaron directamente al ejercicio de violencia de estado contra la población, encubierto bajo el estado de excepción y el relato de seguridad nacional. Es decir, pese a tratarse de un movimiento estudiantil, su agenda incorporó demandas políticas de las décadas anteriores, tuvo la virtud de convocar a diferentes sectores de la sociedad, a la vez que señaló certeramente el ejercicio autoritario del Estado.

Los movimientos campesinos, obreros, de empleados del gobierno, estudiantiles, magisteriales, movimientos guerrilleros, entre otros tantos, formaron parte de esta ola creciente que irrumpió en el 68 y cuyos efectos sobreviven a la fecha, no sin una constante tensión y rearticulación en diversos frentes de lucha contra el neoliberalismo.

Narrativas marginales y guerra sucia en México se enmarca dentro de dos momentos constitutivos de la historia de México en relación con la visibilidad de las fuerzas organizadas desde las bases: el movimiento estudiantil del 68 y el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en enero de 1994. Durante este período, el gobierno mexicano se jactó de ser un estado fuerte, moderno y pacífico que, teniendo una política exterior de no intervención, fue el único país latinoamericano que mantuvo sus relaciones con Cuba tras el embargo impuesto por Estados Unidos. De este modo, el perfil de México como un país progresista se manejó

convenientemente como contraparte de lo que sucedió en las dictaduras del Cono Sur y la guerrilla en Centroamérica.

No obstante, este sueño de modernidad y progreso es altamente cuestionable por la represión ejercida antes, durante y después del movimiento del 68 y del levantamiento zapatista. De este modo se puede apreciar que el discurso de seguridad nacional se vuelve crucial en la era moderna en donde la libertad de derechos parecería haber alcanzado su máximo punto de “evolución”. Sin embargo, como señala Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*, el liberalismo más que productor de libertades, es consumidor de libertad puesto que para éste es indispensable generar las condiciones necesarias que protejan el libre mercado, incluyendo tanto a productores como a consumidores. En este sentido, la razón de estado funciona como distribuidora y delimitadora de libertades, para asegurar un equilibrio entre intereses colectivos e individuales que no atente contra el libre mercado; por ello el relato de seguridad nacional aunque pareciera proteger las libertades, en realidad necesita de éstas para mantener el funcionamiento del estado moderno.

Se puede observar, por un lado, la reiterada aparición de la violencia de estado a lo largo del siglo XX en México, en donde a la fecha cualquier ciudadano o grupo considerado un “peligro” para la estabilidad del país es el blanco privilegiado para ejercer la represión. Por otro lado, dicho fenómeno, aunque encubierto bajo el relato de patriotismo y seguridad nacional y,

actualmente la lucha contra el narcotráfico, en realidad funciona como una forma fundadora de estado, ya que se busca por todos los medios soslayar, reprimir y borrar las huellas del otro, las demandas de participación ciudadana y el derecho a decidir una política de estado. Todas estas demandas son percibidas como elementos peligrosos que desestabilizan el orden impuesto por el gobierno y desbordan los límites proteccionistas de la esfera en el poder.

Más que trazar un *continuum* de las demandas y la violencia de estado durante el siglo XX en México, o un desarrollo genealógico que dé cuenta de la rearticulación de las resistencias y vínculos entre el movimiento estudiantil del 68 y el levantamiento zapatista; este trabajo aborda específicamente la capacidad de respuesta y retorsión del poder en textos marginales que fueron escritos durante la guerra sucia —las décadas del sesenta y setenta—, señalando de este modo la programática violencia ejercida por parte del Estado. Debo destacar que centrar este análisis al registro escrito, no significa que privilegie la escritura como la única forma de contener las experiencias de violencia y la memoria del pasado, ya que ésta encuentra sus primeras manifestaciones en la vida cotidiana, en el registro oral, en las prácticas de una cultura política efervescente, en la memoria individual y colectiva.

Abordar el registro escrito de estas subjetividades me permite analizar cómo estas marginalidades, frente al poder hegemónico del Estado,

elaboraron estrategias de lucha, fundando espacios que lograron infiltrarse en el ámbito letrado no solamente como testimonio vivo de un pasado soslayado; sino como resistencias activas que tomaron la palabra y el discurso.

Actualmente el escenario político es mucho más complejo dada la multiplicidad de participación de distintas agrupaciones ciudadanas que reclaman al gobierno justicia, democracia y libertad, así como el reconocimiento de sus diferencias y la posibilidad de pensar otras formas de nación. Ejemplos de ello son los diversos movimientos indígenas incluyendo las zonas autónomas zapatistas en Los Caracoles, movimientos regionales de campesinos como la Asociación Popular de Pueblos de Oaxaca, movimientos obreros —petroleros, mineros y magisteriales entre otros— que luchan por librarse de los sindicatos oficiales, inmensas movilizaciones ciudadanas de simpatizantes de Andrés Manuel López Obrador ex-candidato a la presidencia en las elecciones del 2006, movilizaciones de agrupaciones lésbico-gay y transgénero, movimientos juveniles ligados a diferentes tribus urbanas, movimientos estudiantiles, movimientos ciudadanos para rechazar la violencia y la inseguridad, movilizaciones que rechazan la privatización de PEMEX. Todos estos movimientos conforman un amplio y complejo escenario en el México moderno, junto con la reaparición de varios grupos guerrilleros como el Ejército Popular Revolucionario —cuya primera aparición a la luz pública fue en 1998— y el Ejército Revolucionario Popular Insurgente, así

como la persistencia de organizaciones que luchan porque el gobierno reconozca la violencia de estado durante la guerra sucia y procese a los responsables de las masacres.

Sin embargo, a pesar de que las resistencias civiles y la memoria colectiva gozan de buena salud, parecería que el gobierno no ha aprendido a manejar una política de estado con equidad, inclusive tras la experiencia de alternancia política en las elecciones pasadas de 2000 y 2006. La corrupción, la impunidad y la violencia de estado siguen tan vivas como las resistencias en una batalla campal que ha llevado a un complejo escenario junto con las redes del narcotráfico, pedofilia, tráfico de órganos y “trata de blancas” infiltradas en las altas capas empresariales y gubernamentales, el neoliberalismo indiscriminado que favorece a los monopolios empresariales y transnacionales, así como los medios electrónicos con un creciente poder sobre la política nacional; todos éstos, síntomas del debilitamiento del estado nacional frente al proceso de globalización.

Otro elemento que se suma a este complejo escenario, como señala John Beverley, es el giro neoconservador de un sector de la intelectualidad latinoamericana, pese al reciente triunfo de la izquierda en los gobiernos de Venezuela, Bolivia, Argentina, Ecuador y relativamente Chile y Brasil, así como la reactivación de fuerzas conservadoras en el seno de sus sociedades. En esta polarización de fuerzas políticas, quizás no sea extraño encontrar una *intelligentsia* conservadora al visitar las décadas del sesenta y setenta

desde una perspectiva que, influenciada por el mercado y la globalización, considera un error la lucha armada de la izquierda³. En el contexto mexicano, las opciones de la izquierda política, a su vez, han sufrido de una progresiva desarticulación, en donde las pugnas al interior del Partido de la Revolución Democrática (PRD) han impedido proponer una agenda y proyecto político congruente que logre convocar a los distintos actores sociales en la actualidad.

Frente a la escalada de violencia de estado, la militarización del país bajo el discurso de la lucha contra el narcotráfico en los últimos meses bajo la presidencia de Felipe Calderón, la violación de derechos humanos en comunidades indígenas y las medidas de represión por parte del Estado contra activistas nacionales e internacionales, la reciente desaparición de activistas, guerrilleros y ex-guerrilleros de la década del setenta, es imprescindible revisar el período de la guerra sucia, ya que en buena parte la política gubernamental no ha cambiado sus estrategias de represión, encubrimiento de intereses económicos del anillo en el poder, así como la obscena impunidad en el manejo de las leyes.

³ Véanse los trabajos de Beverley: “El giro neoconservador en la crítica literaria y cultural latinoamericana” y “Rethinking the Armed Struggle in Latin America”. Beverley señala el giro que ha dado la intelectualidad a partir de los ensayos de Mario Roberto Morales, Mabel Moraña y Beatriz Sarlo; por otro lado analiza la emergencia de reconstruir una historiografía del movimiento armado latinoamericano en las décadas del sesenta y setenta.

En este sentido, recordar el pasado es un ejercicio del presente que, alejado de una actitud nostálgica, provee herramientas de análisis y reconoce las posibilidades de actuación en el presente.

Echando mano de distintas disciplinas, este trabajo analiza las relaciones de poder entre el Estado y los sujetos marginales que se rebelaron y tomaron la pluma como la última estrategia, en muchos casos de sobrevivencia, una vez que los espacios de participación política fueron clausurados por el gobierno. Dado que el espectro de marginalidad —social, política, de género, étnica, de preferencia sexual entre otras tantas— es sumamente amplio, este análisis se centra en sujetos marginales relacionados con la lucha política y armada que fueron paradójicamente invisibilizados tras la masacre de Tlatelolco el 2 de octubre. A su vez, este trabajo asume la presencia de estas subjetividades en los textos, puestos a circular bajo la categoría de “literatura”, no por el simple hecho de que fueran escritos por sujetos marginales, sino por el cambio de perspectiva y retorsión al poder que se opera en éstos discursivamente.

Tras la masacre de Tlatelolco buena parte de la intelectualidad mexicana inmediatamente incorporó esta trágica experiencia en ensayos, poesía, narrativa y crónica, como un modo de manifestar el repudio a la violencia de estado. Sin embargo, el énfasis de la mayoría de los textos está dado en la masacre y el movimiento estudiantil, dejando de lado la creciente violencia de estado ejercida subterráneamente contra comunidades rurales y

grupos guerrilleros, misma que precisamente se está reproduciendo en la actualidad.

Por otro lado, a pesar de la aparición y circulación de estos textos “literarios” durante la década de los ochenta, éstos siguieron siendo marginales en el sentido de que han sido textos sancionados por la institución de lo literario. Desde las narrativas carcelarias escritas por participantes de la guerrilla hasta las novelas de Federico Campbell y Gerardo de la Torre, éstos últimos gozando de una carta de ciudadanía letrada, son voces a las que la crítica literaria y cultural no les ha dedicado un espacio de reflexión.

Dichos textos son marginales también por el hecho de haberse infiltrado en el campo literario problematizando, desde un tercer espacio o “entre lugar” como lo llama Silvano Santiago, no solamente la lucha política, sino los efectos de poder en la escritura, la representación de la violencia de estado, la tortura, la construcción del sujeto carcelario, la manipulación del registro histórico, así como el modo en que opera la memoria individual y colectiva. De este modo, las narrativas carcelarias y de la memoria nos presentan un testimonio, un registro o huella de las subjetividades marginales y subalternas que no forman parte de la historia oficial, ni del *canon* literario.

A pesar del trabajo intelectual que se ha hecho sobre el 68, me parece que el panorama no está completo sin abordar el fenómeno de encubrimiento de la guerra sucia, la cual a la fecha sigue siendo censurada no solamente por

el gobierno sino también por los participantes del movimiento estudiantil del 68 e inclusive en los eventos organizados con motivo del 40 aniversario del 68. Ejemplo de ello es el énfasis que se ha dado al movimiento y a la represión del 2 de octubre que, en la mayoría de las ocasiones, cobra tintes nostálgicos y obnubila una mirada crítica en el presente. Por otro lado, la guerrilla ha sido evaluada como la descomposición del movimiento del 68 que, sin considerar que ésta emerge con anterioridad, la incorpora como una consecuencia del movimiento estudiantil y legitima la posterior incorporación de diversos líderes a la lucha política partidista. Lo grave de esta cortina de humo no es que invisibiliza la lucha guerrillera, sino los mecanismos de contrainsurgencia y el estado de excepción que legitima la hostilidad del ejército y paramilitares ejercida, en el pasado y en el presente, sobre las comunidades rurales que van desde la guerra de “baja intensidad” hasta las masacres.

El primer capítulo, “Violencia de estado y guerra sucia en México” destaca que la guerra sucia no es un pasado clausurado, no sólo por la estrecha relación entre el pasado y la política actual en México, sino también por los continuos esfuerzos de la población civil para obligar al gobierno a reconocer los crímenes del pasado y la impunidad de la que han gozado, a la fecha, los responsables. A pesar de dichos esfuerzos y la promesa del ex-presidente Vicente Fox (2000-2006) para formar una fiscalía y entregar un informe que ayudara a esclarecer y a procesar a los responsables de los

crímenes del pasado, este proyecto ha sido deliberadamente sabotado desde dentro del propio gobierno, como lo ha señalado constantemente Kate Doyle. De este modo, se puede observar que la violencia de estado es fundadora de un orden, cuya función es legitimar a la capa del poder político y empresarial.

El primer capítulo aborda también los antecedentes del movimiento estudiantil y la guerrilla en México, como consecuencia del acelerado proceso de modernización, el llamado “milagro mexicano”, cuyos costos sociales en la distribución de la riqueza afectaron paulatinamente a los sectores campesino, obrero, sindical y universitario, entre otros. El manejo de una política de estado autoritaria exacerbó la represión que, paradójicamente, se tradujo en un aumento de manifestaciones y huelgas para llegar, finalmente, a la lucha armada.

Se puede observar entonces, que la persistencia de lo residual, cuya huella aparece constantemente junto con la violencia de estado, no apuntan a otra cosa sino a los mecanismos de poder que atraviesan al sistema político y a todo el cuerpo social en sí. En dichos mecanismos, el manejo de la seguridad nacional y, en particular como señala Giorgio Agamben, el estado excepción ha sido estratégico al prever, dentro de la ley, un espacio fuera de ley que legitime el ejercicio de la violencia de estado⁴. Indudablemente las

⁴ Quiero destacar que el estado de excepción no es algo del pasado; sino que, actualmente, es parte fundamental del ejercicio de la violencia de estado. Muestra de ello son las desapariciones forzadas de Edmundo Reyes Amaya y Gabriel Alberto Cruz Sánchez, integrantes del Ejército Popular Revolucionario en mayo de 2007, así como la desaparición de

aproximaciones de Agamben sobre el estado de excepción son fundamentales en este capítulo, al igual que las reflexiones de Walter Benjamin, ya que estas últimas permiten señalar la emergencia de generar un verdadero estado de excepción que está latente en las resistencias. Así lo señalan los epígrafes con que abre el primer capítulo, ya que ponen en evidencia la tensión entre un poder autoritario en la voz del ex-presidente Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) al declarar ante la Fiscalía por los crímenes del pasado, y el documental censurado por más de treinta años del cineasta Óscar Menéndez, *Historia de un documento* (1971) que arranca de la cárcel, clandestinamente, el testimonio de los presos políticos⁵.

El segundo capítulo, “Romper el cerco: las narrativas carcelarias”, abre con dos epígrafes que problematizan el registro escrito y el archivo oficial. La escena seleccionada de la película *Orfeu negro* (1959) de Marcel Camus plantea el desfase entre la *ciudad escrituraria* y la *ciudad real*, en la reapropiación del mito de Orfeo y Eurídice bajo el contexto del carnaval brasileño. Así Orfeu, en busca de Eurídice llega al departamento de policía, encontrando respuestas no en el archivo de los desaparecidos, sino en el *candomblé* es decir, no en el archivo oficial, sino en otras formas de registro que escapan a la escritura como las prácticas culturales. Por su parte, el epígrafe de Salvador Castañeda señala la persistencia del registro que es

Francisco Paredes Ruiz ex-miembro del grupo guerrillero Movimiento Acción Revolucionaria y ecologista en la zona lacustre de Michoacán, el pasado 26 de septiembre de 2007.

⁵ Véase en el archivo adjunto a la tesis un corto del documental que amablemente Óscar Menéndez permitió reproducir en el formato electrónico de esta tesis.

escrito desde la marginalidad; esto lo logra a través de una poderosa imagen, en la que tras la masacre del 2 de octubre y estado de sitio en la Plaza de Tlatelolco, los únicos sobrevivientes capaces de romper el cerco fueron unos papeles tirados en el piso que el aire comenzó a desperdigar.

De este modo, mientras *Orfeu negro* señala otros espacios y formas de registro que están latentes en las bases sociales, Castañeda y Menéndez hacen énfasis en la necesidad de crear un testimonio escrito y visual desde el subsuelo de la historia.

Este capítulo, a su vez, aborda la genealogía de la literatura carcelaria en México durante el siglo XX y cómo, partir del 68 no sólo se produjeron más textos carcelarios, sino que se operó en ellos un cambio estratégico en el lugar de enunciación. Es decir, si anteriormente la mirada intelectual privilegiaba su autoridad para exponer la problemática carcelaria, tras el 68, la producción de textos construyó la experiencia carcelaria desde dentro, inundando al discurso literario de elementos no literarios y cuestionando profundamente la violencia de estado, el uso de la tortura, la categorización del sujeto delincuencia y carcelario, siendo todos éstos engranajes del mecanismo panóptico del poder.

Cabe destacar, sin embargo, que no todos los textos carcelarios pueden ser considerados disidentes por el simple hecho de tratar lo carcelario desde el margen. En este sentido, es necesario analizar los modos en que operan las resistencias en el texto escrito. Para ello, la aproximación política que provee

Gyan Prakash, desde los estudios subalternos, permite ubicar la subjetividad subalterna no como un elemento externo o ajeno al poder hegemónico; por el contrario, dichas subjetividades actúan dentro del circuito de poder, desestabilizando y produciendo dislocaciones dentro del sistema dominante. De ahí la importancia de este giro en el análisis, ya que las subjetividades subalternas contienen posibilidades contra-hegemónicas que se manifiestan activamente. Esta perspectiva es fundamental al analizar los textos carcelarios, ya que de ahí se puede distinguir si el texto en su escritura y funcionamiento disloca los discursos de poder o, por el contrario, los extiende y convalida.

Dentro de la esfera de lo político, el trabajo de Homi Bhabha permite un acercamiento que cuestiona los relatos de nación y ciudadanía que, precisamente, han dado por sentado que la nación es un concepto fijo y terminado, dejando fuera el verdadero pulso de la nación que se encuentra en constante construcción. Bhabha señala que, desde los *espacios de entre medio*, se elaboran estrategias de identidad ya sean individuales o colectivas que, a su vez, inician nuevos signos de identidad obligando a cuestionar a la sociedad misma. En este sentido, la obra fronteriza de la cultura se elabora desde estos espacios:

Ese arte no se limita a recordar el pasado como causa social o precedente estético; renueva el pasado, refigurándolo como un espacio “entre medio” contingente, que innova e interrumpe la performance del presente. El “pasado-presente” se vuelve parte de la necesidad, no la nostalgia, de vivir. (*El lugar de la cultura*, 24)

Por otra parte, desde un frente “estético” que implica una toma de postura política en un amplio sentido, retomo del trabajo de Jacques Rancière, *The Politics of Aesthetics*, la reflexión que hace sobre las estructuras que predeterminan lo estético y político desde la *distribución de lo sensible*. Es decir, cuáles son estas estructuras que predeterminan y privilegian un concepto de lo estético y la legitimidad de algunos para hablar. De este modo, se puede observar que las narrativas carcelarias desestabilizadoras del discurso dominante actúan no solamente a un nivel político, sino que en su modo de actualización, es decir en el modo estético en que se manifiestan, subvierten y operan una retorsión dentro del espacio constituido. O dicho de otro modo, al llevar a cabo un asalto a la *ciudad letrada*, las narrativas carcelarias operan un cambio a nivel estético, inundando el lenguaje y espacio letrado de elementos bastardos que no son considerados estéticamente como literarios.

A su vez, el concepto *o entre lugar* de Silvano Santiago, anterior a Bhabha, es fundamental en este capítulo para entender el cuestionamiento de la “colonialidad del poder” (Quijano), así como los mecanismos de poder que han privilegiado y se han legitimado en un relato occidental de lo universal. Santiago señala que, desde un *entre lugar*, podríamos decir un espacio marginal, América Latina ha respondido en su producción intelectual, artística y epistemológica a los discursos coloniales constituidos en el seno de la civilización occidental; no solamente como un acto de apropiación

antropófaga, sino también dislocando los conceptos de unidad, pureza y superioridad escondidos bajo la categoría de lo universal. De este modo, las subjetividades desde su condición de marginalidad se apropian y fundan un espacio *entre lugar*, desde donde cuestionan el discurso dominante que los soslaya. Esto se evidencia en la antología de poesía carcelaria *Sobreviviremos al hielo* (1988) de Manuel Anzaldo y David Zaragoza, así como en la novela *¿Por qué no dijiste todo?* (1980) y el diario de cárcel *Los diques del tiempo* (1991) de Salvador Castañeda, todos ellos ex-guerrilleros y ex-presos políticos durante la guerra sucia.

Este capítulo establece, entonces, las bases teóricas que permiten analizar en las narrativas carcelarias, la relación entre la construcción de un discurso escrito que legitima el poder del estado y el modo en que las subjetividades marginales se apropian del registro escrito para denunciar la violencia de estado y recusar al discurso oficial, tal como Antonio Cândido señala brillantemente en la fábula de la tortuga que convierte en su escudo al cráneo del jaguar que la atacaba.

El tercer capítulo “De los afectos y el confinamiento carcelario” aborda el funcionamiento de la cárcel, la construcción del sujeto carcelario a través de la delimitación de lo legal, así como el mecanismo panóptico de vigilancia, disciplinamiento y ejercicio de la violencia de estado. Dividido en tres apartados, este capítulo expone las condiciones extremas que vivió el preso político de la guerrilla en las cárceles clandestinas y las cárceles oficiales, la

travesía por la sobrevivencia tras las sesiones de tortura física y psicológica, la pérdida de su identidad, así como su reapropiación y reconstrucción de la identidad en el texto escrito, no sin problematizar la representación y escritura en tanto mecanismos territorializadores del sujeto.

El primer apartado “Hablar desde dentro” destaca la vida afectiva y cotidiana del preso político que aprende a sobrevivir la cárcel y a elaborar estrategias de resistencia que se manifiestan en la escritura clandestina. De este modo, los textos carcelarios incorporan las voces de distintos sujetos marginales con los que tiene contacto el ex-guerrillero en su travesía de la lucha armada a la prisión. Esto se evidencia en el análisis de la novela *¿Por qué no dijiste todo?* y el diario de cárcel de Salvador Castañeda.

El segundo apartado “Disciplina y sujeto carcelario” aborda el ambiguo *estatus* padecido por el preso político que, siendo categorizado como criminal, fue encarcelado clandestinamente por la policía política, torturado y trasladado a diferentes prisiones oficiales sin tener un proceso abierto por más de seis años. Como se puede observar, la experiencia carcelaria del preso político de la guerrilla fue muy diferente de la experiencia carcelaria de los presos políticos del movimiento estudiantil del 68, que en una temprana Amnistía fueron liberados en 1972. Este hecho evidencia no solamente una política esquizoide del Estado, sino el doble discurso y el efecto de borramiento que manejó estratégicamente el gobierno mexicano tras la masacre del 2 de octubre.

Cabe destacar que, con excepción de algunas voces registradas por Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco*, el testimonio de Roberta Avendaño, delegada del Comité Central del Consejo Nacional de Huelga, y dos poemas de Trinidad León Zampoaltécalt recogidos en la antología de poesía carcelaria, es abrumadora la ausencia de testimonios de mujeres que participaron en el movimiento estudiantil o en la guerrilla. Esta ausencia señala las condicionantes sociales y de género que han mantenido a las voces femeninas al margen del registro escrito, al mismo tiempo que el grave vacío crítico y la urgente necesidad de dedicar un espacio de análisis⁶.

Para abordar el fenómeno carcelario, en este segundo apartado es imprescindible el trabajo de Michel Foucault, ya que *Vigilar y castigar* presenta un análisis puntual del aparato carcelario y la intervención de la mirada panóptica en todo el cuerpo social. En una genealogía del castigo en Europa, Foucault destaca el giro que dio el aparato penitenciario tras la Ilustración, al establecer límites de lo legal que dejaron a buena parte de la población dentro de la categoría de lo delincencial. Por otro lado, al abandonar la práctica del suplicio en la Edad Media, el castigo dejó de ser físico para transformarse en el encierro como el modo idóneo para regular, distribuir y racionalizar la libertad y castigar a los ciudadanos que infringían la ley. A su vez, el sujeto carcelario fue transformado en un objeto de estudio que, en un intercambio disciplinario, formó parte primordial del circuito de

⁶ Con excepción de los trabajos de Lessie Joe Frazier y Deborah Cohen, así como Macrina Cárdenas Montaña prácticamente la perspectiva de género no ha sido tratada.

producción del saber de las disciplinas médicas, psiquiátricas, legales y educativas por mencionar algunos ejemplos.

De este modo, la mirada panóptica se extiende más allá del archipiélago de lo carcelario que atraviesa a todo el cuerpo social a partir de la intervención y la necesidad de saneamiento y disciplinamiento de los cuerpos. Todo ello como parte de una biopolítica del poder en donde: “Lo carcelario “naturaliza” el poder legal de castigar, [al mismo tiempo que] “legaliza” el poder técnico de disciplinar” (*Vigilar y castigar*, 309).

Dentro de este contexto de análisis, la cárcel y el sujeto carcelario no son conceptos estáticos, sino que se encuentran en constante devenir al tomar en cuenta los mecanismos de poder que los atraviesan. Es decir, si bien la mirada panóptica y el deseo de orden y disciplinamiento por parte del Estado conducen al ejercicio de una biopolítica del poder legitimada por el discurso de seguridad nacional, esto no significa que el sujeto y las manifestaciones de resistencia se circunscriban en términos absolutos; por el contrario, las resistencias han elaborado y elaboran estrategias que escapan constantemente al poder. Esto se evidencia en las narrativas carcelarias que plantean a la cárcel no como un espacio físico, sino como una maquinaria de poder que transforma y se transforma en las relaciones que establece con todos sus actores: jueces, carceleros, abogados y, por supuesto, prisioneros. Los textos analizados deconstruyen el concepto del sujeto carcelario, mostrando que éste es definido desde una exterioridad que marca los límites

de lo delincencial, a la vez que, en la descarga de toda la violencia de estado, el sujeto es reducido a cuerpo puro de violencia.

El tercer apartado “Vaciamiento y reconversión del cuerpo de violencia” analiza la construcción del sujeto carcelario como una exterioridad que territorializa al sujeto y, en un estado de excepción, legitima la práctica de la tortura reduciendo la existencia del sujeto, *bios*, a una vida esencialmente biológica, *zoe*, o lo que Agamben llama *bare life*, vida al desnudo o “vida nuda”, cuerpo puro. Si el trabajo de Foucault permite analizar los mecanismos de una biopolítica del poder, Agamben permite señalar la relación entre el estado de excepción y el modo en que el *zoe* o la vida nuda ha sido incluida como elemento constitutivo del poder soberano; paradójicamente a partir de su excepción, es decir a partir del manejo conveniente de su exclusión.

Por otro lado, los trabajos de Elaine Scarry, Idelber Avelar y Hernán Vidal, permiten analizar detalladamente el fenómeno de la tortura en relación con su verdadero objetivo al infligir el dolor y la problemática que plantea la experiencia de la tortura a su posterior escritura y representación. Si el ejercicio de la tortura tiene por objetivo desintegrar cualquier foco subversivo que amenace al estado, a nivel individual su objetivo es aniquilar la identidad, mundo y voz del sujeto torturado (Scarry). El interrogatorio, como parte de la tortura, no busca información, sino transformar el lenguaje del torturado en la delación que selle su boca; de este modo, el dolor físico

impreso en la memoria corporal asegura la reproducción del lenguaje del torturador inclusive prolongándose en el registro escrito.

Avelar llama la atención sobre los reportes de Amnistía de las dictaduras del Cono Sur, ya que considera que la acción de la tortura encuentra su performatividad en la propia escritura, planteando una de las múltiples tensiones que genera la traducción de la experiencia de tortura al lenguaje y a la representación.

La pregunta clave en este apartado será entonces, ¿cómo hablar de lo inenarrable?, ¿cómo generar una escritura no intervenida? En el análisis de los textos carcelarios he encontrado algunas tácticas (De Certeau) en donde el prisionero político no sólo deconstruye el aparato carcelario develando su funcionamiento como una forma de denuncia, sino que también lleva a cabo una reconversión del cuerpo de violencia, en donde reconstruye su identidad discursivamente a través de la reapropiación del cuerpo y proyecta fuera de él la violencia ejercida sobre éste. Este proceso se evidencia no solamente en las condiciones inhumanas que vivió el preso político, los choques entre los grupos guerrilleros y el cuestionamiento radical a la izquierda, aunque nunca se cuestionan los motivos del levantamiento. También se reflejan estas tácticas escriturarias en el manejo de un lenguaje violento y soez, la constante referencia a los fluidos del cuerpo, el manejo de lo lúdico y el humor negro, el ejercicio de una sexualidad que encuentra su fuga por el lenguaje y la violencia, las prácticas sexuales y apropiación del cuerpo a través de un

concurso de masculinidad, la inversión del poder carcelario al transformar al carcelero en un engranaje más del mecanismo panóptico, así como la estratégica utilización de una imagen recurrente en la narración: las ratas. En esta imagen me parece que se condensa el movimiento desterritorializador del sujeto carcelario, ya que establece con éstas una relación no de representación o símbolo, sino de contigüidad con el preso. De este modo, la presencia de las ratas apuntan a aquello que el prisionero político no puede decir.

En la novela *¿Por qué no dijiste todo?*, las ratas aparecen en diferentes contextos adquiriendo distintas funciones que no pueden ser capturadas bajo la categoría de metáfora. Así las ratas son comestible en algunas ocasiones, en otras aparecen como ejecutoras de violencia sobre un cuerpo despojado, también son vistas por el narrador como una imagen de libertad al escabullirse por todos los rincones de la prisión; y, paradójicamente, también son torturadas salvajemente en un concurso organizado por los prisioneros. Se puede observar que la imagen de la rata no posee una significación estable y, por lo tanto, no puede funcionar a nivel simbólico o metafórico que establezca una relación de equivalencia entre el significante y el significado. Por el contrario, la rata cuya presencia se escabulle del signo, rompe con un sistema de representación unívoco, lo vuelve inestable, conteniendo así los distintos aspectos de lo carcelario y el ejercicio de la violencia de estado que el narrador no puede nombrar.

El cuarto capítulo “El ángel de la historia: archivo y memoria” aborda la reconstrucción de la historia oficial en el registro escrito y el ejercicio de la memoria que se presenta de manera aleatoria en el sujeto que recuerda. Mientras la novela *Pretextos* (1977) de Federico Campbell presenta la mirada panóptica que interviene la construcción del archivo escrito y por lo tanto del discurso histórico oficial, *Muertes de Aurora* (1980) de Gerardo de la Torre retoma los eventos del movimiento del 68 desde la perspectiva de los obreros petroleros que participaron, así como la memoria de la violencia de estado que aparece en los delirios alcohólicos del protagonista, Jesús de la Cruz, ex-trabajador petrolero. Este capítulo funciona como contrapunto de las narrativas carcelarias, ya que analiza el ejercicio de la violencia de estado ya no desde la perspectiva del sujeto carcelario y prisionero político, sino desde las galerías del poder y desde el subsuelo de la historia que emerge solamente en los estados alterados.

Los epígrafes de Foucault y Benjamin con que comienza el capítulo presentan por un lado la intervención de la mirada panóptica en la producción del discurso histórico en contraste con el ejercicio de la memoria como acontecimiento. Para Benjamin recordar el pasado no significa contenerlo en su totalidad o recuperarlo “como verdaderamente ha sido”, sino adueñarse a través del recuerdo que emerge como un relámpago en el instante de peligro. De este modo, la memoria aparece inconmensurable,

iluminando el momento del acontecer, así el pasado no es más un tiempo clausurado, sino que se actualiza en el presente.

Dividido en tres apartados, este capítulo retoma el mecanismo panóptico, el ejercicio de vigilancia, control y violencia de estado, llevados a cabo durante la guerra sucia y los modos en que se generó una escritura intervenida de la historia oficial en oposición al ejercicio de la memoria individual y colectiva. El primer apartado “Políticas de la desmemoria” reflexiona sobre la construcción del discurso histórico contrastándolo con el modo en que trabaja la memoria. En América Latina el discurso histórico ha sido problemático desde sus comienzos debido a su condición de colonialidad, por ello la historia ha sido uno de los primeros blancos que el pensamiento latinoamericano ha puesto en cuestionamiento, ya que se trata de un discurso legitimador del relato de civilización y conquista. En este sentido, desde una perspectiva postcolonial, la *intelligentsia* latinoamericana ha revisitado los períodos de “descubrimiento” y conquista, generando una crítica epistemológica que enfatiza las prácticas descolonizadoras tanto en el pasado como en el presente⁷. A su vez, cabe recordar que en las cercanías del Quinto Centenario se dio el fenómeno editorial de la nueva novela histórica, en donde desde el discurso literario se deconstruyeron y develaron las inconsistencias del discurso histórico y su intervención eminentemente eurocentrista.

⁷ Sobre los estudios postcoloniales, véase la nota 92.

Por otro lado, cabe mencionar que frente a una historia de violencia, dictaduras y colonialidad interna a lo largo del continente, la crítica latinoamericana ha sufrido un *impasse* disciplinario en donde el papel del letrado, el concepto de lo literario y de la alta cultura, así como la escritura del pasado histórico han sido redefinidas a partir del influjo del activismo de la sociedad civil y las prácticas culturales que no pasan por el registro escrito. De este modo, historia y memoria se tocan dentro de un cambio interdisciplinario que reconoce la necesidad de analizar las prácticas de la memoria a nivel individual y colectivo, ya que precisamente trabajan con los elementos residuales que la disciplina histórica ha soslayado.

Desde la crítica cultural, los estudios postcoloniales y los estudios subalternos, la *intelligentsia* latinoamericana ha elaborado nuevas aproximaciones metodológicas e interdisciplinarias que enfrentan los mecanismos y tecnologías de la desmemoria alimentadas por los medios electrónicos y la historia oficial. Este apartado presenta un panorama general de algunas de las problemáticas que ha enfrentado la crítica latinoamericana a través de la reconstrucción de la memoria, el trabajo de duelo en las postdictaduras, así como el autoritarismo y la complicidad de los gobiernos para intervenir en la práctica de la memoria. De ahí que se haga énfasis en las políticas de la desmemoria como parte de un ejercicio de control y vigilancia del cuerpo social, y no tanto en la recuperación de la memoria bajo una mirada nostálgica del pasado.

Por otra parte, los trabajos de Michel De Certeau, Michel Foucault y Walter Benjamin son fundamentales ya que permiten establecer las premisas que serán desarrolladas en los siguientes apartados al analizar las novelas *Pretextas* de Federico Campbell y *Muertes de Aurora* de Gerardo de la Torre. Mientras De Certeau plantea una crítica al método historiográfico y el modo en que opera la disciplina a partir de la selección y exclusión de elementos que disloquen la agencia del discurso, Foucault señala cómo una “voluntad de verdad” interviene en la producción de los discursos fijando los límites dentro del orden de los significados; es decir, ambos destacan el ejercicio de mediación e interpretación en la producción discursiva. No obstante, los elementos residuales inevitablemente se filtran a través de las fisuras o *lapsus* generados por el propio discurso —de ahí la proliferación de los discursos o el comentario, como un intento de recuperar y sellar las fisuras—; por ello, trazar una genealogía o una *arché* es fundamental en la disciplina histórica ya que recupera las huellas del otro, escribe una historia a contrapelo o una historia subalterna.

Benjamin, por su parte, destaca la historia como un relámpago fugaz que en su efímera presencia ilumina el pasado y se actualiza en el presente. De este modo, al introducir el elemento mesiánico —dirigido a la función del materialista histórico—, libera a la disciplina histórica del peso de la teleología y del concepto lineal del tiempo, así como su desarrollo evolutivo regido por la cronología. Este hecho le permite detener el tiempo en donde, en

un corte sincrónico, es posible vislumbrar relaciones simultáneas del pasado y el presente, como lo hace el ángel-testigo de la historia.

El segundo apartado “El cronista enmascarado o el archivo de la historia” aborda la escritura intervenida de la historia oficial a partir de la selección y recorte que organiza la disciplina histórica sobre el pasado. Este hecho es relevante al considerar que dentro de la *ciudad escrituraria* el manejo del archivo y documentos son cruciales en el reconocimiento de los crímenes del pasado durante la guerra sucia. Por ello, el cuestionamiento de la objetividad y veracidad, así como la representación de la realidad en el registro escrito no es solamente una reflexión epistemológica, ya que la alteración, recorte, censura, edición e incluso desaparición de los documentos ha sido un problema que ha enfrentado la reconstrucción del pasado de la guerra sucia.

La novela *Pretextas* de Federico Campbell destaca esta problemática a través de la parodia de la escritura de un libelo como una forma degradada y burda del ejercicio histórico. Así la construcción del archivo es planteada como la utopía escrituraria de contener, ordenar y prever el futuro desorden, y no en los términos en que Foucault lo describe como el sistema de formación y transformación de los enunciados. Ahora bien, la habilidad narrativa de Campbell logra exponer los mecanismos panópticos del poder en la escritura, paradójicamente, a través de la escritura misma. Esto se evidencia en el

cambio del foco narrador que se sitúa, ya no desde el que padece los efectos de poder, sino desde el que lo ejerce o cree tener el poder de ejercerlo.

Dicha estrategia se lleva a cabo en la formación de un texto híbrido recurriendo a diversos géneros y formas escriturarias como el libelo, el género de la *pretexta*, la novela, la crónica, el expediente médico, el informe policial y la prensa amarillista entre otros. Asimismo, la introducción en la novela de la cultura popular —la lucha libre, la nota roja, el mundo del cabaret— goza del mismo peso que la cultura letrada, borrando el juicio de valor y jerarquización de las escrituras. Todas estas estrategias están en función de parodiar los mecanismos de intervención para formar un entramado que rompa con la neutralidad de la representación, la división entre autor y texto, así como el poder de la *ciudad letrada* que en realidad se encuentra en el corazón del maquinaria panóptica como un engranaje más que prolonga los efectos de poder. De este modo, el letrado, el cronista de lucha libre, el escritor no es más que un cronista enmascarado que no ejerce mayor poder que la de reproducir la triste caricatura de sí mismo.

El tercer apartado, “El ángel caído de la historia o la memoria delirante”, aborda el reverso de la escritura panóptica dando paso a la práctica de la memoria como flujo incesante que opera contra la clausura del pasado y la fijación de una versión en el discurso histórico oficial. Al contrario de la disciplina histórica que selecciona y recorta, la memoria en tanto flujo trabaja con los elementos residuales que han sido soslayados. Sí la memoria

también es selectiva, para José Revueltas no es aquello que recordamos sino aquello que olvidamos; sin embargo, esta selección y activación del recuerdo se da de manera aleatoria impulsada por el instante de peligro en el presente, como señala Walter Benjamin. Indudablemente este apartado retoma *Tesis de filosofía de la historia*, ya que provee valiosas herramientas para el análisis de la novela *Muertes de Aurora* de Gerardo de la Torre no solamente a un nivel literario, sino también como un modo de enfatizar una tarea y legado histórico alejado de la nostalgia, el derrotismo, el arrepentimiento del pasado revolucionario en tanta boga en nuestros días.

Benjamin destaca la deuda que se tiene con las generaciones pasadas, sin embargo se nos ha entregado “una débil fuerza mesiánica, sobre la que el pasado exige derechos” (Tesis II). De este modo, el pasado se presenta como una imagen fugaz, como imagen relampagueante que no puede ser retenida y amenaza con desaparecer “con cada presente que no se reconozca mentado en ella” (Tesis V). Esto no es otra cosa que la iluminación descrita brillantemente en el ángel de la historia (Tesis IX).

La novela *Muertes de Aurora* presenta la perspectiva de los obreros sobre el movimiento del 68 y lo difícil que fue reorganizar a los obreros cooptados por el sindicato para unirse a las filas de la protesta. En este sentido, la voz obrera es una voz marginal que fue opacada por el liderazgo estudiantil. Por otro lado, Gerardo de la Torre muestra cómo el tedio y la cotidianidad inundan las vidas de personajes y de este modo el 68 es

solamente un telón de fondo. A pesar de la postura derrotista del protagonista —ex-miembro de “Los Chimales”, grupo activista durante las protestas petroleras del 58— Jesús de la Cruz decide recordar y se convierte en el testigo de la historia y de la violencia de estado. Sin embargo, la memoria se presenta como acontecimiento aleatorio a través de los estados alterados por el alcohol. De este modo, las apariciones y constantes muertes de Aurora, su esposa fallecida, trascienden la tragedia personal para incorporarse a una memoria colectiva que supura la injusticia y violencia de estado ejercida durante las últimas décadas. Así Aurora se transforma en un cuerpo diferente en cada alucinación. Asesinada en Vietnam, en una revuelta estudiantil, en algún pantano de Lousiana escapando de la esclavitud, en las sesiones de tortura practicadas por la policía política o en labor de parto, Aurora muere y renace como ave fénix para presentarse de nuevo como la historia subterránea, la memoria delirante que se resiste a ser olvidada sí, pero también a ser contenida en un signo asimilable a la representación y la interpretación.

Este trabajo plantea la necesidad de visitar el período de la guerra sucia y violencia de estado en las décadas del sesenta y setenta, como parte de una agenda política e intelectual que traiga a la mesa de discusión la violencia de estado no sólo del pasado sino también de su ejercicio autoritario en el presente; así como evidenciar los mecanismos de intervención de los discursos: mediáticos, legales, históricos y de la memoria.

2.0 VIOLENCIA DE ESTADO Y GUERRA SUCIA EN MÉXICO

Diles que se callen...

Luis Echeverría

*Los presos políticos aprenden en las cárceles
que el gobierno no permitirá el ejercicio de libertades
y derechos democráticos, sino que el pueblo debe luchar
para conseguir la democracia.*

*Teníamos entonces que arrancarle a la prisión
la voz y las imágenes de esos hombres.*

Óscar Menéndez

Muchos años después de los trágicos eventos represivos por parte del Estado mexicano como la masacre en Tlatelolco el 2 de octubre de 1968 o el Jueves de Corpus el 10 de junio de 1971 —por mencionar los sucesos más visibles— la programática acción de fuerzas represivas contra sectores específicos de la ciudadanía, en particular durante las décadas del sesenta y setenta, no habría de ser reconocida todavía por el gobierno mexicano pese a los esfuerzos de distintas organizaciones por llevar a juicio político a los responsables de la masacre y desapariciones durante la guerra sucia⁸.

⁸ Los esfuerzos tanto de los familiares de los desaparecidos y los distintos comités como Eureka y Comité 68 Pro Libertades Democráticas, entre otros, han tenido incidencia en la politización de la sociedad civil, pero no ha sido suficiente para llevar a juicio a los responsables no sólo del 2 de octubre y Jueves de Corpus, sino a los de la guerra sucia emprendida contra un sector de la población. En el 2000 el gobierno del presidente Vicente Fox Quezada (2000-2006) se comprometió a esclarecer los sucesos del 2 de octubre de 1968 así como el Jueves de Corpus y, por recomendación de la Comisión Nacional de los Derechos

Esta historia, bastante familiar, se repite como violencia fundadora del orden y construcción de una identidad nacional que legitima a la autoridad que ejerce la violencia. Sin embargo, en la repetición de esta historia, en la renarración de sí misma, como duplicación de la copia, olvida en su imposición violenta los desvíos y las rearticulaciones de las resistencias a su ejercicio hegemónico. Así, a pesar de la aparición, desarrollo y perfeccionamiento de un programa contrainsurgente —ya sea, en su forma paramilitar como los grupos Halcones o Brigada Blanca; o en su forma oficial como la Dirección Federal de Seguridad (DFS) y el ejército—; a pesar del constante silenciamiento de la población en la vida cotidiana y en sucesos menos visibles gestados desde la década del cincuenta; a pesar de todo ello, la emergencia de voces marginales no dejó de imprimir su huella como último bastión resistente tras la persecución y aniquilamiento genocida. Siendo una

Humanos (CNDH), en el 2001 creó la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales Políticos del Pasado (FEMOSPP) a cargo del Fiscal especial Ignacio Carrillo Prieto; asimismo ordenó abrir los archivos en relación con estos eventos. Sin embargo, la creación de dicha fiscalía resultó ser solamente una jugada política para crear un efecto de voluntad de verdad sin llegar a una acción penal hasta la fecha. Esto confirma la temprana aceveración, en el 2001, que un informante anónimo hizo a la periodista SanJuana Martínez (revista *Proceso*), sobre el pacto entre el entonces presidente Vicente Fox y los responsables de la masacre en Tlatelolco y el Jueves de Corpus. Dicho informante entregó unas fotografías inéditas sobre los torturados el 2 de octubre. Por otro lado, el informe de la FEMOSPP *Que no vuelva a suceder* —todavía en categoría de borrador— autodefine como su principal objetivo el establecer una verdad histórica mas no jurídica. El borrador del informe fue entregado por la FEMOSPP al Gobierno Federal el 17 de noviembre del 2005; sin embargo, a la fecha, no ha sido entregado oficialmente al pueblo de México como prometió Vicente Fox que se haría el 15 de abril de 2006. La versión del borrador fue primeramente puesta en la red a través de la página de la Procuraduría General de la República (PGR) y, porteriormente, por el proyecto National Security Archives a cargo de Kate Doyle de la Universidad George Washington. Véase el informe en la red: <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB209/index.htm>

presencia bastarda que encaja el dedo en la llaga obliga, por su incómoda existencia, a revisar un pasado soslayado.

“Diles que se callen” fueron las palabras del ex-presidente Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) dirigidas a un reportero al enfrentar a la multitud abarrotada tras declarar ante la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) en julio del 2002⁹. Ante esta declaración, el segundo epígrafe tensiona el olvido conveniente del Estado, así como sus prácticas perversas de violencia institucionalizada que, contra un sector de la población en particular, construyó una maquinaria legal y simbólica para legitimar la violencia de estado como única vía de conservación de derecho y resguardo de la soberanía y seguridad nacional. La impronta de arrancar de la cárcel los testimonios de la otra historia

⁹ Luis Echeverría Álvarez, secretario de Gobernación (1964-1970) durante el movimiento del 68, es responsable de la represión de los distintos movimientos estudiantiles, de las huelgas de médicos, maestros y telegrafistas. Siendo presidente de México (1970-1976), fue responsable directo de la represión del Jueves de Corpus (10 de junio de 1971) y de la formación de los grupos paramilitares Halcones y Brigada Blanca que, entrenados en Estados Unidos, fungieron como el brazo derecho del ejecutivo durante la guerra sucia en la década del setenta. También es responsable de la guerra sucia y cacería de brujas que el Estado emprendió contra la guerrilla rural, particularmente en el estado de Guerrero. En el 2002 el ex-presidente Luis Echeverría Álvarez fue llamado a declarar a la Fiscalía (FEMOSPP) por el cargo de genocidio presentado por la Comisión de la Verdad para la investigación de la masacre en Tlatelolco. Posteriormente en el 2004 se llamó a Luis Echeverría, Mario Moya Palencia y Miguel Nazar Haro, entre otros, por su responsabilidad en los eventos del Jueves de Corpus y la guerra sucia emprendida durante la década del setenta. Por el cargo de genocidio, Luis Echeverría no ha podido ser procesado ya que en el 2004 la Suprema Corte de Justicia declaró que el delito prescribía. En un nuevo intento por atraer el caso a la corte, en junio de 2006 un magistrado giró orden de aprehensión contra el ex-presidente por la retención ilegal y desaparición de Héctor Jaramillo, estudiante del IPN y destacado activista durante el movimiento del 68. Echeverría fue detenido en su domicilio, pero no fue fotografiado ni fichado por su condición médica. Al igual que en el caso Pinochet, las triquiñuelas legales han evitado sentar precedente jurídico por los intereses que están en juego con el grupo político en el poder. Posteriormente, en un nuevo intento por procesarlo, en noviembre del 2006 se giró una orden de re-aprehensión; sin embargo, esta vez la FEMOSPP decidió no pedir la captura del ex-madatarario.

corresponde al documental *Historia de un documento* (1971), del cineasta Óscar Menéndez, que tras 33 años de censura, por fin fue puesto en circulación en México en el 2004 por una productora y distribuidora independientes: Pentagrama y La rana del sur.

Dicho documental, como muchos otros filmados durante diversos movimientos sociales y, en particular, a raíz del movimiento estudiantil de 1968, fueron parte esencial de la *intelligentsia* contestataria para dar cuenta del movimiento social en primera instancia, pero también para dar cuenta estratégicamente de la represión y excesos del aparato de Estado. Tras la embestida a los estudiantes por parte del gobierno mexicano durante el Jueves de Corpus (10 de junio de 1971), *Historia de un documento* tiene como objetivo principal mostrar la existencia de los presos políticos, categoría negada por el gobierno de los presidentes Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982)¹⁰.

Realizada con escasos recursos y una cámara superocho infiltrada en la cárcel preventiva de Lecumberri, las filmaciones fueron hechas por los propios presos políticos que fueron rápidamente adiestrados por el equipo de Óscar Menéndez durante las visitas a la cárcel. Las tomas de una cámara, en círculos e inestable tras los barrotes, plasman una visión vertiginosa en un

¹⁰ El general Mario Arturo Acosta Chaparro, jefe de policía durante el mandato del gobernador Rubén Figueroa en el estado de Guerrero, y uno de los más crueles torturadores de la guerra sucia señaló cínicamente, la inexistencia de presos políticos, ya que guerrilleros y simpatizantes en su mayoría fueron exterminados. Véase *Informe. Que no vuelva a suceder*, sección 6, “La guerra sucia en Guerrero”, p. 140.

horizonte atravesado por rejas, una “geometría enajenada” como describiera José Revueltas sobre *El apando* (1969). La cotidianidad entre los muros se desarrolla de forma natural cuando los presos se reúnen a conversar, hacen una pinta o simplemente presentan sus rostros tras la puerta de las crujiás, rostros que constituyen una identificación y prueba irrefutable de la existencia de los presos políticos frente a las declaraciones oficiales de su inexistencia.

La orden que diera muchos años después Luis Echeverría Álvarez a un reportero, entre la multitud abarrotada afuera de la Fiscalía Especial, simbólicamente representa la actitud del gobierno para silenciar y reprimir, todavía, a una sociedad demandante de mejoras sociales y derechos democráticos. Por otro lado, los rostros de los presos a través de la escotilla evidencian con su presencia silenciosa la negación y soslayo de un aparato de Estado históricamente enajenado.

La violencia que el Estado ejerció, y ejerce todavía, sobre sectores específicos de la población que considera subversivos, ha quedado oficialmente silenciada a pesar de contar ya con numerosos documentos escritos y visuales¹¹; hecho frente al cual la sociedad civil ha mantenido viva

¹¹ Estos documentos incluyen filmaciones o fotografías hechas durante los sucesos del 2 de octubre y Jueves de Corpus por parte del sector universitario como *El grito* o *Aquí México* por citar algunos ejemplos, así como documentos e imágenes presentados por la revista *Por qué* durante la década del setenta. Otro tipo de documentos han sido los revelados por la revista *Proceso* durante el impecable trayecto periodístico de Julio Scherer García, el Canal 6 de Julio y el periódico *La Jornada* bajo la dirección de Carlos Payán y, actualmente, Carmen Lira Saade. En la mayoría de los casos se trata de documentos desclasificados del gobierno de Estados Unidos. Aunque el gobierno mexicano, la Secretaría

la memoria colectiva, así como las prácticas culturales y políticas durante las últimas décadas, que van desde las marchas para recordar a los caídos en Tlatelolco, el comité Eureka por los desaparecidos durante la guerra sucia, hasta los grupos activistas que han apoyado o movilizado agendas indígenas, feministas, lésbico-gay, de derechos humanos, de movimientos campesinos y zapatistas, por mencionar algunos ejemplos.

A pesar de la obscena visibilidad del 68 y el Jueves de Corpus, parece que la memoria y la historia se bifurcan por dos senderos: el de la memoria colectiva y el de la historia oficial. Como bien señala Carlos Monsiváis:

...el 68 se vuelve parte entrañable del mito fundacional: “Así comenzó la democracia, en las calles, en los mercados, en la Plaza de las Tres Culturas, en el penal de Lecumberri.” Este arraigo narrativo, el atisbo entre disparos del fin del autoritarismo, atraviesa por momentos depresivos, mentiras, bravuconadas del PRI, jactancias del régimen, asimilación oficial de un segmento enorme del liderazgo de izquierda [...] Con todo, el 68 no desaparece, es la referencia interminable, el rito de tránsito de una generación que al evocar lo habita su “Edad de Oro”, la demanda de justicia que siempre comienza porque nunca es atendida. Y le toca a los escritores y al grupo de ex presos políticos insistir en lo no mítico del 68: la impunidad de los victimarios. (“Persistencia de la memoria”, 35)

La violencia de estado no es un suceso del pasado, esto lo demuestran las constantes desapariciones y asesinatos de indígenas y campesinos en estados “turbulentos” que cuentan con una fuerte historia de intervención

de Defensa Nacional (SEDENA) entregó en el 2000 archivos desclasificados al Archivo General de la Nación (AGN) con los cuales la FEMOSPP trabajó para entregar su informe, éstos se encontraban ya decantados. Asimismo, el trabajo que desde 1994 Kate Doyle ha hecho al frente del proyecto sobre México de los archivos de seguridad nacional (National Security Archives Mexico's Project) de la Universidad George Washington ha permitido la circulación masiva a través de la red de dichos documentos, incluyendo el borrador de la FEMOSPP *Informe. Que no vuelva a suceder*. No obstante, esta amplia documentación, paradójicamente, parece no ser suficiente prueba para un proceso jurídico.

militar y paramilitar, como Guerrero con el caso de Aguas Blancas (en junio de 1995) o Chiapas con el caso de Acteal (en diciembre de 1997). No se puede olvidar tampoco el lamentable asesinato de Florencio López Osuna tras la publicación de 28 de las 35 fotografías tomadas por el fotógrafo oficial del entonces Secretario de Gobernación, Luis Echeverría. La circulación de dichas imágenes como reactivación en la memoria oficial, fueron segadas con la vida del que fuera el primer orador en el mitin de Tlatelolco, estudiante del Instituto Politécnico Nacional (IPN), miembro del Comité Central, la voz que llamara a la calma cuando comenzaron los disparos y que, 33 años después, desempeñara el cargo de subdirector de la Vocacional 5¹².

Por otro lado, la violencia ejercida contra periodistas y militantes de izquierda del Partido de la Revolución Democrática (PRD) ha sido una práctica común e invisibilizada. No obstante, llama la atención, por su obscena impunidad, la brutal represión en Oaxaca y Atenco, en particular durante el 2006, que hacen recordar los procedimientos del estado contra la sociedad civil durante las décadas de la guerra sucia. El operativo militar en Atenco en mayo de 2006 en realidad fungió como un operativo contrainsurgente que no sólo dispersó el bloqueo carretero, sino golpeó, secuestró, torturó y violó por varias horas a pobladores, militantes del

¹² Las fotografías fueron entregadas a SanJuana Martínez en España y fueron posteriormente publicadas en el número 1310 de *Proceso* en noviembre de 2001 con el aviso “Reconozca y reconózcase”. Florencio López Osuna fue identificado y contactado por la revista, pero después de dos semanas apareció misteriosamente asesinado en un hotel de paso de Santa María la Ribera el 20 de diciembre de 2001. Véase imagen en apéndice.

movimiento Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, simpatizantes y activistas. Los detenidos han tenido sentencias excesivas y las autoridades no han aceptado su responsabilidad —a pesar de las pruebas presentadas— en la violación de los derechos humanos y el abuso sexual contra las víctimas como parte de una estrategia de doblegamiento contra sujetos considerados disidentes. Aún más difícil de esconder, pero increíble de mantenerse impune es el estado de sitio en las zonas autónomas zapatistas de “Los Caracoles”; en Oaxaca, la represión contra los militantes y simpatizantes del movimiento magisterial y la Asociación Popular de Pueblos de Oaxaca (APPO) desde el 2006 hasta ahora 2008; el aumento de la militarización en todo el país, la represión durante los meses de septiembre y octubre de 2008 contra los maestros del estado de Morelos y la represión de los estudiantes normalistas en el estado de Michocán. Por otro lado, no puedo dejar de mencionar la desaparición de Edmundo Reyes Amaya y Gabriel Alberto Cruz Sánchez, miembros del Ejército Popular Revolucionario (EPR) y Francisco Paredes Ruiz ex-miembro del grupo Movimiento Acción Revolucionaria en el 2007.

En este contexto, regresar a las décadas de la guerra sucia y particularmente a las narrativas carcelarias y de la memoria resulta inminente, como parte de un proyecto revisionista de la historia, política y cultura mexicanas; ya que en éstas se puede apreciar tanto el ejercicio del poder autoritario y sus mecanismos de recuperación o cooptación, como el cuestionamiento, renegociación y resistencias a un poder centralizado. En

estas narrativas es posible observar la irrupción —con costos bastante altos— de una sociedad civil en ebullición, el quiebre de una modernidad hegemónica y el agrietamiento de una *ciudad letrada* anquilosada en un sueño de contemporaneidad que soslayó otras subjetividades indispensables para completar las cartografías del otro, “del sí mismo”.

De este modo, las narrativas carcelarias y de la memoria constituyen, en su emergencia e inmediatez, un espacio valiosísimo, un espacio “entre medio” que es marginal por múltiples razones¹³. En primer lugar, porque sin provenir de un espacio privilegiado lograron insertarse en el circuito letrado como portadores de un discurso con una fuerte matriz testimonial, que no se articuló en el género testimonial debido a la censura. El texto literario convertido en la nueva arena política, acogió a estas narrativas en un conveniente contrato de lectura bajo la categoría de “ficción”. En segundo lugar, algunos de los textos, los de menor circulación, son verdaderos textos sobrevivientes pues se gestaron en el confinamiento carcelario y sobrevivieron a los constantes cateos hechos por los agentes de la DFS. Por último, se trata de una literatura bastarda, que ha roto el “cerco de la muerte”. Y retomo esta frase de Salvador Castañeda, en el sentido que las subjetividades marginales han asaltado a la *ciudad letrada* para introducirse

¹³ El término “entre medio” lo define Homi Bhabha como aquellas instancias o espacios a partir de los cuales es posible elaborar estrategias de identidad que redefinen lo social y que en muchas ocasiones un discurso oficial no logra captar. Por otro lado, Silvano Santiago elabora en la década del setenta el término “o entre-lugar” para referirse a la reelaboración contestataria de los discursos eurocentristas dominantes desde la perspectiva latinoamericana, como una suerte de antropofagia que propusiera durante la vanguardia brasileña Oswald de Andrade.

problemáticamente en su circuito, por un lado, y, por otro, que a pesar de la violencia de estado durante la guerra sucia no logró silenciar del todo estas subjetividades y estas voces.

Exponer entonces, en este capítulo, los antecedentes de la represión, el surgimiento y tecnologización en los modos para desarticular la disidencia, así como el manejo estratégico de un “estado de excepción” por parte de las autoridades en México, será el primer paso para analizar las resistencias y negociaciones que hicieron las narrativas carcelarias y de la memoria.

En cuanto a los antecedentes, la historia de los presos políticos en México por supuesto no comienza tras el movimiento estudiantil del 68, ni tras la guerra sucia emprendida contra los grupos guerrilleros de la década del setenta. Por lo menos durante la década del cincuenta, cuando brotaron las primeras manifestaciones de descontento social en distintos sectores como el campesino, el obrero, el ferrocarrilero, el médico y el magisterial entre otros; las represiones por parte del Estado desde la década anterior, ya habían arrojado presos políticos y estos últimos habían sufrido el brazo duro del Estado¹⁴. Sin embargo, el movimiento del 68, en particular su escandalosa

¹⁴ Los movimientos sociales en México tienen una larga historia durante el siglo XX que aumenta progresivamente hasta estallar en el 68. Por ejemplo, los movimientos estudiantiles comienzan tempranamente en la década del cuarenta con el Instituto Politécnico Nacional (IPN) en 1942, 1950 y 1956 manifestándose contra el cambio de modelo educativo que quitaba el estatuto de educación superior a la educación tecnológica, o bien con la Escuela Nacional de Maestros (ENM) en 1949 demandando libertad de cátedra, becas y mejoras en las instalaciones. Durante la década del sesenta, las universidades del estado se unen a huelgas y demandas, por ejemplo la Universidad de Guerrero, Universidad San Nicolás Hidalgo en Michoacán, la Universidad de Sonora, la Universidad Autónoma de Puebla, la Universidad de Nuevo León y las universidades de Tamaulipas, Chihuahua y

represión, otorgó visibilidad a este antiguo problema. No se olvide que una de las demandas del Pliego Petitorio del movimiento estudiantil representado por el Consejo Nacional de Huelga (CNH), precisamente era la liberación de los presos políticos¹⁵. En este sentido el movimiento estudiantil dio visibilidad, sin precedentes, a las demandas de otros sectores que décadas anteriores habían sido silenciadas por el gobierno; sin embargo, también sin proponérselo, operó un borramiento que fue estratégico para el Estado, como se verá posteriormente.

Paradójicamente la conciencia universitaria y su solidaridad con otros sectores apareció durante un período de bonanza en el que aparentemente todo apuntaba hacia un futuro de crecimiento y prosperidad económica, aunque de estancamiento democrático. Durante el llamado “milagro mexicano”, período que comprende las décadas del cuarenta al sesenta, la política económica había favorecido el crecimiento y consolidación de la clase media, a través del impulso de la industria y la sustitución de importaciones, debido a la demanda de materia prima, textiles, químicos y alimentos durante la Segunda Guerra Mundial. El proyecto modernizador había tenido

Tabasco, entre otras. En cuanto a los movimientos obreros, se encuentran el de los ferrocarrileros en 1955, 1958 y 1959; el movimiento magisterial cuyo año más agitado fue 1960; el movimiento de empleados de teléfonos en 1958 y telégrafos en 1960. Al mismo tiempo, el movimiento jaramillista en Morelos tenía períodos en el clandestinaje (1943-44, 1946-51 y 1952-58) y otros de participación política con bastante apoyo civil tras la fundación del Partido Agrario Obrero Morelense (PAOM). Esto demuestra un espectro amplio de la “turbulencia” social de la década del cuarenta hasta el 68.

¹⁵ Los nombres más mencionados durante el movimiento del 68 fueron Valentín Campa y Demetrio Vallejo del sector ferrocarrilero, pero también se encontraban Othón Salazar del sector magisterial y el periodista Filomeno Mata, entre otros.

rápidos resultados, el crecimiento de la economía en este período había sido del 6% anual y el crecimiento de la población era relativamente bajo.

No obstante, como señalan Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, a pesar de la bonanza, los cimientos de una infraestructura económica eran frágiles y la distribución muy desigual. La reforma agraria había fracasado, la repartición de tierras no había sido equitativa y, en un afán modernizador e industrial, el campo estaba en completo abandono al grado de tener que importar granos para el consumo de la población.

Sin una reforma fiscal, inexistente todavía a la fecha, la estructura económica era precaria para sostener un crecimiento estable que pusiera en balanza los excesivos subsidios a la industria privada. Prueba de ello fue la crisis económica que enfrentó el gobierno de José López Portillo (1976-1982) y que parcialmente resolvió el descubrimiento de nuevos yacimientos de petróleo en la zona de Campeche. Por otro lado, la economía mexicana adolecía ya, en la década del cincuenta, de una gran dependencia económica de Estados Unidos, como una de las consecuencias de la herencia colonial rearticulada bajo el relato de progreso y subdesarrollo¹⁶.

Finalmente todo parecía un bienestar efímero y bastante frágil, a costa de la clase obrera y campesina. Obviamente los primeros brotes se dieron en estos sectores con grupos que se manifestaron contra los sindicatos “charros” que lejos que representarlos ejercían presión para desmembrar cualquier

¹⁶ Véase Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, en especial el capítulo “El milagro mexicano. 1940-1968”.

movimiento; el sindicalismo se convirtió en el brazo populista de un estado que, paradójicamente, cada vez más tendía a la privatización¹⁷.

A pesar del acelerado proceso de modernización que privilegió el desarrollo urbano, la desigualdad social aumentó drásticamente e, indudablemente, fue un caldo de cultivo para la activación de demandas y resistencias; se puede afirmar que la guerrilla rural responde básicamente al postergado problema de la tierra¹⁸. El olvido al campo como efecto de modernización insemínó el reclamo revolucionario como un síntoma recurrente de la misma enfermedad.

El primer levantamiento en la segunda mitad del siglo XX, fue el asalto al cuartel Madera el 23 de septiembre de 1965, como consecuencia de una serie de problemas en la venta de tierras ejidales, así como el abuso del poder oligárquico en el estado de Chihuahua. La guerrilla entonces era el último medio de una larga batalla no escuchada por el gobierno local y estatal. Por ejemplo, antes del levantamiento se llevaron a cabo dos encuentros, en 1963 y 1964, entre grupos de estudiantes, maestros,

¹⁷ El gobierno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) funcionó bajo el modelo corporativo, tendió lazos poderosos de control en los sindicatos campesino y obrero, imponiendo a sus líderes y manteniendo un equilibrio entre un modelo populista al mismo tiempo que una política beneficiosa para la empresa privada. Un ejemplo del manejo del sindicalismo desde el Estado es precisamente el movimiento ferrocarrilero que comenzó en 1955 con una huelga, posteriormente en 1958 ganó las elecciones un candidato independiente del grupo de poder: Demetrio Vallejo. Sin embargo, el gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964) no reconoció a Vallejo como líder sindical; por ello, la huelga estalló en 1959 ante la cual, el gobierno hizo un despliegue de violencia arresando a miles de trabajadores. Véanse imágenes en el apéndice.

¹⁸ Muchos de los problemas de dependencia y colonialidad interna se deben precisamente al irresuelto problema de la tierra, como apuntaba acertadamente Mariátegui en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

campesinos e indígenas para formar posteriormente el Grupo Popular Guerrillero (GPG). A su vez, se intentaron negociaciones con el gobierno local a través de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM) y el Partido Popular (PP) que se transformó posteriormente en el Partido Popular Socialista (PPS). Las negociaciones no tuvieron éxito y se decidió entrar en acción asaltando un cuartel del ejército en la población de Madera. Sin embargo, la falta de coordinación, la táctica de retirada, el desconocimiento de la zona geográfica —ya que en épocas de lluvia la sierra se vuelve inaccesible—, así como falta de equipo, la infiltración y la delación, hicieron que el asalto se convirtiera en un acto suicida¹⁹.

Salvador Castañeda y Jorge Luis Sierra señalan que la guerrilla rural surge en realidad como una necesidad de respuesta a los constantes embates del gobierno y oligarquía locales, tales como la repartición desigual de la tierra entre ejidos y terratenientes, la corrupción y abuso de autoridad, o bien la descarada invasión a tierras ejidales. Debido a su inmediatez, se trata de movimientos de acción defensiva mas no ofensiva, y por lo tanto adolecen de desorganización, falta de logística y estrategia, así como de insuficientes bases de apoyo²⁰.

¹⁹ El debate sobre las fallas de la izquierda de la década del sesenta y setenta en América Latina me parece un ejercicio crítico fundamental; sin embargo, como se señaló en la introducción, John Beverley ha observado un giro neoconservador en la intelectualidad latinoamericana que no solamente apunta hacia el fracaso de la guerrilla, sino que la considera un error. Véase nota 3.

²⁰ Para un rastreo de la guerrilla y contrainsurgencia en México durante la guerra sucia, véanse los trabajos de Jorge Luis Sierra Guzmán, Verónica Oikón y Laura Castellanos, entre otros; para un análisis crítico de la guerrilla en México véase Salvador Castañeda, *La*

Éste es un ejemplo de cómo durante la década de los sesenta surgieron distintos sectores que manifestaron progresivamente su descontento, comenzando por el campesinado y obreros, pasando por los empleados y profesionistas hasta llegar al sector estudiantil, que reactivó viejas demandas a través de la exigencia de libertad a los presos políticos. Cabe señalar, que las políticas del proyecto modernizador del “milagro mexicano” incidieron directamente en la educación. Por ejemplo, la reforma estudiantil que implementó el gobierno tras el cardenismo afectó directamente el modelo de educación tecnológica —quitándole la categoría de estudios superiores y reduciendo drásticamente las partidas— para beneficiar el modelo de educación de artes liberales; esto implicó el recorte de presupuesto, cancelación de becas y cierre de dormitorios principalmente de la escuela de Agronomía en Chapingo y la escuela de ingeniería del Instituto Politécnico Nacional (IPN).

De este modo, se cerró una de las instancias principales de educación de los sectores provenientes del campo, cuya única forma de acceso a la educación y movilidad social constituían el IPN, la Escuela Normal de Maestros y la Escuela de Agronomía, por mencionar las más importantes. En la zona del IPN y la antigua estación de trenes en Buenavista, era frecuente ver a las “gaviotas”, estudiantes que llegados de provincia rebasaban la capacidad de los dormitorios, por lo que dormían en las calles. Obviamente,

negación del número y “Los grupos guerrilleros en los setenta una aproximación crítica”.

esto se recrudeció con el recorte presupuestal a las escuelas del modelo tecnológico, mientras que, por otro lado, en 1954 fueron inauguradas las nuevas instalaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en Ciudad Universitaria (CU).

Así la rivalidad epidérmica entre los dos equipos de fútbol del IPN y la UNAM, en realidad tenía un trasfondo de clase social que en cierta medida se logró suavizar durante el movimiento estudiantil del 68. Los estudiantes del IPN provenían por lo general de un sustrato rural y obrero que, tradicionalmente politizados hacia la izquierda, tempranamente fueron cooptados por distintos órganos ligados al Partido Revolucionario Institucional (PRI). Por otro lado, el estudiantado de la UNAM en su mayoría provenían de las clases medias, a pesar de politizarse y albergar tras sus muros a diferentes facciones marxistas que criticaron fuertemente al Partido Comunista de México (PCM) y a la Juventud Comunista de México (JCM).

En este contexto, aunque la erupción del movimiento tuviera como raíz la trifulca entre dos pandillas el 23 de julio de 1968 afuera de la Vocacional 2; el desproporcionado uso de la fuerza pública que sofocó el pleito callejero, activó una larga historia de demandas políticas que —bajo la primera forma de autonomía universitaria— el movimiento del 68 aprovechó la coyuntura

estratégica para levantarse contra la represión de estado y elaborar los seis puntos del Pliego Petitorio²¹.

En cierto modo el movimiento del 68 fue el crisol en el que se vertieron las distintas demandas de otros sectores y el propio Consejo Nacional de Huelga (CNH) buscó establecer lazos con los sectores obreros y campesinos; sin embargo, no fue un movimiento revolucionario en un sentido estricto²². Como apunta Castañeda, más allá de que el movimiento estudiantil del 68 no fuera una amenaza real al sistema político, ni éste estuviera a punto de ser derrotado o en peligro, se debe destacar su importancia dentro de un momento coyuntural que marcó a la sociedad. Lo dramático fue la respuesta autoritaria del gobierno y su incapacidad para negociar.

Lo que defendía el Estado, con ferocidad, era el principio de autoridad [...] Y como aquello resultó ser algo que no esperaban, que no se imaginaron siquiera de una población hasta entonces obediente, su miedo primitivo los jalaba a la circularidad de sus decisiones: a mayor participación respondían con más represión, lo que a su vez aceleraba el avance cualitativo en la movilidad, en la organización y en las exigencias de la sociedad. La incorporación de los intelectuales, artistas,

²¹ El pliego petitorio del CNH contenía las siguientes demandas: 1) Libertad para los presos políticos, 2) derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal que instituían el delito de disolución social y sirvieron de instrumento jurídico para la agresión a los manifestantes, 3) la desaparición del cuerpo de granaderos, 4) la destitución de los jefes policíacos, 5) la indemnización a los familiares de todos los muertos y heridos desde el inicio del conflicto, y 6) el deslindamiento de responsabilidades de los funcionarios culpables de los hechos sangrientos.

²² Los lazos con otros sectores fueron inmediatos con los padres de familia de las víctimas y manifestantes del barrio de Tlatelolco y la zona cercana al Casco de Santo Tomás; así como movimientos obreros como los ferrocarrileros e inclusive el sindicato de obreros de petróleos mexicanos (PEMEX). Por otro lado, el trabajo de las brigadas no se circunscribió a la ciudad de México y éstas comenzaron a involucrarse en los problemas sociales de la periferia y de zonas rurales al sur que pertenecen a la entidad del Distrito Federal como Topilejo. Véase Poniatowska *La noche de Tlatelolco* y *Fuerte es el silencio*. En el apartado 5.3 de la tesis, se analizará en la novela *Muertes de Aurora* la perspectiva de los obreros petroleros sobre el movimiento del 68.

padres de familia, maestros, algunos estratos de obreros y campesinos al movimiento, significó para el gobierno y su aparato represor un peligro más real. (*La negación del número*, 65)

A pesar de los costos sangrientos de su represión, el movimiento estudiantil del 68 instauró, sin precedentes, una nueva cultura política en la que la sociedad salió a la calle para reclamar sus derechos e inauguró la politización de distintas luchas sociales de las décadas posteriores. Sin embargo, es necesario matizar el paradójico efecto contrario que, sin proponérselo, tuvo como cortina de humo sobre los grupos guerrilleros en la década de los sesenta y setenta. Como atinadamente señala Carlos Monsiváis:

Con excepción del 68, ¿qué represiones se han incorporado a la memoria histórica? De las matanzas y los encarcelamientos quedan ecos difusos, algunos lemas (“Libertad a los presos políticos”), y no mucho más. La protesta no arraiga porque carece de espacios de continuidad, porque los relatos se desvanecen o se vuelven anécdotas confusas, y porque la Guerra Fría cala profundamente a México. ¿Qué movilizaciones hay en Morelos luego de los asesinatos de los Jaramillo? ¿Quiénes mantienen la defensa de los presos ferrocarrileros? A los gobiernos les bastan dos o tres declaraciones: “Se hará justicia, y llegaremos donde haya que llegar/ En México no hay presos políticos, sólo delincuentes del orden común/ Se ha exagerado en lo que sucedió. Pronto habrá un Informe clarificándolo todo”. (“Persistencia de la memoria”, 33)

No obstante, la memoria colectiva a nivel local y en la vida cotidiana recuerda la lucha y represiones que, como corriente subterránea, van alimentando los posteriores levantamientos y la rearticulación de la guerrilla hasta la década del noventa con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Lo indignante resulta precisamente la negativa programática por

parte del gobierno, el cinismo y estrechez para no aceptar ni inscribir en la historia oficial dichos eventos.

Aunque es cierto que la represión del Jueves de Corpus en 1971, hecha por el grupo paramilitar Halcones, fue la estocada final del movimiento estudiantil y arrojó directamente a la lucha armada a muchos estudiantes y activistas ya fuera en las zonas rurales o urbanas, la guerrilla de los años setenta no fue producto del movimiento estudiantil del 68. Recuérdese el asalto al cuartel Madera por parte del Grupo Popular Guerrillero en 1965 y el levantamiento en Guerrero de los grupos guerrilleros de Genaro Vázquez, Lucio Cabañas y, anteriormente, del ex-combatiente zapatista Rubén Jaramillo. En 1960, las constantes represiones en Guerrero hicieron que el profesor Genaro Vázquez tomara una postura política más radical hasta llegar al levantamiento guerrillero en 1968. Al igual que Vázquez, Lucio Cabañas se levantó en 1967 a raíz de la matanza de Atoyac en el estado de Guerrero y combinó la lucha política a través del Partido de los Pobres con su brazo armado: la Brigada Campesina de Ajusticiamiento.

Rubén Jaramillo —luchador social, pastor protestante y ex-combatiente zapatista durante la Revolución Mexicana— corrió la misma suerte teniendo que pasar de la lucha política al clandestinaje, siendo cobardemente acribillado con toda su familia en 1962 en el ingenio de Zacatepec a las afueras de Xochicalco, en el estado de Morelos. Por otro lado, en 1966, en los bosques de la Universidad de la Amistad de los Pueblos

Patricio Lumumba, en Moscú, se formaba en la clandestinidad el grupo guerrillero Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR).

Ahora bien, pese a la violencia desatada contra la población civil el 2 de octubre, la desaparición de muchos de los cuerpos, el secuestro y confinamiento de los sobrevivientes en el Campo militar No. 1, así como la tortura e interrogatorios²³; el trato que recibieron los presos políticos del 68 y los guerrilleros distó mucho entre sí²⁴. La obscena represión en la Plaza de las tres culturas, la presión internacional dada la cercanía del festejo de los Juegos Olímpicos en México, así como la procedencia clasemediera de la mayoría de los estudiantes de la UNAM, hicieron que el gobierno emitiera una primera Amnistía en 1972. Mientras tanto, por la puerta trasera ingresaban a las cárceles clandestinas los guerrilleros capturados, para ser torturados por la policía política y grupos paramilitares con la ayuda del ejército. Aún más, a pesar del nulo reconocimiento de la guerrilla por parte del gobierno y la escasa estrategia contrainsurgente, en agosto de 1968 el gobierno desarticuló los residuos del Grupo Popular Guerrillero (GPG) en los

²³ La cifra de los muertos es muy difícil de establecer con precisión por las contradicciones de diversas declaraciones oficiales, la falta de pruebas en los archivos y la desaparición de muchos detenidos en el Campo militar número 1. Por ejemplo, Gutiérrez Barrios declaró que hubo 1043 detenidos, 26 muertos y 100 heridos, mientras que en los medios se manejaron en un principio las cifras de 3 muertos, 32 heridos y 250 detenidos. El periódico inglés *The Guardian* publicó la existencia de 325 muertos. Por otro lado, los documentos desclasificados de Estados Unidos calculan alrededor de 350 muertos; la embajada de Estados Unidos en México presentó un informe calculando entre 150 y 200 muertos, el Consejo Nacional de Huelga declaró que eran 150, mientras que la Comisión de la Verdad recabó datos sobre 70 casos, de los cuales solamente 40 personas fueron identificadas.

²⁴ En la sección 4.2 de la tesis se explica con mayor detalle las diferentes experiencias carcelarias de los presos políticos del 68 y de la guerrilla, así como los pocos escritos de las mujeres.

estados de Sonora y Sinaloa; a la vez que surgió en Guerrero el levantamiento de Cabañas y Vázquez. De este modo, a mediados de los setenta, la violencia subterránea ya estaba institucionalizada y suficientemente articulada para operar en el anonimato.

En el contexto de una política mackartista, la división del mundo en dos bloques, la euforia y el miedo que causó el triunfo de la Revolución Cubana, así como la aparición de focos guerrilleros y tendencias de izquierda en América Latina, la influencia de Estados Unidos sobre América Latina no era ya solamente económica y política, sino también de inteligencia militar y armamentista. Muestra de ello es el entrenamiento militar en la Escuela de las Américas para la formación del grupo paramilitar Halcones, la compra de armas y los nexos entre generales del ejército mexicano y la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) durante el golpe de Estado en Chile²⁵. Así la maquinaria de la guerra sucia estaba echada a andar y los enfrentamientos del 2 de octubre y 10 de junio habían sido simplemente pruebas para medir fuerzas y legitimar un estado de excepción.

²⁵ El coronel Manuel Díaz Escobar fue enviado a la Escuela de las Américas para recibir entrenamiento y formar el grupo paramilitar Halcones. Tras el “halconazo” del 10 de junio de 1971, fue enviado a Chile como agregado militar del gobierno de Luis Echeverría antes del derrocamiento del presidente electo Salvador Allende. Posteriormente, colaboró con la DINA, y en 1975 Luis Echeverría lo nombró general brigadier al regresar a México. José López Portillo (1976-1982) lo elevó al rango de general de brigada y, posteriormente, Miguel de la Madrid lo nombró general de división en 1979. Véase Jorge Luis Sierra, *El enemigo interno*. Sobre el proyecto LITEMPO en el cual varios funcionarios públicos en México eran informantes para la CIA incluyendo a los presidentes Adolfo López Mateos, Luis Echeverría Álvarez y Gustavo Díaz Ordaz, véase *Proceso* 1561 (2006) y Jefferson Morley.

Giorgio Agamben, retomando la discusión sobre el estado de excepción, destaca la difícil definición de éste en el derecho moderno, ya que se sitúa en una franja ambigua entre el derecho público y lo político²⁶. La aparición del estado de excepción se da dentro de un sistema legal que lo prevé, pero esta condición implica la suspensión de la norma, lo cual resulta en una aporía.

El estado de excepción es, en este sentido, la apertura de un espacio en el cual la aplicación y la norma exhiben su separación y una pura fuerza-de-~~ley~~ actúa (esto es, aplica des-aplicando) una norma cuya aplicación ha sido suspendida. De este modo, la soldadura imposible entre la norma y la realidad, y la consiguiente constitución del ámbito normal, es operada en la forma de la excepción, esto es, a través de la presuposición de su nexo. Esto significa que para aplicar la norma se debe, en última instancia, suspender la aplicación, producir una excepción. En todo caso, el estado de excepción señala un umbral en el cual lógica y praxis se indeterminan y una pura violencia sin *logos* pretende actuar un enunciado sin ningún referente real. (subrayado mío, *Estado de excepción*, 83)

Agamben analiza críticamente el fenómeno en el que determinados actos adquieren un valor de fuerza de ley fuera de la ley, mientras que por otro lado la norma vigente no se aplica o no tiene esa fuerza de ley durante el estado de excepción; de ahí el énfasis gráfico que hace en “fuerza de ~~ley~~”. Anteriormente, Walter Benjamin había retomado la discusión del estado de excepción observando de modo visionario el fenómeno de la violencia

²⁶ Agamben presenta la genealogía del concepto de estado de excepción desde su temprana aparición en la civilización romana como *iustitium* —suspensión de todo orden jurídico—, el nexo entre *tumultus* y *iustitium* en donde este último era una forma de contener o conjurar el caos, así como la evolución semántica de *iustitium* a *luctus publicus*, en el que la muerte del soberano implicaba la suspensión de derechos durante la ceremonia fúnebre. Posteriormente su rearticulación en la historia moderna de occidente, Agamben destaca la introducción del estado de excepción en las constituciones como un modo de preservar ya no solamente el orden público, sino la misma democracia. Véase Giorgio Agamben, *Estado de excepción*.

moderna, así como la entrada de un nuevo período en la historia en el que ya no es posible diferenciar entre norma y excepción, entre un estado de paz y otro de guerra. De este modo en *Tesis de filosofía de la historia* explícitamente denuncia la falacia del estado de excepción como un modo de conservar el orden y estado de derecho, ya que precisamente el estado de excepción es la norma.

La tradición de los oprimidos nos enseña que la regla es el “estado de excepción” en el que vivimos. Hemos de llegar a un concepto de la historia que le corresponda. Tendremos entonces en mientes como cometido nuestro provocar el verdadero estado de excepción; con lo cual mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo. (*Discursos interrumpidos*, 182)

Pero quizás sea en el temprano ensayo “Para la crítica de la violencia” que Benjamin exponga mejor los mecanismos y utilización de la violencia, develando los falsos argumentos dentro de un criterio jurídico y otro naturalista. Mientras el primer criterio observa la violencia desde la perspectiva de los medios —es decir, que la utilización de los medios se da dentro del marco legal sin importar los fines—; al criterio naturalista le interesan más los fines sin importar los medios. Benjamin critica así el argumento jurídico que sanciona la violencia en manos del individuo como riesgo o amenaza del orden:

Será necesario en cambio tomar en consideración la sorprendente posibilidad de que el interés del derecho por monopolizar la violencia respecto a la persona aislada no tenga como explicación la intención de salvaguardar fines jurídicos, sino más bien la de salvaguardar el derecho mismo. Y que la violencia, cuando no se halla en posesión del derecho a la sazón existente, represente para éste una *amenaza*, no a

causa de los fines que la violencia persigue, *sino por su simple existencia fuera del derecho*. (énfasis mío, *Ensayos escogidos*, 112)

En este sentido, el estado de excepción entraría en esta categoría en tanto una violencia conservadora del derecho y prevista desde el propio marco jurídico. Este es el caso también para el militarismo, el derecho de guerra e, inclusive, el derecho de huelga; aunque para Benjamin, estos dos últimos no conservan el derecho, sino que lo fundan. A su vez, Benjamin destaca un aspecto menos visible y más perverso: las operaciones de la policía en relación con la violencia y el orden jurídico.

En una combinación mucho más innatural que la pena de muerte, en una mezcla casi espectral, estas dos especies de violencia se hallan presentes en otra institución del estado moderno: la policía. La policía es un poder jurídico (con el poder para disponer), pero también con la posibilidad de establecer para sí misma, dentro de vastos límites, tales fines (poder para ordenar). El aspecto ignominioso de esta autoridad — que es advertido por pocos sólo porque sus atribuciones en raros casos justifican las intervenciones más brutales, pero pueden operar con tanta mayor ceguera en los sectores más indefensos y contra las personas sagaces a las que no protegen las leyes del estado— consiste en que en ella se ha suprimido la división entre violencia que funda y violencia que conserva la ley. (*Ensayos escogidos*, 117)

Regresando al contexto mexicano, me interesa señalar cómo el estado de excepción y las fuerzas policiales fueron utilizadas por las autoridades para contrarrestar las manifestaciones y demandas de distintos movimientos sociales, esto lo ejemplificaré con el movimiento estudiantil del 68, ya que amalgamó las fuerzas sociales de épocas anteriores. Posteriormente, durante la década del setenta, se da simultáneamente un fenómeno de ocultamiento del estado de excepción, una vez que la maquinaria anti-guerrillera se

desarrolló suficientemente por medio de la policía política y las fuerzas paramilitares.

Por ejemplo, el artículo 145 del Código Penal Mexicano había sido aprobado por el Congreso durante la Segunda Guerra Mundial para establecer el delito de “disolución social”, con el fin de alinearse con el bloque de los Aliados y prevenir un eventual sabotaje de las naciones pertenecientes al Eje. Posteriormente, fue utilizado para encarcelar a los disidentes del gobierno y fue aplicado a los distintos movimientos obrero-campesinos. Durante el movimiento del 68, uno de los puntos del pliego petitorio fue la derogación de dicho artículo, que en realidad funcionaba como un estado de excepción. El artículo señalaba que se castigaría con una pena de dos a doce años y con una multa de mil pesos:

... al extranjero o nacional mexicano que, en forma hablada o escrita, o por cualquier otro medio, realice propaganda política entre extranjeros o entre nacionales mexicanos, difundiendo ideas, programas o normas de acción de cualquier gobierno extranjero que perturben el orden público o afecten la soberanía del Estado mexicano. [...] Se perturba el orden público cuando los actos determinados en el párrafo anterior, tienden a producir rebelión, sedición, asonada o motín. (en Guevara Niebla, 108-109)

Basándose en este artículo, durante el movimiento del 68 el gobierno siguió una política jánica o de doble faz: la del brazo armado que cumplía con recuperar el orden social y el brazo presidencial cuya imagen paternalista fue motivo de crítica y escarnio tras el “discurso de la mano tendida”²⁷. Mientras

²⁷ Tras los disturbios en la ciudad, en realidad provocados por la fuerza pública, el presidente Gustavo Díaz Ordaz declaró su disponibilidad para resolver las diferencias con los

tanto, la presencia de militares en la ciudad de México era explicada por Marcelino García Barragán, Secretario de la Defensa al periódico *El día* el 29 de agosto de 1968:

La situación que priva en la Ciudad de México *no es de estado de sitio, sólo está vigilada por el ejército para dar garantías y seguridad al pueblo* [...] No es la intención del ejército matar a nadie. Cumplimos y cumpliremos nuestra misión de garantizar el orden y tenemos la convicción de que el pueblo nos apoya porque está cansado de alborotos. (en Guevara Niebla, 233, énfasis mío)

Este discurso demuestra que la violencia institucionalizada pretende legitimarse en la “necesidad” de un estado de sitio. Aunque en la torpe declaración el propio García Barragán se contradiga, el discurso introduce a la sociedad civil como elemento estratégico que en plena democracia supuestamente exige a la fuerza pública instituir el orden. Sin embargo, en una segunda lectura es claro que el aparato de estado a través de su brazo policial o militar es el que desestabiliza el orden público para reinstaurar un orden que legitime las acciones del mismo. Como bien señala Castañeda en su ensayo sobre la guerrilla:

Las instancias para la represión son las instituciones de violencia resumidas en un mismo aparato descomunal, fuerza cuya finalidad es mantener el orden por encima de las razones del *desorden*. [...] La garantía para todo esto [asegurar la continuidad de algunos en el sexenio] es el aparato descomunal de fuerza, puesto al día para hacerlo operante, una máquina bien aceiteada, precisa, subvencionada por la misma población a través de una compleja trama ideológica que no hace

estudiantes, así en el discurso del 1º de agosto de 1968 declaró: “Una mano está tendida, la de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida, ha demostrado que sabe ser leal. Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire o bien esa mano, de acuerdo con la tradición del mexicano, con la verdadera tradición del verdadero, del genuino, del auténtico mexicano, se ve acompañada por millones de manos que, entre todos, quieren reestablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias” (en Guevara Niebla, p. 85)

creer que la represión es necesaria, que la paz, el orden y la tranquilidad sólo son alteradas por algunos sectores de la sociedad inconformes, disidentes, intolerantes, a quienes es necesario combatir sin darles tregua. [...] La aplicación de la violencia institucionalizada es el ejercicio del poder de una parte de la sociedad contra el resto. Esta misma violencia se materializa en la prohibición a la sociedad a rechazarla mediante la fuerza de su organización. (*La negación del número*, 61-62)

Esto es, no solamente proscribire las acciones de la sociedad civil que rechacen la intervención violenta del Estado, sino que elabora una estrategia persuasiva para que sectores no activos de la sociedad rechacen la violencia y desestabilización que supuestamente genera el sector disidente. Originado en la guerra fría, el discurso de las fuerzas extrajeras que atentan contra las costumbres y nacionalismo mexicano —léase como comunismo y no como intervencionismo estadounidense— ha sido usado desde el movimiento estudiantil hasta el levantamiento indígena zapatista en 1994, inclusive a la fecha es evidente cómo el gobierno de Felipe Calderón ha instado a la población civil a denunciar cualquier actividad que se considere “sospechosa”.

Por otro lado, la sintomática contradicción del discurso oficial mexicano se debe a la consigna de operar un borramiento de las fuerzas subversivas. En este sentido no sorprenden las acciones frenéticas del Estado como limpiar la sangre con mangueras de agua, durante la madrugada tras la matanza de Tlatelolco; reducir la cifra de muertos a solamente 30 y negar los desaparecidos²⁸.

²⁸ Frente al silenciamiento del estado y los medios, la respuesta de intelectuales y escritores no se hizo esperar, no solamente con la renuncia de Octavio Paz al cuerpo diplomático en la India o Carlos Fuentes en Francia, sino que surgió un ciclo literario sobre

Regresando al efecto de legitimidad que pretendió dar el Estado a sus acciones violentas, Marcelino García Barragán, tras la represión del 2 de octubre, hizo una declaración histórica en un esfuerzo extraordinario por borrar los acontecimientos:

El comandante responsable soy yo. *No se decretará el estado de sitio. México es un país donde la libertad impera y seguirá imperando.* Hay militares y estudiantes muertos y heridos. *Si aparecen más brotes de agitación actuaremos de la misma forma.* (en Scherer García, 265, énfasis mío)

Para, posteriormente, responsabilizar de la tragedia a los padres de familia por no saber controlar a sus hijos. En este sentido, la represión no fue un hecho sorpresivo; ya que en el informe presidencial del 1º de septiembre de 1968 Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) sosteniéndose en el artículo 89 de la Constitución declaró el estado de excepción.

Las facultades y obligaciones del Presidente son las siguientes: VI.- Disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente, o sea, del ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea, para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación. (en Guevara Niebla, 240)

Lamentablemente, las palabras de Díaz Ordaz no fueron recordadas por el Consejo Nacional de Huelga que, confundido por el doble discurso gubernamental y en un arranque de triunfalismo por la capacidad de convocatoria —hasta más de doscientas cincuenta mil personas durante la Manifestación del Silencio el 13 de septiembre, aunque algunas fuentes

la masacre de Tlatelolco que Aralia López llamó “literatura tlatelolca”. Para este ciclo véase también las antologías de Marco Antonio Campos *Poemas y narraciones sobre el movimiento estudiantil de 1968*, e Ivonne Gutiérrez *Entre el silencio y la estridencia. La protesta literaria del 68*, entre otras.

reportan entre trescientos y ochocientos mil manifestantes—, olvidaron la siniestra política que había sido aplicada a Jaramillo y Vallejo por citar dos ejemplos²⁹.

En el caso de la guerrilla el efecto de borramiento deliberado por parte del Estado es todavía mucho mayor. La negación programática de la existencia de la guerrilla durante la década del setenta en México, así como la guerra sucia, llega escandalosamente hasta la actualidad, pese a las pruebas documentadas como se mencionó anteriormente³⁰.

Entre 1963 y 1982 existieron 32 grupos guerrilleros ya sea urbanos o rurales; por lo menos 1,700 jóvenes enlistados en las distintas agrupaciones y 50 grupos armados en México. Se estima que hubo alrededor de 3,000 muertos en los movimientos y, por lo menos, 500 madres se han agrupado para exigir el regreso de sus hijos desaparecidos. En 1979 Heberto Castillo, ingeniero civil, profesor universitario, activista y ex-presó político declaró que había por lo menos 600 personas acusadas de delitos políticos en cárceles clandestinas. Muchos de los guerrilleros ex-carcelados y beneficiados por

²⁹ El 2 de octubre algunos de los miembros del comité central del CNH fueron citados por el gobierno para establecer las primeras pláticas de negociación, lo cual parecía ser un gran avance. Por otro lado, antes de su asesinato en el ingenio de Zacatepec, Rubén Jaramillo fue fotografiado en un encuentro cordial con el presidente Adolfo López Mateos. Demetrio Vallejo ganó las elecciones como líder del sindicato ferrocarrilero en 1958, el gobierno en un principio pareció respetar las elecciones; sin embargo, en 1959 lo desconoció e impuso a su propio líder. Cuando entraron en huelga los ferrocarrileros, el gobierno simplemente los reprimió y encarceló.

³⁰ Ni Echeverría ni otros servidores públicos responsables de las desapariciones y genocidio durante la guerra sucia han podido ser procesados y encarcelados, ya que el sistema jurídico ha creado una serie de excepciones como la prescripción del delito de genocidio, la imposibilidad de detener prolongadamente a sospechosos del delito de desaparición sin una prueba contundente, a decir, un cuerpo que lo compruebe.

alguna de las Amnistías (en 1972 y una segunda en 1978), fueron asesinados al poco tiempo de salir de prisión, así familias enteras fueron secuestradas, torturadas y asesinadas³¹.

Sólo quienes pasaron a la clandestinidad más cerrada lograron sobrevivir, pues el mero abandono de la lucha armada ya no era garantía para seguir vivo. El acoso de las fuerzas armadas de seguridad siguió adelante, a pesar de la reforma política de la Ley de Amnistía del gobierno de JLP. Cerca de 20 ex guerrilleros que recibieron los beneficios de la amnistía y salieron de prisión fueron asesinados posteriormente. (Sierra, 96)

Como señala Agamben sobre los sistemas modernos bajo el estado de excepción, esta “guerra civil legal” se dio dentro de una indefinición entre estado de guerra o paz que, aunado al borramiento de las voces disidentes, permitió un amplio margen de operaciones violentas por parte del Estado con la mayor impunidad.

El totalitarismo moderno puede ser definido, en este sentido, como la instauración, a través del estado de excepción, de una guerra civil legal, que permite la eliminación no sólo de adversarios políticos sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón resultan no integrables en el sistema político. (*Estado de excepción*, 25)

De este modo, la eliminación del residuo, de lo marginal, del excedente no integrable al sistema político estuvo dirigido de modo programático y tecnificado no solamente contra los focos guerrilleros, sino contra la población

³¹ Como se mencionó anteriormente la pesadilla parece no haber terminado, ejemplo de ello es el asesinato de Florencio López Osuna en diciembre de 2001 tras la publicación en la revista *Proceso* de las fotografías donde aparece torturado, las constantes amenazas a ex-guerrilleros del grupo MAR como Armando Gaitán o la desaparición de Francisco Paredes Ruiz—también ex-miembro del MAR y ecologista en defensa de las comunidades lacustres de Pátzcuaro y Zirahuen— el 26 de septiembre de 2007. Tras asistir al aniversario del asalto al cuartel Madera, su camioneta fue abandonada en la carretera Morelia-Pátzcuaro sin tener noticia de su paradero a la fecha.

civil que la apoyó y cualquiera que resultara sospechoso: campesinos, obreros y el sector universitario fueron el objetivo principal en esta cacería de brujas. Se tiene noticia que las desapariciones al igual que en las dictaduras del Cono Sur, se hicieron con métodos crueles como los vuelos de la muerte en que los desaparecidos eran arrojados al mar desde aviones, enterrados o metidos en sacos con calhidra para reventarles los pulmones.

Respecto a las cifras, anteriormente se señaló el problema para establecer el número de muertos y desaparecidos, así como la imposibilidad de establecer una cifra final por la manipulación y desaparición de los archivos. Aunado a esto, se debe contemplar que en las zonas rurales es mucho más fácil invisibilizar las masacres. El informe *Que no vuelva a suceder* de la FEMOSPP, todavía en calidad de borrador, señala que los archivos entregados por parte de la Secretaría de Defensa Nacional (SEDENA) sufrieron serios recortes en los meses que se detectaron y se habían recrudecido las acciones contrainsurgentes, en especial entre marzo y mayo de 1974.

Asimismo, el informe destaca la programática política genocida, por ejemplo, en el estado de Guerrero, con las operaciones “Rastrilleo” y “Amistad”, esta última destinada a diezmar por el hambre y necesidad a las zonas rurales y bases de apoyo de la guerrilla. Sin embargo, la FEMOSPP en su informe señala que de 800 denuncias solamente se establecieron 436 casos de desaparecidos durante el movimiento estudiantil del 68 y los movimientos

armados de la década del setenta, así como la denuncia de 30 vuelos de la muerte bajo los gobiernos de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982)³². Por otro lado, Sierra Guzmán estima que 348 civiles fueron desaparecidos entre 1974 y 1978. Obviamente las cifras de desaparecidos que pudieron ser documentadas resulta absurda, en contraste con la desproporcionada fuerza militar y paramilitar desplegada.

No obstante, la guerrilla tuvo un fenómeno como la multiplicación de los panes o la cabeza de la hidra, ya que existió una fuerte red entre distintas agrupaciones³³. Cuando un frente era aprehendido, los elementos que quedaban se unían a otros grupos o se rearticulaban en nuevas organizaciones. De hecho muchas de las agrupaciones guerrilleras actuales, como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) o el Ejército Popular Revolucionario (EPR) son de algún modo hijas de los grupos de la década de los setenta. Por ejemplo, el Ejército Insurgente de México (EIM) fue desarticulado en 1974, los elementos restantes formaron posteriormente

³² El informe en calidad de borrador presenta inconsistencias, por ejemplo aunque al comienzo se notifican 532, el número de casos de desaparecidos se reduce posteriormente a 436.

³³ La genealogía de los movimientos guerrilleros en México es sumamente complicada de rastrear dada su capacidad de rearticulación, alianzas y sistema compartimentado. Por ejemplo, el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) entrenó a muchos de los grupos guerrilleros, tuvieron relación con el Partido de los Pobres (PDLP) de Lucio Cabañas, la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria de Genaro Vázquez (ACNR) y el Ejército Insurgente del Pueblo (EIP); operaron, además del Distrito Federal, en los estados de Veracruz, Hidalgo, Guerrero, Guanajuato y Michoacán. La Liga 23 de Septiembre absorbió muchos de los grupos guerrilleros, ésta se formó a raíz del Movimiento 23 de septiembre que a su vez recuperó algunos de los elementos del Grupo Popular Guerrillero, precisamente el primer grupo guerrillero de la historia moderna de México que asaltó el cuartel Madera el 23 de septiembre de 1965. Para la historia de los grupos guerrilleros y contrainsurgentes véase Salvador Castañeda, Laura Castellanos, Héctor Ibarra, Verónica Oikon, Jorge Luis Sierra y los apartados 5, 6 y 7 del *Informe Que no vuelva a suceder* de la FEMOSPP.

el Frente de Liberación Nacional (FLN) en 1979, que a su vez se rearticuló como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Cabe matizar que la relación cercana entre distintas agrupaciones, también produjo insalvables diferencias ideológicas y de protagonismo que, aunadas a la falta de autocrítica, prontismo —es decir la toma de acciones sin una estrategia bien pensada—, poco trabajo de masas, falta de estrategia y la negación del número, es decir falta de bases de apoyo, contribuyeron a su estancamiento e incapacidad para enfrentar a los ya desarrollados grupos de choque y contrainsurgentes, lo cual facilitó su desarticulación³⁴.

Los grupos pasaban más tiempo en la revisión de sus problemas internos y en el choque de doctrinas que en la adecuación de su estrategia político-militar a las difíciles circunstancias en las que el gobierno aprendía con rapidez las formas de penetrar y destruir a los grupos guerrilleros. (Sierra, 77)

Por otro lado, a pesar del plan represivo durante los sexenios de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982) y la tecnología en la conformación, entrenamiento y ejecución de los grupos de choque y antiguerrilleros:

Ningún plan gubernamental fue pensado para mantenerse vigente durante 30 años y solucionar el fondo de las insurrecciones agrarias y urbanas del país. La represiva fue la única política gubernamental en torno a las rebeliones campesinas que tuvo un carácter transexenal. (Sierra, 21)

³⁴ Por ejemplo, el grupo de Lucio Cabañas tuvo un distanciamiento con la Liga 23 de Septiembre, mientras que los intentos de acercamiento entre el Frente de Liberación Nacional (FLN), el Frente Urbano Zapatista (FUZ), el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) y Liga 23 Septiembre no tuvieron mayores frutos.

Esto significa que el propio ejército, sujeto a la presidencia y a los vaivenes políticos sexenales, no tuvo control total y produjo el crecimiento de espacios autónomos dentro del propio ejército y la sobrevivencia de algunos grupos guerrilleros debido a una política conveniente de paz social³⁵. Posteriormente, cuando los grupos de choque o contrainsurgentes fueron desarticulados, se unieron a las filas del crimen organizado o del narcotráfico que, ya para la década del noventa, eran poco controlables.

La guerrilla rural, por otro lado, no fue reconocida por parte del Estado, catalogándose simplemente como “roba vacas”, “forajidos” o “criminales”; y en el caso de la guerrilla urbana, sus integrantes eran vistos como “delincuentes”, “subversivos” o “terroristas”. Sierra señala que entre 1959 y 1964 en los archivos del Ejército Mexicano no aparece la palabra guerrilla, y que las acciones del ejército estaban enfocadas básicamente a contener movimientos sociales urbanos como los de los sindicatos o de los estudiantes. Por ejemplo, la infantería fue utilizada para proteger la red ferroviaria, o para operar la red telegráfica y telefónica, así como las instalaciones aéreas durante las huelgas. No es sino hasta 1966 que se menciona una política en las zonas rurales con el plan de Ejércitos Tácticos Guerrilleros (ETG).

³⁵ El ejército mexicano resintió el soslayo deliberado que Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) hizo sobre los informes de la existencia del EZLN en Chiapas, para dar una imagen internacional que favoreciera la firma del Tratado de libre comercio con América del Norte (TLC). Véase Sierra Guzmán.

Una vez más, el fenómeno urbano echó cortina de humo sobre el espacio rural. La atención del gobierno y el ejército a las huelgas laborales y los conflictos estudiantiles demuestra un proyecto de nación dentro de una modernidad urbana, fabril, tecnológica, ya que la mayoría de manifestaciones y huelgas surgieron de sectores obreros, empleados estatales y estudiantes técnicos.

Para cerrar este apartado, quiero destacar que la guerrilla es un tema escondido y negado por las autoridades, inclusive cuando se acepta o se logra mencionar de pasada se trata como si fuera un tema concluido, una problemática que se presentó en el pasado durante la década del setenta. Sin embargo, se debe recordar que en 1988, tras el fraude electoral que llevó a Salinas de Gortari a la presidencia, muchos sobrevivientes de la guerrilla pensaron regresar a tomar armas como única vía de solución. De este modo, no resulta sorprendente la reaparición de las fuerzas subversivas en enero de 1994 bajo la forma del EZLN en Chiapas, ni los grupos armados en Guerrero y Oaxaca como el Ejército Popular Revolucionario (EPR) o el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI). Como tampoco debe sorprender su recrudescimiento actualmente ya que, con una frágil legitimidad, Felipe Calderón (2006-2012) ostenta su presidencia bajo una mano dura de cero tolerancia³⁶.

³⁶ El pasado 21 de agosto de 2008, el gobierno federal presentó el Acuerdo Nacional para la Seguridad, la Legalidad y la Justicia, dándose un plazo de 100 días para presentar los primeros avances en materia de seguridad y lucha contra el crimen organizado cuyo

Como señala Sierra Guzmán, los brotes guerrilleros están lejos de ser destruidos mientras no se atiendan necesidades básicas como pobreza, desigualdad, abuso de autoridades locales, violencia sistemática y falta de respuesta legal de parte autoridades locales y federales. Así la guerrilla resurgirá aunque sea perseguida en una cacería indiscriminada, una guerra sucia o quizás bajo los términos de Agamben, una “guerra civil legal” maquillada de términos como “contrainsurgencia”, “guerra de baja intensidad” o “defensa interna”.

Se trata entonces del aniquilamiento de diversos sectores sociales, no solamente los pertenecientes directamente al levantamiento, no sólo guerrilleros —categorizados como subversivos, criminales—, sino de población civil que se sospeche tenga nexos o simpatía como bases apoyo, el estrato universitario —estudiante o docente—, campesinos, obreros o comunidades de población mestiza y/o indígena.

El borramiento discursivo, que ha sido programático, tiene una serie de implicaciones además del obvio objetivo de desinformar a la opinión pública.

El ocultamiento de la detención, allanamiento, tortura, cárcel clandestina,

objetivo final será visto a lo largo de un programa de tres años. Dentro de los 75 puntos que el acuerdo expone, está la propuesta en materia de reforma legislativa y del código penal para aumentar el castigo y facilitar las operaciones de espionaje en la lucha contra el narcotráfico. No obstante, ONG’s señalaron que dicho acuerdo no entra en materia de derechos humanos, viola garantías individuales, no se consultaron estudios académicos sobre la violencia y el crimen organizado, a la vez que se soslayó por completo el problema de la impunidad. Véase *La Jornada* del 22 de agosto, 2008. Por otro lado, la población civil está sufriendo una guerra de baja intensidad por las constantes revisiones, allanamientos, cateos y levantamientos avalados por un estado de excepción legitimado por la guerra contra el narcotráfico. Los excesos de poder por parte de la policía y ejército han rebasado sin precedentes la violación a los derechos humanos y de los ciudadanos.

ejecución y/o desaparición forzada intenta trazar un *continuum* que sostenga la imagen de un país moderno, desarrollado y estable, cuyas bases se asientan en la Revolución Mexicana como una utopía moderna realizada. Lo anómalo, lo discontinuo, lo residual, es eliminado como si jamás hubiera emergido. El no reconocimiento en el registro o archivo de la memoria oficial es el aniquilamiento simbólico que permite proseguir políticas de represión, romper la imagen de lucha y cualquier empatía o afinidad que tuviera la opinión pública con las demandas de estos grupos.

Contra el olvido, surgieron las narrativas carcelarias y de la memoria que ponen de nuevo en la mesa de discusión la violencia por parte del Estado, conformando un archivo silenciado, un archivo bastardo que simbólicamente contestó con antelación la orden que el ex-presidente Echeverría diera a un reportero al salir de la procuraduría para declarar sobre los crímenes del pasado: “Diles que se callen”.

3.0 ROMPER EL CERCO: LAS NARRATIVAS CARCELARIAS

*-Existe uma seção dos desaparecidos mas nunca vi nenhum desaparecido lá dentro.
Lá passa só tem muita papelada. A seção dos desaparecidos é aí.
Você tá vendo? Não tem ninguém. E como tem papé, né?
A casa tá cheia. Quinze andares de papé, pra nada.
Você sabe ler? - Sei. - Eu não.
Cê pode procurar aí se você quiser.
Mas não é nos papé que se encontra desaparecido.
Pelo contrário, lá que desaparecem.
Orfeu negro*

*...los zapatos están desperdigados, vacíos, y el vientecillo helado
se endulza con el olor de la sangre
y miles de hojas de papel,
iluminadas bajo la luz mercurial,
abandonan en desbandada los cuerpos
para romper el cerco de la muerte
Salvador Castañeda*

En el primer epígrafe, la conversación sostenida entre Orfeu y el intendente de la sección de los desaparecidos en la película *Orfeu negro* (1959) —dirigida por Marcel Camus— bien puede ser vista como la problematización que los movimientos sociales, las subjetividades subalternas y sus prácticas culturales impusieron a la *ciudad letrada* en tanto fuerzas pujantes que desestabilizaron los discursos oficiales y el ordenamiento político de los mismos. Recreando el mito de Orfeo y Eurídice bajo el contexto brasileño, Orfeu pierde a Eurídice en el vértigo del carnaval, quien huye de una fuerza

maligna que la amenaza de muerte³⁷. En su búsqueda Orfeu llega al departamento de policía donde le sugieren buscar a su amada en la sección de los desaparecidos. Aunque la película no tiene un tono explícitamente político, es interesante notar la actualización del mito en el contexto del carnaval ya que se trata de un espacio de excepción en el que el orden es trastocado.

Existe, sin embargo, una diferencia entre el estado de excepción generado por las fiestas periódicas y la transformación del término *iustitium* —la suspensión de todo orden jurídico— al luto público por la muerte del soberano. Mientras las fiestas gozan de una suerte de “anarquía legal” en donde la suspensión temporal de las normas tienen como fin el subvertir las jerarquías jurídicas y sociales —a decir, como una forma paródica de la anomia intrínseca al derecho—, por otro lado el *iustitium* aparece como un modo de recuperación del carácter anómico al ser ritualizado y controlado como luto público³⁸.

³⁷ En el mito griego Eurídice, huyendo de Aristeo, es mordida por una serpiente y muere. Orfeo desconsolado toca la música más triste conmoviendo a dioses y ninfas que le sugieren bajar al Hades y persuadir con su música a Perséfone y a Hades para que Eurídice pueda volver a la vida. La única condición que Hades pide a Orfeo es caminar frente a Eurídice sin voltear la mirada. Orfeo rompe esta promesa y, al momento de voltear a ver a Eurídice, ésta se disuelve en el aire.

³⁸ Agamben señala: “Si la hipótesis de Meuli es correcta, la “anarquía legal” de las fiestas anómicas no se remonta a antiguos ritos agrarios que en sí no explican nada, sino que pone de manifiesto en forma periódica la anomia intrínseca al derecho, el estado de emergencia como pulsión anómica contenida en el corazón del mismo *nomos*” (*Estado de excepción*, 135). Aún más, siguiendo a Karl Meuli, Agamben señala la explosión de estos fenómenos anómicos, de inversión o suspensión del orden con instancias jurídicas arcaicas como *Friedlosigkeit* o la persecución del *vargus*. En esta suspensión de derechos, aquellos con el estigma de bandido o *Friedlos* eran expulsados de la comunidad y sometidos a los más crueles rituales. Por otro lado, no se puede dejar de señalar el trabajo de Mijail Bajtin sobre

Por otro lado, ningún crítico ha podido explicar estas explosiones imprevistas, ya que aparecen en el seno de sociedades organizadas en donde el período anómico es inclusive tolerado por autoridades religiosas y civiles. A pesar de poseer el permiso o estar contemplado dentro del aparato social y legal, el espacio carnavalesco es sumamente rico ya que parodia —en tanto reescritura crítica— los mecanismos de disciplinamiento ejecutados por un poder de estado autoritario. De ahí que el carnaval, en tanto otra forma del estado de excepción, sea un espacio bisagra y pueda, a través del orden trastocado, manifestar la subversión como un estallido de las fuerzas de las bases. Por otra parte, el estado de excepción como luto público constituye un movimiento de recuperación del orden en su institucionalización por la muerte del rey o el emperador; es decir, se evita el tumulto y desorden.

Actualizar el mito griego en el contexto del carnaval manifiesta por un lado, la violencia ejercida en el estado de excepción con el asesinato de Eurídice, amenazada constantemente por una fuerza maligna, así como el planteamiento del problema de los desaparecidos en el contexto latinoamericano. Por un largo pasillo de pisos de mármol y arquitectura decó, el intendente barre papeles tirados por todo el suelo cuando Orfeu llega buscando a Eurídice a la sección de los desaparecidos. La figura del intendente destaca, entonces, las aporías del archivo. En la sección de los desaparecidos sólo hay papel, no hay personas y no es posible encontrarlas.

la cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento, donde describe al carnaval como un espacio de catarsis en el que las jerarquías son invertidas.

Por el contrario, ahí es donde desaparecen. De este modo, quince pisos de archivos es un sinsentido si uno no sabe leer. La cámara enfoca los papeles en el piso mientras el intendente menciona la inutilidad de barrer, si siempre habrá nuevos papeles tirados por el suelo. Esta imagen como tarea interminable de un Sísifo letrado ante la imposibilidad de escribir esa historia subalterna cobra un matiz horrorífico si se establece simbólicamente la metonimia del papel por el desaparecido.

Leer *Orfeu negro* bajo este espectro implicaría que las respuestas no se encuentran en los papeles, que para obtenerlas es necesario bajar a la corriente subterránea de la historia. Así el intendente, quien cobra la función de Careonte, guía a Orfeu por una larga escalera de caracol, descendiendo metafóricamente al Hades, para llevarlo al espacio en el que toda una colectividad pueda ayudarlo a encontrar a Eurídice: el *candomblé*.

Enlazando esta imagen con *Historia de un documento* (1971) de Óscar Menéndez, cuyo objetivo principal fue el de arrancar el testimonio de los presos políticos en México, se puede establecer una similitud ante la necesidad colectiva que, como en el caso del *candomblé*, rehúsa aceptar el ejercicio de poder por parte del Estado. Si los ojos devastados de Orfeu que encuentran el horror y desconsuelo frente a los miles de archivos amontonados y abandonados en un edificio viejo es una imagen muy poderosa en tanto alegoría del exterminio; también lo es el rostro que asoma por la

escotilla de la cruja como una identidad negada —la del preso político—y la sombra de los barrotes en el suelo proyectando en él un cielo recortado³⁹.

Estas últimas imágenes registran la existencia del preso político como un hecho insoslayable, pese a los intentos por silenciar su elusiva e inestable categoría. Este registro ha quedado inscripto ya a distintos niveles, que van desde los documentos y archivos hasta las marcas en el cuerpo social y la memoria colectiva.

En *Orfeu negro* los documentos señalan obscenamente la ausencia, mientras que el segundo epígrafe, tomado de Salvador Castañeda, parece presentar el principio de una resistencia irreductible donde, tras la represión del 2 de octubre, la Plaza de Tlatelolco queda cubierta de zapatos vacíos de cuerpos y solamente los papeles desperdigados, empujados por el viento, logran romper el cerco de la muerte.

Así la elaboración de textos carcelarios en México, escritos o filmados, tienen por objetivo el convertirse en documentos vivos que relaten la historia bastarda y silenciada por los distintos brazos de un aparato de Estado represor. Por tanto, revisar la literatura carcelaria en México necesariamente remite a los textos-testimonio que han roto este cerco.

En este capítulo se analiza la emergencia de las narrativas carcelarias durante el período de la guerra sucia en México, en particular el proyecto de una antología de poesía carcelaria *Sobreviviremos al hielo* de Manuel

³⁹ Véase en el archivo adjunto un corto del documental *Historia de un documento* de Óscar Menéndez.

Anzaldo y David Zaragoza, y la novela *¿Por qué no dijiste todo?* de Salvador Castañeda. En estos textos se observa no solamente el cambio del lugar de enunciación que operan las narrativas carcelarias después del movimiento del 68, sino también sus estrategias para entrar al circuito letrado desde un “entre lugar” y dar cuenta de otras subjetividades silenciadas por la política de un Estado represor. Siendo todos textos sobrevivientes, el hecho de que algunos de ellos se insertaran dentro del circuito letrado mexicano, problematiza las relaciones entre literatura y ficción, así como el oficio literario, que dentro del *canon* era considerado como estricto ejercicio de creación.

Las narrativas carcelarias posteriores a la represión del movimiento del 68 forman parte de un espectro de marginalidad por varios aspectos que esbozaré brevemente: en primer lugar porque quien lo produce en la mayoría de los casos no pertenece a la *ciudad letrada*, con excepción de José Revueltas que es un caso muy particular⁴⁰. En segundo, porque el productor está marcado con un estigma social de transgresión del orden social que difícilmente lo hará un sujeto con legitimidad para “hablar”, aunque en

⁴⁰ La obra de José Revueltas es muy rica y, por ello, quizás junto con Jorge Ibargüengoitia, es difícil de catalogarla dentro de una categoría o generación. En el caso de Revueltas, a pesar de su larga presencia dentro de las letras mexicanas, su obra no formó parte del *canon* y es relativamente reciente su revaloración. Por otro lado, su formación dentro del marxismo no impidió que fuera crítico de la propia izquierda en la que militó; razón por la cual fue severamente censurado dentro del partido. Con todo ello, la narrativa de Revueltas destaca por el desarrollo de un realismo alejado del realismo crítico o de las alternativas avaladas por la izquierda, y dentro de un contexto intelectual en el que el realismo se convirtió en sinónimo de panfleto y en el que la literatura de “creación” o “ficción” fue la forma privilegiada por la institución literaria en México.

algunos casos, la producción del texto literario precisamente permitió su reingreso a la sociedad⁴¹. Y, en tercer lugar, porque se trata de una literatura inundada de elementos extraliterarios que se discutirán a continuación.

Respecto al segundo punto, cabe matizar que los textos mexicanos de prisioneros políticos no cumplen con el rasgo que Saumel-Muñoz señala sobre la persuasión al lector para hacerle creer la inocencia del sujeto carcelario a nivel de simpatías y afectos. Si bien es cierto que los textos carcelarios ofrecen el reverso del discurso oficial, en los textos seleccionados el narrador simplemente se asume en la cárcel centrando el eje de su narración en la lucha por la supervivencia dentro de la vida carcelaria⁴².

Aparecen así distintas temáticas como el contacto del prisionero político con diversos estratos marginales, la reproducción de los modos de organización social, la economía de recursos en la lucha por la sobrevivencia, los problemas con otros reos y guardias, el cambio de modelo carcelario que

⁴¹ El texto literario permite el ingreso del autor a la esfera pública y al aparato de circulación de la *ciudad letrada*; no obstante habría que matizar el modo en que operan los textos carcelarios. Por ejemplo, Gilberto Flores Alavéz —sentenciado por el asesinato de sus abuelos en 1978— publicó su primera novela *Beso negro* en 1992 gozando de gran popularidad por el escándalo que tuvo el asesinato, ya que su abuelo era un destacado político y su abuela escritora que utilizaba el pseudónimo de Ana Mairena. La narrativa de Flores Alavéz, a pesar de ser poderosa y tratar el mundo sórdido de la cárcel, lejos de ser subversiva reproduce un discurso moral disciplinante; muy semejante al que realiza la chilena María Carolina Geel en *Cárcel de mujeres* (1956). Por el contrario, Salvador Castañeda —ex-miembro del grupo MAR— ingresa a la *ciudad letrada* manteniendo una perspectiva sumamente crítica al aparato de poder y los mecanismos coercitivos ejercidos sobre el sujeto carcelario. Para profundizar en la literatura carcelaria no subversiva, véase mi estudio comparativo “Encierros del cuerpo, devenires de la letra: el discurso de lo carcelario” *Casa del tiempo*, núm. 4, 2008.

⁴² Para una tipología de la literatura carcelaria en América Latina véase el artículo de Rafael Saumel-Muñoz, “El otro testimonio: literatura carcelaria en América Latina”, *Revista Iberoamericana*, 1993, 164-65: pp. 497-500.

primó durante la década del setenta, el abuso de poder, la corrupción, torturas y confinamiento psiquiátrico, la revisión del movimiento estudiantil o la acción guerrillera, o genialmente, en el texto de Revueltas “Hegel y yo”, el tratar de recordar el *acto profundo* que lleva a la perfección del crimen⁴³; todo eso menos insistir en la inocencia del crimen impugnado⁴⁴.

En relación con el tercer punto, el hecho de que los elementos extraliterarios inunden la escena literaria implica necesariamente el cuestionamiento de la especificidad literaria basada en criterios puristas y estilísticos. En otras palabras significa asumir lo estético políticamente. Como señala Hugo Achugar lo estético tiene un efecto ideológico que predetermina el horizonte de expectativas del lector.

⁴³ José Revueltas hace una suerte de parodia al materialismo hegeliano ya que el personaje “Hegel” es un asaltante de bancos, sin extremidades y cuyo apodo proviene de la calle en que fue aprehendido en una zona rica de la ciudad de México. En el cuento, Revueltas plantea el problema de la memoria “no como lo que se recuerda sino lo que olvidamos”, por ello, la lucha de la memoria se obstina en recuperar los actos profundos. Éstos los define Revueltas como actos inmemoriales impresos en una memoria profunda. Sin importar que haya habido testigos o no, estos actos profundos no tienen comienzo definido, son aleatorios y no poseen un registro aunque sea un acto consumando, se trata de “la suma de una larga serie de actos fallidos hasta llegar a él” (Revueltas, *La palabra*: 107-108). Cotéjese con el concepto en Althusser de materialismo aleatorio en donde retoma el concepto de *clinamen* en Epicuro: “El *clinamen* es una desviación infinitesimal, ‘lo más pequeña posible’, que tiene lugar ‘no se sabe dónde ni cuándo ni cómo’, y que hace que un átomo ‘se desvíe’ de su caída en picado en el vacío y, rompiendo de manera casi nula el paralelismo en un punto, provoque *un encuentro* con el átomo que está al lado y de encuentro en encuentro una carambola y el nacimiento de un mundo, es decir, del agregado de átomos que provocan en cadena la primera desviación del encuentro.” (Althusser: 33). Este encuentro o tomar consistencia “*prendre*” en francés, tiene gran afinidad con el acto profundo en Revueltas, ya que ambos parten del mismo principio: suceso sin registro, inmemorial y aleatorio.

⁴⁴ A pesar que en la mayoría de los textos carcelarios el ingreso a la *ciudad letrada* se lleva a cabo en la cárcel, es decir comienza el oficio escriturario en la experiencia carcelaria; en los textos de los presos políticos nunca aparece un recurso que insista en la inocencia o bien, que legitime la voz del prisionero. Por el contrario, en *Beso negro* (1992) de Gilberto Flores Alavéz el recurso de persuasión se reitera desesperadamente apelando al discurso legal y psicológico en el prólogo y apéndices que acompañan la novela.

El efecto estético, y podríamos agregar el placer estético es un efecto ideológico. [...] Lo que sucede en el caso del discurso literario de la modernidad es que hay un nivel ideológico que aparece como operando a nivel estético y postulando, implícitamente, una eventual autonomía de lo estético. Pero la propia ideología (la de la comunidad interpretativa que es interpelada y que, a la vez, interpela) propone una determinada noción de lo que es literatura diseñando el espacio/los límites/el horizonte del placer (Achugar, 156).

Siguiendo a Jacques Rancière, la política de lo estético está afectada por estructuras que establecen la “distribución de lo sensible”, la cual como estructura *a priori* determina la racionalización de tiempos, espacios, participación y formas de distribución de las partes que lo componen.

La distribución de lo sensible revela quién puede tener parte en lo que es común a la comunidad basado en lo que se puede hacer o en el tiempo y espacio en el cual esta actividad es llevada a cabo. [...] Esta estética no debe ser entendida como el perverso mandato de la política por el deseo del arte, por la reflexión de las personas que trabajan el arte. [...] Es una delimitación de espacios y tiempos (nota 14), de lo visible e invisible, de discurso y ruido, que de manera simultánea determina el lugar y apuestas de la política como una forma de experiencia. La política gira en torno a lo que es visto y lo que puede ser dicho al respecto, sobre quien tiene la habilidad de ver y el talento de hablar, sobre las propiedades de los espacios y las posibilidades del tiempo. (traducción mía, *The politics of Aesthetics*, 11-12)

La reflexión de Rancière puede ser trasladada al cuestionamiento tanto de lo que se considera literario, como el cuestionamiento de la autoridad para definir lo literario; de este modo, considerar la política de lo estético es enunciar mediante la subversión de ese espacio constituido —lo que en otros términos sería la *ciudad letrada*— no solamente un testimonio de hechos o un análisis, sino también operar un cambio en la distribución de lo sensible. Por lo tanto, en estos textos el trabajo de lenguaje, la construcción de la memoria,

las estrategias de narración, los vacíos y silencios cobran una dimensión distinta al entrar y contaminar al espacio literario canónicamente construido.

Esta irrupción o lo que he llamado “asalto a la ciudad letrada” me parece sumamente importante ya que, si bien la literatura carcelaria no se inaugura con el movimiento estudiantil o a partir de su represión, sí es posible detectar una mayor producción que operó un cambio en el lugar de enunciación, aunque no formara parte del canon mexicano. Con la emergencia de estos textos se puede afirmar que no se escribe más sobre la cárcel, sino desde la cárcel⁴⁵.

Anteriormente, los intentos de describir la vida carcelaria en el México del siglo XX comienzan en las Islas Mariás, un pequeño archipiélago de islas situadas en el Pacífico cercano a las costas de Nayarit⁴⁶. *La isla* (1938) de Judith Martínez Ortega es una suerte de reporte descriptivo de la vida en las islas, hecha por una mujer que trabajó como secretaria del director del penal.

⁴⁵ Por citar algunos textos posteriores al movimiento del 68 se encuentran: *El apando* (1969) y el cuento “Hegel y yo” en *Material de los sueños* (1974) de José Revueltas revisitando el tema carcelario; *Los días y los años* (1971) de Luis González de Alba, *Círculo vicioso* (1974) obra de teatro de José Agustín, *Los murmullos* (1975) de Jorge Portilla Livingston que incorpora el pabellón psiquiático de la cárcel, *Beso negro* (1992) de Gilberto Flores Alavéz, y los textos a analizar en este capítulo *¿Por qué no dijiste todo?* (1980), *Sobreviviremos al hielo* (1988), *Los diques del tiempo (diario desde la cárcel)* (1991), reeditado en 2004 bajo el título *Diario bastardo*. Posteriormente aparece el premio literario Buzón Penitenciario de relatos escritos por presos, así como diversos proyectos de talleres y publicaciones hechos por reos; entre ellos se encuentran: *Mujeres de Oriente* (2002) de Josefina Estrada, y la publicación de la asociación Documentación y Estudios de Mujeres (DEMAC) *Bajo condena* de Alexa *et al.*

⁴⁶ Quizás la presencia de las islas en la primera mitad del siglo XX en la literatura — antes que Lecumberri—, se explique por el horror que causó el estigma del exilio, pese a que la asignación de las islas como cárcel en 1905 fue posterior a la inauguración de la Cárcel Preventiva de Lecumberri en 1900, obra que coronó el régimen de Porfirio Díaz con un modelo carcelario moderno. Frente al modelo panóptico de Lecumberri, ir a las islas era literalmente ser expulsados de la sociedad, como sucedió hasta el siglo XIX con la prisión de San Juan de Ulúa en el Puerto de Veracruz.

Una segunda aparición del espacio carcelario de las islas corresponde al proyecto de guión cinematográfico de Martín Luis Guzmán, para el cual hizo una visita a las islas en 1940. No obstante, el proyecto no se concretó y fue publicada *Islas Mariás* hasta 1959 con una serie de correcciones y un subtítulo “novela y drama” que explica la narrativa en escenas cortadas.

El proyecto de Martín Luis Guzmán prácticamente es una novela de tesis en la que critica agudamente el sistema penitenciario en México, las condiciones infrahumanas y el tratamiento de los presos; por ello la novela propone la erradicación del castigo físico. Propugnando por un sistema moderno —recuérdese que Foucault no solamente señala el nacimiento de la cárcel, sino también su sintomática rearticulación y perfeccionamiento—, dramatiza la necesidad de un cambio a través de la lucha entre personajes antagonistas que representan las fuerzas del orden, civilización y humanidad *versus* la barbarie, ignorancia y las bajas pasiones⁴⁷. Es indiscutible el talento y agilidad narrativa de Martín Luis Guzmán, pero para nuestra agenda resulta un texto que aborda lo carcelario desde arriba, desde la

⁴⁷ La pareja protagonista, la “Inspectora” del sistema penitenciario que visita las islas y el “Profesor” preso político al que se inculpa del asesinato del presidente electo por ser opositor, son personas educadas y comprometidas para construir espacios justos dentro del marco de la ley. Por otro lado la pareja antagonista, compuesta por “el Chora” y Rosa Platas permanecen en un plano moralmente inferior pues ambos asesinaron por razones pasionales. Pese a las reformas llevadas a cabo en el penal, el motín y la renegociación de la libertad del “Profesor” por ayudar a la rendición de los amotinados, los mundos antagonistas permanecen separados en un orden bastante predecible. Es imposible para Rosa Platas o “el Chora” acceder a un amorío con sus antagonistas, por lo que se vuelven cómplices tramando su asesinato antes de que contraigan matrimonio el “Profesor” y la “Inspectora” y salgan libres de la isla. Rosa Platas se arrepiente, es asesinada por “el Chora”, pero logra dar aviso para que prevengan a los novios del inminente peligro. “El Chora” por su parte al confrontar su pasado decide colgarse de un árbol.

apuesta por una planeación y reestructuración basada en un proyecto penitenciario de reintegración social y humana, pero no dando cuenta de los mecanismos de poder que lo atraviesan. La aparición de personajes marginales decora el proyecto, provee de argumentos, pero jamás señala las subjetividades que están en juego.

Entre tanto José Revueltas había publicado ya *Los muros de agua* (1941) abordando la vida interna de los presos en las Islas Marías. Por supuesto el caso de Revueltas es muy especial puesto que en primer lugar se integra de un modo particular a la *ciudad letrada*, podríamos llamarlo un “intelectual orgánico”. En segundo lugar porque quién mejor que Revueltas para hablar de la cárcel si él mismo conoció, desde dentro, los distintos modelos penitenciarios desde Santiago Tlatelolco, la cárcel de Belem, hasta las Islas Marías y Lecumberri, entre otras⁴⁸. Posteriormente en *El apando* (1969) Revueltas toca de nuevo el tema carcelario, pero esta vez desde el preso común y no desde el preso político. La cárcel en *El apando* no sólo reproduce las relaciones de la sociedad hacia el interior, sino que en un momento de retorsión, Revueltas hace extensiva las relaciones carcelarias al resto de la sociedad. Álvaro Mutis, por su parte, publica *Diario de Lecumberri*

⁴⁸ *Los muros de agua*, también novela de tesis, muestra que no hay salida ni solución a la tortura del presidio más que por medio de la muerte. En este caso, se introduce a los presos políticos de un modo más incisivo y no tanto como el papel del “Profesor” que aparece como reformista y víctima. En Revueltas, los presos políticos caen en desgracia al ser trasladados a las islas, incluyendo a Rosario, figura femenina protagonista. La novela cierra cuando el único hombre que alberga la esperanza de escapar, hombre del pueblo de complexión fuerte y atlética, “El Miles”, aparece en la playa devorado por los tiburones. Los presos políticos entonces no tienen otra opción que resistir y esperar.

(1960) describiendo la vida en el interior del penal, la corrupción y las drogas; sin embargo, a pesar de su experiencia carcelaria, el narrador siempre guarda bastante distancia de los presos⁴⁹.

Como se ha señalado anteriormente, tras la represión del movimiento estudiantil del 68, apareció no sólo una mayor cantidad de textos publicados, sino que se detecta un cambio en la narrativa que dejan de ser anotaciones antropológicas sobre la cárcel o descripciones comprometidas y preocupadas por la marginalidad y la delincuencia, pero en las que la propia voz narrativa sigue siendo exógena y no se explora la perspectiva de internalizar el confinamiento carcelario⁵⁰.

La mayor producción de narrativas carcelarias tras el movimiento del 68, coincide con el aumento progresivo de la represión de estado ante la incapacidad de resolver necesidades básicas y de negociar con los diversos movimientos sociales desde la década del cincuenta. Este hecho es claro indicador de un cambio en la arena política, en el que las distintas luchas — cuyo espacio originalmente era el ámbito social, político y jurídico— son trasladadas al texto literario como un repliegue de fuerzas en un último

⁴⁹ Ryan Long dedica un artículo a la estrategia de un narrador objetivo en la obra de Mutis, en el que precisamente el distanciamiento le permite describir mejor la experiencia carcelaria. Es cierta esta distancia en Mutis, aunque no coincido con Ryan Long, en la comparación que establece con el texto de Luis González de Alba *Los días y los años*, con la idea de que exista un narrador objetivo, ni mucho menos este mecanismo sea privilegiado para representar el mundo carcelario.

⁵⁰ José Revueltas como siempre deberá ser considerado un caso especial ya que desde su primera novela *El luto humano* (1943) consigue desarrollar un tratamiento del realismo con tintes muy particulares que exceden las alternativas del realismo crítico o el realismo socialista y que influyó determinadamente a las generaciones jóvenes de narradores de las décadas del sesenta y setenta.

intento por hacerse visibles. De este modo, las narrativas carcelarias forman parte de una táctica desterritorializadora de los discursos disciplinantes que, enclavadas en el seno de la institución de lo literario, desestabilizan los conceptos de nación, ciudadanía y sujeto delincencial.

De ahí la importancia de exponer los proyectos que rodearon la producción de los textos y la economía de recursos que utilizaron para su inserción en el circuito literario. Tanto la antología de literatura carcelaria *Sobreviviremos al hielo* (1988) de Anzaldo y Zaragoza, como la novela *¿Por qué no dijiste todo?* (1980) y el diario de cárcel *Los diques del tiempo* (1991) de Salvador Castañeda, tienen muchas semejanzas en tanto proyectos contestatarios. Por ejemplo, ambos proyectos denuncian la represión, la cárcel y un sistema de gobierno autoritario, así como una sociedad injusta e inmoral; en ambos casos se trata de sujetos politizados no pertenecientes a la élite letrada; la escritura se gesta en la persecución y pertenecen a un lugar “entre medio”. No obstante, los tres textos tienen historias, destinos y visibilidades muy distintas; lo cual permite establecer ciertas hipótesis sobre la intromisión de estas voces a un circuito letrado, sus estrategias de resistencia y negociación dentro del poder hegemónico.

Ambas escrituras padecieron la persecución debido a los constantes cateos, maltrato y tortura de la DFS; no obstante, *Sobreviviremos al hielo* difiere de los textos de Castañeda ya que básicamente el género que aborda es poesía y no narrativa, por un lado, y, por otro, incluye un proyecto visual con

grabados⁵¹. Cabe destacar que este proyecto establece una complicidad de resistencias más allá de un espacio geográfico “nacional”, influido obviamente por la diseminación de la lucha de izquierda en todo el mundo. Un ejemplo de ello es que muchos fragmentos fueron publicados en diversas revistas en San Francisco, Karlsruhe o Milán antes que en México. Otro ejemplo es que Anzaldo y Zaragoza incluyen no solamente los escritos de los presos políticos en Lecumberri o en otros reclusorios en México, sino también, algunos textos de presos políticos en España y Mozambique⁵². Aún más, incorporan a la antología un fragmento del poema “El hombre acecha” de Miguel Hernández, junto con la poesía colectiva generada en la crujía “O” de la cárcel de Lecumberri llamada “Poesía (in)necesaria” del Colectivo El Yacaré.

Esto es significativo no solamente como indicador de la búsqueda de distintos medios de expresión y de coincidencias de lucha en distintas geografías, sino del derecho de apropiación y reelaboración de una cultura de resistencia por parte de ciudadanos no “legales” de la república de las letras; aunque es poco probable que el proyecto persiguiera una carta de ciudadanía. Estos textos carcelarios destacan entonces por su frescura y la inminente necesidad de instaurar su discurso profundamente político dentro del ámbito

⁵¹ Casi todos los grabados son de Alfredo de la Rosa, que se encuentra recluso, y Alfonso Anzaldo, hermano de uno de los coordinadores de la antología, que sin embargo no es recluso. Los únicos textos narrativos son un cuento sin título de Castañeda y el relato “Efímero safari” de Roberto Sánchez Ensh. Véanse en el apéndice algunos grabados incluidos en la antología de poesía carcelaria.

⁵² Entre éstos se encuentra Samoa Moisés Machel, Secretario general del Frente de Liberación de Mozambique y Alfonso Sastre, encarcelado en Carabanchel en 1973, por ser miembro del grupo ETA.

de lo literario, una vez que los espacios en la arena política se estrecharon por la censura, la persecución y el confinamiento carcelario.

Como narran en el prólogo Anzaldo y Zaragoza, el proyecto estaba casi listo para ser impreso en los talleres del reclusorio en 1977; sin embargo, un repentino traslado a otro reclusorio lo echó abajo, perdiendo algunos de los trabajos mecanografiados y todo el trabajo en las placas y linotipos. Como señalan los compiladores, bajo unas condiciones extremas de producción, el traslado tenía una dimensión desastrosa, era perderlo todo y comenzar prácticamente de nuevo una larga carrera de obstáculos.

Un traslado en la cárcel significa empezar nuevamente desde cero, cambiar de residencia quiere decir que todo lo aprendido acerca de las minucias de la convivencia carcelaria y todo lo logrado a base de estiras y aflojas sutiles y constantes se desvanece como el humo y nuevamente hay que recomenzar todo, empezar por la fajina, el trabajo semiesclavo, y buscar acomodo en la estructura social rigurosamente jerarquizada de la cárcel. Aunado a esto cuando hay un traslado el sujeto en cuestión es notificado 10 o 15 minutos de anticipación y sólo puede llevar lo que pueda cargar en la mano. Por lo mismo todo se perdió, placas, negativos, pruebas, papel, tiempo de máquinas y sobornos pagados, todo se perdió menos el original aunque incompleto. (Anzaldo, 13-14)

La literatura carcelaria, como señala Saummel-Muñoz, es una especie de 'otro testimonio', ya que narra el fracaso de los proyectos políticos que se han querido implantar en América Latina; se gesta en circunstancias extremas, en la celda, a escondidas, en una sociedad intolerante o en el exilio; se trata de una literatura perseguida y punible que expresa las voces castigadas. Producida desde el encierro carcelario —entiéndase como lugar de

enunciación—, posee una matriz testimonial que en la mayoría de los casos es presentada como ficción.

Sin embargo, es importante destacar que en el contexto mexicano, como se mencionó en el capítulo anterior, el peso del testimonio no es tan grande como la salvífica apelación al género novelesco o simplemente texto de ficción basado en datos reales. En este sentido, a pesar de introducir fuertes elementos autobiográficos, estos textos se presentan como lo que Revueltas llamaba “realidad literaria”⁵³.

Salvador Castañeda, por su parte, destaca en *Los diques del tiempo* lo complicado que era escribir en la cárcel en circunstancias tan adversas, desde conseguir papel y pluma, hasta esconder los textos cada vez que entraban a catear la crujía. El texto que comenzó con una cronología estricta, sin mayor pretensión, con el tiempo, las dificultades y las pérdidas de textos se convirtió para Castañeda en un archivo escrito del pasado, no en un diario porque, como señala él mismo, la vida en la cárcel no tiene muchas sorpresas y también porque muchas de las notas se perdieron:

Lo que se registra corresponde tal vez a una séptima parte del tiempo que duró nuestro encierro. Encajonados por tal circunstancia, tomar notas aquí dentro exigía inflexibles medidas de seguridad no tanto por la vigilancia interna o los registros repentinos celda por celda espulgando todos los rincones (incluso en nuestros pliegues) en busca de cualquier cosa por escrito; no tanto por eso como por las incursiones que hacen a la

⁵³ José Revueltas en su planteamiento del realismo materialista señala, entre otras cosas, la necesidad de respetar la realidad literaria, es decir, apelar al efecto de verosimilitud y discriminar, seleccionar o dilucidar de la realidad su movimiento interno, su lado “moridor”. Véase Revueltas, “A propósito de *Los muros de agua*”, p. 18-19.

cárcel tanto la Judicial Federal como los cuerpos antiguerrilleros, que no se limitan a la búsqueda sino a la tortura... (*Los diques del tiempo*, 9)

Como sucede con todo texto perseguido, del diario de cárcel de Castañeda quedaron seis partes dispersas entre distintos camaradas, y éstos a su vez fueron redistribuidos en varios reclusorios. Algunas notas jamás se recuperaron y su destino es tan incierto como el de algunos compañeros caídos o desaparecidos. En este sentido, textos y cuerpos se enlazan más allá de lo metafórico, ya que ambos comparten destinos, se trata de textos-cuerpos sobrevivientes, textos marginales que lograron colocarse, aunque en pequeña circulación, dentro del circuito letrado, cuerpos que sobrevivieron la muerte y la tortura dentro de un espacio persecutorio, estrecho y censurado para la vida y el activismo políticos.

Aproximadamente seis partes del total de las anotaciones, frente a la búsqueda y el saqueo por parte de los cuerpos represivos del estado, se hizo necesario diluirlas en varias ocasiones durante cinco años y medio. [...] Tal vez todas las partes libraron los filtros o sólo algunas, eso no se sabe. De todo esto (visto ahora) la pérdida más sensible es una gran parte de lo sucedido en Lecumberri. En la cárcel el espacio se reduce al máximo (¿o al mínimo?) como castigo. El mundo se cierra apareciendo de pronto más pequeño. La incidencia de tal encajonamiento opera sobre el individuo cambios notables que lo obligan a cerrarse también como si en realidad se adaptara al monstruo que puede devorarlo. La soledad escondida y el espacio oscuro resultaron el marco para hacer estas anotaciones que son *la bitácora del reptar del tiempo sobre nuestra conciencia*. (énfasis mío, *Los diques del tiempo*, 9-10)

Y esta especie de bitácora a la que refiere Castañeda posee una fuerte carga testimonial, inclusive a esta serie de textos podría llamárseles

testimonios, sin embargo no aparecen publicados bajo este género⁵⁴. Y este hecho es importante ya que —sin compartir un criterio purista—, solamente pudieron circular bajo la ambigua etiqueta de “creación” en la que las referencias autobiográficas, denuncias y carácter testimonial quedaron prudentemente escamoteadas bajo el concepto de “literatura” como un mundo replegado de creación y autoreferencialidad; aún cuando se supiera a veces que lo escrito en las páginas poseía un innegable referente a la realidad. Este filtro en parte gubernamental, en parte por los juicios de valor que tradicionalmente maneja la institución literaria en México, indudablemente influyeron en la incorporación de los textos al circuito letrado, más allá de su “calidad literaria”.

El proyecto *Sobreviviremos al hielo* finalmente vio la luz once años después con un tiraje de dos mil ejemplares y publicada por una editorial ahora desaparecida. Por su parte, Castañeda ganó con *¿Por qué no dijiste todo?* el premio Juan Grijalbo de novela en 1979 y fue publicado por Grijalbo en 1980 con un tiraje de diez mil ejemplares. Años después, la novela fue reeditada en 1986 por la colección Sep Setenta de la Secretaría de Educación Pública (SEP) con un tiraje de treinta mil ejemplares.

El diario de cárcel *Los diques del tiempo* de Castañeda tuvo que esperar casi 11 años para publicarse en Difusión Cultural de la Universidad

⁵⁴ Por otro lado, se debe recordar que una de las definiciones del género destaca que el testimonio es elaborado por el testigo o sujeto subalterno así como por la labor mediadora del intelectual que, como en el caso de Elizabeth Burgos o Miguel Barnet, imprimen su huella en el texto. Sobre testimonio véase John Beverley y Hugo Achugar.

Nacional Autónoma de México (UNAM) con un tiraje de mil ejemplares. Y en una reciente y segunda edición, también con un tiraje de mil ejemplares y auspiciada por el Gobierno del Estado de Coahuila, aparece bajo el nombre de *Diario bastardo* (2004). Sin embargo, no logra ponerse en circulación hasta el 2006 cuando fue presentado en el Archivo General de la Nación (AGN), edificio que anteriormente albergó a la cárcel de Lecumberri. Estos datos, más allá de un recuento erudito me parece que arrojan luz sobre las políticas de publicación y la elocuencia de los silencios, así como los modos de negociación dentro del discurso hegemónico⁵⁵.

Sobreviviremos al hielo presenta tres notas que anteceden al texto: la de los editores, de los compiladores y de otro recluso en las cuales se explica brevemente el proyecto. Me interesa destacar la importancia de las notas para dar sentido a los textos, ya que aportan elementos y demandas “extraliterarias”. Pareciera entonces que los textos *per se* no logran derrumbar la sutil línea entre lo estrictamente literario y el compromiso social del arte. Este hecho más que error o poca eficacia de los textos, pone de manifiesto la exclusión y silencios que ejerce la institución de lo literario sobre manifestaciones que por naturaleza no tendrían derecho a tener una

⁵⁵ Sobre el tema del movimiento estudiantil existe bastante bibliografía que analiza el movimiento a través de textos literarios, antologías, libros de memorias, incluyendo el testimonio de Elena Poniatowska; situación completamente opuesta a la de la guerrilla y la guerra sucia, salvo recientes publicaciones y material editado por los propios participantes, mismo que es urgente localizar y revisar detenidamente.

voz⁵⁶. Por ejemplo, los editores particularmente destacan el reconocimiento que debe hacerse a un sector de la sociedad y a su producción literaria que no puede ser soslayada; y, por otro, el hecho de no juzgar los actos de los presos:

La obra se publica, pues se cree representativa de una clase especial en nuestra sociedad: el preso político; y la forma literaria también sería un apartado especial en las letras: literatura carcelaria. Estos han sido los únicos principios que se observaron para promover los trabajos editoriales. No se pretende avalar hechos realizados por unos y reprobados por otros, sino incursionar en un campo existente *per si* [sic] y por lo mismo meritorio de tomar en cuenta. Esperamos que el lector se encuentre de acuerdo con los principios expuestos, al concluir la lectura de la obra, ya que nosotros nos hemos convencido de la validez de los mismos. (en Anzaldo, 11)

Los compiladores, por su lado, reconstruyen la historia de la publicación mencionada anteriormente e incluyen la lista de miembros de distintos grupos guerrilleros como el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), Grupo Lacandones, Unión del Pueblo (UP), Frente Urbano Zapatista (FUZ), Partido de los Pobres (PDLP), Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) entre otras⁵⁷. La tercera nota a cargo de Bartomeu Costa Leonardo señala que el proyecto tiene como objetivo dar testimonio y dejar constancia, en su paso por el mundo, de todos los ex-guerrilleros de los reclusorios en el Distrito Federal, ya que con la publicación de la antología a diez años de decretada la

⁵⁶ Anteriormente se ha señalado el concepto de “distribución de lo sensible”. Rancière lo ejemplifica en Aristóteles, que descarta de la *polis* al artesano por no tener tiempo para dedicarse a las cuestiones de la *polis*. De este modo, se establece una distribución de las funciones en las que el artesano queda fuera. Esa estructuración predeterminada es precisamente la “distribución de lo sensible” que establece las voces y también los silencios. Véase Rancière, p. 11-12.

⁵⁷ La proliferación de grupos armados, emparentados, independientes o en acciones coordinadas con otros desde la década de los sesenta es bastante amplia, véase nota 33.

Amnistía, es un modo de dar reconocimiento a los luchadores comprometidos y a los asesinados.

Costa Leonardo asimismo destaca que los textos son prácticamente recopilados en las condiciones más adversas, no son representativos de todos los presos políticos de la época, ni tampoco hay una selección literaria que privilegie el estilo, simplemente es la recopilación de aquellos que escribieron en la cárcel y que trataron de “modificar las relaciones existentes en nuestro país”. De este modo se trata de un ejercicio de la memoria colectiva en contra del silencio y olvido institucional que se ha impuesto sobre el preso político, particularmente aquél que participó en la guerrilla. A manera de una declaratoria de “nunca más” en Argentina, este párrafo encierra el horror no solamente de la violencia ejercida contra un sector disidente de la población, sino el confinamiento al olvido por parte del discurso oficial, político, histórico y literario.

Creemos que esta etapa fue definitiva para la historia de este país y que no debe ser ocultada ni minimizada y mucho menos olvidada, para que el imperio del terror no vuelva a ensombrecernos como a veces parece que quiere, a juzgar por los últimos acontecimientos. (en Anzaldo, 19)

Las narrativas carcelarias entonces tratan de la negociación del poder mediante la letra por distintas estrategias discursivas como la persuasión, los efectos de verosimilitud y los objetivos de veracidad, entre otros. De este modo, el espacio literario se convierte en el espacio simbólico y de negociación, recusación o desestabilización del poder. Es decir, lo literario sustituye los espacios sociales y políticos negados automáticamente por

tratarse de sujetos estigmatizados bajo la categoría de crimen, subversión de la ley o conductas antisociales. Por otro lado, es importante considerar que las narrativas carcelarias, por el sólo hecho de gestarse en el confinamiento, no necesariamente sostienen un discurso contra-hegemónico, a pesar de generarse en espacios de marginalidad⁵⁸.

Para distinguir entonces los discursos carcelarios, sería necesario diferenciar las formas de negociación con el poder y, precisamente, aquí radicaría su condición de resistencia desde la marginalidad o subalternidad, en el sentido de que dentro del sistema de poder hegemónico estas prácticas resistentes elaboran operaciones de quiebre, fisuras y retorsión, más no su convalidación ni legitimidad. Como señala Prakash:

... la subalternidad irrumpe dentro del sistema de dominancia y marca sus límites desde dentro, que su *externalidad* a los sistemas dominantes del conocimiento y poder emerge *dentro* del sistema de dominancia, pero solamente como una intimidación, como un trazo de lo que elude el sistema dominante. Es esta existencia parcial, incompleta, distorsionada lo que separa al subalterno de la élite. Esto significa que el subalterno presenta posibilidades contrahegemónicas no como una otredad inviolable desde el exterior, sino desde dentro del funcionamiento del poder, forzando contradicciones y dislocaciones en el discurso dominante, y proporcionando fuentes para una crítica inmanente. (Prakash, 62)

Las narrativas carcelarias contra-hegemónicas se pueden reconocer precisamente en el modo en que se lleva a cabo este asalto a la *ciudad*

⁵⁸ Tal es el caso de las novelas como *Beso negro* (1992) de Gilberto Flores Alavéz en México o *Cárcel de mujeres* de María Carolina Geel en Chile. Ambas, aunque separadas por tiempo y geografía, aprovechan el uso de la letra para reinsertarse socialmente ejerciendo a su vez la mirada panóptica sobre otros sujetos marginales. Véanse notas 41 y 44, para un análisis de *Cárcel de mujeres*, véase Diamela Eltit.

letrada; es decir, al producir estas dislocaciones dentro del discurso dominante. Es entonces desde dentro de la institución de lo literario, que estas bastardías toman la pluma para elaborar contradiscursos que evidencien el quiebre de un sueño de modernidad, particularmente tras la represión del 68 y 71. Como se señaló anteriormente, después del 2 de octubre la comunidad intelectual volcó los ojos sobre la represión tan salvaje por parte del Estado e inmediatamente plasmó en la escritura su rabia e indignación⁵⁹. En este sentido, Sara Sefchovich, señala que precisamente el movimiento del 68 y su represión devolvió a escritores e intelectuales al compromiso social y a la estética del realismo. Por otro lado, Ivonne Gutiérrez señala que el carácter de denuncia de la narrativa del 68 es uno de los rasgos principales de estos textos como un modo de legar un testimonio:

Los testimonios literarios hubieran desaparecido como los cuerpos fueron enterrados por un gobierno que mantuvo impune a los responsables, que guardaría con celo los archivos y los nombres de los estudiantes involucrados. Pero la literatura se compromete a correr el riesgo de denunciar lo que los ojos que aún sobrevivieron, captaron y procuraron plasmar en el papel, a pesar de que esta labor en aquel momento, sometiera al escritor a huir de las persecuciones que concluían en la cárcel, la tortura o la muerte. (*Entre el silencio y la estridencia*, 13)

⁵⁹ Entre las primeras manifestaciones por supuesto destaca el trabajo de recopilación y periodístico de Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco* (1971), así como las narraciones y poesías de diversos autores como Juan Bañuelos, Rosario Castellanos, José Emilio Pacheco, Fernando del Paso, Octavio Paz, José Revueltas y Jaime Sabines, o de generaciones más jóvenes como Marco Antonio Campos, Elsa Cross, Thelma Nava, Agustín Ramos y Gerardo de la Torre, entre tantos más. Para una tipología del ciclo de Tlatelolco véase Aralia López y Gonzalo Martré; para una revisión de textos véase las antologías de Ivonne Gutiérrez y de Marco Antonio Campos.

Sin embargo, en mi análisis se consideran voces pertenecientes a una esfera no autorizada, no perteneciente a la *ciudad letrada*. Si bien las figuras paradigmáticas de José Revueltas, para las letras, y José Alfaro Siqueiros, para las artes plásticas, fueron un hito en el giro que la intelectualidad daría posteriormente hacia la lucha social —contemplando por supuesto como uno de los factores decisivos la grave herida e indignación que causó la masacre del 2 de octubre—; la antología de Anzaldo y Zaragoza, así como los textos de Castañeda abordan la marginalidad carcelaria por razones políticas que, en particular, se sitúan en lo que Homi Bhabha describiría como un espacio de ‘entre medio’, ya que:

Estos espacios “entre medio” proveen el terreno para elaborar estrategias de identidad (singular o comunitaria) que inician nuevos signos de identidad, y sitios innovadores de colaboración y cuestionamiento, en el acto de definir la idea misma de sociedad. (Bhabha, 18)

Estas narrativas, teniendo un origen “bastardo”, lograron colocarse dentro del circuito letrado, aunque en muchas ocasiones lo hicieron en editoriales independientes o bien fueron publicadas con recursos propios. El caso de Salvador Castañeda es una excepción al ganar el premio Grijalbo en 1979 y obtener un amplio tiraje posteriormente en la colección SepSetenta; no obstante, se puede señalar que incluso la novela de Castañeda se sitúan en un espacio “entre medio” ya que no formó parte del canon literario⁶⁰.

⁶⁰ Pese al relativo éxito de la novela de Castañeda, ésta pasó prácticamente desapercibida por la institución literaria en México, al igual que la literatura carcelaria; tampoco formó parte del canon, ni fue considerada en los diseños curriculares de literatura

Ahora bien, ¿cómo logran elaborar las narrativas carcelarias desde un lugar de “entre medio” un nuevo signo de identidad que anteriormente no había sido detectado o elaborado por las instancias literarias? Pakrash abre una nueva perspectiva para observar al sujeto subalterno no como un objeto de estudio pasivo y desde la cómoda posición de una externalidad. Es decir, verlo como una otredad impenetrable, inviolable, exótica; sino como un sujeto activo que se introduce dentro del discurso hegemónico para alterar, sabotear y distorsionar el funcionamiento de este último. Ahí es donde señala Pakrash las posibilidades contra-hegemónicas, desde una perspectiva de negociación activa. Y, en este punto, no es posible dejar de mencionar el trabajo de Silvano Santiago precisamente sobre las prácticas descolonizadoras en el contexto latinoamericano. En su ensayo “O entre-lugar do discurso latinoamericano” abre el debate con un epígrafe de Antonio Cândido que a la manera de una fábula plantea la capacidad de subversión del subalterno.

O jabuti que só possuía uma casca branca e mole deixou-se morder pela onça que o atacava. Morder tão fundo que a onça ficou pregada no jabuti e acabou por morrer. Do crânio da onça o jabuti fez seu escudo. (en Santiago, 11)

Simbólicamente así como la tortuga que hace del cráneo del jaguar su escudo, América Latina ha utilizado las formas y epistemología occidental

mexicana en el sistema educativo. Por otro lado, se debe señalar que muchas de las iniciativas oficiales de publicación adolecen de un serio problema de distribución y una falta de coherencia en la política editorial, ya que ésta se encuentra sujeta a los vaivenes políticos sexenales. Los libros generalmente se quedan confinados en las bodegas por mucho tiempo e incluso son destruidos cuando falta espacio para almacenarlos. Esto coloca a la novel a *¿Por qué no dijiste todo?* en un lugar marginal pese a la conquista que representaron sus tirajes.

para crear su propia expresión a través del desvío de la norma y de la problematización del discurso eurocentrista.

A maior contribuição da América Latina para a cultura ocidental vem da destruição sistemática dos conceitos de *unidade* e de *pureza*. [...] A América Latina institui seu lugar no mapa da civilização ocidental graças ao movimento de desvio da norma, ativo e destruidor, que transfigura os elementos feitos e imutáveis que os europeus exportavam para o Novo Mundo. [...] Falar, escrever, significa: falar contra, escrever contra. (Santiago, 18-19)

Con la noción de “o entre-lugar”, Santiago destaca la función contestataria y cuestionadora del discurso civilizatorio sobre América Latina. Así, desde un “entre lugar” y con una capacidad de respuesta creativa inusitada, las manifestaciones literarias y culturales latinoamericanas han destruido el concepto de universalidad, pureza y superioridad de la civilización occidental. Trasladando este concepto a la problemática del subalterno, se puede establecer una analogía en la que el sujeto, desde su condición de subalternidad pensada ésta como un “entre lugar”, tiene la capacidad de respuesta para cuestionar, desde dentro al discurso hegemónico, convirtiéndolo en su propio escudo como la tortuga hiciera con el jaguar.

Regresando al análisis de las narrativas carcelarias y su capacidad de circulación dentro del espacio letrado, la novela *¿Por qué no dijiste todo?*, fue un caso paradigmático ya que inmediatamente entró al circuito letrado. Quizá una de las razones más fuertes haya sido la estrategia utilizada por el autor para dejar su registro testimonial, archivo vivo, bajo la categoría de “creación literaria”. En este sentido, la tensión entre testimonio y ficción,

hace que en el texto se reflexione sobre los efectos de verosimilitud y veracidad, y aparezca entonces la meta-narrativa.

Si bien es cierto que uno de los rasgos que definen la nueva narrativa latinoamericana es la construcción de una meta-narrativa en el texto o bien la reflexión sobre el ejercicio de la escritura, en el caso de la literatura carcelaria se recurre inevitablemente a la autorreferencialidad, a la reflexión sobre la escritura y construcción del mismo texto⁶¹. No obstante, estos recursos son mucho más que efectos literarios o cuestionamientos epistemológicos en el discurso.

La meta-narrativa aparece como forma recurrente porque es una condición real, forma parte de una cotidianidad asediada, en la cual el ejercicio de escritura y reconstrucción del discurso e identidad del sujeto marginal implica siempre una amenaza, un riesgo de pérdida no solamente del texto, sino de identidad y de vida. Es inevitable entonces la referencialidad a la propia construcción textual, porque en ella se realiza la construcción de la identidad y la posibilidad de hacer valer su voz.

Esto es más evidente en los textos de Salvador Castañeda, quizás no solamente por sus intereses escriturarios, que en realidad se gestaron en la cárcel, sino por la necesidad de reconstruir y afirmar su identidad, así como

⁶¹ El caso paradigmático es Borges, aunque se puede encontrar estos recursos en infinidad de autores como Cortázar, Elizondo, Fuentes, Piglia o Sarduy, por citar algunos ejemplos; así como en la nueva novela histórica con autores como del Paso, Posse, y Saer, entre otros. Para un análisis más específico sobre la polémica entre experimentación *versus* compromiso social en la literatura mexicana véase Theda Herz, "Mexican Fiction in the 1970's and the Critical Controversy on Artistry versus Significance", así como John Brushwood *La novela mexicana 1967-1982*.

denunciar los abusos, ya que fue uno de los primeros guerrilleros encarcelados y uno de los últimos que fueron liberados (1971-1977). Prácticamente Castañeda pasó en la cárcel todo el sexenio de Luis Echeverría (1970-1976), pese a los pactos de Amnistía que se gestionaron durante su gobierno para algunos presos políticos⁶².

Por ejemplo, en *¿Por qué no dijiste todo?* la reflexión sobre el acto de escritura y la obsesión del narrador por escribir una novela con determinadas características, no es un recurso ingenuo del escritor primerizo que incorpora sus notas e ilusiones sobre el propio texto que relata; pero tampoco como recurso meta-narrativo. Así, el narrador no juega con el pseudónimo Joaquín/Jaime para diferenciar el narrador y personaje dentro del texto, sino que se trata de las reminiscencias de los mecanismos de seguridad, utilizados por los grupos clandestinos para encubrir sus identidades, en caso de caer detenidos y sufrir consecuentemente la tortura por parte de las policías paramilitares.

Asimismo, el narrador está obsesionado con la escritura de una novela, el desarrollo de las acciones, la estructura, los personajes, la forma y las estrategias escriturarias que están incrustadas en el texto mismo. El narrador hace énfasis particularmente en la construcción de un discurso

⁶² Luis Echeverría Álvarez llevó a cabo una política ambigua de palo y zanahoria, mientras pegaba duro para desarticular cualquier movimiento universitario, guerrillero, campesino o sindical, al mismo tiempo, en una política oficial de “apertura democrática”, otorgaba la Amnistía a algunos presos políticos que a veces aparecían misteriosamente asesinados tras su liberación, o recibía a los exiliados, en particular del golpe chileno, al tiempo que practicaba los mismos métodos represivos en su país.

verdadero, “una novela que sea verdadera”, un texto que exponga tan claramente las situaciones por las que él y sus compañeros han pasado, que el lector sea capaz de ponerse en su lugar.

Joaquín quiere escribir, siempre ha querido hacerlo, la libreta en la bolsa es muy importante para este propósito. Novela, es en lo que piensa. Una novela con todo lo vivido en la cárcel y antes de llegar a ella. Una novela que sea verdadera, que quien la lea pueda vivir las mismas situaciones que ellos... (*¿Por qué no dijiste todo?*, 18-19)

La reiteración meta-narrativa en el texto, además de construir la legitimación de su discurso e identidad, problematiza la relación entre ficción y verdad. Una “novela verdadera” no podría generar mayor tensión entre los conceptos de realidad y construcción discursiva, verdad y verosimilitud. No obstante, esta preocupación, en el contexto político de la época en México, señala la inmediatez por denunciar y dar a conocer su testimonio, la incapacidad de hacerlo abiertamente, y de ahí la necesidad de recurrir a la novela que, frente a la inverosimilitud de la realidad, debe convencer al lector para “que pueda vivir las mismas situaciones que ellos”. ¿Cómo volver verosímil el horror y la realidad que no se puede creer?

Cabe destacar dos aspectos importantes sobre el impacto de estas narrativas en la *intelligentsia* mexicana. En primer lugar, este suceso volcó a la intelectualidad a replantearse, aunque fuera temporalmente en mi opinión, la relación entre literatura y compromiso social. Y en segundo lugar obligó a cuestionarse el tratamiento estético de los sucesos. Es decir, ¿cómo dar voz a lo silenciado? ¿cómo narrar entonces una realidad tan alucinante que

desborda la ficción? En la mayoría de los casos, el ciclo de literatura tlatelolca quedó atrapada en la renarración de los sucesos bajo la mirada desde distintos testigos y dentro de un modelo “realista”.

Renarrar una y otra vez la masacre de Tlatelolco puede entenderse como síntoma del trauma profundo que busca comprenderse y reconstruirse a sí mismo en la repetición. En realidad pocos autores exploraron una veta “más surrealista”, por llamarla de alguna manera, encontrando otro modo de narrar la irracionalidad y la violencia. Este puede ser el caso de *Cena de cenizas* de Ana Mairena, donde la narradora es testigo de las relaciones perversas de poder entre agentes del Estado y la iniciativa privada al tomar un bebedizo que le da un personaje llamado Don Lirio; o bien, el relato “surrealista” de José Revueltas “Ezequiel o la matanza de los inocentes” en el que la repetición de la matanza de los inocentes relaciona simbólicamente Tlatelolco con Jerusalem⁶³.

En las narrativas realistas o de no ficción, era posible hablar sobre la masacre, ya que se trataba de una historia visible, convertida casi en mito. A su vez, se trataba de voces que, de algún modo, estaban autorizadas: como Gerardo de la Torre, Juan Tovar, Guillermo Samperio, María Luisa Mendoza, Hernán Lara Zavala, entre otros más, incluyendo por supuesto el valioso trabajo de Poniatowska. Sin embargo, el texto de Castañeda no puede ser

⁶³ Las novelas de Jorge Aguilar Mora *Cadáver lleno de mundo* (1971), Fernando del Paso *Palinuro de México* (1977) o Agustín Ramos *Al cielo por asalto* (1979), pueden ser otros ejemplos similares.

considerado como no ficción ya que se trata de eventos silenciados, que no forman parte de la memoria colectiva como el movimiento del 68 y tampoco tienen una voz autorizada; de hecho, comienza a serlo por medio del concurso Grijalbo. Por otro lado, es interesante observar que de todos los comentarios que presentan a la novela premiada —Luis Spota, Eraclio Zepeda, Carlos Solórzano, Juan Rulfo y Jaime Labastida—, solamente Labastida destaca el carácter testimonial: “Por encima de su valor literario, una cicatriz en nuestra conciencia. Un testimonio, un documento vivo.” (Castañeda, *¿Por qué no dijiste todo?*, 11)⁶⁴.

Por ello, una de las pocas alternativas con las que contaba Castañeda, debido a la censura, fue precisamente utilizar el género novela, construir personajes, escenas, estrategias e incluir, a lo largo del texto los recordatorios que ponían mayor énfasis en la veracidad y en la meta-ficción más que en la verosimilitud.

La novela comienza en el momento en que varios integrantes de la guerrilla, los últimos seis del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), están por ser liberados de la última de las cárceles que sufrieron, lo que Castañeda llama el “último dique”. Así, Joaquín, el personaje y narrador, al

⁶⁴ Quisiera hace énfasis en que los textos de Castañeda y la antología de Anzaldo y Zaragoza, gozaban tan poco de una voz autorizada que los propios intelectuales criticaron severamente las acciones guerrilleras. Por ejemplo, en *Fuerte es el silencio* Poniatowska critica duramente a la guerrilla acosando de juicios de valor a una de las activistas entrevistadas en la cárcel de mujeres. Por supuesto lo único que hace es silenciar la voz del subalterno. Por otro lado, no puedo dejar de mencionar la postura política de Luis Spota contra el movimiento del 68 en su novela *La plaza* (1971), o la visión de Carlos Monsiváis sobre el movimiento del 68 en *Días de guardar*.

ser liberado, conserva en una bolsa de plástico su única posesión: una libreta con apuntes, libreta que al final de la novela, en el forcejeo con los guardias que los trasladarían, cae entre unos matorrales. Esta escena final implica que la novela es la elaboración posterior del texto perdido, es decir explicita la doble distancia del juego meta-narrativo entre el testimonio que atiende a la inmediatez de las condiciones carcelarias y la reconstrucción de la memoria en un discurso ficticio posterior.

Joaquín desarrolló el texto correspondiente a este hecho en la libreta, narrándolo en primera persona, ya que el título mismo parece determinarlo. No obstante que los títulos de los demás textos los determinó al final, el de éste le surgió desde el principio y así lo dejó. Leamos: Al llegar a Lafragua, encima de las oficinas del ISSSTE (ya tienen edificio nuevo), nos voltearon las bolsas al revés, las cuales adquirieron un aspecto raro; una especie de pequeños sacos membranosos ridículamente unidos al cuerpo... (Castañeda, *¿Por qué no dijiste todo*, 121)

Esta distancia precisamente funciona como un dique que pone al autor a salvo de la censura, ya que no se trata de un testimonio explícito. Me permito esta afirmación puesto que el diario *Los diques del tiempo* no fue publicado, sino hasta once años después de su ex-carcelación. Es decir, el autor elige su entrada al circuito literario por medio de un concurso de novela y no mediante el género testimonial o el diario de cárcel. Sin embargo, el mecanismo recordatorio de una realidad atroz y poco verosímil, así como el ejercicio de una escritura marginada no solamente aparece en *¿Por qué no dijiste todo?* sino también en *Los diques del tiempo*, aunque de otro modo. En el diario, la narración en primera persona que logra un discurso intimista y

apela a la empatía del lector, se ve interrumpida por anotaciones breves o digresiones que reiteran las circunstancias en las que el texto es escrito: “(esto lo escribo en un descuido del monito⁶⁵ y tengo que cortar porque se acerca hasta donde estoy)” (*Los diques del tiempo*, 104).

Así, estas escrituras marginales desarrollan estrategias de economía de recursos generadas, precisamente, por las condiciones adversas o de carestía. Como se mencionó anteriormente, conseguir pluma y papel, o sofisticadamente una máquina de escribir prestada, son grandes proezas dentro de la cárcel. Por ejemplo, el narrador del diario se angustia frente a la premura para terminar de pasar sus textos en una máquina de escribir prestada, misma que otro recluso utilizó y echó a perder al tirar refresco sobre ésta.

Cuando Guillermo me la pasó para que la utilizara la vi pegajosa; los tipos (?) de la máquina regresan lentos a su lugar lo mismo que patas de araña en agonía. Aquí no cae siempre alguien que sepa repararlas. Le dio en la madre con una *Pepsicola* que se le vació encima. Así las cosas es necesario jalar cada letra para que caiga en su sitio. La cinta no regresa y debo arrancarle el caparazón, meter las manos en sus entrañas y con los dedos realizar la operación. El tiempo es ya poco para enviar al concurso. Tengo prisa y esto me atolondra más. (*Los diques del tiempo*, 85-86)

Y, en este sentido, es importante lo que señala el crítico mexicano Evodio Escalante sobre el diario de cárcel de Castañeda en su segunda edición:

⁶⁵ Monito es el diminutivo en un sentido peyorativo de “mono”, la forma en que se denomina al guardia.

No son composiciones, son las notas de un prisionero de guerra, de un guerrillero reducido a la prisión, sometido a un espacio sofocante que lo obliga a él y a sus compañeros a “encebollarse” con tal de caber en esa celda que de pronto se ha convertido ya en un baño de vapor a la vez que en un pestilente concentrado de hedores que provocan asco, repugnancia, arcadas, catarsis. (*Diario bastardo*, XII)

Aunque parezca obvio, es importante redimensionar el ejercicio escriturario no como un acto de creación estética, sueño purista, sino como escrituras sobrevivientes, como una práctica de la memoria que se inserta hasta la cotidianidad del confinamiento carcelario, de la tortura y el horror de la guerra sucia. Dicha práctica que, dentro de sus estrategias y efectos narrativos, asumen una posición política en un sentido más amplio que el ideológico o el panfletario, categorías estigmatizadas bajo un estéril debate entre fondo y forma que primaba en la época.

Asimismo, estos textos carcelarios problematizan el concepto de lo literario y de una estética de lo literario; ya que, por principio, se trata de textos que no están “autorizados” y que de algún modo no fueron concebidos originalmente como literarios dentro de un concepto tradicional. Como señala Evodio Escalante sobre el trabajo de Castañeda:

La suya es una taquigrafía contra el tiempo, notas arrancadas a la persecución, escritas bajo el peligro que la *chota* los confisque. Un trabajo prohibido y a contrapelo que es también un ejercicio de supervivencia... un modo de guardar la memoria, de anotar lo ocurrido para que se sepa, para que otros sepan. Se entenderá que estas notas carecen en absoluto de pretensiones literarias. Se trata de guardar la huella y nada más. Esto no obsta, por supuesto, para que ciertas descripciones y ciertos giros del lenguaje nos puedan parecer literarios. ¿Pero es que es posible escapar a la literatura?” (*Diario bastardo*, XII)

Esta pregunta en la que me detengo, más que un manifiesto romántico sobre la vigencia de la literatura, me parece que evidencia la dificultad para definir la especificidad de lo literario y los límites entre ficción y realidad en géneros híbridos como: testimonio, novela histórica, novela testimonial, autobiografía, diario, entre otros más.

Finalmente, aunque se acentúe la matriz testimonial y la veracidad del texto, no se puede soslayar que son una construcción que trabaja discursivamente a nivel de los afectos y de una “política de lo estético” para reconfigurar un imaginario social, una memoria y un archivo a través de las subjetividades subalternas dentro de un período y geopolítica determinados.

Este hecho, aunado a la conquista simbólica de Castañeda durante la presentación de *Diario bastardo* en 2006 en Lecumberri —lugar donde fue escrito bajo condiciones de persecución, lugar de tortura y que actualmente alberga los archivos de la nación, incluyendo los de la guerra sucia— demuestran que las narraciones carcelarias son los verdaderos archivos de la memoria, como Orfeu bajando al Hades en busca de respuestas en el *candomblé*.

Al contrario de la famosa imagen de Tlatelolco tomada desde un departamento en donde los orificios de las balas en el cristal señalan la violenta entrada de las fuerzas del Estado a la vida cotidiana —misma que *Rojo amanecer* retoma en una escena donde la lluvia se filtra por los orificios—, los rostros asomando por la escotilla de la crujía y capturados por

el ojo clandestino de la cámara Superocho, así como los papeles desperdigados rompiendo el cerco de la muerte son elementos poderosos, capaces de introducirse en el discurso hegemónico, como señalaba Prakash, para fisurarlo y dislocarlo o, en otras palabras, romper el cerco del silencio.

4.0 DE LOS AFECTOS Y EL CONFINAMIENTO CARCELARIO

*Paridora de hombres,
Hacedora de despojos
Lugar de las masturbaciones
Creadora de neuróticos
Gran panacea
Sala de espejos desnudantes
David Zaragoza Jiménez*

*Dime pinche carcelero,
¿entre tus llaves hay alguna para abrir flores?
Crees ¿que si no se te acerca ningún pájaro,
todos están enjaulados?
Agustín Hernández Rosales*

*Lo que hago no es precisamente huir
(la carga de la pluma llegó a su fin),
sino posponer su buen resultado
como una medida táctica necesaria
(la pluma escribe a ratos, es la agonía)
Salvador Castañeda*

Hablar del confinamiento carcelario implica no solamente abordar las precarias condiciones físicas y materiales del encierro, sino también de toda una serie de mecanismos que lo rodean que van desde la delimitación de lo legal y la construcción del perfil delincuencial, hasta el funcionamiento perverso de los sótanos de las cárceles clandestinas, la normativización disciplinaria del sujeto carcelario en el discurso de rehabilitación y, particularmente, los efectos de poder ejercido sobre el sujeto carcelario. Esto es, abordar su vida cotidiana en el encierro, su mundo afectivo en un entorno represor y violento, así como la capacidad de

resistencia, negociación y recusación, a nivel simbólico, del aparato coercitivo que se cierne sobre el sujeto carcelario, en particular, el preso político.

Los epígrafes con los que abre este apartado pertenecen a textos literarios de tres presos políticos de la guerrilla en México: David Zaragoza que participó en las filas de la Liga Comunista 23 de Septiembre, Agustín Hernández y Salvador Castañeda que militaron juntos en el grupo Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR). En sus textos se puede apreciar, en primer lugar, el desmantelamiento a nivel discursivo de la prisión como un espacio de rehabilitación y panacea social; en segundo lugar el cuestionamiento del poder del carcelero como ejecutor pero también como símbolo de control y coerción; y, en tercer lugar, el planteamiento del ejercicio escriturario como una estrategia de resistencia más que como evasión⁶⁶. Este capítulo aborda la construcción del sujeto carcelario a partir de su propia escritura, la capacidad de respuesta al poder y a los mecanismos coercitivos —tortura, violencia física y psicológica en la prisión—; así como la mirada que comparte con otros sujetos marginales a lo largo de su travesía de la guerrilla a la prisión política.

⁶⁶ Los poemas de David Zaragoza y Agustín Hernández se encuentran en la antología *Sobreviviremos al hielo* y el último epígrafe pertenece al diario de cárcel de Salvador Castañeda *Los diques del tiempo*.

4.1 HABLAR DESDE DENTRO

Las circunstancias que tuvo que enfrentar el preso político de la guerrilla fueron extremadamente duras, ya que se encontró en un momento bisagra del aparato penitenciario en México y de las políticas esquizoides que intentaron construir una imagen moderna y democrática del país sin atender la grave deuda a las bases sociales y que, como consecuencia, se manifestaron en reiterados levantamientos armados desde la década del sesenta a las recientes incursiones del Ejército Popular Revolucionario (EPR) sobre los ductos de petróleo para pedir la liberación de sus miembros desaparecidos en mayo de 2007 .

Los textos de Salvador Castañeda están marcados inevitablemente por este recorrido carcelario tanto en los sótanos del encierro y tortura clandestina como los diferentes modelos presidiarios que van desde la cárcel preventiva de Lecumberri — cuyo diseño porfiriano de exuberante arquitectura panóptica coronó el proyecto modernizador del siglo XIX—, hasta los Reclusorios Norte y Oriente que descentralizaron y renovaron el sistema carcelario a finales del sexenio de Luis Echeverría.

Uno de los aspectos que se destacan tanto en la novela *¿Por qué no dijiste todo?*, como en el diario de cárcel *Los diques del tiempo* es el padecimiento del encierro y la vida cotidiana del sujeto carcelario manifestadas y somatizadas en el cuerpo, así aparecen marcas de debilitamiento y, en particular, la reiterada obsesión

en el texto por las partes bajas del cuerpo como despojamiento del sujeto en su transformación a puro cuerpo viviente⁶⁷.

Aguantar el encierro, por otro lado, significa entrar a un laberinto burocrático y jurídico para definir una ambigua situación legal manipulada a conveniencia del Estado, soportar la tortura, el maltrato, la corrupción y la violencia cotidianamente. Significa entrar a una jungla encarnizada, réplica social en la cual hay que saber adaptarse al trabajo forzado, pagar por escasos bienes o supuestos “servicios”, así como encontrar un mínimo espacio en la jerarquía carcelaria para producir una pequeña economía que ayude a mantenerse. Significa también a nivel afectivo no sólo la pérdida de ideales y esperanzas, sino de la familia, de los hijos, de la pareja, del tiempo, de una vida afectiva y sexual. Significa el cuestionamiento del frente de lucha, pero jamás de los motivos a pesar de los cuales la cárcel inevitablemente significa el desencanto profundo de la lucha armada, de las opciones políticas en la izquierda y cualquier otra alternativa. El siguiente párrafo resume la serie de preocupaciones o flancos que el preso político tuvo que cubrir para sobrevivir la cárcel.

Las situaciones de inseguridad, ambiguas y desesperantes del encierro, encontraban salida por la piel, que se llenaba de roña, alergias, comezones por todos lados; o salían del estómago por la boca o por abajo, con diarreas interminables que tenían que parar atragantándose con migajón. Procesos que no avanzan, justicia que se estira o se encoge, fianzas que no se pueden pagar; expedientes anquilosados o perdidos. El pago de la deuda por la droga o los garrotazos; un familiar que muere, un hijo que nace. Las macanas empuñadas, los fusiles y las metralletas; garitones de concreto; el candado, la celda de

⁶⁷ El término “puro cuerpo viviente” es un intento por definir el proceso que Giorgio Agamben desarrolla como “vida nuda” o traducido y por Hernán Vidal como “vida bruta”. Estos términos se discutirán en detalle más adelante.

castigo para encarcelar más; las rejas las cadenas de las puertas, los pasadores. [...] El trabajo que no se vende o el material para trabajar que no llega; el cateo general y sorpresivo [...] Los papeles escritos, las *puntas*. [...] La lucha salvaje por un pedazo de celda. La verga que cada día se atrofia más. Las mismas canciones siempre, de los que cantan. La mata de mota escondida, que no deja de crecer peligrosamente y que en cualquier momento puede ser localizada. Las conversaciones gastadas [...] El radio a todo volumen. El comité ese pro-presos políticos que se chingó desvergonzadamente nuestro trabajo y lo producido para ayuda de nuestras familias, recuerda Joaquín. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 170-71)

Esta cita presenta entonces el mundo carcelario como un espacio sumamente complejo y heterogéneo; de ahí la importancia de los textos carcelarios analizados, ya que no solamente sacan a la luz el período de la guerra sucia que el discurso oficial se ha empeñado en borrar, sino también porque denuncian los mecanismos de control, el ejercicio de la violencia y el poder por parte de instituciones e individuos, así como dan cuenta de una extensa gama de subjetividades marginales y gradaciones ancladas en el sistema penitenciario, político y social. Esta pluralidad pone de manifiesto no solamente a la sociedad como una extensión de la cárcel, apuesta revueltiana en *El apando*, sino que da vida a las tensiones, negociaciones y retorsiones entre el aparato de Estado, sistema penitenciario e individuos; lo cual en conjunto constituirían las narrativas carcelarias.

La novela de Castañeda *¿Por qué no dijiste todo?*, como se mencionó en el capítulo anterior, comienza cuando el grupo de prisioneros políticos y ex-guerrilleros del MAR están a punto de ser liberados tras más de seis años de encierro. El narrador (Joaquín/Jaime) presenta a los personajes al borde de la espera y en esos últimos instantes reflexiona, con su libreta de notas bajo el brazo, sobre la necesidad

de contar lo ocurrido y el mejor modo de plasmar en una “novela” las experiencias propias y de sus compañeros tanto en la guerrilla como en la cárcel.

En el capítulo anterior se mencionaron dos elementos fundamentales para erigir la narrativa del texto. Por un lado, el manejo de pseudónimos no como recurso de desdoblamiento del narrador o estrategia meta-narrativa, sino como la marca tanto del período en el clandestinaje como el ingreso a la cárcel, ya que en ambos casos la identidad del sujeto es alterada como una suerte de máscaras o cambio de identidades. Este proceso, es comprensible, además, ya que ambas experiencias, la cárcel o la guerrilla, transforman al sujeto profundamente. Otro recurso señalado es el planteamiento reiterado y la tensión entre verdad y verosimilitud en la escritura, o dicho en otras palabras cómo escribir el horror, cómo traducir la experiencia al texto, cómo llegar al lector, cómo franquear la censura.

Ejemplo de ello es el modo en que Castañeda tiene una conciencia de estrategia al aprovechar los espacios “libres” que otorga la cárcel como un modo de rehabilitación o reincorporación a través de los talleres. Los talleres literarios, entre otros, son organizados por parte del penal a través de una trabajadora social y el tallerista, en este caso Tomás Mojarro, escritor, periodista y analista político. No obstante, cuando se presenta la oportunidad de enviar los trabajos para ser leídos en un programa de radio de la estación universitaria (Radio Universidad), la censura no se hace esperar al pedir que los trabajos sean leídos como anónimos:

... pues se dice que para un preso (esto lo dice Sabido [la trabajadora social] supuestamente como vocero del sentir de los presos) resulta denigrante decir que se está encarcelado ya que la gente así lo ve. Y para rematar dice “la sociedad creó la cárcel pero la rechaza” (¿?) Sabido. Lo que realmente esconde

esto; esta verborrea es que nosotros no digamos cuánto tiempo tenemos encerrados (seis años y medio) sin sentencia. Por mi parte no participé con nada —aunque puedo ayudar en lo que digan— pues lo que tengo lo enviaré (una vez que encuentre el modo de sacar los textos del penal —creo que lo harán Lupita o Araceli; Flores, Salmerón) al concurso de SPAUNAM.” (*Los diques del tiempo*, 80)

El ejercicio de selección que hace Castañeda entonces habla no sólo de un aprendizaje para franquear la censura, sino incluso de asumir una postura y capacidad de elección para hacer circular su trabajo en tiempo y espacio estratégicos. Asistir al taller, pero reconocer que no deja de estar intervenido por el tamiz de la rehabilitación, así como elegir escribir ficción y no un testimonio o biografía, demuestran este aprendizaje.

Castañeda se refugia no en el testimonio sino en el texto de “ficción”, el cual —sin dejar de lado tanto los elementos autobiográficos como una matriz testimonial— señala con suaves guiños al lector lugares y sucesos, a veces nombres, que anclan el relato a una realidad reconocible. Por ejemplo, al comienzo de la novela el narrador se ubica en un lugar y tiempo específicos que, sin embargo, deben ser interpretados por el lector:

El lugar se localiza en lo que fueron los llanos de Santa Martha Acatitla. No muy lejos de ahí pasa la carretera salvando conos de volcanes apagados, rojizos ahora de tezontle, rumbo a Puebla o Veracruz. El cerro más cercano, y a lo lejos menos abrupto que los otros, conserva un gran círculo tricolor tachado con dos líneas negras que se cortan en el centro sobre una R mayúscula. El nombre en letras blancas del último candidato a la presidencia de la república parece amontonarse hasta hacer perder el espacio que hay entre ellas. Jaime así las imagina desde donde está, oblicuamente. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 15)

Se trata de la cárcel ubicada en la zona oriente del Distrito Federal, a las afueras de la ciudad, en los límites con el Estado de México, en una de las zonas

más marginadas que, entre tiraderos de basura, cinturones de miseria y restos de los primeros asentamientos humanos en Mesoamérica, aprisionan el acelerado crecimiento de la moderna urbe que amenaza con desbordar el valle. El cerro al que refiere la narración identifica inmediatamente no sólo un espacio sino también un tiempo específico, se trata de “El cerro de López Portillo”, conocido popularmente por haber sido usado como propaganda electoral. El nombre del candidato, el círculo tricolor y dos líneas negras que se intersectan en la R son referencias directas a las siglas del partido oficial Partido Revolucionario Institucional (PRI). De este modo, la narración se ubica dentro del sexenio de José López Portillo entre 1976-1982, período en el cual los levantamientos guerrilleros habían sido aniquilados casi por completo y se ostentaba una nueva política de Amnistía.

Así, sin seguir un orden cronológico ya sea progresivo o en regresión, la narración recorre espacios fragmentados que permiten reconstruir la lucha guerrillera, la aprehensión, la estancia y los cambios de cárcel desde lo que el narrador llama “el último dique”, es decir desde la mirada al borde de la “libertad”. El motor del recuerdo y de la reconstrucción narrativa son los últimos seis personajes guerrilleros a punto de ser liberados; así los capítulos por lo general comienzan describiendo ese eterno instante de espera en el que la asociación de ideas dispara la narración al pasado carcelario, al pasado guerrillero y al pasado originario de los personajes en una pulsión de lucha por la sobrevivencia.

El Changungas, el Ejidatario, el Perkins, el Niñodios, el Cananeo y Joaquín/Jaime comparten un origen campesino de mínimos recursos económicos en

el que la explotación los ha llevado al levantamiento armado. Con excepción de El Ejidatario, la mayoría de ellos se conocieron en la Universidad de la Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba en la antigua URSS, en donde siendo becarios llevaron a cabo un fuerte cuestionamiento a la domesticación e institucionalización de la izquierda creando clandestinamente el grupo MAR. Ejemplo de esto es la organización del MAR al margen de las autoridades universitarias y de las juventudes comunistas, o bien el enfrentamiento entre estudiantes y fuerzas soviéticas con motivo de la manifestación frente a la embajada estadounidense contra la invasión a Vietnam. Paradójicamente, describe Castañeda en la novela, la mayor participación en la manifestación contra la intervención estadounidense era de países tercermundistas por un lado, y, por otro, la manifestación se convirtió de antiyanqui en antisoviética cuando los tanques entraron a dispersar a los estudiantes.

De entrada, la novela destaca el agotamiento de las opciones que la izquierda ofrecía en ese tiempo a la lucha por la justicia e igualdad, síntoma generalizado para la juventud que precisamente en la década de los sesenta se volcó a las calles a nivel mundial para reclamar la participación, demandas y representación políticas que los espacios o instancias oficiales habían asfixiado. Sin embargo, cabe destacar que la novela presenta un vacío cronológico durante el período de formación y entrenamiento del MAR. Por ejemplo, el entrenamiento en Corea, el trabajo de reclutamiento y logística, las prácticas de campo, las expropiaciones y el trabajo comunitario no son descritos explícitamente, sino que aparecen como referencias o

imágenes fugaces. Este vacío, me permite plantear que el hecho de no seguir un orden secuencial o cronológico del nacimiento y desarrollo del MAR se debe al desinterés en hacer un texto autobiográfico, testimonial o un libro de memorias; ya que no intenta reconstruir el proceso de lucha, sino expresar concretamente la situación carcelaria como castigo a la lucha política. Aún más, podría decirse que la estrategia narrativa bajo la pulsión de la memoria desarticula un ordenamiento cronológico y una lectura digerida para un lector burgués.

La narración se centra en el momento de captura y desintegración del grupo, en el padecimiento físico y psicológico en la cárcel; en las empatías y solidaridades con otros personajes marginales entre los cuales el ex guerrillero se desplaza cómodamente en su vida clandestina. Estas “otras marginalidades” son percibidas por la mirada narrativa no como una otredad o exterioridad sino desde dentro, desde un “ser mismo” que asume la realidad desde su finitud, desde su negación o su “lado moridor” como la llamara José Revueltas⁶⁸.

Lo terrible no es lo que imaginamos como tal: está siempre en lo más sencillo, en lo que tenemos más al alcance de la mano y en lo que vivimos con mayor angustia y que viene a ser incomunicable por dos razones: un cierto pudor del sufrimiento para expresarse; otra, la inverosimilitud: que no sabemos demostrar que aquello sea espantosamente cierto. (*Los muros de agua*, 10-11)

Al nombrar lo inverosímil o lo innombrable para Revueltas es esencial un realismo que vaya más allá de un ejercicio mimético o de representación, “un realismo espontáneo, sin dirección”, debe entonces trabajarse a partir de un

⁶⁸ Este término aparece en el prólogo a *Los muros de agua*, en donde Revueltas reflexiona sobre el tipo de realismo que desarrolla en sus textos y el reto que una realidad terrible presenta a la construcción literaria que, la más de las veces inverosímil, problematiza el hecho de nombrar las cosas.

principio de selección y aprehensión del “movimiento interno de la realidad” o lo que sería *el lado moridor de la realidad*.

Dejarse la realidad que la seleccionemos. ¿Qué significa esto? Significa que la realidad tiene un movimiento *interno* propio, que no es ese torbellino que se nos muestra en su apariencia inmediata, donde todo parece tirar en mil direcciones a la vez. Tenemos entonces que saber cuál es la dirección fundamental, a qué punto se dirige, y tal dirección será, así, el verdadero movimiento de la realidad, aquél que debe coincidir con la obra literaria. Dicho movimiento interno de la realidad tiene su *modo*, tiene su *método*, para decirlo con la palabra exacta. (Su *lado moridor*, como dice el pueblo.) (*Los muros de agua*, 19)

Este método o modo en Revueltas inevitablemente sigue un proceso dialéctico en el que los contrarios se “interpenetran y la acumulación cuantitativa se transforma cualitativamente”. Al contrario del realismo crítico de György Lukács, el movimiento dialéctico no siempre se resuelve en una síntesis positiva, sino en su propia negación, en su finitud o, en otras palabras, en su “lado moridor”⁶⁹.

Lado moridor, lo llama Revueltas, utilizando aquí una expresión que no ha tomado de algún manual de dialéctica marxista. La aplicación consecuente de este método, que él sostiene está en la realidad, pero que en un segundo momento él descubre o inyecta en la realidad, le permite perseguir sus movimientos internos de este mundo, descubrir sus líneas de fuga, sus movimientos de descenso y degradación, y encontrar en esta degradación, en esta corrupción aparente, no una manifestación del mal en términos absolutos, sino un momento en el camino de la superación dialéctica de la realidad. (Escalante, 23)

⁶⁹ Uno de los problemas que José Revueltas tuvo con el Partido Comunista Mexicano (PCM) fue a raíz de la fuerte crítica que hizo al partido en los textos *El luto humano* (1943) y *Los días terrenales* (1949). El malestar del PCM se centraba en la crítica de Revueltas al partido, así como el distanciamiento literario del modelo realista. Es interesante observar en *Significación actual del realismo crítico* (1963 en la versión al español) cómo György Lukács exalta al realismo frente a la vanguardia como la forma idónea de expresión socialista. Lukács apunta de este modo a un realismo que demostrara alternativas a la opresión, lo literario y la forma estética estaban subordinados a una tesis. Por su parte, José Revueltas observa la escritura de la realidad, no como proceso mimético, sino como un principio de selección que, siguiendo un proceso dialéctico, puede resolverse en su negación y no necesariamente forzar un optimismo que convalide el realismo socialista.

Más que el énfasis dialéctico o, bien, la discusión sobre si los elementos se encuentran ya dados en la realidad o no⁷⁰, me interesa destacar de este concepto el vislumbramiento de una tendencia o una perspectiva en la realidad que es distinta y que deconstruye los modos de articular lo real y lo terrible dentro del *estatus quo*.

Así las voces marginales destacan esta otra realidad desde sus límites, desde su borde, como una marginalidad y como flujo desterritorializador. Esta percepción correspondería a una perspectiva “desde dentro” en la cual las subjetividades comparten y coinciden a partir de sus diferentes marginalidades.

Cabe destacar que esta operación se da no solamente en el sentido de explicar las obvias razones del levantamiento armado, lo cual quedaría en un nivel discursivo de la representación, sino que también demuestra la intrusión e inscripción de elementos bastardos y marginales que dislocan 1) el concepto de ‘alta literatura’, 2) la construcción de identidad nacional y de una historia triunfalista que, legitimada en los valores de la Revolución mexicana, institucionaliza el concepto de “revolución”, y 3) el relato de modernidad sostenido durante la segunda mitad del siglo XX. De este modo, la percepción de la historia social desde su cotidianidad y desde abajo, a través de la breve descripción de personajes pertenecientes a distintas marginalidades, corrobora el paulatino dismantelamiento del llamado “milagro mexicano” y aparecen elementos que denuncian el fracaso modernizador.

⁷⁰ Recordemos esta misma polémica en “lo real maravilloso” y el barroco americano en Carpentier —o bien, el realismo mágico en García Márquez—; en que los elementos mágicos, maravillosos o barrocos, estaban dados en la realidad americana como parte de una especificidad no solamente literaria, sino americana o latinoamericana.

Ejemplo de ello es el personaje el Ejidatario, cuyo sobrenombre proviene de su politización y entrada a la lucha armada precisamente por el reclamo del sistema de riego en tierras ejidales, ya que presenta el descontento generalizado de las áreas rurales. Por otro lado, durante el período de reclutamiento y trabajo con las comunidades rurales, los guerrilleros conocen al viejo Don Jesús que vive solo con su hijo en una situación de pobreza y abandono extremos. Así el hijo de Don Jesús, criatura esperpéntica, sin nombre ni identidad, objetiviza en un cuerpo desvalido el abandono al campo.

La esposa murió al nacer una especie de embrión que reptaba por el corral; una clase de negación del hombre. Esto era lo único que no lo abandonaba; algo intermedio entre hombre y animal.. [...] Se acostumbró a vivir en el corral después de que las vacas lo amamantaron una larga temporada, cuando los soldados se llevaron a Don Jesús y a los demás campesinos acusados de colaborar con los alzados. [...] Contraído sobre sí mismo, semejaba algo insepulto o no nacido o quizás nacido a destiempo; parecía esperar su propio nacimiento en aquel vientre terroso al que llegara adelantado y sin posibilidades de retorno, condenado para siempre a vivir, sin haber nacido. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 116)

Este ser casi inhumano replegado sobre sí mismo, parido a destiempo y sin retorno, vivo pero sin vida, criado entre los animales del corral e imposibilitado para llevar una vida humana, emerge en el texto como una marca degenerativa del *bios*, como un vaciamiento del sujeto a corporalidad pura que desestabiliza el propio relato de emancipación y progreso⁷¹.

⁷¹ Retomando de *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*, Giorgio Agamben llama la atención sobre dos términos del griego para nombrar la vida que, a partir de dos raíces, establecen una distinción de conceptos. Esta distinción entre *zoe* y *bios* designaba dos formas y cualidades de vida. Mientras *bios* refería a un modo de vida individual o integrada a un grupo, digamos una existencia política (*bios politikos*), la vida contemplativa del filósofo (*bios theoretikos*), o bien una vida de placer (*bios apolaustikos*); el término *zoe* delimita estas capacidades a una vida o existencia puramente biológica.

El corte del subsuelo social que realiza la novela es sumamente interesante, ya que abarca los estratos campesino y urbano como parte de un mismo fenómeno y no en oposición como tradicionalmente se ha representado. Es decir, el espacio rural queda vaciado por la migración como consecuencia de la pobreza y, por su parte, el espacio urbano receptor impedirá el retorno de las fuerzas laborales al campo para concentrarlas en las zonas periféricas a la ciudad, en las que se encuentran enclavadas —precisamente— la cárcel, los tiraderos de basura, los canales de desagüe y los asentamientos irregulares. Este vaciamiento y expulsión migrante del campo a la ciudad queda en evidencia en la queja de Don Jesús a los guerrilleros sobre la explotación de los recursos del campo para llevarlos a la ciudad:

“La entubada —decía con coraje— nos costó dos muchachas empanzonadas por los ingenieros.” Decía también tener hijos estudiando en la Universidad, pero que nunca habían regresado; al decir esto el viejo hacía esfuerzos por contener las lágrimas, que de todos modos le brotaban; sacaba un paliacate rancio y se tallaba los ojos. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 116)

De este modo, el embarazo de las dos muchachas implica el deshonor de la comunidad ya que éstas no van a tener la posibilidad de formar una familia; de este modo la ausencia de un hombre y padre en la comunidad, el uso de los recursos naturales, así como el uso sexual de las mujeres constituyen elementos de explotación y abuso en beneficio del desarrollo urbano.

No obstante, el texto de Castañeda está lejos de vindicar y romantizar al campo, ya sea como espacio idílico incontaminado o bien como mártir de la modernidad. En el texto se destacan también las ínfimas condiciones de vida en el campo como la falta de servicios, la ignorancia, el alcohol y la pésima comunicación

entre comunidades creando un espacio aislado y enajenante que imposibilita una organización comunitaria de lucha por sus derechos. Así lo rememora uno de los personajes que, siendo capturado por las fuerzas paramilitares, escucha a lo lejos el baile en una colonia popular a las afueras del Distrito Federal, lo cual desencadena el recuerdo de su pueblo originario a través de la música.

Desde lejos, en oleadas llegadas desde kilómetros, la música atravesaba el laberinto inhumano del ruido de los agentes y sin querer recordaba los bailes perdidos en la lejanía, con esa misma música, en los ranchos aterrados del norte, perdidos en los mezquitales y en la distancia, extrañamente distantes unos de otros, como para que nunca lleguen a caer en la tentación de organizarse contra alguien. La gente embrutecida con sotol cada fin de semana. Las mujeres condenadas, antes de nacer, a una vida circular enajenante como la de un cautivo; sin salida, poseídas por una resignación enloquecedora. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 79)

La ciudad por su parte, tampoco escapa al registro de diversas marginalidades que aparece en la novela como diferencias de género, de preferencia sexual y de edad. Lo mismo aparece la esposa, acabada por el quehacer en casa y la crianza de los hijos, como la prostituta preñada “por quién sabe cuántos; preñez sobre preñez sin parir en ningún tiempo”, así como el homosexual y la cruel vida de los niños de la calle.

Los niños, tirados sobre el pasto maltratado del jardín de Santa Escuela, dormían con pesadez. Cerca de ellos unos tubos de cemento Duco (Dupont Company), vacíos, exprimidos al máximo, daban la impresión de frutas metálicas secas. Los que no lograban caer en la ilusión del hartazgo que produce, se cubrían la cara con las manos con tal violencia que parecieran estar deteniendo el aliento de la vida que se les escapara por entre los dedos. El cemento sobre la cara —que se contrae al contacto con el aire— los deformaba en una metamorfosis involuntaria hasta convertirlos en seres escapados de alguna mitología; las manos de una pieza; trabadas. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 93)

Estas voces marginales que detecta el texto forman parte y al mismo tiempo delimitan el espacio de la modernidad impulsada principalmente en la ciudad de México durante la década del cincuenta y sesenta. Los niños “chemeando”⁷², los viejos vagabundos en las afueras del mercado, el sector campesino, la vida en el barrio, la pobreza extrema y la derrota de la lucha guerrillera configuran un amplio espectro marginal coronado por la violencia de estado y el confinamiento carcelario.

4.2 DISCIPLINA Y SUJETO CARCELARIO

Ahora bien, cómo definir lo carcelario y, en particular, la construcción del sujeto carcelario. Para ello, me parece pertinente señalar algunos aspectos del funcionamiento de la prisión, de las transformaciones del sistema penal y la aparición concomitante del sujeto delincencial; ya que éste primeramente estará marcado como sujeto punible por encontrarse en los márgenes de una legalidad establecida. Me interesa particularmente destacar del análisis de lo carcelario en Foucault, el establecimiento de “nuevos” límites de legalidad con el que el aparato penitenciario demarcó y territorializó a grupos marginales que, en otros momentos, no formaban parte de lo ilegal. Entre estos sujetos, signados como “delincuentes”, algunos son absorbidos bajo el archipiélago carcelario, mientras que otros llevan a cabo acciones desterritorializadoras inclusive dentro del espacio carcelario. Un ejemplo de ello me parece precisamente el ejercer el derecho a construir su propio

⁷² Inhalando el pegamento o tiner.

discurso que, bajo la categoría de literatura o ficción, logró insertarse en la circulación del espacio letrado y definirse desde dentro como sujetos carcelarios.

Recordemos brevemente que para Foucault la aparición de la prisión moderna y la sustitución del suplicio por la suspensión de la libertad como castigo, implicó la tecnificación del aparato penitenciario en donde no solamente: 1) se racionalizó, distribuyó y moduló la pena, 2) se aisló, dividió y categorizó al individuo, y 3) se convirtió a la prisión en un espacio privilegiado de producción de un saber; sino que también estableció efectos de poder que formaron parte esencial del funcionamiento social. En primer lugar, como se señaló anteriormente, la demarcación de los límites de la legalidad produce no solamente un marco claro y controlable de lo delincencial como un sujeto patologizado, sino que en un segundo momento éste se articula como una delincuencia útil⁷³. “La delincuencia es un instrumento para administrar y explotar los ilegalismos” señala Foucault; es decir, se toleran ciertos ilegalismos para obtener provecho y colaboración de la delincuencia como soplones, provocadores, elementos infiltrados en partidos políticos o movimientos obreros, por mencionar algunos ejemplos.

Prisión y policía forman un dispositivo acoplado; entre las dos garantizan en todo el campo de los ilegalismos la diferenciación, el aislamiento y la utilización de una delincuencia. En los ilegalismos, el sistema policía-prisión aísla una delincuencia manejable. Ésta con su especificidad, es un efecto del sistema; pero pasa a ser también uno de sus engranajes y de sus instrumentos. De suerte que habría que hablar de un conjunto cuyos tres términos (policía-

⁷³ Como señala Foucault, el recorte de lo legal e ilegal hizo que distintas manifestaciones como protestas o movimientos campesinos que anteriormente eran considerados dentro del marco legal durante la Edad Media, en los siglos XVIII y XIX quedaron al margen de lo legal. Cabecillas de movimientos sociales, mendigos, vagabundos, obreros sin empleo, entre otros, formaron parte del nuevo espectro de ilegalidad. Véase Foucault, *Vigilar y castigar*, pp. 277-91.

prisión-delincuencia) se apoyan unos sobre otros y forman un circuito que jamás se interrumpe. La vigilancia policiaca suministra a la prisión los infractores que ésta transforma en delincuentes, que además de ser el blanco de controles policiacos, son sus auxiliares, y estos últimos devuelven regularmente algunos de ellos a la prisión. (*Vigilar y castigar*, 287)⁷⁴

En el caso del período mexicano entre la década de los sesenta y ochenta, como se ha señalado en el primer capítulo, el aparato policial y contrainsurgente fue perfeccionando sus estrategias de infiltración y desarticulación de grupos subversivos, entre las cuales una de ellas era precisamente el reclutamiento de sujetos marginales, la mayoría pertenecientes a estratos sociales bajos o a la esfera delincencial para ser usados como soplones o provocadores. Ejemplos de ello fueron los porros en las universidades y preparatorias públicas durante los diversos movimientos estudiantiles del siglo XX, el ataque a los presos políticos por parte de los internos comunes en Lecumberri organizado por las autoridades del penal en año nuevo de 1970, y el grupo paramilitar Halcones que tuvo una destacada participación en la represión del Jueves de Corpus (10 de junio de 1971). Cabe mencionar también, la influencia determinante, durante la década del ochenta, de la DFS en la reconversión al crimen organizado —tráfico de armas, narcotráfico y robo de autopartes— de jóvenes habitantes de las zonas que todavía eran rurales en la periferia del DF, como Iztapalapa y Nezahualcóyotl. El utilitarismo del sujeto demarcado como ilegal o delincencial hasta cierto punto es más visible que otro de los efectos del aparato carcelario en tanto dispositivo panóptico: la expansión de lo

⁷⁴ Aquí habría que matizar sin embargo, el desbordamiento de este control sobre el narcotráfico al grado de convertirse en una fuerza antagonista con medios y movilidad muy superiores a la policía e inclusive al ejército.

carcelario a la vida cotidiana a través de otras disciplinas —psiquiatría, medicina, educación— y a pesar del suavizamiento del castigo corporal en el cambio del sistema penitenciario.

Se ha visto que la prisión transformaba, en la justicia penal, el procedimiento punitivo en técnica penitenciaria; en cuanto al archipiélago carcelario, transporta esta técnica de institución penal al cuerpo social entero. (*Vigilar y castigar*, 305)

Este movimiento en el que lo carcelario pareciera diluirse, en realidad produce la naturalización del castigo, la normativización del sujeto y una mayor tendencia para el intercambio entre diferentes disciplinas con el aparato carcelario, por ejemplo el discurso médico, educativo, psicológico, psiquiátrico, entre otros. Aquí cabe destacar que no en balde Foucault señala el término de la formación del sistema carcelario con la apertura de la prisión de Mettray 1844, ya que se trata de un modelo complejo que, aunque el castigo corporal fuera menos severo, precisamente reproduce una forma disciplinaria del Estado que, con efectos más amplios, sigue cinco modelos sociales jerarquizados: la familia, el ejército, el taller de trabajo, la escuela y el modelo judicial. Es interesante notar que más que su inauguración, Foucault destaca el momento en que un niño al salir de la prisión exclama con tristeza que era una lástima abandonar la colonia tan pronto (*Vigilar y castigar*, 300).

En la novela *¿Por qué no dijiste todo?* los presos políticos que están apunto de ser liberados reciben un examen psicológico, como una forma de valorar y comprobar su completa rehabilitación; sin embargo, antes de entrar al examen las trabajadoras sociales alertan a los ex guerrilleros sobre lo que deben o no hacer:

... los van a poner a dibujar figuras humanas, les dijeron, y hay que hacerlas sin orejas, con las manos abiertas y la boca cerrada, no recalcar los trazos, tampoco con mucho detalle. Les pedirán dos figuras: una masculina y otra femenina, en este caso empiecen siempre con la masculina y si a una de ellas la dibujan incompleta lo mismo deben hacer con la otra. (Castañeda, 17)

Esta cita me parece un buen ejemplo, y parodia, del modo en que el archipiélago carcelario se diluye en formas menos evidentes de normativización y disciplinamiento del sujeto en general. Paradójicamente este biopoder, ya que finalmente se ejerce sobre el disciplinamiento de los cuerpos, parece ser menos percibido, pero no por ello es menos inquietante, como señala Foucault: “Lo carcelario “naturaliza” el poder legal de castigar, como “legaliza” el poder técnico de disciplinar” (*Vigilar y castigar*, 309).

La siguiente cita va más lejos y deconstruye tanto al sujeto como a la disciplina que ejerce el poder de normativización del individuo, por supuesto legitimado como relato científico. De este modo, el psicólogo es ridiculizado y rebajado a un *estatus* en el que aparece como perro en cuatro patas.

Los sicólogos, de blanco también, ensimismados en no sé qué teoría de la rehabilitación del delincuente, entraban y salían de los cubículos, con papeles en la mano, pasándose a los presos entre sí; preguntándoles si de pequeños se orinaban en la cama, o si le tenían ganas a la mamá o sentían deseos de matar al papá. [...] Los *subversivos* pasaban con un [p]sicólogo especial que ocupaba la oficina del subdirector, y que ahí permanecía entretenido en darles comida a unos nervudos perros de una raza que Joaquín no conocía, dialogando con ellos tan cerca de su cara que pareciera querer besarlos. Luego intentaba emitir ladridos acomodado en cuatro patas sobre la alfombra verde. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 16-17)

Así a través de la animalización del especialista, la psicología, en tanto disciplina legitimada como ciencia, es desarticulada. Es decir, si la disciplina genera su propio objeto de estudio, se trata de una serpiente que se muerde la cola,

quedando expuesta así en su propia teleología y en parodia en la que el sujeto observador deviene en su propio objeto de estudio.

Por otro lado, es interesante observar que en el trabajo de Foucault el preso político no es ampliamente abordado. En *Vigilar y castigar* aparece una breve referencia en una nota de la gaceta de Francia en la que los críticos del castigo carcelario señalan que el preso político debía tomar la voz para que la burguesía pudiera comprender los sufrimientos de los condenados. Esta referencia aparece como parte del análisis que Foucault hace sobre la construcción de sujeto delincuencia, en donde se replantea el problema de justicia penal en las gacetas y periódicos populares; sin embargo, Foucault destaca que se trata de una táctica “contra nota-roja” que sustituye relatos de crímenes por relatos de miseria, demostrando un esfuerzo de “invertir ese discurso monótono sobre el crimen que trata a la vez de aislarlo como una monstruosidad y de hacer que recaiga su escándalo sobre la clase más pobre” (Foucault, 295).

Es cierto, por otro lado, que la categoría del preso político que tomó las armas ha sido construida con cierto halo de romanticismo y heroísmo, el guerrillero que utilizó la violencia es disculpado bajo un discurso épico que soslaya el ‘crimen’, mientras que el preso común parece ser mucho menos interesante por ser un simple mortal que sigue sus instintos o pasiones, que es vicioso o depravado. El preso común es visto generalmente ya sea como un ser inteligente que se convierte en una mente criminal, o bien como un ser cuyo sino está designado por el determinismo social o por la locura.

Por su parte, Salvador Castañeda evidencia en sus textos la categorización del preso político y el preso común al tensionar las relaciones de poder no solamente entre el Estado y el preso, sino entre los mismos individuos encarcelados. Por ejemplo, “El Changungas”, uno de los personajes guerrilleros, tiene tal fobia al preso común que llega al grado de golpearse la cabeza en los barrotes para poder ser sacado de la celda, ante lo cual los presos comunes responden: “Ni quien se lo coja al puto y ya está pariendo; ‘ta loco el güey” (*¿Por qué no dijiste todo?*, 84). Esto sucede cuando en un segundo período del encierro, los guerrilleros son trasladados de la cárcel preventiva de Lecumberri al Reclusorio Norte. Mientras en Lecumberri todos los presos políticos, en particular los “guerrillas” estaban en la misma crujía, en el Reclusorio son separados y reorganizados con los presos comunes.

Frente a esta postura, Castañeda reflexiona en su diario sobre la posibilidad de establecer un lazo con los presos comunes, es decir, demanda del preso político precisamente salir de su nicho revolucionario.

¿Acaso no resulta interesante convivir —y no únicamente esto sino investigar, estudiar, observar— con estos compañeros presos como una forma concreta de conocer a los más segregados de la sociedad; saber sus intereses, sus posibilidades de participación, puesto que ellos cuestionan diariamente, en cada acto suyo al estado de cosas actual[?] [...] algunos de nosotros tratamos de convivir con el resto de la población; con los que de plano se encuentran en un estrato social alejado. ¿Será demagogia? (*Los diques del tiempo*, 30-31)

Este acercamiento o empatía es una constante en la novela *¿Por qué no dijiste todo?*, ya que a lo largo de la narración se establecen puentes entre personajes lumpen y guerrilleros destacando tanto la solidaridad del lumpen con el guerrillero frente a la comunidad carcelaria en una suerte de reto o demarcación

territorial. Así El pato, criminal y drogadicto, gritaba a los presos comunes trazando una raya en el suelo que dividía a los guerrilleros y a él de los demás reos: “— ¡Pásenle putos, pásenle!— gritaba fuera de si en un rasgo solidario que dejó desconcertados a todos. Desde entonces convivió con ellos” (Castañeda, 22). La solidaridad del guerrillero se muestra al esconder la droga del lumpen para que no fuera apandado, es decir, confinado a la celda de castigo⁷⁵. La camaradería entre estos dos sectores, llega a tal grado que El Pato casi es convencido de incorporarse a la militancia, salvo por el hecho de que debía de trabajar.

Toparon con hueso, pinches guerras— les decía algunas veces. Según el Pato, todo estaba bien —“pinches burgueses hay que partirles su pinche madre”, decía —pero lo único que no le gustaba era que entonces todo mundo tendría que trabajar. Nunca pudieron convencerlo de esta necesidad en el socialismo. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 22)

Regresando a los efectos de naturalización del castigo y disciplinamiento, la demarcación del sujeto dentro del marco de ilegalidad en Foucault produce al sujeto estigmatizado como criminal. Si bien el criminal o delincuente común es signado como persona *non grata*, el agitador o sujeto subversivo es tolerado menos aún en la normativización del cuerpo social. De este modo, es legítimo y natural, aún más, una necesidad, el castigar y disciplinar al sujeto subversivo. Criminalizar al disidente, es una estrategia recurrente que permite destruir cualquier simpatía con los grupos subversivos o formar bases de apoyo. Y aquí no puedo dejar de mencionar

⁷⁵ José Revueltas es uno de los primeros que logra este cruce entre el lumpen y el militante político en textos como *Los errores* (1964) y *Los días terrenales* (1949) por citar algunos ejemplos; no obstante es interesante destacar que en *El apando* (1969) no aparece más el militante político o intelectual. En este sentido, la apuesta revueltiana ya no iba tanto dirigida a la crítica de la izquierda o al lugar del intelectual y militante, sino más bien a destacar el mundo carcelario extendido a la sociedad entera.

la crítica que hace Hernán Vidal al fenómeno de la tortura y los desaparecidos, durante la dictadura en Chile, ya que de algún modo el cuerpo social fue cómplice y responsable al no denunciar estos excesos⁷⁶. Se puede evidenciar entonces el éxito del proceso de criminalización que, aunado al terror infundido en la población, logró silenciar a la sociedad civil.

El guerrillero, de este modo, desestabiliza desde las bases el funcionamiento social; de ahí que se observen dos movimientos concomitantes en el período de la guerra sucia en México. Por un lado, el encubrimiento de la guerrilla bajo la categoría de criminal o delincuente evitó la percepción general de un gobierno frágil e incapaz de contener los brotes guerrilleros, pero a su vez generó un ambiguo *estatus* del preso político de la guerrilla. Negada su existencia, sobrevivió la guerra de “baja intensidad”, la cárcel clandestina y la prolongada cárcel común sin tener un proceso en ocasiones hasta después de seis años. Por otro lado, pese a los intentos del gobierno por invisibilizarla, la guerrilla buscó modos de emerger a la luz pública ya sea de modo violento como el secuestro o por medio de comunicados o reportajes⁷⁷.

La aparición a la luz pública fue estigmatizada y echó cortina de humo sobre los motivos del levantamiento, silenció las constantes incursiones y atropellos de las policías paramilitares a las comunidades en que emergió la guerrilla y los excesos

⁷⁶ Véase Hernán Vidal, *Chile, poética de la tortura política*, Santiago: Mosquito Comunicaciones, 2000.

⁷⁷ Por ejemplo, la revista *¿Por qué?* dedicó algunos números a entrevistar a los guerrilleros del movimiento de Lucio Cabañas, situación paradójica que por un lado divulgó el movimiento y le dio visibilidad pero, por otro, facilitó la identificación y captura de sus miembros.

cometidos como parte de una política del exterminio. Sin embargo, este doble movimiento de visibilidad y ocultamiento, así como el ambiguo *estatus* del guerrillero, constituyó un problema que el gobierno resolvió cambiando la categoría del guerrillero de “criminal” o “delincuente” a “preso político” al cual se le otorgaría la Amnistía⁷⁸.

La naturalización del castigo, mayor aún en el caso de la guerrilla, se evidencia en el sondeo que el gobierno hace a la opinión pública haciendo circular información sobre la posibilidad de dar Amnistía a los presos políticos. En *Los diques del tiempo* Salvador Castañeda inevitablemente toca este tema que, mientras para unos es una estrategia política, para el preso político son esperanzas fugaces que rompen la rutina en la cárcel, a la vez que constituye una tortura psicológica.

Este mismo día también apareció pequeña y escondida (en *Excélsior*) una nota que recoge supuestamente una declaración de Andrade (Guillermo) en el sentido de que la Procuraduría del DF, y otras de los estados, estudian 300 casos de presos políticos para darles libertad. Eso nosotros ya lo conocemos, lo que ha ocasionado cierta ilusión —quién sabe en qué medida real— respecto a la salida y esto constituye el hecho de que se diga públicamente, aunque como ya anoté, la información apareció perdida. Esto en realidad es un sondeo a nivel nacional dirigido principalmente a los grupos más reaccionarios. Sin embargo, hoy sábado (es decir un día más tarde) ya no se vio nada por ninguna parte de ningún diario. Veremos lo que sucede más adelante en el tiempo. Los guardias desde ayer están estrenando alarmas instaladas en los puentes de los

⁷⁸ La utilización de categorías impuestas a los levantamientos guerrilleros llega a tal grado de obscenidad en los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA), que se referían con los términos de “paquete” a una persona detenida, torturada o asesinada y, con “paquete archivado”, a una persona en detención prolongada. Véase *Informe* la sección 6 sobre la guerrilla en el estado de Guerrero en la página de National Security Archives Project <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB209/index.htm>. Recuérdese que Luis Echeverría ejerció una política maquiavélica ya que otorgó Amnistía al principio de su mandato a los presos políticos del 68, y a su vez fue implacable con el exterminio de la guerrilla y comunidades que la apoyaron.

cuatro pasillos. Tienen juguete nuevo y las accionan una y otra vez y por lo menos tres veces al día se traban. Ratos prolongados no dejan de emitir su agudo sonar, lo que provoca gritos estridentes de nosotros para nulificar el chillido de éstas. (*Los diques del tiempo*, 57)

Por otro lado, Castañeda presenta una severa crítica a los organismos que, en favor de los presos políticos, lucraron con la causa, así como de los compañeros de lucha que aparentemente los han dejado olvidados en la cárcel y la tibia izquierda mexicana que hace un juego de falsa oposición al gobierno y al partido oficial.

A los de vía armada ni Amnesty Internacional se nos arrima. Estamos más solos que nunca. El comité ese de membrete kilométrico sólo se solidariza con nosotros cada fin de año en la última página de alguna revista que ellos mismos califican de revolucionaria, deseándonos una Feliz navidad y un año nuevo lleno de prosperidad. ¡Cabrones! Pero eso sí, bien que se valen de nuestra existencia allegándose dinero y viajando por los países socialistas. O los partidos de la izquierda domesticada haciéndole el juego al partido oficial utilizándonos como bandera. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 131-32)

Como se puede observar no solamente el trato entre preso político y preso común fue muy diferenciado, sino que también hubo una gran distinción entre presos políticos de movimientos activistas, en particular los movimientos estudiantiles del 68, y los presos políticos de la guerrilla. Las condiciones en las que vivieron los presos políticos de la guerra sucia en las cárceles oficiales, excluyendo las cárceles clandestinas y el campo militar no. 1, fueron mucho más atroces que las que enfrentó el preso común. Como señalan Anzaldo y Zaragoza en la antología:

La vida en la prisión viene a ser una realidad incomprensible para la mayoría de la gente. Es un submundo difícil de explicar a quien no lo haya padecido y dentro de esa terrible forma de subsistencia es aun peor la del “preso político”, ya que es un individuo sin definición ni protección jurídica a quien el sistema se afana en destruir. (*Sobreviviremos al hielo*, 17)

Por ejemplo, en Lecumberri un preso común, en calidad de detenido, normalmente era situado en una zona de llegada y era obligado a “hacer la fajina” por tres meses para, posteriormente y una vez procesado, ser trasladado a otras crujías en donde se integraba a otras labores manuales menos pesadas que en ocasiones incluían diversos oficios⁷⁹. Usualmente este ascenso se lograba dependiendo del tiempo, conexiones y dinero. Los presos políticos de la guerrilla fueron destinados a realizar la fajina durante la madrugada, en lugar de los horarios diurnos, y por seis meses —el doble de lo usual—; sin contar con las golpizas para castigarlos por disidentes.

—Aquí no vas a aguantar la verga; la chinga que te espera está dura. Así que si quiere suicidarse (y cambia de persona abruptamente) vaya pidiendo la cuerda y hasta lo ayudamos a que se cuelgue. Así que eres del MAR ¿eh? Ustedes se sienten muy cabrones pero aquí van a aprender. A mí me vale madres la ideología de ustedes. Lo único que quiero es que no hagan problemas, es mejor que se olviden de hacer propaganda; acuérdense que vienen recomendados. Así que nada de grupos, amigos o denuncias. Aquí hay situaciones con las que no estarán de acuerdo pero tienen que callarse. Si quieren pasarse de vergas, gacha. Yo los entiendo y hasta puedo decir que simpatizo con ustedes...” (*Los diques del tiempo*, 20-21)

Por otro lado, el trato que recibieron los presos políticos del 68 y los de la guerrilla dista mucho entre sí, aunque la cárcel para cualquiera, por supuesto, es una experiencia terrible. De algún modo el movimiento estudiantil del 68 por la escandalosa visibilidad que le otorgó el gobierno en su error garrafal de reprimirlo, la procedencia clasemediera de la mayoría de sus líderes, y la cantidad de

⁷⁹ La fajina o hacer fajina era la tarea de limpiar los pisos con piedra y agua. Más que una tarea de limpieza es un castigo físico que impone disciplina, somete y desintegra la personalidad. La actividad se hace en cucullas y a quienes no cumplen bien con las labores o el cuerpo no le responde, los vigilantes los golpean.

participantes en las manifestaciones experimentó de modo diferente la cárcel. Podría decirse que vivió el encierro con “ciertos privilegios”, inclusive pese a las breves estancias en el campo militar y pese a la operación planeada por las autoridades carcelarias para saquear, golpear y robar en año nuevo del 1970 a los presos del 68 en su intento por romper la huelga de hambre de los presos políticos⁸⁰.

Las crujías “C” y “M” del centro penitenciario de Lecumberri fueron destinadas para los presos del 68, este hecho se puede leer no sólo como el evidente aislamiento al que fueron sometidos, sino también como un trato diferenciado; ya que esto significó el traslado de los presos comunes que habitaban en esas crujías y el consecuente hacinamiento, de por sí bastante agudo⁸¹. Los presos políticos de la guerrilla tuvieron menos visibilidad, su *estatus* fue irregular por varios años y fueron considerados una verdadera amenaza puesto que tomaron las armas contra el gobierno federal y no solamente se manifestaron por la ciudad como ocurrió con el movimiento estudiantil del 68. Al contrario de las pequeñas conquistas y posibilidad

⁸⁰ Revueltas narra el suceso en su ensayo “Año nuevo en Lecumberri”, recopilado en *En el filo*, mismo evento con el cual Luis González de Alba abre su texto *Los días y los años*.

⁸¹ Siguiendo el modelo panóptico de Betham, la cárcel de Lecumberri comenzó a diseñarse como proyecto carcelario moderno en 1850, sin embargo no comenzó su construcción hasta 1885, inaugurándose finalmente en 1900 coronando de este modo la modernización de México bajo el régimen porfirista. La estructura central es una estrella, a partir de cuyo centro se abren las aristas que corresponden a letras de las crujías, comenzando por la artista al fondo “A”, la siguiente arista a la derecha “B”, e izquierda “C” y de modo consecutivo. La arquitectura que estaba diseñada para ordenar el espacio físico del recluso no se respetó, al alterar el orden de las crujías y mezclar la población de detenidos con sentenciados. A su vez se construyeron provisionalmente nuevas crujías en espacios sumamente reducidos, mismos que sirvieron de castigo a los ex-guerrilleros, tal es el caso de la crujía “O”. Por otro lado, la división de crujías era hecha por el tipo de crímenes: la crujía “M” estaba destinada para los presos políticos (por ejemplo Herberto Castillo); la “N” para los presos políticos aprehendidos antes del 68; en la “E” y “D” para presos comunes por robo y delitos de sangre, la “H” para los presos políticos del 2 de octubre; la “A” para los reincidentes; y la “C” para los presos del Partido Comunista y del Consejo Nacional de Huelga del movimiento estudiantil del 68. Véanse imágenes de Lecumberri en el apéndice.

de organización de los estudiantes en las crujías, los guerrilleros tuvieron que enfrentar las condiciones de hacinamiento en la crujía de castigo. Por ejemplo, los presos políticos del MAR —así como los miembros de otros grupos y presos del fuero común—, estuvieron confinados en una celda que medía 2.5 por 3 m², habitada por 75 presos. El hacinamiento era el primero y quizás el menos grave de los padecimientos en la cárcel si contemplamos el abuso sexual y la tortura⁸².

Una vez más el estado de excepción, emergente en el marco de una paradoja legal, crea un espacio ambiguo e indefinido en el que el individuo cae prácticamente en un limbo de desgracia, sujeto a su vez a los vaivenes políticos y a una autoridad indefinida: la del penal y la de la policía política. La Dirección Federal de Seguridad (DFS) realizaba constantes cateos, en especial tras un secuestro o un asalto bancario —llamado por los grupos guerrilleros “expropiación”—, por lo que en cualquier momento podían llevarse a los presos a una sala de tortura dentro o fuera de la prisión. Los bancos inclusive llegaron a poner precio por cada guerrillero con tiro de gracia: 200,000 pesos durante la década del setenta. Castañeda describe las incursiones violentas de la DFS a la prisión; sin embargo, es interesante observar cómo destaca en la narración la furia e impotencia de los agentes.

Siempre que hay un secuestro, dondequiera que sea, sucede lo mismo: van sobre los *activistas* y lo hacen porque no saben por dónde empezar, o a dónde ir, ni tienen nada. De pronto se quedan como gallinas descabezadas, así que llegan a la cárcel con la esperanza de encontrar entre los políticos algo que les dé algún indicio para organizar la cacería, movilizando fuerzas paramilitares y militares [...] Ven guerrilleros en toda la gente y, con los nervios de punta,

⁸² Cabe señalar que el abuso sexual es abordado en el diario de cárcel de Castañeda —tanto el período de Lecumberri como en el Reclusorio norte—, pero en la novela no aparecen referencias a éste.

gritan desesperados por no encontrar lo que resulta imposible. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 130)

Por otro lado, los presos políticos del 68 como José Revueltas —veterano carcelario—, Luis González de Alba, Raúl Álvarez Garín y Salvador Martínez de la Roca, entre otros, señalan las conquistas que tuvieron en la crujía de la cárcel de Lecumberri, tales como: no pasar lista, ganar espacio relativamente autónomo en las crujías al no permitir la entrada de otros reos para organizarla, pasar libros a la prisión, obtener pequeños tesoros personales como una parrilla o una máquina de escribir, auto organizarse en labores y formar grupos de estudio, inclusive presentar exámenes para la universidad. González de Alba presenta en *Los días y los años* que es posible el activismo aún dentro de la cárcel al organizar con otros presos políticos una huelga de hambre; señala inclusive que: “El ambiente, a no ser porque se está en la cárcel, no es del todo desagradable” (González, 41).

En la cárcel los días no son largos. Todo lo contrario: son increíblemente cortos. Nadie me cree cuando digo que no he terminado algo, un examen por ejemplo, porque no he tenido tiempo. Aunque no lo parezca, así sucede. Es frecuente que un día entero se pase en blanco; y para que eso suceda bastan uno o dos descuidos: levantarse un poco más tarde y alargar los cafés. (González, 56)

Resulta refrescante la energía con la que González de Alba asume la militancia política dentro de la propia cárcel. Efectivamente, las lecturas y discusiones entre todos los compañeros de lucha, presentar exámenes extramuros en la UNAM mantuvieron su ánimo y cuerpo; pese a que el propio González de Alba fue recluido e interrogado en el campo militar no. 1. No obstante, esta experiencia dista mucho de la que tuvieron las mujeres del movimiento del 68, ya que por un lado tuvieron menor visibilidad, fueron retenidas en otro centro penitenciario —

primeramente en Tlalpan y después Santa Martha Acatitla— y, como la propia Ana Ignacia Rodríguez señala, a las mujeres se les prohibió la visita conyugal y fueron sujetas a un acoso físico y psicológico muy probablemente orquestado desde altos mandos del gobierno⁸³.

Aquí cabe señalar que es abrumadoramente notable la ausencia de testimonios o escritos de mujeres activistas del movimiento estudiantil o la guerrilla de la década del setenta; en ambos casos el registro escrito es mínimo. Un caso excepcional, además de las voces femeninas que aparecen en *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, son dos poemas de Trinidad León Zampoaltécatl que aparecen en la antología *Sobreviviremos al hielo* y que uno de ellos será abordado posteriormente. Por ahora, quiero destacar el texto *Testimonios de la cárcel. De la libertad al encierro*, de Roberta Avendaño Martínez “La Tita”, delegada del Comité Central del CNH por la Facultad de leyes de la UNAM durante el movimiento estudiantil del 68. Publicado 30 años después de la represión, el testimonio de Roberta Avendaño se centra en la injusticia y la vida carcelaria más que en el movimiento estudiantil. Denuncia la existencia de cárceles clandestinas, la detención ilegal y prolongada sin tener cargos, los procesos estancados, así como la corrupción, violencia e injusticia del aparato penitenciar. Durante su estancia en la cárcel por dos años, destaca la difícil convivencia y la violencia ejercida por otras

⁸³ La declaración de Ana Ignacia Rodríguez aparece en la sección de los presos políticos perteneciente al documental realizado para la exposición fija Memorial del 68 en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco, ubicado, en la Plaza de Tlatelolco, en las antiguas instalaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores e inaugurado en 2007.

reas como la programática amenaza de golpizas, destrucción y hurto de los pocos bienes recolectados.

Todos estos incidentes a nosotros lógicamente nos asustaban mucho pues no estábamos acostumbradas, sin embargo había que sufrirlos junto con la impotencia de saber que aquí las reglas las marcaban gentes que apenas si sabían leer y escribir, se tienen que acatar, te pareciera o no, nosotras las Presas Políticas éramos minoría y las otras nos comían, no sucedía lo mismo con los hombres que por ser más y estar concentrados en la crujía “C” y “M” de Lecumberri podían lograr algunas mejorías convenientes a todos. (Avendaño, 123)

Sin embargo, a pesar de los daños sufridos y la muerte de la madre durante su encarcelamiento, la agenda de su escritura presenta un cambio notable en relación con los escritos masculinos del movimiento estudiantil⁸⁴. Este hecho es significativo pues logra un interesante registro de diferentes marginalidades carcelarias al describir casos y personajes que por diferentes motivos llegaron a la cárcel. Como se puede observar, la cuestión de género ha sido insuficientemente trabajada en relación a los movimientos estudiantiles y guerrilleros, siguiendo de algún modo, por parte de los protagonistas y analistas del movimiento, primordialmente un modelo masculino que destaca su participación como eje del movimiento, más que el trabajo de las bases, brigadas y, por supuesto, la experiencia femenina⁸⁵.

Se puede observar, que las experiencias de militancia política y de encarcelamiento entre distintos sujetos presenta una distancia enorme; por ejemplo,

⁸⁴ Véanse los trabajos de Sócrates Campos Lemus, Gilberto Guevara Niebla, Luis González de Alba o Alberto Ulloa Bonerman por mencionar algunos ejemplos.

⁸⁵ Para cuestiones de género en el movimiento del 68 véanse los trabajos de Lessi Jo Frazier y Deborah Cohen. Para una perspectiva de género durante la guerra sucia, véase Macrina Cárdenas Montaña.

para el guerrillero la entrada al confinamiento carcelario significó salir de la cárcel clandestina, seguir vivo y tener por lo menos cierta visibilidad pública que si no garantizaba su vida, por lo menos quedaba trazada su huella en el archivo público.

Irónicamente ante la perspectiva clara para todos de la cárcel, al salir de aquel lugar volvimos a nacer. Se cumplía un mes desde que fuimos atrapados en diferentes partes del país.[...] Al fin estaban fuera de aquel lugar, *nacidos otra vez al mundo, salidos de los espacios de tortura líquida, de cables de corriente alterna y directa, de caucho sintético; listos para entrar otra vez en la oscuridad de otras paredes.* (énfasis mío, *¿Por qué no dijiste todo?*, 78-79)

Al hablar entonces del sujeto carcelario, preso político y participante de la guerrilla, es impensable dejar de mencionar el proceso de reconstrucción de su identidad desde dentro del confinamiento carcelario, desde la cloaca de la guerra sucia, a través de los textos carcelarios. Como se analizó en el capítulo anterior, los textos carcelarios tras el 68 operan un cambio coyuntural en el lugar de enunciación lo cual no se traduce a una asimilación simplista de estrategias literarias.

Es decir, el hablar de la violencia de estado, la guerrilla y la experiencia carcelaria desde dentro no equivale a la utilización exclusiva de un narrador en primera persona. En el caso de la antología de Anzaldo y Zaragoza, así como en el diario de cárcel de Castañeda, la utilización de un yo poético o un narrador que toca espacios íntimos está sujeto al género que se utiliza. Sin embargo, en el caso de la novela *¿Por qué no dijiste todo?* a pesar de que el narrador es una tercera persona omnisciente, la construcción de la narración se realiza a través de la mirada o perspectiva del propio sujeto carcelario.

La reconstrucción de la identidad del sujeto está determinada por la inminente necesidad de sobrevivencia y recuperación de identidad tras la previa

disolución y despersonalización ejercida durante la tortura y estancia en las cárceles clandestinas. Así la entrada a la cárcel es también cobijo, una suerte de protección provisional después de sobrevivir la cárcel clandestina, y en cierto modo conjurar el terror a la desaparición al salir de la cárcel, ya que afuera en la sociedad no hay garantías individuales, como en realidad sucedió durante la guerra sucia. “¡Que vengan los años, cabrones, nomás que no me maten!” (*¿Por qué no dijiste todo?*, 18), se decía ocasionalmente y con cierto humor negro durante la comida o “rancho”, en el capítulo con el que abre la novela.

La cárcel aparece entonces no como espacio de estudio y militancia política, sino como un espacio represivo en particular por las incursiones de la DFS, y también como espacio de cobijo provisional ante realidades más atroces. No obstante, los textos carcelarios que nos ocupan descargan una crítica feroz contra el aparato carcelario, así como los dispositivos de disciplinamiento en la sociedad. Por ejemplo, el poema “Cárcel” de David Zaragoza presenta el fracaso de la cárcel como proyecto correctivo social, así en un juego poético enlista los distintos nombres de la cárcel a través de adjetivos que describen las acciones de la cárcel y las consecuencias que tiene sobre los individuos que convergen en ella: jueces, burócratas, presos y familiares de los presos. Aún más, los efectos de lo carcelario son descritos como represión, ausencia de actividad sexual y destrucción del sujeto hasta convertirlo en despojo humano.

¡Asesina! corruptora de mayores
gran maestra
Frustración de los creadores
creadora de los frustrados

Mina de gambusinos de escritorio
 Secadora de conciencias
 templo de meditaciones
 Desintegradora familiar
 Cómplice de jueces
 Alcahueta de ladrones con licencia para matar
 Represiva incorregible
 Redentora insospechada
 Paridora de hombres
 Hacedora de despojos
 Lugar de las masturbaciones
 Creadora de neuróticos
 Gran panacea
 Sala de espejos desnudantes (*Sobreviviremos al hielo*,
 30)

En una suerte de plegaria, la enumeración es obsesiva en su intento por contener el significado de la cárcel en los adjetivos. De este modo, en el simple ejercicio de nombrarla de algún modo encierra no solamente el dolor y odio del poder coercitivo de lo carcelario, sino también la denuncia de sus perversiones y, a través de la ironía, el verdadero objeto de su existencia.

¡GRAN PUTA!
 Exterminadora de amores
 Forjadora de odios
 Truncadora de proyectos
 Arrancadora de máscaras
 Fábrica de locos
 Reina del vicio
 ¡¡PINCHE CÁRCEL!!
 Clausuradora de gargantas
 Domadora impotente
 Semillero de degenerados
 Soledad de soledades
 Encauce de desvíos
 Artículo de primera necesidad
 Compendio de historias y de histerias
 Gran Larousse ilustrado (*Sobreviviremos al hielo*, 31)

El describirla como un “artículo de primera necesidad” significa que no solamente se trata de un espacio de disciplinamiento, sino un engranaje imprescindible en funcionamiento del cuerpo social que, sin embargo, irónicamente se destaca que no debería ser así. En el mismo tono de humor negro, la experiencia carcelaria se convierte en un medio de acceso al conocimiento de una realidad otra, develamiento de máscaras y el desmantelamiento de los valores sociales, por ello la ácida analogía con el diccionario Larousse. Por otro lado, la enumeración obsesiva en un intento de demarcación no apela a la figura retórica de repetición, sino de proliferación semántica que destaca consecuencias, estrategias y modos de operar de un poder disciplinante y represivo, cooptado y prostituido, desigual, en el que no existe objetividad ni justicia.

A continuación se puede apreciar el recurso del retruécano y el modo en que mediante esta figura retórica se define a la cárcel: primero, por la acción que ejerce en el sujeto: “Opacadora de soles” y después por la relación semántica que establece con el sujeto en el devenir de la interacción con los presos. En la segunda parte del retruécano la cárcel no ejerce la acción, sino que es descrita en su devenir, en lo que se ha convertido en su relación con el otro: “Sol de los opacados”.

Opacadora de soles
sol de los opacados
Constructora de poetas, que destruyes
Degeneradora de dioses
diosa de los degenerados (*Sobreviviremos al hielo*, 30)

El retruécano si bien no se repete en todo el poema, sí puede considerarse como una constante en cuanto a su funcionamiento o estrategia, ya que el poema

precisamente intenta exponer las relaciones y efectos de la cárcel en un intercambio semántico. Por otro lado, el poema no solamente intenta demarcar y nombrar a la cárcel, sino que devela los mecanismos de poder que subyacen a ella. Nombra a la cárcel no como el espacio físico, sino como un concepto, un mecanismo coercitivo, pero inclusive el poema va más allá y la nombra como un ente no acabado, un mecanismo vivo, en constante devenir.

La cárcel deviene en su relación con, y en la constitución, del sujeto carcelario, de ahí la interminable enumeración de la cárcel como adjetivos derivativos del verbo, es decir, de la acción ejercida sobre el sujeto: opacadora de soles, constructora de poetas que destruye, degeneradora de dioses, secadora de conciencias, desintegradora familiar, redentora insospechada, paridora de hombres, hacedora de despojos, creadora de neuróticos, exterminadora de amores, forjadora de odios, truncadora de proyectos, arrancadora de máscaras, fábrica[dora] de locos, clausuradora de gargantas, domadora impotente, etc... Por otro lado, la construcción del sujeto carcelario está dada asimismo en su contacto y transformación con el aparato carcelario; así los sujetos —reos, celadores y jueces— devienen en opacados, degenerados, frustrados, ladrones con licencia de matar, despojos humanos, neuróticos o gambusinos de escritorio, por citar algunos ejemplos.

En este sentido, me interesa destacar que la articulación del sujeto carcelario precisamente radica en la transformación ejercida en la cárcel a través de la violencia y mecanismos coercitivos, el sujeto es primeramente demarcado dentro de

ciertos parámetros de legalidad preestablecidos, para en un segundo momento disciplinar su cuerpo dentro del aparato carcelario; es decir, territorializando física y simbólicamente. Pero no solamente el preso es afectado, sino que también los ejecutores del poder y de la violencia son transformados por las relaciones establecidas en el espacio carcelario como señala Castañeda en el diario de cárcel.

La cárcel es tan cruel (*¿la cárcel?*) que nadie se salva; metamorfosea los conceptos, trastoca los valores y nos hace meditar porque aquí hay mucho tiempo para esto; algunos atragantándose de odio y otros ahogándose de arrepentimiento sincero pero sin valor para los que nos tienen aquí, que al fin de cuentas se han transformado también. (énfasis mío, *Los diques del tiempo*, 42)

Castañeda señala que la cárcel es cruel y entre paréntesis pregunta: “¿la cárcel?”, intuyendo de este modo que la prisión es algo más que un espacio físico, qué o quién es en realidad tan cruel que transforma a todos, presos y celadores. De este modo, desarticula la prisión como espacio o como categoría que guarda en anonimato a los ejecutores de excesos que si bien primeramente quedaron protegidos como brazo paramilitar del gobierno, ahora el discurso legal y penal autoriza la administración y disciplinamiento del cuerpo presidiario⁸⁶. Pero no sólo eso, sino que la construcción del sujeto carcelario, específicamente en el caso del preso político, no puede ser observada sin el recorrido trazado del disciplinamiento y castigo carcelario al vaciamiento del sujeto para convertirlo en cuerpo puro de violencia; en vida nuda, en vida bruta. Es decir, si anteriormente se ha analizado que la construcción del sujeto carcelario estaba dada en relación con el

⁸⁶ Uno de los grupos paramilitares protegidos durante la guerra sucia, después de la desarticulación de Halcones, fue la Brigada Blanca que, dado su nombre, fue el brazo armado de la Dirección Federal de Seguridad, se ocupaba de “blanquear” cualquier operativo o incursión.

disciplinamiento y territorialización del sujeto a partir de categorías movibles, como lo ilegal o lo delincencial; este movimiento territorializador no se detiene en el disciplinamiento de los cuerpos, sino que, en una suerte de estado de excepción descarga toda su fuerza reduciendo la vida del individuo a pura corporalidad, encarnando de este modo, la brutalidad de la violencia de estado sobre un cuerpo despojado.

4.3 VACIAMIENTO Y RECONVERSIÓN DEL CUERPO DE VIOLENCIA

Como se ha señalado en el apartado anterior, la construcción del sujeto carcelario está dada por un movimiento territorializador que parte de la delimitación de lo ilegal, asimismo se ha visto la problemática definición del preso político a partir del manejo de un ambiguo estado de excepción que, previsto dentro del orden legal, suspende las garantías individuales y viola los derechos humanos en función de salvaguardar la soberanía nacional. En el primer capítulo se ha señalado el modo en que fue utilizado el delito de disolución social para echar a andar una casería de brujas contra un sector considerado “subversivo”. Así, de delincuente a preso político que recibe la Amnistía, el sujeto subversivo en México pasa por un proceso de vaciamiento y reconstrucción de identidad. Se ha observado, a partir del análisis del poema “Cárcel” que la cárcel, la construcción del sujeto carcelario, así como la transformación de otros sujetos que participan en el aparato carcelario está dada como un devenir en las relaciones que establecen entre sí.

De este modo, el sujeto carcelario generalmente es definido desde fuera, y es desprovisto de su identidad y capacidad de autodefinición, a partir del hecho de que ha desbordado el límite marcado por lo legal. No obstante, en el caso del preso político se lleva a cabo un proceso concomitante que responde no solamente a la territorialización en tanto sujeto marcado como delincencial, sino que se ejerce un proceso de vaciamiento y reducción del sujeto a cuerpo puro, en el cual se descarga el castigo y dolor físico para reconvertirlo en un cuerpo vaciado, un cuerpo en el que se objetiviza la violencia: un cuerpo de violencia. Anteriormente se introdujo brevemente el concepto de *zoe bios* retomado en Agamben para construir el término *bare life* o lo que denominé cuerpo puro; sin embargo, me parece pertinente hilar más fino para explicar el proceso de vaciamiento de la identidad y su reducción a cuerpo de violencia, así como las posibilidades de resistencia y reconversión del cuerpo de violencia.

Giorgio Agamben destaca en *Homo sacer* la diferencia en la etimología griega entre *zoe* para definir la vida o existencia biológica y *bios* que implica un modo de vida individual o en grupo; podría decirse un modo de vida con existencia política. A partir de esta diferenciación, Agamben desarrolla el concepto de “vida nuda” o en inglés *bare life* —vida en el sentido de *zoe*— y la inclusión del *zoe* en la política como elemento constitutivo del poder soberano.

In particular, the development and triumph of capitalism would have not been possible, from this perspective, without the disciplinary control achieved by the bio-power, which, through a series of appropriate technologies, so to speak created the “docile bodies” that it need. [...] the entry of the *zoe* into the sphere of the *polis*

—the politicization of bare life as such— constitutes the decisive event of modernity and signals a radical transformation of the political-philosophical categories of classical thought. (Agamben, 3-4)

Esta aproximación había sido señalada anteriormente por Foucault en el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, subtitulada *La voluntad de saber*. Para Foucault, la democracia moderna está fundada gracias al ejercicio de una biopolítica del poder que fue posible a partir del siglo XVIII, cuando el poder político ya no radicaba en el rey ni en el ejercicio de poder para dar muerte: “Ya no se trata de hacer jugar la muerte en el campo de la soberanía, sino de distribuir lo viviente en un dominio de valor y de utilidad” (Foucault, 174). Es decir, se trata entonces de administrar la vida, en un primer momento, a través de la reconversión del cuerpo a una máquina —por medio del disciplinamiento e integración del sujeto a sistemas de control y administración eficaces o lo que llama *anatomopolítica del cuerpo humano*— y, en un segundo momento, a través de la intervención de estas disciplinas, la regulación de una *biopolítica de la población*.

Ese bio-poder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos. (*La verdad de saber*, 170)

De este modo, a partir de la Ilustración y la producción de un saber disciplinario, se van gestando grandes aparatos de estado e instituciones como la familia, el ejército, la escuela, la cárcel, la policía, el hospital, entre otros; así como las técnicas cuyos efectos fueron territorializar, jerarquizar y segregar para garantizar relaciones de dominación y efectos de hegemonía:

...el ajuste entre la acumulación de los hombres y la del capital, la articulación entre crecimiento de los grupos humanos y expansión de las fuerzas productivas y la repartición diferencial de la ganancia, en parte fueron posibles gracias al ejercicio del bio-poder en sus formas y procedimientos múltiples. (*La verdad de saber*, 171)

Agamben se propone extender el trabajo de Foucault en el sentido de que la inclusión del *zoe* en la *polis* ejerce una exclusión o suerte de estado de excepción, y, en este sentido, el hecho decisivo para Agamben no es tanto, como para Foucault, la aparición de la normativización y regulación de la vida dentro del aparato de poder —como la producción del saber y la regulación del sujeto por medio de mecanismos disciplinantes—, sino a partir de la constitución del estado de excepción, el borramiento de las fronteras entre cuerpo-ciudadano y la rearticulación del *zoe* en tanto *homo sacer*, como se verá más adelante.

Para Agamben, el sujeto moderno en tanto ser viviente se encuentra atravesado por dos procesos: 1) el proceso disciplinario del estado sobre el sujeto como ser viviente, es decir, como objeto; y 2) el nacimiento de la democracia moderna en la cual el sujeto es presentado no como un objeto sino como sujeto de poder político.

Instead the decisive fact is that, together with the process by which the exception everywhere becomes the rule, the realm of bare life —which is originally situated at the margins of the political order— gradually begins to coincide with the political realm, and exclusion and inclusion, outside and inside, *bios* and *zoe*, right and fact, enter into a zone of irreducible indistinction. At once excluding bare life from capturing it within the political order, the state of exception actually constituted, in its very separateness, the hidden foundation on which the entire political system rested. [...] These processes —which in many ways oppose and (at least apparently) bitterly conflict with each other— nevertheless converge insofar as both concern the bare life of the citizen, the new biopolitical body of humanity. (*Homo sacer*, 9)

Este doble proceso en donde el “hombre” es objeto y sujeto del poder político, y su relación con el concepto de soberanía en la democracia moderna, se funda con la incorporación del *habeas corpus* a la ley en 1679, no como ciudadano sino como cuerpo y estado de excepción en donde el cuerpo —vida nuda— es aislado y requerido a comparecer ante la corte (*Homo sacer*, 124). Por otro lado, es significativo que la declaración de derechos humanos y del ciudadano de 1789 lograra borrar el concepto de “hombre” como cuerpo al transformarlo en ciudadano; aunque, paradójicamente, en el fondo es en nombre del “hombre” como cuerpo viviente que se producen estos derechos.

It is not possible to understand the “national” and biopolitical development and vocation of the modern state in the nineteenth and twentieth centuries if one forgets that what lies at its basis is not man as a free and conscious political subject but, above all, man’s bare life, the simple birth that as such is, in the passage from subject to citizen, invested with the principle of sovereignty. The fiction implicit here is that birth immediately becomes nation such as there can be no interval of separation [*scarto*] between the two terms. Rights are attributed to man (or originate in him) solely to the extent that man is the immediately vanishing ground (who must never come to light as such) of the citizen. (*Homo sacer*, 128)

No obstante, la separación y borramiento de la vida como cuerpo viviente no solamente se da en la transformación del nacimiento a la ciudadanía, sino también en la constitución de los derechos activos y pasivos que propuso la Revolución francesa. Así, los derechos civiles y naturales —representados como derechos pasivos en niños, mujeres y extranjeros— están formados para la preservación de la sociedad, mientras que los derechos políticos —es decir, los derechos activos ejercidos por el ciudadano— son los que fundan la sociedad (*Homo sacer*, 130).

One of the essential characteristics of modern biopolitics (which will continue to increase in our century) is its constant need to redefine the threshold in life that distinguishes and separates what is inside from what is outside. Once it crosses over the walls of *oikos* and penetrates more and more deeply into the city, the foundation of sovereignty —nonpolitical life— is immediately transformed into a line that must be constantly redrawn. Once *zoe* is politicized by declarations of rights, the distinctions and thresholds that make it possible to isolate a sacred life must newly defined. And when natural life is wholly included in the *polis* —and this much has, by now, already happened— these thresholds pass, as we will see, beyond the dark boundaries separating life from death in order to identify a new living dead man, a new sacred man. (*Homo sacer*, 131)

De este modo, el proceso de inclusión o recuperación excluyente es puesto en crisis con la aparición del fenómeno masivo de los refugiados como una suerte de desterritorialización, ya que rebasan las categorías que los puedan definir. Esta tensión opera un quiebre en los conceptos de ciudadanía, nacimiento, nacionalidad y, por lo tanto, en el relato moderno de soberanía. Agamben designa entonces al refugiado como el verdadero hombre de derechos en Arendt, *homo sacer* como lo denomina Agamben y, con éste, la aparición real de los derechos fuera del relato de ciudadanía que lo encubre.

Mientras Agamben analiza la biopolítica como un proceso constante en el discurso legal que redefine el espectro de los derechos, Foucault analiza el ejercicio de una biopolítica del poder sobre los cuerpos disciplinados y el modo en que la fundación de soberanía está marcada ya no por el poder del rey para hacer vivir o hacer matar, sino como “el poder de exponer a una población a muerte [como] el envés del poder de garantizar a otra su existencia” (*La voluntad de saber*, 166). De este modo, la soberanía nacional se encubre en el exterminio de aquello que amenaza su existencia. Dichas premisas llevadas a los extremos se convirtieron en

una maquiavélica biopolítica de la eugenesia que legitimó los campos de concentración y la eliminación de los judíos en el holocausto. Aún más, podría decirse que siguen más vigentes que nunca en la política exterior e interior de los Estados Unidos, baste recordar las acciones emergentes legitimadas en los discursos de seguridad nacional rearticulados bajo la lucha contra el comunismo, la lucha contra el narcotráfico y, actualmente, la lucha contra el terrorismo.

La diferencia quizás entre Agamben y Foucault es que Agamben enfatiza el vínculo de esta relación excluyente *bios-zoe* —ya existente en los griegos—, actualizando esta relación en el marco del concepto moderno de soberanía, su aparición en el discurso legal y el borramiento de límites claros entre el ciudadano y el cuerpo como *bare life* que necesariamente tiende a rearticularse. En cambio, para Foucault el énfasis está puesto en los mecanismos de poder que operan sobre el disciplinamiento del cuerpo, mecanismos bajo los cuales se encuentra incluido el discurso legal.

En la relación con las sociedades que hemos conocido hasta el siglo XVIII, hemos entrado en una fase de regresión de lo jurídico; las constituciones escritas en el mundo entero a partir de la Revolución francesa, los códigos redactados y modificados, toda una *actividad legislativa* permanente y ruidosa no deben engañarnos: *son las formas que tornan aceptable un poder esencialmente normalizador.* (énfasis mío, *La voluntad de saber*, 175)

Parecería entonces que no hay escapatoria y que el poder ha logrado integrar al cuerpo viviente, vida nuda o *zoe* a complejos mecanismos de control en donde el sujeto estaría determinado en la medida de su disciplinamiento. A pesar del aparente *cul-de-sac* en Foucault, éste reconoce que la biopolítica no se da en términos absolutos.

...habría que hablar de “biopolítica” para designar lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convierte al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana; esto no significa que la vida haya sido exhaustivamente integrada a dinámicas que la dominen o administren; escapa de ellas sin cesar. (*La voluntad de saber*, 173)

Y siguiendo este argumento, Foucault destaca que las fuerzas que resisten se han de apoyar en lo mismo que la biopolítica del poder invade: la vida del hombre en tanto ser viviente: “la vida como objeto político fue en cierto modo tomada al pie de la letra y vuelta contra el sistema que pretende controlarla” (*La voluntad de saber*, 175). En este sentido podemos volver a entablar un diálogo con Agamben cuando enfatiza que estos espacios de excepción —ejemplificados en los refugiados y el campo de concentración— reducen al ciudadano a vida nuda o *bare life*, desestabilizan o desterritorializan estas categorías que se mantenían aparentemente claras y, por lo tanto, operan una rearticulación de la vida nuda como *homo sacer*.

Regresando al análisis de los textos carcelarios, mientras Agamben provee las herramientas necesarias para analizar el proceso de vaciamiento del sujeto, destrucción de su identidad y reconversión en cuerpo de violencia mediante la tortura, Foucault permite analizar los modos y mecanismos de disciplinamiento en la reducción del preso político a cuerpo puro, el proceso de objetivación de la violencia —tanto en el torturador, como en el preso político— y asimismo los modos de resistencia, a nivel discursivo, a estas estrategias de la biopolítica del poder.

Si bien cualquier individuo se encuentra atravesado por el efecto de mecanismos disciplinantes de la biopolítica del poder —por medio de diversas

instituciones la escuela, la fábrica, el hospital, la cárcel y el Estado entre otros—, el preso político se encuentra en un estado de excepción ya que, al transgredir el orden del Estado, dentro del discurso de soberanía nacional, su *estatus* es ambiguo y, por lo tanto, blanco atractivo para descargar toda la violencia de estado. El estado de excepción se percibe particularmente en la retención ilegal prolongada, en las cárceles clandestinas y, en especial, en el ejercicio de la tortura. De este modo, se puede observar que en la estancia carcelaria del preso político, los trabajos forzados van más allá de un disciplinamiento del sujeto y refuerzan los efectos de la tortura realizada por la policía política o los militares. Por ejemplo, en *Vigilar y castigar* Foucault señala que la regulación del tiempo, fuerza de trabajo y horarios forma parte constitutiva de la cárcel moderna, así mientras la retención de la libertad permite la racionalización de la pena, el trabajo en las cárceles es enfatizado no sólo como modelo contra la ociosidad y la producción económica, sino que por medio del trabajo se busca tener efectos en la disciplina: orden y regularidad.

No es como actividad de producción por lo que se considera intrínsecamente útil, sino por los efectos que ejerce en la mecánica humana. [...] el trabajo de la prisión tiene un efecto económico, es producir unos individuos mecanizados. [...] ¿La utilidad del trabajo penal? No un provecho, ni aun la formación de una habilidad útil; sino la *constitución de una relación de poder*, de una forma económica vacía, de un esquema de la sumisión individual y de su ajuste a un aparato de producción. (énfasis mío, *Vigilar y castigar*, 245-46)

Esta relación de poder construida en la cárcel a través de la integración del sujeto a un orden y regularidad es el objetivo final de la cárcel. Su efecto, en teoría, sería la reincorporación productiva del sujeto delincuencial a la sociedad. No obstante, el preso político enfrentó mecanismos coercitivos en los que el trabajo no

tiene por objetivo la producción, ni el sujeto es inscrito en un sistema de producción; por el contrario el trabajo forzado como la fajina es una tarea inútil cuya finalidad es el disciplinamiento, sumisión y desarticulación del individuo. La fajina, como se mencionó anteriormente, consistía en limpiar los pisos tallándolos con piedra o zacate y agua. Para hacer fajina se dividían en dos grupos, unos que iban por el agua y mojaban los pisos, otros que tallaban y secaban. Todo esto se hacía por horas y en cuclillas, mientras los guardias los golpeaban sin ninguna razón. Esta tarea por supuesto no es de limpieza, ni tiene otro objetivo que la sumisión y despersonalización.

El que no lograba esquivar el golpe sangraba y sacudía la cabeza como animal enloquecido ahogándose en su propia sangre y, maldita la cosa, sin poder ir más aprisa para no pisar las manos de los de atrás, quienes a su vez recibían garrotazos en la espalda para que no se adelantaran al cejar; trabados en un enredijo surreal de movimientos, quejidos y gritos enloquecedores, agitando rápido residuos de jergas ahogadas al tratar de absorber toda el agua, en una competencia casi diabólica e interminable a punta de golpes. El piso empedrado de basalto guardaba el agua entre los poros de la roca como si fuera una esponja petrificada que destrozaba todo con mucha facilidad, hasta hacer sangrar las manos. — ¡Hoyos y rayas, hijos de puta! (*¿Por qué no dijiste todo?*, 31-32)

De este modo, el preso político debe obedecer o de lo contrario recibirá golpes hasta el desmayo, el cuerpo es sometido a trabajo forzado en posiciones dolorosas doblgando al individuo y reificándolo a partir de la repetición de movimientos mecanizados y sin sentido. Como una tarea de Sísifo, mojar y secar la piedra porosa del suelo resulta una acción que disciplina al sujeto sí, pero lo despersonaliza al carecer de un objetivo y resultado tangible para éste. Se trata de una fuerza de trabajo derrochada mediante la cual el sujeto es reducido a cuerpo puro y el

desgaste y tormento físico se traduce en la alienación del cuerpo y la aniquilación del sujeto. Así los golpes se disfrazan como castigo ya sea por rehusarse a hacer la fajina, por hacerla mal, por denunciar los abusos, por quejarse, por tratarse de presos recién llegados o “recomendados”; sin embargo, en realidad atienden a someter al preso a un proceso de despersonalización, reducción a cuerpo puro y aniquilamiento.

Para ello no solamente la inflicción de dolor es fundamental en este proceso, sino también la transformación del cuerpo en un medio de dolor, ya que la posición incómoda en cuclillas el propio cuerpo se convierte en un arma que autoinflige el dolor. De este modo, el prisionero político deja de ser ciudadano, aún más, se opera mediante el disciplinamiento la clausura del *bios* en su reducción a *zoe*, a cuerpo puro que debe ser anulado por medios coercitivos.

De ahí que el preso político articulado como sujeto carcelario fuera receptor privilegiado de la violencia por parte de la policía política (DFS) y por parte del aparato penitenciario (en la cárcel preventiva de Lecumberri, y los reclusorios Norte y Oriente). Anteriormente se ha observado cómo Castañeda señala la entrada a la cárcel como la salida de los espacios fríos y asfixiantes de la cárcel clandestina. La aparición de su detención, en la prensa y medios, garantiza de cierto modo su sobrevivencia y la entrada a un *estatus* “legal”, a decir su visibilidad, retarda su *estatus* como desaparecido. Sin embargo, la entrada a la cárcel no deja de ser una experiencia violenta.

La primera impresión es tremenda. La violencia flota. Los garrotes alargan los brazos de los llamados comandos. Se siente una gran desesperanza, un desamparo total. Esto es como otro mundo. (*Los diques del tiempo*, 13)

Este entrar a “otro mundo” desarticula las expectativas del prisionero entrando a un estado de incertidumbre perpetua que forma parte de la tortura psicológica. Por ejemplo, en la novela de Castañeda, “El niñodios” —uno de los personajes guerrilleros— tras ser detenido y llevado a la prisión clandestina con los ojos tapados, es ordenado a quitarse las botas y en el momento en que se inclina para tocarlas recibe un fuerte golpe con nudillos en el brazo, esto se repite varias veces, hasta que el personaje es reducido a cuerpo puro por el dolor en los brazos. Estar vendado y percibir solamente los ruidos de los guardias al llevar o traer a otro prisionero de la sesión de tortura constituye en sí misma una parte fundamental de la tortura al anunciar lo que puede pasar con él. Es decir, se busca con la reiteración de la amenaza de tortura el diluir su subjetividad con la de los otros prisioneros transformados ya en cuerpo puro.

Por otro lado, la incertidumbre reaparece en “El niñodios” cuando regresan los guardias y le ordenan abrir la boca. El personaje espera de inmediato un objeto que, transformado en su mente ya no como objeto sino como arma, va a ser insertado en su boca. La reacción del guardia es una reacción de quien detenta el poder y se siente misericordioso al dar de comer una torta a un sujeto en completo pánico y vulnerabilidad, ante lo cual exclama: “aquí Dios castiga, pero da de comer” (*¿Por qué no dijiste todo?*, 49).

Pero, ¿cuál es la lógica y objetivo de la tortura? Se sabe que la tortura ha sido utilizada desde tiempos remotos, por ejemplo Idelber Avelar señala en su trabajo *Letter of violence* que tortura y civilización han estado íntimamente ligadas, si bien en la Edad Media la tortura como suplicio era todo un acto preformativo en el que el peso del soberano recaía y era ejecutado sobre el cuerpo del penado, para los griegos la relación tortura-verdad estaba relacionada bajo el concepto de *basanos* —piedra de toque que prueba el oro—. En este sentido, la tortura deviene en una prueba por medio de la cual se devela la verdad.

El concepto de *aletheia* —producción de la verdad— por otro lado, era el producto de un enfrentamiento, o bien, un proceso para develar una esencia preexistente en espera de ser traída a la luz. El proceso de extraer la verdad entonces estaba inevitablemente relacionado con el acto de tortura de los cuerpos más vulnerables como el esclavo y la mujer. Estos cuerpos, arbitrariamente distinguidos de la categoría de ciudadano, eran concebidos como cuerpos contenedores o receptáculos de la verdad, una suerte de medio o testigo, que paradójicamente conteniendo la verdad no tenían acceso a ella como sujetos, es decir como ciudadanos⁸⁷. Puede observarse de nuevo cómo opera la relación entre *bios* y *zoe*, entre ciudadano y *bare life*, diferenciando quiénes son sujetos y quiénes son objeto, en este caso de tortura y contenedores de la verdad.

⁸⁷ La relación entre *aletheia* y *basanos* es analizada por Page Du Bois en *Torture and Truth*. La hipótesis de Du Bois es que la tortura resuelve la relación binaria entre esclavo y ciudadano, ya que la propia categoría de ciudadano es un espacio vacío que se constituye a partir de las características del no ciudadano: mujer, niño, anciano, sujeto sin propiedad, no exiliado, no vencido en la guerra, no esclavo. Véase Idelber Avelar, *Letter of Violence*, p. 36.

Sin embargo, en la práctica moderna de la tortura la relación entre verdad e inflicción del dolor opera un borramiento de los verdaderos objetivos de ésta, bajo la forma del interrogatorio y la tortura como uno de los medios para obtener información. Elaine Scarry señala, en su estudio *The body in pain*, que el objetivo principal de la tortura es precisamente el infligir el dolor y los efectos de éste sobre los conceptos de identidad, lenguaje, civilización y mundo del individuo. De este modo, el interrogatorio no es el motivo de la tortura, sino que es una estructura de la propia tortura.

The idea that the need for information is the motive for the physical cruelty arises from the tone and form of the questioning rather than from its content: the questions, no matter how contemptuously irrelevant their content, are announced, delivered, *as though* they motivated the cruelty, *as if* the answers to them were crucial. [...] It is crucial to see that the interrogation does not stand outside an episode of torture as its motive or justification: it is internal to the structure of torture, exists there because of its intimate connections to and interactions with the physical pain. (Scarry, 28-29)

Más que la producción de verdad, el efecto de destrucción y aniquilamiento por medio de la inflicción de dolor son parte fundamental del control sobre el cuerpo y la reducción del sujeto a cuerpo puro. Aún más, el vaciamiento del sujeto es una acción concomitante de la reconversión del sujeto en cuerpo de violencia. Si la tortura y suplicio durante la Edad Media fungió como el ejercicio de poder del cuerpo del rey sobre el cuerpo del condenado, en las democracias modernas la tortura se manifiesta como un estado de excepción con el fin de salvaguardar la soberanía nacional. Scarry señala que la tortura, entonces, aparece como instrumento de poder para reprimir la disidencia, en un régimen tan inestable y debilitado en el poder que recurre a este medio para destruir el poder contestatario.

The physical pain is so incontestably real that it seems to confer its quality of “incontestably reality” on that power that has brought it into being. It is, of course, precisely because the reality that power is so highly contestable, the regime so unstable, that torture is being used. (Scarry, 27)

A su vez, si bien en la Edad Media el espectáculo del suplicio era una forma de ratificar el poder del rey, en los regímenes modernos en el cuerpo del torturado se manifiesta el poder autoritario del régimen para conservar o fundar la soberanía de la nación. La transformación del castigo de la Edad Media a la Edad Moderna que precisamente destaca Foucault es que por un lado deja de ser un acto público, un acto ritual y preformativo para esconderse tras los muros. Por otro lado, aparece la tecnificación del aparato penal correspondiente a una sociedad más moderna que busca obtener mayor beneficio del sujeto carcelario, no sólo como fuerza de trabajo u objeto de saber, sino también como el establecimiento de límites de lo legal y de lo ilegal controlado que produce una *nueva* categoría de sujeto delincencial, en la medida en que la permisividad de la delincuencia se encuentra en el corazón de lo legal como delincuencia productiva. Sin embargo, como señala Hernán Vidal en *Chile, poética de la tortura política*, la tortura se convierte en un modo ejemplar de debilitar la disidencia.

De acuerdo con movimientos y manipulaciones programadas por agentes y funcionarios especialmente entrenados según concepciones ideológicas expresadas, sobre las víctimas se ejerce la desmesura de descargar todo el poder del Estado como castigo ejemplar para quienes se oponen activamente a sus designios. Por ello la tortura adquiere caracteres de ceremonia teatral y ritual. (Vidal, 12)

De ahí que su exhibición, si bien no pública, se convierta a su vez en espectáculo y ritual dirigido a la disidencia, en un modo de reinstaurar un poder

amenazado y de fundar civilización, al contrario de lo que Scarry propone en la tortura como destrucción del mundo.

La demostración de violencia pública y ejemplar por los servicios de seguridad mediante la promoción de denuncias anónimas, los allanamientos, los arrestos con o sin testigos presenciales introducen la muerte, el trauma sorpresivo y lo siniestro como factor de amenaza potencial y difusa en las rutinas de la cotidianidad. (Vidal, 38)

A pesar de esta diferencia, me parece necesario retomar del análisis de Scarry la relación que se establece entre el torturador y torturado, ya que a pesar de la mínima distancia física hay un abismo por el hecho de que el dolor es una experiencia intransferible y que necesariamente se encuentra atravesada por la incapacidad de representarlo. De este modo, el dolor se contrapone al lenguaje, no solamente por la resistencia a la delación, que de cualquier modo será arrancada por la fuerza, sino por convertirse en una batalla campal por el poder, por la posesión de su voz y por la aniquilación física y psicológica del torturado. Scarry describe la relación inversamente proporcional entre la destrucción del mundo, del yo y del lenguaje del que es torturado, con el del torturador.

A political situation is almost by definition one in which the two locations of selfhood are in a skewed relation to one another or have wholly split apart and have begun to work, or be worked, against one another. Torture is the most extreme instance of this situation, for one person gains more and more world-ground not in spite of but because of the other's sentience: the overall equation it works to bring about, "the larger the prisoner's pain, the larger the torture's power" can be restated, "the more sentient the prisoner, the more numerous and extensive the torture's objects of sentience". The middle steps in the equation can also be rewritten in this language: to say "the torturer inflicts pain in order to produce a confession" is to say "the torturer uses the prisoner's sentience to obliterate the objects of the prisoner's sentience" or "the torturer uses the prisoner's aliveness to crush the things that he lives for". And, finally, the entire process is self-amplifying, for as the prisoner's sentience destroys his world, so now his absence of world, as described earlier, destroys the claims of

sentience: the confession which displays the fact that he has nothing he lives for now obscures the fact that he is violently alive. (Scarry, 38)

La relación entre torturador y torturado en Scarry sigue un patrón de relación inversa en espejo en donde voz, mundo y el yo del torturado están ausentes y destruidos por el dolor, mientras que en el torturador voz, mundo y el yo adquieren mayor poder en ausencia del dolor. A pesar de que el torturado es sometido y no puede ser agente de nada, la tortura lo transforma en agente de su propio aniquilamiento a través de la traición. No se trata solamente de infligir dolor, sino destruir al sujeto y transformarlo en traidor por la delación arrancada bajo la tortura.

The goal of the torturer is to make the one, the body, emphatically and crushingly *present* by destroying it, and to make the other, the voice, *absent* by destroying it. It is in part this combination that makes torture, like any experience of great physical pain, mimetic of death; for in death the body is emphatically present while that more elusive part represented by the voice is so alarmingly absent that heavens are created to explain its whereabouts. (Scarry, 49)

Para Scarry, la estructura de la tortura implica 1) la inflicción del dolor, en donde el interrogatorio forma parte de la tortura, 2) la objetivación del dolor en el torturado y 3) la objetivación del dolor en el poder del régimen. Así dentro de la objetivación de dolor en el torturado se lleva a cabo un proceso que consta en un primer momento en la negación, para convertirse en una agencia interna, a decir la traición, impresa en la *psique* para dar paso a una agencia externa como el aniquilamiento del cuerpo, voz y civilización, que diluyen el límite entre afuera y dentro, lo público y privado, y destruyen el lenguaje del otro; de este modo los

objetos, pensamientos, emociones y los sentidos para llegar a la negación del yo y el vaciamiento de conciencia.

Torture is a condensation of the act of “overcoming” the body present in benign forms of power. Although the torturer dominates the prisoner both in physical acts and verbal acts, ultimate domination requires that the prisoner’s ground become increasingly physical and the torturer’s increasingly verbal, that the prisoner become a colossal body with no voice and the torturer a colossal voice (a voice composed of two voices) with no body, that eventually the prisoner experience himself exclusively in terms of sentience and the torturer exclusively in terms of self-extension. (Scarry, 57)

Por otro lado, en el contexto del Cono Sur, Avelar analiza la práctica de la tortura y las implicaciones de su representación en el texto escrito por el efecto silenciador en todos aquéllos que fueron sometidos a la tortura.

A fundamental component of the torture is the production of statements by the tortured subject, his/her transformation into a mouth piece for the statements by the torturer. The technology of torture is the *calculated* production of an *effect*. As argued above, the betrayal extracted Under torture is only rarely of use for torturers’ designation of the next victims. Invariably, the objective is to produce an *effect* within the tortured subject him/herself: one of self-loathing, self-hatred, and shame. The act of forced production of utterances during the act of torture may lead to a trauma that eventually buries the subject into silence altogether. (*Letter of violence*, 45)

Sin embargo, hay otro componente fundamental, en el que ya no se trata solamente —como lo hace notar Scarry—, de la destrucción de la voz, identidad (*self*) y mundo del torturado, sino que problematiza la representación de la tortura en los testimonios de los sobrevivientes. Por ejemplo, para Avelar los reportes de Amnistía al exponer la burda repetición del aparato torturador, en realidad exhiben y despliegan todo su poder y control sobre la representación del sujeto torturado. La práctica moderna de la tortura es mucho más compleja y trasciende el espacio privado mediante la apropiación y monopolización de la información. De este modo,

la tortura reposa en el acto de representación, precisamente ahí reside su performatividad, en su poder exhibido y desplegado en el texto que no es posterior a la acción del verdugo, sino su momento constitutivo (“La práctica de la tortura y la historia de la verdad”, 180). Si bien Foucault destaca la performatividad del poder del rey en el acto del suplicio, para Avelar el despliegue del poder en los detalles de la tortura en los repotes de Amnistía corren el riesgo de prolongar el poder del Estado represor.

Por otro lado, la tortura se convierte también en producción de habla, no porque se obtenga la información deseada o porque el objetivo sea la delación, sino porque el interrogatorio es la tortura misma y su efecto el silenciamiento.

La tecnología de la tortura es la producción calculada de un efecto. [...] La producción forzada de lenguaje durante el acto de tortura prepara uno de sus efectos más odiosos, la prevención de un lenguaje postraumático, la producción en el sujeto de una imposibilidad básica de articular la experiencia en el lenguaje. Hacer hablar para que no pueda hablar, producir lenguaje para manufacturar el silencio. (Avelar, 183)

Esto necesariamente obliga a cuestionar la representación de la tortura, ya que el trabajo de duelo o sutura en la terapia psicológica tendría como objetivo producir el olvido y el abandono de la experiencia, y ésta reacciona “preservando un irreductible, enunciando desde ella misma, desde su irreductibilidad, un residuo traumático no pensable” (Avelar, 184). Así el dilema del sujeto torturado es el hecho doloroso de cómo poder representar la experiencia en el lenguaje.

El sujeto torturado percibe que la experiencia ha ocasionado una implosión en el lenguaje, lo ha manchado irreversiblemente. De ahí la sensación de impotencia recurrente en las memorias sobrevivientes: la suciedad impuesta al lenguaje por la experiencia le impide convertirse en materia narrable, es decir le impide constituirse en cuanto tal. Uno de los efectos calculados de la tortura

es hacer de la experiencia una no experiencia —negarle a ella una morada en el lenguaje. (Avelar, 184)

Aunado a esto, otro de los problemas es la representación de la tortura en el texto escrito, ya que en el interior del lenguaje se libra una nueva batalla campal, en la que aparece el poder coercitivo en toda su violencia. Avelar retoma a Žižek para destacar que, en el trabajo de sutura, asimismo emerge la narratividad como síntoma que no solamente organiza la experiencia en una narrativa coherente, sino que obnubila la verdad traumática y organiza una narrativa que la mantenga como innombrable. Es decir genera un espacio oscuro, un agujero negro, que a su vez es un lugar de enfrentamiento. De este modo, para Žižek la construcción de una narrativa en la terapia psicológica es parte del “edificio ideológico” y lo más enmascarador que hay: el nombrar, el contar historias para que las cosas no cambien.

La tarea de construcción de una narrabilidad debe ser entendida, entonces, menos como la elaboración de una secuencia diegética coherente y enunciable sobre el pasado (la narrativización contra cuyos efectos ideológicos nos advierte Žižek), y más como la postulación de la narrativa como una posibilidad, es decir, en otras palabras, la postulación de un virtual *lugar de testigo* [...] La manufacturación de una narrativa no cómplice de la perpetuación del trauma incluye como uno de sus momentos, de nuevo, una guerra al interior del lenguaje. (Avelar, 185)

De ahí la importancia en el caso chileno de denominar el período “postdictadura” y no como se ha querido hacer oficialmente como el período de “proceso” o “transición democrática”.

A diferencia del caso chileno o argentino, el período de la guerra sucia en México ha sido difícilmente aceptado oficialmente y el estudio de los desaparecidos y

víctimas de la guerra sucia es casi nulo. No existe un reporte o denuncia de las víctimas, ni estudios psicológicos, históricos o sociológicos, los pocos testimonios son producidos y puestos a circular caseramente por algunas de las víctimas y a través de asociaciones civiles, por lo que su impacto y divulgación es relativamente poco. Por otro lado, la represión del movimiento del 68 y del 71 ha echado cortina de humo sobre el exterminio de la guerrilla. No obstante, la guerra sucia es un tema que, aunque no reciente, comienza a tener mayor visibilidad aunque no un seguimiento.

Retomando el problema de la representación, el enfrentar el trauma significa, entonces, conquistar un espacio de narrabilidad, sin embargo ¿cómo narrar lo inenarrable? Tomemos en cuenta que el texto de Salvador Castañeda *¿Por qué no dijiste todo?* es una construcción narrativa pensada como literatura y no como testimonio, aunque como se ha señalado anteriormente incluya elementos autobiográficos de su experiencia carcelaria. De ahí la importancia de este espacio *entre lugar*, mencionado en el segundo capítulo, ya que el productor del texto no pertenece a una *ciudad letrada*, ha vivido la experiencia carcelaria y ha logrado insertar su discurso dentro de la circulación de espacios ilegítimos para él, contaminando el discurso de lo literario con elementos bastardos.

De este modo, es fundamental el lenguaje soez, la reiteración de los fluidos del cuerpo, porque son el único modo de expresar y contener toda la violencia ejercida sobre el cuerpo. Sin embargo, llama la atención el tratamiento de la tortura ya que, a pesar de describir los eventos de tortura, como los golpes y el maltrato, en

algún momento la narración se detiene y nombra los tipos de tortura con la naturalidad con que narraría cualquier otro evento. El pocito, el tehuacán en la nariz, la horca o las macanas eléctricas parecen ser experiencias de tortura imposibles de ser extraídas de los nombres que las designan. En este momento, se puede percibir la lucha en el lenguaje para expresar ese hoyo negro o espacio irreductible del cuerpo torturado que menciona Avelar. Por otro lado, aparece la estrategia de narrar los eventos desde fuera, como si se tratara de un evento aislado de contexto, una suerte de efecto de extrañamiento en donde el narrador, el personaje y el lector, a decir el *lugar del testigo*, no pudieran entender lo sucedido.

Le vendaron los ojos con algo que no supo qué era, y también le ataron las manos. Al terminar esto último, repentinamente fue asaltado por un temblor desconocido que lo cimbró de pies a cabeza, lo mismo que en un ataque de epilepsia, sin poder controlar nada y con los músculos extrañamente endurecidos, como los de un muerto, con un dolor en la cintura que le dividía el cuerpo en dos, al igual que si acabara de masturbarse en la litera o en medio de las paredes frías del baño. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 140-141)

En esta estrategia, la narración se presenta en una tercera persona omnisciente creando un efecto desde fuera; sin embargo, el narrador no lo sabe todo, no tiene más información que la del cuerpo torturado, de este modo el espacio vacío de la experiencia de tortura es transmitido al lector. Y aquí el narrador elige asociar el efecto de la experiencia de tortura con la masturbación, lo cual genera un segundo distanciamiento en el lector, ya que ambas experiencias se encuentran en extremos opuestos. Así, el único puente entre las dos es la experiencia del cuerpo.

En este sentido, la representación de la objetivación de la violencia aparece en las sensaciones que experimenta el cuerpo torturado. Es decir, a partir de la

propia reducción del prisionero político a cuerpo puro, solamente es posible narrar y, de ahí, que sea el cuerpo el que hable a través de las sensaciones o reacciones fisiológicas. Por ejemplo, tras el secuestro del suegro del presidente Luis Echeverría —evento real—, los agentes de la DFS sacan a algunos ex guerrilleros para ser interrogados por medio de la tortura y uno de los episodios narrados, se aborda el simulacro de fusilamiento, cuyos efectos son, como se mencionó antes, la destrucción del individuo más que la obtención de información.

Batido en sus mismos desechos calientes que mezclados con eyaculaciones interminables sin placer producían un olor indefinido entre principio y fin, entre muerte y vida, entre mierda y espermias, veía diferentes imágenes enceguedoras como relámpagos, que se acumulaban en aquella especie de oscuridad luminiscente. [...] No eran tanto las amenazas de muerte como la muerte misma lo que me hacía perder el control de todo... Es que no quiero morir adentro, dice. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 147-148)

Otro ejemplo es la tortura que recibe “El niñodios” por parte de la policía política al descubrir sus lazos con el Partido de los Pobres de Lucio Cabañas⁸⁸. Este pasaje describe la primera tortura que recibe para obtener la delación de algunos compañeros, recordándole que ellos seguramente ya tomaron medidas para protegerse y están libres, en cambio él está ahora en manos del gobierno. Asimismo “El niñodios” reconoce a uno de sus torturadores, un halcón, que apareció en las portadas de revistas y periódicos tras la represión del 10 de junio del 71.

⁸⁸ Este personaje es creado a partir de un camarada del MAR y de Alberto Ulloa Bornemann que participó activamente en la guerrilla como contacto urbano del movimiento de Lucio Cabañas en Guerrero. Recientemente, en el 2004, Alberto Ulloa Bornemann publicó su libro de memorias *Sendero en tinieblas*, mismo que fue traducido al inglés por Aurora Camacho de Schmidt y Arthur Schmidt bajo el título *Surviving Mexico's Dirty War. A Political Prisoner's Memoir*. Sin embargo, no forma parte del *corpus* de este trabajo ya que el objetivo principal es rastrear los textos que fueron publicados entre la represión del movimiento estudiantil del 68 y el levantamiento del ejército zapatista en 1994, período que oficialmente el gobierno mexicano consideró como un período de paz y estabilidad.

La pila no era muy grande y se hallaba bajo la escalera. Las manos por la espalda. Siente uno de los lados del depósito a la altura de las corvas; está de espaldas. Lo toman de las piernas y los tobillos, uno más se encarga de presionarle los hombros y el pecho para que se suma. Cuando las voces se alejan al máximo afloja todo el cuerpo y es entonces cuando vuelve a nacer. Boquea desesperado y alguien no le deja atrapar aire; le arroja agua con la mano en la boca y en la nariz y prefiere volver a aquel vientre acuoso. [...] No puede pensar nada, es un ser de otro mundo; está vacío. La mirada se le cuelga pesada de las paredes del lugar. Sigue escurriendo, escucha boqueos desesperados. No puede controlar un temblor parejo. Apenas si alcanzó a escuchar cuando le dijeron que volverían por él en dos días para platicar otra vez. Sólo había dado los sobrenombres verdaderos. Al regresar, dos meses después y no en dos días, lo hicieron con tal ira que todos los movimientos de ellos eran precipitados desde que comenzaron a bajar por la escalera preguntando por él. Las amenazas de muerte parecían en serio: lo llevaban muy aprisa no sabía hacia dónde. Antes de llegar a la escalera decidió hablar y lo hizo. Sus camaradas, que nunca cambiaron de lugar, lo acusaron siempre de ser un delator. (*¿Por qué no dijiste todo*, 50-51)

Se puede observar entonces cómo la primera tortura es suficiente para reducir al sujeto en cuerpo de violencia, imprimiendo en éste no sólo el aniquilamiento de la voz y la identidad (*self*), sino para inocular en el cuerpo la voz del estado que, con toda su violencia, ha impreso en la memoria corporal el dolor, de tal modo, que el sujeto queda condicionado para transformar su voz en traición.

Los efectos de la tortura quedan impresos en una memoria profunda a través del dolor inflingido al cuerpo. De tal modo, que la memoria corporal establece una relación no mediatizada con la memoria en la *psique* del sujeto, como una especie de mecanismo reflejo ante la posibilidad de una nueva sesión de tortura⁸⁹.

⁸⁹ En el siguiente capítulo se abordará el acto de la memoria como acontecimiento aleatorio, no evocado ni controlado por el sujeto. Ambas, la memoria corporal y el fluir de la memoria como acontecimiento son memorias profundas; sin embargo, mientras la memoria corporal asegura la delación y posterior silencio del sujeto, la memoria como acontecimiento trae a la luz aquello que se ha soslayado u olvidado.

Vidal señala la relación entre la construcción de la identidad a través de las experiencias pasadas y cómo, al someter el cuerpo a descargas eléctricas, éste es alienado y aniquilado desde sus bases más primordiales.

La identidad biográfico-narrativa de los individuos está conformada por una selección y reactivación constante de sólo ciertas experiencias acumuladas por el “yo nuclear”. De manera ideosincrática constituyen la matriz característica con que las experiencias del pasado han quedado integradas como hecho fisiológico en los órganos, tejidos y estructuras del cuerpo, sobre la que se insertan las experiencias de un futuro imaginado y por construirse según nuestros deseos, metas y obligaciones. Esta selección ideosincrática forma una conciencia extendida a través del tiempo que conforma una memoria y que puede ser verbalizada. Los símbolos característicos del trauma de la tortura podrían generarse con los espasmos eléctricos generalizados a través del cuerpo, fugarse del cuerpo, la crisis de las confianzas más primigenias, la palabra robada, el encapsulamiento o enquistamiento. (Vidal, 170)

De este modo, la red nerviosa corporal intervenida por la amenaza de tortura, que en sí misma forma parte de la tortura psicológica, activa en el cuerpo la memoria profunda del dolor. En este caso, “El niño Dios” ha internalizado el dolor físico en la memoria corporal y ante el horror de pasar de nuevo por el dolor y el vaciamiento de la conciencia, prefiere delatar a sus compañeros. Se puede observar en este episodio cómo la voz del torturador se ha posesionado del sujeto en el proceso de objetivación de la violencia y lo ha transformado irremediablemente en un cuerpo despojado de su propia voz.

Es interesante observar en la novela que, a pesar de identificar a algunos de los torturadores —por ejemplo el halcón que participó en la represión del 10 de junio del 71—, solamente se dan los nombres de los principales agentes, en particular de Miguel Nazar Haro, jefe de la DFS. Este hecho es significativo ya que si bien por un lado, se podría leer como la imposibilidad de nombrarlos y denunciarlos a través del

testimonio, por otro, al aparecer como conjunto, sin nombre, expone sí la brutalidad e impunidad que cubrieron estas prácticas durante el período de la guerra sucia, pero también al restarle una identidad individual al torturador, minimiza su protagonismo y, de este modo, la exhibición de su poder a nivel discursivo. En este contexto, la posibilidad del testigo no está en manos del represor, sino en la construcción narrativa, en el lector.

A pesar de que el narrador en la novela no narra su propia tortura, ésta aparece constantemente como una amenaza que se cierne y que constituye en sí misma la tortura psicológica. El narrador, tras ser aprendido en una casa de seguridad previamente detectada por la delación de un compañero de lucha, describe la reacción de sus genitales al ser llevado a orinar.

Con la mano derecha, ayudada por la izquierda, la busqué y asomándose al mismo tiempo expulsó el miedo líquido que se golpeaba contra los agujeros del fondo sarroso queriendo pasar por todos a la vez. Experimenté un descanso ridículo que se desbarató rápidamente a causa de la desventaja ante *ellos*. Luego de sacudirlo, estrujado volvió a su lugar. Aún no lo golpeaban ni la corriente eléctrica pasaba por él y, no obstante, ya se escondía hasta perderse en sí mismo, protegiéndose entre las piernas. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 124)

En este pasaje, el miedo es internalizado de tal modo que la única estrategia de narración de nuevo es posible solamente desde el cuerpo, transformando la orina en “el miedo líquido” y el repliegue del falo ante la amenaza de extinción del cuerpo.

Por otro lado, cabe destacar el modo en que aparece la tortura —física y psicológica— en la novela y en el diario de cárcel, ya que si bien la primera está narrada en tercera persona, el diario *Los diques del tiempo* —publicado once años después de la novela— posee un tono mucho más íntimo en donde aparece el

narrador como sujeto de tortura psicológica al someter a su hermano a la tortura física. Es decir, en el diario Castañeda menciona lo que no hace o no puede hacer en la novela.

El mecate en el cuello. Mi hermano a lo lejos colgado de la soga y yo mirando escondido. El conteo hasta diez y el disparo al aire. La macana eléctrica enchufándose a los testículos. El remordimiento. (*Los diques del tiempo*, 40)

Aunada a la tortura, a su vez aparecen en el diario las violaciones, algo que en la novela se elude. Por ejemplo a la llegada de los guerrilleros a Lecumberri, éstos son confinados en una celda con reos comunes en donde un prisionero militar está a cargo del grupo y todas las noches viola a uno de los prisioneros.

Al cuartelero le dicen *El soldado*, es un violador aquí dentro. Tiene un chavo que apenas le llega a los 18 y al que ya se ejecutó. Todos los días hace ejercicio hasta quedar muy cansado, después se pone a marchar y a darse órdenes a sí mismo. Los demás nada más lo vemos. Era de los Guardias Presidenciales. Es muy picudo. Ocupa la litera a la que por la noche con todos dentro rodeamos de pie en tanto él lo empina, le baja los pantalones, lo manipula, le pasa las manos por las nalgas, le habla y lo penetra con mucho coraje durante un rato. Nosotros estamos aprendiendo a dormir de pie bañados en sudor. (*Los diques del tiempo*, 14-15)

Dichos eventos están narrados como parte de la cotidianidad en la cárcel, a la cual los presos políticos aprenden a integrarse. Cabe destacar que en la novela y en el diario ninguno de los personajes guerrilleros es violado. Este hecho puede sugerir que el narrador no “dice todo”, o bien es parte de una estrategia en donde la amenaza de violación funge como parte de la tortura psicológica. Por otro lado, queda claro cómo los guardias —esta vez en reclusorio Norte y no en Lecumberri— se hacen de la vista gorda y dejan ejercer la violencia física entre los internos quizás como una forma de objetivizar la violencia ejercida sobre ellos.

Anoche, hermano, me dice, un apandado se cortó las venas como un recurso para obligar a la autoridad a que lo sacaran del castigo. A los guardias les valieron madres las venas cortadas y el chorreadero de sangre hasta el desmayo. Ayer —sigue diciéndome— los propios internos, los más lacras, golpearon entre todos al Memín (el Memín está prieto con ganas, desde luego tiene el pelo furiosamente ensortijado, labios gruesos como riñones y los ojos saltones), lo despojaron de todas sus cosas y después le soltaron al Capulina (un tipo de elevada estatura, una barba negra, de caminar aplomado, despanzurrado, camisa de fuera y semblante burlón) que lo violó en tanto los otros lo sujetaban. (*Los diques del tiempo*, 67)

Llama la atención cómo la descripción está centrada en el aspecto físico del violador y violado, más que la acción misma que se pierde entre los prisioneros cómplices al sujetar a la víctima. Este espacio de tolerancia de la violencia como mecanismo coercitivo es reiterado en todos los presos políticos, incluso los del movimiento estudiantil. Recuérdense los testimonios de José Revueltas y Luis González de Alba sobre el ataque premeditado por las autoridades de Lecumberri, así como el testimonio de Ignacia Rodríguez en la cárcel de mujeres.

La tortura psicológica, como se ha mencionado, es un elemento indispensable en el disciplinamiento y aniquilamiento psicológico del preso político. Cabe notar además que la estancia carcelaria de Salvador Castañeda, incluye la transformación del sistema carcelario en México. La cárcel preventiva de Lecumberri —aunque en realidad no funcionó solamente como preventiva— cerró sus puertas en 1976 trasladando a los prisioneros al sistema de reclusorios (Norte, Sur y Oriente). La creación de estos reclusorios y la modernización del sistema carcelario fue parte del proyecto del ex presidente Luis Echeverría (1970-1976) en cuyo sexenio fue brutal la práctica de represión, encarcelamiento, tortura y aniquilamiento de los movimientos sociales y la guerrilla.

Paradójicamente, la política de Echeverría se presentó oficialmente como populista y con simpatía hacia la “izquierda”, ya que otorgó la Amnistía a los presos políticos del movimiento estudiantil del 68 al comienzo de su sexenio enviándolos fuera del país, fundó la Universidad Autónoma Metropolitana como un modo de recuperación de las fuerzas subversivas universitarias. No sólo eso, también recibió a los refugiados políticos del cono sur durante las dictaduras, particularmente Chile, y, por supuesto, transformó la cárcel en un reclusorio moderno cuyo objetivo tendría el rehabilitar ya no a los presos, sino a los “internos”.

A continuación Castañeda describe la disposición del espacio en el nuevo sistema penitenciario, en donde retomando el concepto del panóptico en Foucault, se pueden observar los efectos de disciplinamiento en la organización del espacio, justamente a partir de su transparencia y claridad: “La plena luz y la mirada de un vigilante captan mejor que la sombra, que en último término protegía. La visibilidad es una trampa.” (*Vigilar y castigar*, 204).

El hueco luminoso que encierra a la cárcel es una concavidad silenciosa, de horarios [in]flexibles para todo; un silencio prisionero del tiempo y murallas. Donde ahora se encuentran es diferente. Las paredes permiten ver todo el espacio hacia arriba y a los lados. Algo interior en cada uno se desborda por entre las paralelas, no obstante que la jaula sea tan sólo una despiadada prolongación de lo mismo. (*¿Por qué no dijiste todo*, 41)

Este nuevo modelo incluyó la transformación del espacio, pero particularmente del lenguaje carcelario; así las crujías dejaron de llamarse crujías y se transformaron en estancias, las celdas en dormitorios, el garitón de vigilancia en puesto de observación. Este cambio de lenguaje simbólicamente representó el cambio de una política que quiso demostrar una faz civilizada y modernizada; sin

embargo, no sólo absorbió un lenguaje médico como parte de una rearticulación de la biopolítica, sino que también encubrió el saneamiento del cuerpo social. Así lo describe Castañeda, en el diario de cárcel, al entrar al área de Observación.

[Es] un verdadero laberinto de ángulos rectos, de aristas de mármol, mucha luz y después de los cristales la oscuridad cerrada; piso de mosaico lustroso, macetones, puertas de hoja de cristal; un amplio comedor y todo envuelto en una aparente tranquilidad y condescendencia, como si no existieran las crujías. [...] Nos trasladaron antes de que esto estuviera terminado por lo que todos los servicios andan pésimos; muy mal. Los de mantenimiento trabajan día y noche; a mata caballo. Los excusados no tienen agua. La tubería permanece sucia todavía, así, es necesario estar pidiendo el traslado de agua desde otras crujías. Los sifones se ahogan. En algunas celdas todo se inunda lo mismo que el pasillo. No hay agua potable. Esto nos desespera. La tienda de la CONASUPO no tiene mercancía. Todo esto está así porque Echeverría quiere pararse el culo diciendo que están ya en funcionamiento perfectamente y todos los desgraciados presos, felices. (*Los diques del tiempo*, 27-28)

No obstante, la modernización nunca llega en la implementación del nuevo modelo carcelario y a pesar de tratarse de un espacio en que el que no aparece la tortura física, el encierro comienza a tener sus efectos en los presos políticos después de pasar cinco años y medio sin un proceso legal. Para Castañeda, entonces la tortura psicológica se resiente mucho más que el maltrato físico.

En esta cárcel nueva los castigos son por dentro. En la anterior eran físicos; por fuera. Aquí tienen otra modalidad y son más efectivos, contundentes y duelen mucho más que los golpes dados en la superficie: impiden la visita, dicen que sí pero no cuándo; interrumpen la relación con el exterior y a veces apandan y golpean, pero no a cualquier hora sino a la una y media de la mañana y lo despiertan a uno con un lamparazo en el rostro (la luz) y al grito reprimido de: ¡Vístase que va a salir! (*Los diques del tiempo*, 47)

De este modo, nos encontramos en otra etapa de lo carcelario. Las golpizas y tortura han cesado, pero no por ello la cárcel deja de ejercer su función disciplinaria que es internalizada en la *psique* de los presos políticos al grado que desgasta y

deconstruye al sujeto a nivel de las emociones, expectativas, proyecto de vida y sueños. A decir, cualquier motor de vida a nivel emocional y psicológico es transformado profundamente. Por ejemplo, la dimensión del sueño en tanto recodificación interna de la realidad externa, se ve alterada ya que en cierto momento no es capaz de generar espacios otros de ser; esto es los sueños comienzan a reproducir el encierro.

Tratarás de olvidar lo que soñaste anoche porque eso ya no te produce ningún consuelo; no es lo mismo que antes, cuando acababas de llegar y tus sueños eran en la calle. [...] Ahora es distinto, más de seis años encerrado en una crujía de castigo transformaron hasta tus sueños. Te sueñas dentro de ella, pero te guardas muy bien de no decirlo a nadie; es necesario cuidarse unos a otros para no mostrar algo que refleje que la cárcel nos está dando en la madre. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 151)

La concepción del tiempo a su vez se transforma, el aislamiento del individuo y de sus más importantes lazos afectivos son regulados, pervertidos, retardados y aniquilados. Las visitas conyugales, las familiares, la muerte del padre, el nacimiento de la hija, son atravesadas por el biopoder carcelario hasta dejar completamente desgastados mente y cuerpo del prisionero.

El tiempo estará acechante sin movimiento aparente, cubriéndolo todo como una tela de araña a sus víctimas; transformando hasta la conciencia. El tiempo de fuera y el tiempo de la cárcel; aliado y enemigo; bueno y malo; tiempo para todo y para nada. Tirado al sol para descansar de la inactividad eterna, levantarás la vista para ver algo nuevo, pero no, todo será lo mismo; la inmensidad profunda de la nada, el espacio infinito que se levanta sobre la superficie de la tierra hasta perderse en su misma magnitud. (*¿Por que no dijiste todo?*, 153-154)

Inclusive la imaginación, elemento que para Scarry juega un papel trascendental en la reconstrucción del mundo, voz y la identidad (*self*), aparece en

algunos momentos de la narración de la novela ya no como un modo de resistencia, sino como una feroz impaciencia de salir del encierro.

Querrás transformarte; hacerte invisible y salir cuando abran la puerta para que salga la visita, o ser un pájaro pequeño, porque si los guardias te ven salir volando de la crujía te bajan a rafagazos, cabrón. Que un avión de esos que pasan por aquí volando tan bajo, se estrelle contra la muralla, la derrumbe y salgas, o que un temblor le dé en la madre a esto; uno de esos trepidatorios: nada más que no te agarre dormido; es todo lo que pides. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 154)

Otro efecto de la tortura es aniquilar la solidaridad entre el grupo disidente tras la delación; de este modo, la tortura impacta tanto al cuerpo sometido al dolor como al grupo de militanes. Por ejemplo, tras la tortura y delación, “El niñodios” es constantemente amenazado y asediado por sus compañeros de lucha, ya sea destruyendo su trabajo de jardinería en los patios de la cárcel o bien pintando en las paredes de su celda el eslogan “Torta o Muerte”, hasta golpearlo casi a muerte entre todos. Una vez acorralado por sus compañeros de lucha, el cuerpo en completo terror reacciona descontroladamente desechando los fluidos fisiológicos, mismos que usa en su propia defensa, ya que jamás aceptó andar armado a pesar de las grandes diferencias ideológicas con sus compañeros⁹⁰.

Como un animal que de pronto retrocediera en su evolución, adoptó formas primarias de defensa y arrojaba a sus enemigos los desechos que caían por las mangas del pantalón. Le sudaban las manos. La boca amarga parecía invadida de excremento, como si los depósitos naturales de los desechos del organismo hubiesen quedado sin control alguno. [...] La puerta estaba cerca, a sólo unos pasos, pero parecía tan lejana como la misma libertad, que se perdía en un tiempo interminable. [...] Las patadas y los puntapiés se proyectaban hacia él, arrancándole al cuerpo sonidos amortiguados y gritos reprimidos casi

⁹⁰ La frase “Torta o Muerte” por un lado parodia la frase “Revolución o Muerte”, pero al mismo tiempo se trata de un albur. “Torta”, que originalmente es una especie de sándwich, adquiere una conotación erótica para la bulba de la vagina. La amenaza “torta o muerte”, de este modo sugiere una de las primeras preocupaciones de los presos, la abstinencia sexual.

silenciosos. Quienes andaban de manos y rodillas sobre el piso, se arrastraban con movimiento primitivo, desconocidos, mordiéndole el cuerpo. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 54-55)

Este pasaje muestra la efectividad de la tortura en tanto destructora ya no sólo del sujeto torturado, sino también del grupo guerrillero, insemnando en los presos políticos la objetivación de la violencia, esta vez ejercida entre ellos mismos. La animalidad con la que reaccionan los compañeros en realidad es una réplica de la violencia de estado ejercida sobre ellos, convirtiéndolos en cuerpo puro que lucha por la propia sobrevivencia.

De este modo, los textos de Castañeda no se quedan simplemente en la descripción nostálgica del tiempo anterior a la cárcel y la tortura, sino que integra las fisuras de la disidencia, y hace una feroz crítica tanto a las opciones políticas de la izquierda, así como a la rigidez y errores del grupo guerrillero. En la historia de otro de los personajes guerrilleros, “El Cananeo”, el narrador critica la absurda disciplina sobre el individuo, ya que él debía esperar a su contacto en el Mercado de la Merced, mismo que jamás llega y provoca en el personaje una incertidumbre al borde de la locura:

“... a cualquier hora de cualquier día” ¡Chingada madre!, lenguaje clandestino y retorcido, pensaba, es como decir sí y no al mismo tiempo; el vacío, la nada, la inseguridad ante todo para salvarnos de caer en el optimismo pequeño burgués. (*¿Por qué no dijiste todo*, 91)

A su vez, Castañeda cuestiona la efectividad de las canciones protesta, y cómo éstas han dejado de tener sentido para ser solamente objeto de consumo: “canciones ridículas que alguien que vive de eso bautizó como revolucionarias o de protesta,

para el consumo desaforado del miedo o del conformismo” (*¿Por qué no dijiste todo*, 131).

Aún más, la crítica que sostiene no solamente se centra en los errores en el grupo que causaron su captura —uno de los integrantes mostraba y derrochaba dinero en las tiendas de la colonia donde estaba situada la casa de seguridad en que aprendieron a Salvador Castañeda—, sino que analiza a fondo los errores y tensiones en el modo de organización del grupo guerrillero.

...faltó capacidad de los núcleos iniciales. Porque efectivamente mucha gente le entró pero si se le lleva por un camino no correcto se fracasa. [...] —Quien sabe si hubiera sido mejor morir que estar aquí sin saber qué. Al final de cuentas todo no fue más que un intento que costó muy caro; muertos, exiliados, perseguidos y encarcelados. Es que la insurrección para la toma del poder es algo serio. El Campesino pintaba un Quijote en planos en desequilibrio. (*Los diques del tiempo*, 95)

La figura quijotesca en planos desequilibrados contiene el carácter idealista y agonista de la lucha guerrillera, quizás un modo de asumir la realidad desde ese *lado moridor* del que José Revueltas hablaba en el prólogo a *Los muros de agua*. Sin embargo, la reflexión señala más que el arrepentimiento o reconstrucción nostálgica, una idea que el propio Castañeda desarrolla en su último libro, *La negación del número*, y es la incapacidad de levantar y conservar los núcleos iniciales que debían ser la retaguardia de los grupos armados: los grupos de base.

... en México los grupos armados urbanos no tuvieron tiempo para anudarse a la trama social, resultado de su impaciencia porque, más que las pruebas de fuego, no resistieron, en el transcurrir del tiempo, la tentación de la actividad armada. No pudieron con el trabajo paciente y a largo plazo para organizarse y sentar premisas. Bajo tal dinámica tuvieron un desarrollo artificioso e hicieron un manoseo impúdico de las condiciones de la realidad. No entendieron que la organización armada es la vanguardia, la avanzada del pueblo, la forma organizada de su violencia espontánea. Que la guerrilla no es sólo un método

de lucha combinable sino que está encaminada (cuando no es apoyo de un ejército regular) a la creación de un Ejército Popular. La guerrilla no puede ser siempre una guerrilla. Su finalidad no es la toma del poder sino organizar a la población y su fuerza es insurreccionarla. (*La negación del número*, 82-83)

Castañeda sostiene que, a diferencia de la Revolución cubana en la cuál la organización y modos de operación de las bases de apoyo rebasaron el poder de Fulgencio Batista, en los movimientos guerrilleros en México y América Latina, en su mayoría, el error común ha sido precisamente subestimar el trabajo de las bases de apoyo.

A pesar de la incapacidad de las guerrillas, durante la década de setenta, para cohesionar un movimiento social que tomara el poder, los movimientos no han cesado de manifestarse ya sea como activismo y resistencia civil, o bien en su brazo armado como el EZLN, EPR o ERPI por citar algunos ejemplos. Por otra parte, la huella de las resistencias durante la guerra sucia en las narrativas carcelarias, nos lleva a observar la lucha al nivel del lenguaje, así como la retorsión que operan al poder. De este modo, aunque el tono de la novela y del diario es desolador, me parece importante hacer hincapié en la tensión y lucha que se genera en la escritura, la experiencia de tortura y su representación o, en todo caso, su narrabilidad. Recordando a Barthes y la naturaleza gregaria del signo, Avelar señala la resistencia de la experiencia de la tortura a convertirse en metáfora, ya que de este modo la constitución propia de la experiencia quedaría diluida en el hecho de narrar, de representarla.

La “resistencia al lenguaje”, ya apuntada y analizada como un rasgo insistente de los testimonios de torturados, no sería sino —y ésta es la hipótesis nuestra— un librar, desde el nombre propio, una guerra contra el poder

gregario del signo, que amenaza la experiencia con la dilución de su singularidad. Para el sobreviviente, tal guerra vale lo que vale la experiencia misma, y él se acerca a ella con tal urgencia del que sabe que mantener la experiencia —mantenerla en cuanto materia narrable, es decir mantenerla en cuanto tal— es condición misma del sobrevivir, su momento constitutivo. (“La práctica de la tortura y la historia de la verdad”, 180)

En este sentido Avelar concibe no la metáfora sino la alegoría como recurso narrativo en el que se puede resolver la representación de la experiencia en las narraciones postdictatoriales. Si bien la metáfora actúa al nivel de semejanza, a decir de la comparación, ésta establece un puente de equivalencia entre significante y significado a partir del desplazamiento semántico de uno de los términos asociados. Por el contrario, la alegoría establece la relación entre un término a nivel denotativo con un significado oculto, más profundo a nivel simbólico. De este modo, en el espacio oculto que permite la alegoría es posible trasladar, mediante el símbolo, ese irreductible que se resiste a la representación en el discurso narrativo post-traumático.

No obstante, me parece que la metonimia poseería mayores posibilidades creativas en el sentido de que, a diferencia de la metáfora, el tipo de asociación entre los dos términos no es paradigmática sino sintagmática. La diferencia según Jakobson radica en que mientras la metáfora elabora una relación arbitraria de semejanza entre dos términos externos, la metonimia tiene una relación de contigüidad, es decir la relación entre los términos es intrínseca. Podría decirse que en la metonimia un término sustituye a otro a partir de su relación contigua y su resistencia a ser traducido por un término externo.

En el segundo capítulo se analizó el poema “Cárcel”, en el que la definición no sólo del espacio, sino del concepto se da a partir de las relaciones y el modo en que éstas afectan a todos los elementos participantes de la cárcel: los prisioneros, los celadores y los jueces, por citar un ejemplo. Así la cárcel no está metaforizada, tampoco se define a partir de un símbolo alegórico, sino que el hincapié está puesto en las relaciones en devenir y las transformaciones de ella en los sujetos y de éstos sobre la cárcel.

Hasta ahora, se ha analizado el proceso de disciplinamiento y objetivación de la violencia en el cuerpo del prisionero político, ya sea a través de la tortura física o psicológica. Se han observado en el preso político, a nivel individual y en grupo, así como la transformación del sistema penitenciario en el período de la guerra sucia en México. Se ha reflexionado a su vez el quiebre en las formas de representación, así como los problemas y retos que imprime la tortura en el cuerpo en el momento de narrar la experiencia. Quedaría entonces plantear el modo en que Salvador Castañeda traspasa la barrera de la representación y traducción del confinamiento carcelario en la narrativa carcelaria, una narrativa bastarda y marginal que, desde una posición de *entre lugar* invade los discursos de la *ciudad letrada*.

La narración lejos de quedarse en el lamento nostálgico o el aniquilamiento, lo cual sería exhibir obscenamente el poder del Estado, opera una retorsión a nivel de las resistencias en lo cotidiano. Esto se puede percibir no sólo en el propio hecho de escribir desde la clandestinidad y de que la escritura se convierta en un ejercicio

de resistencia contra la inercia del encierro, sino que los propios textos son sobrevivientes de las constantes incursiones de la policía política.

Yo no sé si ya sean señales de mi *rehabilitación*, pero después de tanto tiempo privado de mi derecho más elemental —desde febrero de 1971— solamente puedo hablar y escribir sobre la cárcel. Claro está que escribir en un lugar como éste —con toda[s] las adversidades encima— es algo así como la medalla de dos caras. Por un lado, para escribir la fuente resulta inagotable. La sociedad queda aquí nítidamente dibujada tal y como es. Por otro lado las circunstancias están en contra. En este lugar una máquina de escribir, una hoja de papel, un libro, una goma para borrar o una pluma para escribir adquieren —para el que escribe— un valor que no tienen en otro lugar. (*Los diques del tiempo*, 88)

A su vez, se debe señalar el tono burlón, presente a lo largo de toda la novela, con el que describe los movimientos de la policía política; sin embargo me parece esencial en tanto resistencia, el modo en que reconvierte la objetivación de la violencia. Se ha visto cómo este proceso de objetivación se traduce en el uso violento del lenguaje verbal y el lenguaje corporal a través de los desechos fisiológicos, ya que no puede haber otro modo de hablar más que asumiendo la propia condición de marginalidad. Como señala Deleuze y Guatari en su análisis *Kakfa por una literatura menor* (1975), solamente es posible escribir desde la marginalidad: “Escribir como un perro que escarba su hoyo, una rata que hace su madriguera. Para eso: encontrar su propio punto desierto” (Deleuze y Guatari, 31).

Si bien la tortura escinde al individuo de su cuerpo, reduciéndolo a cuerpo puro o *bare life*, se posesiona de la voz del torturado transformándola en la voz del torturador y aniquila el lenguaje, mundo y el yo a través de la objetivación y reconversión del sujeto en cuerpo de violencia. La escritura creativa devuelve la única instancia de lenguaje y empoderamiento del preso político a través de la

reconversión del cuerpo de violencia; es decir de la objetivación de la violencia fuera del cuerpo.

Este proceso se lleva a cabo precisamente a partir de la recuperación del cuerpo por medio de la violencia, la sexualidad y lo escatológico.

Un ejemplo concreto de este proceso me parece que es el juego de apuestas que tienen los prisioneros durante su estancia en la tercera y última cárcel o lo que sería el “último dique”, como lo llama Castañeda. Tras casi siete años de encierro, los personajes guerrilleros recorrieron las cárceles clandestinas, Lecumberri, el reclusorio Norte y, por último, el Reclusorio Oriente en Santa Martha Acatitla, justo en donde empieza la narración de la novela.

Uno de los entretenimientos de los reos era asistir a las carreras de ratas o el ratódromo, en donde uno de los prisioneros —El Gato— atrapaba y entrenaba a las ratas por varias semanas. Después de capturarlas, las dejaba sin alimento por varios días y las sometía posteriormente al canibalismo; una vez entrenadas las ratas eran lanzadas a la carrera en el ratódromo.

Las ratas eran colocadas en carriles separados y cubiertos para que no se vieran entre sí, y sólo se les dejaba la salida al final. En la meta colocaba, subrepticamente, bajo las tablas del canal, un trozo de carne. Al ponerlas en el partidero, con una sorprendente habilidad en las manos —que le envidiaría el mejor de los ilusionistas— se humedecía con la lengua la punta del dedo índice de la derecha, la metía en el bolsillo del pantalón y acto seguido, una vez que lo había untado de chile, lo restregaba en el ano de la rata y la dejaba revolcándose. En tanto abría las puertas, él corría también hasta la meta y, tomándola de la cola, la golpeaba contra el piso y la remataba de un pisotón en la cabeza. No dejaba una con vida; sabía que sin dientes morirían al poco tiempo. A Agustín le decían el *Gato*, por eso de las ratas. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 102)

En este pasaje se pueden observar plenamente las acciones de tortura y objetivación de la violencia con lujo de detalles sobre las ratas, al contrario de lo que sucede en la descripción de la tortura sobre el cuerpo del prisionero, por cruda que sea. Cabe destacar que la imagen de la rata aparece a lo largo de la novela con distintas funciones. Por ejemplo, uno de los prisioneros comunes, en el período carcelario en Santa Martha Acatitla, es conocido por cocinar pollo fino, que en realidad eran ratas. En otro pasaje, las ratas asomadas por la taza del baño atacan a El Cananeo tras ser aprendido en el Mercado de la Merced, irónicamente no por ser guerrillero, sino por vender en la calle. A su vez, las ratas aparecen en el diario de cárcel como una forma de fuga para el narrador, al observar su comportamiento y envidiar la libertad con que se mueven. Por último, al cerrar la novela, aparece uno de los celadores que llaman El Cristo y es descrito por sus ojos y movimientos nerviosos como una rata.

El Cristo que a cada rato se asomaba por el postigo, tenía huellas de granos en la cara y unos ojillos de rata. Cada vez que se acercaba lo veía despedazado por los barrotes verticales y parecía por un momento que era él quien estaba encerrado y no Joaquín [el narrador]. Al levantar la puertecilla sus ojos ratoniles buscaban instintivamente y con rapidez en toda la celda como si la mirara por primera vez. Al cerciorarse de que no se había cortado las venas o colgado [Joaquín], se retiraba sin decir nada. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 175-176)

Se puede observar cómo la rata o los atributos del roedor transferidos al personaje poseen una significación inestable, no puede actuar como símbolo, porque no hay una fijación de un significado unívoco al significante. Por el contrario, la rata aparece sugerida en distintas instancias: como comestible, como violencia, como cuerpo en el que se objetiva la violencia, como libertad e inclusive como atributos de

un personaje ejecutor de poder, pero que a la vez queda vaciado de poder desde la perspectiva del narrador.

No obstante, me parece importante hacer hincapié en la figura de la rata como parte del proceso de reconversión del cuerpo de violencia. Esto es, la experiencia de la tortura es plasmada en el texto escrito en su totalidad no como una narración transparente, sino por la mediación de la rata no como metáfora, ni la alegoría, sino como metonimia. Es decir, la rata funciona como elemento intrínseco a la experiencia carcelaria, pero no puede ser reducida a un significado unívoco o determinado desde un aparato analítico exterior a la experiencia, ni como un símbolo o alegoría fija.

La rata, al igual que la experiencia de tortura y la construcción del sujeto carcelario se encuentran en devenir. Este hecho rearticula la capacidad del sujeto, en su reducción a cuerpo de violencia, para encontrar fisuras y escapar a las estrategias carcelarias de la biopolítica del poder, por lo menos en su reconstrucción discursiva.

A su vez, la reconstrucción del cuerpo de violencia solamente es posible ejercerla a partir del propio cuerpo y la reconversión de la sexualidad como fuga del cuerpo violentado. Se ha señalado anteriormente el uso del lenguaje con la fisiología del cuerpo como el modo de somatización de la violencia; sin embargo, el cuerpo aparece también como modos de resistencia y empoderamiento. Un ejemplo claro de esto es el concurso de masculinidad que hacen los presos para competir por la eyaculación a mayor distancia. La competencia se realiza entre dos prisioneros

apodados El Zurdo y El Derecho que llevan a cabo cualquier práctica sexual con tal de reapropiarse del control de su cuerpo y ganar la competencia y prestigio entre los demás reos.

Cuando la eyaculación estaba cerca comenzaban a alargar el ritmo de la respiración, deformándose tanto al contraer el cuerpo, que adquirían una imagen monstruosa, como alguien que quisiera concentrar la esencia de su ser en el punto central de su cuerpo para arrojarla con violencia al vacío, a la nada. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 175)

De este modo, la eyaculación arrojada al vacío aparece como una pulsión de vida derrochada que, paradójicamente devuelve a la vida el cuerpo del prisionero permitiéndole el control y la sensación de placer en su propia pérdida de conciencia, esta vez como contrapunto de la pérdida de la conciencia en la tortura.

Por último, quisiera destacar otra estrategia de resistencia a través de la relación entre el carcelero y el preso, en donde, momentáneamente pareciera que los papeles se han invertido y en realidad el carcelero es el verdadero prisionero en la cárcel. Así los guardias al transformarse en bestias feroces que vigilan y controlan todo, se encuentran alienados y son una máquina o suerte de extensión del aparato carcelario. Por ejemplo, durante el traslado de Lecumberri al Reclusorio Norte, el narrador describe una situación paradójica en la que tanto guardias como presos se encuentran encerrados en el camión que hará el traslado.

Ellos también, desde su pequeño mundo que los aprisionaba, veían a los presos como si fueran animales, sin poderse explicar quiénes eran, en ese momento, los verdaderos prisioneros; cada uno aferrado a sus pertenencias, unos con macanas que les alargaban los brazos y otros con hilachos envolviendo hilachos, sin poderse mover, metidos en su jaula que estaba frente a las de los guardias. En realidad eran dos jaulas, sólo que una estaba dentro de la otra, en una aparente contradicción con una de las propiedades de la materia: su impenetrabilidad. (*¿Por qué no dijiste todo?*, 38)

La novela cierra con un poema de Agustín Hernández que forma parte de la antología *Sobreviviremos al hielo* y que he tomado como epígrafe para abrir este capítulo. Agustín Hernández, compañero de Castañeda y miembro del grupo Movimiento de Acción Revolucionaria, encaja incisivamente el dedo en la llaga, al señalar la reificación del sujeto carcelero y con éste, el quiebre de la función carcelaria en su inútil tarea de controlar las pulsiones de vida.

Dime
pinche carcelero
entre tus llaves
¿hay alguna para abrir las flores?

Aún más, plasma la experiencia del sujeto carcelario que, tras un viaje al infierno, ha pasado por todas las instancias de violencia y ha logrado sobrevivir. Es entonces, que asumiendo la realidad desde *el lado moridor*, logra deconstruir al poder del estado manifestado en el cuerpo del carcelero.

He agotado ya
los trámites para un amanecer
he ido desde el puño crispado
hasta la mirada oblicua
y sólo he estrujado
el aire de tu minuciosa y ridícula malignidad
pero,
¿sabes qué significan
esas virutas de sol
sobre este follaje de sombras?

De este modo, el poder que detenta el carcelero por medio de la fuerza no es suficiente para comprender el ritmo de la vida, ni el significado de sobrevivir, al contrario de lo que ha sucedido a quien ha sufrido la violencia en carne propia.

No encabronan

tu mirada aceitosa
ni tu andar domesticado.
Lo que encabrona
es que un barrote como tú
pueda andar por ahí
esparciendo miradas
como si de veras comprendiera
la alegría de los pendientes
y la reverencia de los árboles.

El carcelero, en este sentido es más prisionero que los internos ya que, como sujeto, ha sido reducido no sólo a cuerpo, sino a máquina y engranaje de violencia. Aún más, el poema despoja de la sexualidad al carcelero y la traslada a la estructura física de la cárcel: a los orificios de los cerrojos y las llaves que abren o cierran el placer.

Pero a ti
a los de tu estirpe
a los de la hermandad del flato
sólo les queda el placer
del acoplamiento de metales
el regocijo enfermo
de acariciar orificios de candados
y ondularse maricones
con el penetrar morboso
de las llaves.
(en *¿Por qué no dijiste todo*, 181-182)

Pero quizás más contundente sea la poesía de la única voz femenina que pude encontrar en la literatura del preso político en México. Trinidad León Zempoaltécatl desarrolla un tono mucho más íntimo de la estancia carcelaria y parece ser la única voz que sostiene una posición contundente y al mismo tiempo, paradójicamente de paz.

feliz mi corazón
porque la rosa

en el pantano no se secó
y su polen y fragancia
por el mundo esparció...

Sola, sola conmigo y mi pensamiento
es cuando en verdad me siento,
me siento y me gusta,
me gusta y no me gasta...
(en Zaragoza, 165)

Se ha podido observar en este capítulo que la construcción del sujeto carcelario atiende a una identidad impuesta por el Estado a partir de los límites de legalidad que traza. El estado de excepción produce la reducción del individuo a su condición mínima biológica, y encuentra en el relato de seguridad nacional la legitimidad para sancionar mediante la violencia y tortura al cuerpo insurrecto. Por ello, las narrativas carcelarias son contundentes, al reconstruir al sujeto desde su propia mirada poniendo en tensión y operando quiebres en el discurso carcelario.

A partir de la demarcación de un espacio recuperado como propio y trazado dentro de los mecanismos de poder como lo carcelario y la escritura, el lugar del testigo denuncia no solamente los excesos de la violencia de estado ejercida mediante la tortura y confinamiento, así como los mecanismos panópticos, sino que lleva a cabo una retorsión del poder al demandar el derecho a hablar estratégicamente y reconvertir el cuerpo de violencia en un sujeto en resistencia desde los sótanos de la historia reciente. Quedaría por abordar en el siguiente capítulo, la otra cara de la historia oficial, así como los mecanismos de la memoria.

5.0 EL ÁNGEL DE LA HISTORIA: ARCHIVO Y MEMORIA

*No estamos ni sobre las gradas ni sobre la escena,
sino en una máquina panóptica,
dominados por sus efectos de poder
que prolongamos nosotros mismos,
ya que somos uno de sus engranajes.*
Michel Foucault

*Articular históricamente lo pasado
no significa conocerlo “tal y como verdaderamente ha sido”.
Significa adueñarse de un recuerdo
tal y como relumbra en el instante de un peligro.*
Walter Benjamin

En los capítulos anteriores se ha abordado el ejercicio de la violencia de estado durante el período de la guerra sucia en México, como una de las consecuencias provocadas por el gobierno mexicano frente a su incapacidad para negociar las demandas sociales de aquellos que sufrieron los primeros impactos del proyecto modernizador implementado durante el milagro mexicano. A su vez, se analizaron los mecanismos coercitivos y la violencia sobre el sujeto, despojándolo de su identidad y reduciéndolo a cuerpo de violencia mediante la tortura física y psicológica. Por otro lado, se observó el surgimiento de las narrativas carcelarias, que logró operar una retorsión a la biopolítica del poder franqueando la censura e insertándose estratégicamente en el circuito letrado.

De este modo, a partir de la constitución de un espacio de *entre lugar*, las narrativas carcelarias plantean el problema de la representación de la violencia

llevando a cabo una desterritorialización del sujeto estigmatizado bajo una política de control, vigilancia y sometimiento por parte del Estado por razones de seguridad nacional. En este contexto, me parece indispensable dedicar también un espacio de análisis a la construcción de la historia reciente y la recuperación de la memoria, ya que los discursos oficiales se encuentran atravesados por la mirada panóptica, como bien señala el epígrafe de Foucault. A pesar de ello, en el ejercicio de la escritura del pasado también aparecen las huellas de las voces que fueron silenciadas por la violencia de estado, por lo que la tarea de reconstrucción del discurso histórico, así como el reconocimiento del derecho al ejercicio de la memoria fuera del espacio institucional son pilares para construir una democracia verdadera.

Este capítulo aborda el problema de la construcción de la historia y la memoria en tanto dos instancias que operan de distintos modos para actualizar pasado y presente. Mientras el registro escriturario, en el discurso histórico y el archivo, excluyen elementos que desestabilizan el discurso oficial, la memoria trabaja precisamente a partir de los elementos desplazados. Por otro lado, el texto literario, a pesar de ser también registro escrito, recupera la materia residual no sólo dando un espacio a las marginalidades, sino que, señalando los vacíos del discurso histórico, abre un diálogo con la práctica de la memoria.

Cabe señalar, que las prácticas de la memoria actúan en la vida cotidiana y son la base de los distintos movimientos y participación política de la sociedad civil. No obstante, en el caso de la guerra sucia, y a pesar de los esfuerzos de diferentes actores sociales, la reconstrucción del pasado inmediato ha sido sabotada desde el

seno de las instituciones gubernamentales. Un ejemplo claro ha sido el fracaso de la Fiscalía Especial para los Movimientos Políticos del Pasado (FEMOSPP) no solamente por no haber entregado oficialmente el informe *Que no vuelva suceder*, sino también por la incapacidad del fiscal Ignacio Carrillo Prieto para procesar a los responsables de las masacres del 2 de octubre del 68 y el 10 de junio del 71, entre los cuales se encuentra el ex-presidente Luis Echeverría Álvarez, el ex-jefe de inteligencia Luis de la Barreda Moreno, así como el ex-jefe de la Dirección Federal de Seguridad y responsable del grupo paramilitar Brigada Blanca: Miguel Nazar Haro.

Kate Doyle, investigadora y coordinadora del proyecto para México de los Archivos de Seguridad Nacional en la Universidad George Washington, señala que la FEMOSPP, tras localizar los archivos de la guerra sucia, cerró cientos de archivos del Archivo General de la Nación. Más aún, al publicarse en la página electrónica de *National Security Archives* el borrador del informe *Que no vuelva a suceder*, el entonces procurador de la república Daniel Cabeza de Vaca abrió una investigación por “infiltración”. La complicidad del fiscal especial para desechar deliberadamente los procesos de excavación y localización de los cuerpos ultimados por la policía política y los grupos paramilitares; así como la aprobación en el Congreso de una nueva regulación federal —aparecida repentinamente en mayo del 2006—, en la que el proceso del crimen de desaparición prolongada requiere de la evidencia del cuerpo del desaparecido; son muestras claras de que el pasado no está clausurado, por el contrario, aparece vigente amenazando a la razón de estado en el presente⁹¹.

⁹¹ Véase Kate Doyle, “Impunity’s Triumph: The Failure of Mexico’s Special Prosecutor”.

Frente a la corrupción y encubrimiento de intereses políticos, parecería que la “recuperación” del pasado no es posible sino a través de la memoria y otra serie de instancias, a decir prácticas sociales, políticas y culturales que escapan al registro de la historia oficial. En este sentido, el trabajo de Benjamin abre una fisura coyuntural en el discurso histórico para engazarla con la inmediatez de la labor del historiador en tiempos de excepción. Al integrar el aspecto mesiánico, en *Sobre el concepto de historia*, Benjamin libera la carga historicista y teleológica del materialismo histórico, abriendo un espacio de posibilidad de cambio en el devenir de la historia. De este modo, a través de la memoria no sujeta a la intervención de la construcción histórica, es posible vislumbrar el pasado, aunque sea esa imagen relampagueante y fugaz, quizás escondida en la memoria profunda de los pueblos.

En el contexto mexicano, me parece que hay dos novelas que revelan estas posibilidades. Por un lado, *Pretextos* (1977) de Federico Campbell aborda la mirada panóptica en la construcción del archivo histórico, mientras que *Muertes de Aurora* (1980) de Gerardo de la Torre recurre a los delirios de un alcohólico que, en su esfuerzo por olvidar, deviene testigo y memoria profunda de la violencia de estado.

5.1 POLÍTICAS DE LA DESMEMORIA

Antes de analizar las novelas que nos conciernen, me parece fundamental observar algunos mecanismos que atraviesan la construcción de la historia y la memoria, en tanto que dichos mecanismos constituirán las políticas de la memoria, o como Nelly

Richard señala críticamente en *Políticas de la memoria* (2000), también las “tecnologías de la desmemoria”. Hasta la entrada del postestructuralismo, la disciplina histórica había sido concebida como un discurso transparente que tenía como tarea recabar los hechos del pasado, sin tomar en cuenta que la historia, en tanto relato o construcción discursiva, se encuentra intervenida bajo una “voluntad de saber” que se entreteje con una agenda inherente al poder. Vista, de este modo, la historia soslaya elementos, excluye datos, para configurar un discurso coherente a partir del desplazamiento de otras voces emergentes que irrumpen o cuestionen un modelo discursivo-cognoscitivo.

Uno de los primeros blancos de la crítica sobre el discurso histórico en América Latina ha sido el cuestionamiento de los relatos de civilización y progreso cuyo objetivo fue el producir una alteridad manejable y asimilable a la dominación del otro. En este sentido, los estudios postcoloniales han desmantelado la construcción de la historia que, bajo la categoría de “universal”, en realidad ha funcionado como un discurso eminentemente eurocentrista⁹². De este modo, la historia ha sido problemática desde sus comienzos para América Latina y de ahí la recurrencia para intentar definir la identidad latinoamericana, tanto en textos académicos como literarios en nuestra historia cultural. No en balde los textos de la conquista, a su vez, dejaron de ser materia de estudio de la disciplina histórica para

⁹² Por citar algunos ejemplos, para un análisis historiográfico del período prehispánico y colonial véanse los trabajos de Rolena Adorno, Antonio Cornejo Polar, Ángel María Garibay, Miguel León-Portilla, Martin Lienhard, Walter Mignolo, Julio Ortega, Beatriz Pastor, entre otros; para un análisis filosófico y epistemológico véanse Santiago Castro Gómez, Enrique Dussel, Ricardo Forster, Edgardo Lander, Edmundo O’Gorman, Aníbal Quinajo, Silvia Rivera Cusicanqui, Ileana Rodríguez, Silvano Santiago y Roberto Schwarz, entre otros.

encontrar un espacio de análisis en la crítica literaria y los estudios culturales. Por otro lado, cabe destacar el fenómeno editorial de la nueva novela histórica en las cercanías del Quinto Centenario, donde desde el discurso de la ficción se opera un quiebre en el discurso historiográfico⁹³.

Por otro lado, la emergencia de los golpes de estado orquestados desde la política hegemónica estadounidense bajo el relato de la seguridad nacional y la lucha anticomunista, así como las políticas hegemónicas nacionales —ambas responsables del terrorismo de estado, la práctica de la tortura y desaparición—, han llevado a configurar desde la crítica latinoamericana el cuestionamiento de la escritura de la historia, inclusive el papel de la *ciudad letrada* y el concepto canónico de lo literario⁹⁴.

De este modo, la reconstrucción del pasado no es una agenda que se circunscriba al pasado colonial; por el contrario, el trabajo intelectual y creativo tras las dictaduras en el Cono Sur ha sido insistente en el reconocimiento y procesamiento de los perpetradores de crímenes contra la población civil, y responsables del derrocamiento de regímenes electos democráticamente⁹⁵. Pero no

⁹³ Un ejemplo de ello son *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas; *Maluco* de Napoleón Baccino Ponce de León; *Esta maldita lujuria* de Antonio Brailovsky; *El arpa y la lira* de Alejo Carpentier; *Noticias del imperio* de Fernando del Paso; y la trilogía de Abel Posse: *Los perros del paraíso*, *Daimón* y *El largo atardecer del caminante*, entre otras novelas.

⁹⁴ Frente al carácter emergente que imponía la historia reciente latinoamericana al campo académico, surgió la necesidad de redefinir el papel del intelectual, así como los alcances y límites que la *ciudad letrada* y la literatura tenían en contraste con las prácticas culturales y activismo de la sociedad civil. Un ejemplo de este cambio o impasse, como lo señala John Beverley, fueron el testimonio, los estudios culturales y, en particular, los estudios subalternos. Por mencionar algunos ejemplos véanse los trabajos de Hugo Achugar, John Beverley, Ileana Rodríguez y Hernán Vidal entre otros.

⁹⁵ Por mencionar algunos, véanse los trabajos de Idelber Avelar, Diamela Eltit, Alberto Moreiras, Nelly Richard y Willy Thayer, entre otros.

sólo eso, más allá de traer a la luz la visión de los vencidos y el derecho a la apropiación de una voz, la problemática recuperación del pasado ha planteado la necesidad de nuevas aproximaciones metodológicas y epistemológicas que trastocan profundamente la construcción del discurso oficial de la historia.

Por otro lado, la crítica latinoamericana ha logrado una ruptura en la aproximación binaria de la verdad, al señalar los mecanismos de legitimación y producción del discurso histórico, precisamente a partir de los desplazamientos que opera. Nos encontramos, de este modo, en un *impasse* disciplinario, en el que la historia no logra captar el pulso del tiempo pasado, ni el registro de las otras historias. Como alguna vez señaló Beatriz Sarlo, existe una tensión sobre el pasado entre la historia y la memoria:

El pasado es siempre conflictivo. A él se refieren, en competencia, la memoria y la historia, porque la historia no siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo (derechos de vida, de justicia, de subjetividad). (Sarlo, 9)

Parecería entonces que la memoria trabaja sobre el residuo del discurso histórico, no sólo sobre el archivo o datos desplazados en la construcción discursiva, sino incluso sobre registros que no pasan por lo escrito. De este modo, la memoria colectiva y las prácticas culturales, políticas y sociales configuran un “otro” universo que es recuperable a partir del activismo de la sociedad civil y la crítica interdisciplinaria. No obstante, como señala Nelly Richard, las políticas del recuerdo llevan a cabo una batalla campal contra las tecnologías de la desmemoria que desde los aparatos de estado ejercen un poder silenciador.

Durante años, permaneció fuera de debate público el modo en que las *políticas del recuerdo* (agitadas por todos aquellos que se opusieron a que la borradura de las huellas del pasado —de lo desaparecido, de los desaparecidos— fuera el precio a pagar como incidente tributo al milagro neoliberal) se enfrentaron a las *tecnologías de la desmemoria* que, diariamente, sumergen la conflictividad de lo social en la masa festiva de lo publicitario y de lo mediático. Sin embargo, la materia sedimentada del recuerdo que parecía bloqueada por el no-trabajo crítico de la memoria termina aflorando cada vez que se rompe la costra del presente y supura el pasado herido. (*Políticas de la memoria*, 10)

Nos encontramos entonces de cara a un doble frente, por un lado la construcción de la historia oficial, y, por otro, los medios electrónicos, los cuales no actúan solamente al nivel de clausura del pasado, sino que en su exhibición echan cortina de humo sobre la memoria.

A la política le interesa confirmar la lógica confrontacional entre el antes y el después, porque domina y controla las lenguas de la exhibición y el cálculo, necesita la publicidad de la secuencia y el progreso, para no hacerse cargo del peso y la responsabilidad de la memoria. El pretérito, entonces, se vuelve patrimonial porque puede ser fijado a un conjunto de íconos que lo atrapan a un esquema de historia, posteriormente oficializado. (Ossa, en Richard, 74)

El trabajo sobre la memoria, desde la perspectiva latinoamericana ha sido capaz de evidenciar los mecanismos del discurso histórico oficial; no obstante, me parece fundamental retomar los trabajos de Michel de Certeau, Michel Foucault y Walter Benjamin, ya que estos autores desarrollan una crítica que delata las inconsistencias de la disciplina histórica y su relación con el poder. Mientras De Certeau replantea el trabajo historiográfico y Foucault analiza la construcción de los discursos y las disciplinas del saber, Benjamin aborda la filosofía de la historia y el trabajo de la memoria desde una perspectiva *sui generis* que, integrando el elemento mesiánico, es profundamente materialista.

Dentro de la disciplina histórica, De Certeau desarrolla una crítica al método historiográfico que, muy cercana al concepto de genealogía de Foucault, da cuenta de los mecanismos de poder que atraviesan la escritura de la historia.

En Occidente, el grupo (o el individuo) se da autoridad con lo que excluye (en esto consiste la creación de un lugar propio) y encuentra su seguridad en las confesiones que obtiene de los dominados (constituyendo así el *saber* de otro o sobre otro, o sea la ciencia humana). [...] Lo *perecedero* es su base; el progreso, su afirmación. (De Certeau, 19)

De este modo, la legitimidad, el saber y el relato de progreso son directrices para la escritura de la historia, a decir todos éstos elementos son fundamentales en el ejercicio del poder. Al igual que Foucault en *El orden del discurso* (1970), detecta un principio de exclusión y separación en la construcción del discurso, De Certeau señala en *La escritura de la historia* (1978) que la historia se erige a partir de la separación, entre pasado y presente, entre discurso y cuerpo social, planteando que el problema de la escritura de la historia es un problema de interpretación del pasado que opera a través de la exclusión. El recorte tanto cronológico, como de los acontecimientos, obedece a una agenda en el presente que busca la representación de un pasado, de tal forma que organizar, separar, recortar, olvidar se vuelven tareas adjudicadas desde el poder al historiador.

El corte es pues el postulado de la interpretación (que se construye a partir de un presente) y su objeto (las divisiones organizan las representaciones que deben ser re-interpretadas). El trabajo determinado por este corte es *voluntarista*. Opera en el pasado, del cual se distingue, una selección entre lo que puede ser “comprendido” y lo que debe ser *olvidado* para obtener la representación de una inteligibilidad presente. Pero todo lo que esta nueva comprensión del pasado tiene por inadecuado —desperdicio abandonado al seleccionar el material, resto olvidado en una explicación— vuelve, a pesar de todo, a insinuarse en las orillas y en las fallas del discurso. “Resistencias, “supervivencias” o retardos perturban discretamente la hermosa ordenación de

un “progreso” o de un sistema de interpretación. Son *lapsus* en la sintaxis construida por la ley de un lugar, prefiguran el regreso de lo rechazado, de todo aquello que en un momento dado se ha convertido en impensable para que una nueva identidad *pueda ser pensable*. (De Certeau, 18)

No obstante, el residuo marginal de la historia aparece perturbadoramente, se infiltra a través de las fisuras del discurso a través del vacío o *lapsus* que el propio discurso genera. Dentro de esta dinámica, la historia se construye identitariamente borrando y conjurando los elementos inestables para el orden que impone. De Certeau añade que la historia como práctica atiende más a la esfera de la interpretación, erigiéndose como un símbolo que funda un espacio propio y organiza un discurso que sea comprensible en el presente.

En cuanto práctica (y no como discurso, que es el resultado), es el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado, de sustituir la oscuridad del cuerpo vivido con el enunciado de un “querer saber” o de un “querer dominar” al cuerpo, de transformar la tradición recibida de un texto producido; en resumen, de convertirse en página en blanco, que ella misma pueda llenar. Práctica ambiciosa, activa, incluso utópica, ligada al establecimiento continuo de campos “propios”, donde se inscribe una voluntad en términos de razón. Esta práctica tiene el valor de un modelo científico, no le interesa una “verdad” oculta que sea preciso encontrar, se constituye en un símbolo por la relación que existe entre un nuevo espacio entresacado del tiempo y un *modus operandi* que fabrica “guiones” capaces de organizar prácticamente un discurso que sea hoy comprensible —a todo esto se le llama propiamente “hacer historia”. (De Certeau, 19-20)

Más que una verdad se trata de una “voluntad de verdad” que ha permeado todo el saber en sí. Foucault señala que el discurso “no es simplemente aquello que traduce luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que se quiere uno adueñarse” (*El orden del discurso*, 12). En este sentido, la historia como producción de discurso está sujeta, ordenada y distribuida por mecanismos cuya función sea “conjurar los poderes y

peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y *temible materialidad* (énfasis mío, Foucault, 11). Dicha materialidad manifestada en la interrupción del discurso, en los *lapsus*, presenta posibilidades reales de cambio que precisamente los discursos del saber tratarán de conjurar en un movimiento de recuperación que logre sellar las fisuras. No obstante, lo residual y lo desplazado imprime su huella dejando marcas o cicatrices en el muro; mismas que un trabajo arqueológico podrá reconstruir en la labor historiográfica.

Visto de este modo, la historia como disciplina tiene dos frentes de batalla, por un lado la legitimación y verosimilitud de su discurso y, por otro, la necesidad de prolongarse a través del cálculo de variables que afecten o intervengan en él, previendo el desorden futuro.

El “hacer historia” se apoya en un poder político que crea un lugar propio (ciudad, nación, etcétera) donde un *querer* puede y debe escribir (construir) un sistema (una razón que organiza prácticas). [...] Por una parte, el poder debe *legitimarse*, otorgar a la fuerza que lo vuelve efectivo una autoridad que lo vuelva creíble. Por otra parte, la relación entre un “querer hacer historia” (sujeto de una operación política) y el “medio ambiente” en el que se divide el poder de decisión y de acción, exige un análisis de todas las variables que actúan por las intervenciones que modifican esta relación de fuerzas; exige también un arte de manipular la complejidad en función de objetivos, y por consiguiente, un “cálculo” de las relaciones posibles entre un querer (el del príncipe) y un cuadro (los datos de la situación). (De Certeau, 20)

Esto crea una ficción de poder en la disciplina histórica, ya que, para De Certeau, por un lado, el análisis de las situaciones que hace el historiador son objetivos trazados por el poder en el pasado, da por hecho lo que el político debe hacer, sin tener en cuenta que solamente se encuentra al lado del poder, y que la imagen del político no corresponde con la figura real, así “el pasado es aquí la

consecuencia de una falta de articulación sobre el hecho de “hacer la historia”. Lo irreal se insinúa en esta ciencia de la acción juntamente con la ficción que consiste en proceder como si uno mismo fuera el sujeto de la operación” (De Certeau, 23). Por otro lado, esta ficción también se aprecia en el quehacer de la historia, ya que éste está circunscrito a una operación útil de ordenamiento.

Por una parte este tipo de discurso “autoriza” a la fuerza que ejerce el poder, la provee de una *genealogía* familiar, política o moral; acredita la “utilidad” presente del príncipe transformándola en “valores” que organizan la representación del pasado. Por otra parte, el cuadro constituido por ese tipo de pasado, y que es el equivalente de los “argumentos” actuales de la futurología, formula modelos *praxeológicos*, y crea, a través de una serie de situaciones, una tipología de las relaciones posibles entre un querer concreto y las variantes coyunturales. Al analizar los fracasos y los éxitos esboza una ciencia de las prácticas del poder. No se contenta con justificar históricamente al príncipe ofreciéndole un blasón genealógico. Se trata más bien de un técnico de la administración política que nos da una “lección”. (De Certeau, 21)

En este sentido podríamos decir, en términos de Foucault, que se lleva a cabo una tecnologización del saber cuya producción discursiva se mide en función de su utilidad al poder. Y es precisamente por ello que, en la configuración del futuro desorden, debe constantemente rearticularse mediante la proliferación (lo que sería el *comentario* en Foucault) y el refinamiento del discurso, tratando de sellar las fisuras o *lapsus* por las que se insinúan los residuos inquietantes.

La disciplina es un principio de control de la producción del discurso. Ella le fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de reactualización permanente de reglas. Se tiene el hábito de ver en la fecundidad de un autor, en la multiplicidad de sus comentarios, en el desarrollo de una disciplina, como otras tantas fuentes infinitas para la creación de discursos. Quizás, pero no son por ello menos principios de coacción. Y es probable que no se pueda dar cuenta de su papel positivo y multiplicador, sino [sic] se toma en consideración su función restrictiva y coactiva. (*El orden del discurso*, 31-32)

Esto inmediatamente lleva al planteamiento de cómo producir entonces una historia o un discurso no intervenido, si en la producción del discurso siempre aparece la mediación. En este sentido, en el trazado de una arqueología que opere por lo soslayado y las discontinuidades del otro es fundamental dudar de la “voluntad de verdad” que rige a las disciplinas, restituir el carácter de acontecimiento al discurso y restituir la soberanía del significante sobre la interpretación (*El orden del discurso*, 43). Es decir, Foucault, más que actuar en el orden de las significaciones, señala la necesidad de cuestionar el modo en que operan las disciplinas del saber, al mismo tiempo de observar las condiciones que hacen posible la emergencia, reaparición o transformación de un discurso determinado.

De este modo, a partir del cuestionamiento en la producción del discurso y la observación de lo desplazado, de lo residual, la historiografía moderna para De Certeau asume la construcción del pasado desde un lugar de producción del presente que recupera las huellas del otro, lo que en Benjamin sería la tarea del historiador, el “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”. De este modo, la historiografía para De Certeau debe “saber decir todo lo que el otro calla” (17).

La *arché* no es nada que se pueda decir, sólo se insinúa en el texto por el trabajo de división o con la evocación de la muerte. Así el historiador sólo puede escribir uniendo en la práctica al “otro”, que impulsa a andar, con lo “real”, al que sólo representa en ficciones. Es pues, historiógrafo. (De Certeau, 29)

Otro planteamiento que se desprende a su vez de la recuperación del pasado, además de su construcción discursiva y los puntos de fisura por donde se infiltra el

otro, concierne al hecho que señalara Benjamin en la tesis V sobre el constante desplazamiento del presente al pasado. Es decir, la producción del discurso histórico se enfrenta no solamente a su rearticulación y proliferación para contener los elementos residuales, sino que en el momento justo en que presenta su enunciado, la imagen del pasado se ha perdido y el presente se ha convertido a su vez en pasado.

La verdadera imagen del pasado transcurre rápidamente. Al pasado sólo puede retenerse en cuanto imagen que relampaguea, para nunca más ser vista, en el instante de su cognoscibilidad. “La verdad no se nos escapará”; esta frase, que procede de Gottfried Keller, designa el lugar preciso en que el materialismo histórico atraviesa la imagen del pasado que amenaza desaparecer *con cada presente que no se reconozca mentado en ella*. (La buena nueva, que el historiador, anhelante, aporta al pasado viene de una boca que quizás en el mismo instante de abrirse hable al vacío.) (énfasis mío, Benjamin, 180)

El elemento mesiánico en Benjamin provee de una herramienta fundamental al quehacer del historiador, ya que lo obliga, frente al pasado fugaz, a reconocer el presente en el pasado, pero no como una consecuencia del pasado, sino, en una suerte de salto de tigre que rompe la línea del *continuum* de la historia, reconocer sus elementos discontinuos; ya que de lo contrario la posibilidad de cambio en el presente se escaparía junto con la imagen del pasado. Ser conciente de ese proceso, sería la “iluminación” en Benjamin. En este sentido, en la tesis VI con la que abrí este capítulo, Benjamin desplaza la vocación de la historia como conocimiento verdadero del pasado, trasladando al recuerdo la capacidad de acontecimiento que aparece súbitamente y remite al pasado excluido que relumbra en los instantes de peligro. De este modo:

El don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza sólo es inherente *al* historiador que está penetrado de lo siguiente: *tampoco los muertos* estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer. (Benjamin, 180-181)

Para Benjamin, la imagen del historiador que abre la boca al vacío, no trata sobre la incapacidad de la historia para aprehender el pasado, sino sobre la necesidad de rearticularse constantemente desde otro espacio; a decir, trabajar con lo desplazado, estableciendo afinidades en un estado de excepción que se ha convertido en la norma y generar, entonces, un verdadero estado de excepción (Tesis VIII). Esto nos remite de nuevo al espacio de la memoria ya que a su vez, siendo relegada de la disciplina histórica, abre un espacio plural y democrático alejado de la institución.

Como bien señala Raquel Olea, la memoria se distingue de la disciplina histórica al recuperar del tejido social hechos no registrados en el discurso oficial; por otro lado, la memoria, en tanto elemento que desestabiliza el discurso ordenado de la historia, no es algo que desaparezca o vuelva, ya lo han observado De Certeau y Benjamin, sino que está presente y amenaza constantemente con irrumpir desde el subsuelo de la historia.

La memoria, a diferencia de la historia disciplinaria que funda institucionalidad, es el nombre otorgado por estudiosos de la cultura a los saberes producto de experiencias dispersas, sumidos en el tejido social y urbano, sin registro público; la memoria persevera para ser extraída de los agujeros de la historia, de los retazos de biografías ciudadanas, de las fracciones de verdades no localizadas en hechos registrados y discursos institucionalizados. Tramada por los complejos mecanismos que operan recuerdo y olvido, la memoria emerge en hablas múltiples, orales, escritas, visuales, para discontinuar la fijación del pasado autorizada por los relatos oficiales. [...] La actualidad activa la memoria, indica que no hay olvido sino políticas que lo construyen, mandatos que responden a intereses de los

poderosos. Ocupando un territorio imprevisible la memoria ni vuelve, ni se retira, ni desaparece, sus espacios son cotidianos, salen al paso por furtiva y fugazmente porque su depósito es la materialidad del cuerpo. Mapeada por líneas silenciosas, responde a conexiones, a gestos y señas de un presente que irrumpe y revela otra verdad, otra reserva de pasado que (in)oportunamente lee el pasado e ilumina el presente, actuando como retorno de lo acallado social, de lo negado cultural. La memoria llena el hueco dejado por los lenguajes que no han sabido nombrarla. (Olea, en Richard, *Pensar en/la postdictadura*, 197-199)

Contra la lógica del monumento y la fijación del pasado en el discurso histórico oficial, se ha podido observar brevemente en este apartado, las dinámicas que atraviesan al discurso histórico, así como los cambios que se han operado en la disciplina histórica, filosófica y la crítica cultural latinoamericana en los modos de recordar y reactualizar el pasado frente a un presente que activa la memoria.

5.2 “EL CRONISTA ENMASCARADO” O EL ARCHIVO DE LA HISTORIA

En la tesis IX, la enigmática figura del ángel que Walter Benjamin, a partir del cuadro *Angelus Novus* de Paul Klee, utilizara para reinsertarlo en su crítica sobre el materialismo histórico, se muestra suspendido en espacio y tiempo para observar la ruina del pasado como único testigo que, perteneciendo a otro mundo, es arrastrado de espaldas hacia el futuro. El ángel de la historia quisiera “detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado”, pero un huracán llamado progreso que sopla desde el paraíso le impide cerrar las alas y lo aleja de la escena que presencia.

Así, el pasado para Benjamin, imagen fugaz e huidiza que relumbra por un momento, para perderse si no se la reconoce en el presente, no deja de conmover al

repensar el proceso de la historia como una acelerada acumulación de tragedias humanas, genocidio, destrucción y ruinas en aras de la modernidad y el progreso. Pero si bien es cierto que nuestra historia moderna no ha cambiado mucho desde el régimen fascista bajo el cual Benjamin vislumbró “la corriente regidora de los tiempos”, permítaseme no sólo adoptar la imagen de este ángel testigo de la historia, compasivo e impotente frente al devenir de la humanidad; sino inclusive alterar su imagen, su función, y por qué no, sus perversidades también.

Este otro ángel testigo es un ángel bastardo, opera desde el archivo, secretamente desde el subsuelo de la historia, por lo que este otro ángel de la historia es un ángel maldito, un ángel inmerso en el drenaje profundo de la humanidad que excava en las fuerzas telúricas de la memoria colectiva, es también piedra angular y engranaje de una maquinaria constructora de historia.

Durante el período de la guerra sucia en México, como se ha podido observar en el primer capítulo, así como en el apartado anterior, se llevó a cabo una biopolítica del exterminio contra elementos considerados subversivos, así como comunidades rurales que fungieron como bases de apoyo para los grupos guerrilleros, en donde la impronta de seguridad nacional sirvió como relato que legitimó la violencia de estado. La actuación del gobierno mexicano obedeció a las políticas de intervención estadounidenses cuyo blanco de operación fue la eliminación de focos guerrilleros y la influencia comunista tras el triunfo de la Revolución cubana y su giro al bloque socialista.

En este período, los servicios de inteligencia y seguridad nacional estadounidense buscaron la cooperación de las élites gubernamentales en América Latina. México no fue la excepción dada la cercanía geopolítica; de este modo, la cooperación entre la CIA y el gobierno mexicano crearon distintos órganos de inteligencia, así como el entrenamiento y ejecución de una política de contrainsurgencia como la llevada a cabo por la DFS, y los grupos paramilitares Halcones y Brigada Blanca que contaron con la ayuda de la Procuraduría General de la República, Gobernación y las Guardias presidenciales⁹⁶.

De este modo, hablar en México de operaciones de espionaje e inteligencia no es una realidad que pertenezca a una novela policíaca o a la ficción; inclusive algunas de las operaciones fueron extendidas desde México a Chile y a Centroamérica como lo demuestran recientes documentos desclasificados⁹⁷. Así, el tema de la seguridad ha sido parte fundamental en el ejercicio de una biopolítica del poder.

Si bien, uno de los aspectos más importantes en la obra de Foucault ha sido el analizar el poder ya no como ejercicio del soberano o una institución, sino como una serie de mecanismos que atraviesan el cuerpo social, a su vez destaca que la concentración y ejercicio de poder por parte del Estado tuvo un giro importante, tras

⁹⁶ Aunque la DFS fue creada en 1947 como parte de la seguridad presidencial, durante la guerra sucia se convirtió en el centro de operaciones contrainsurgentes a cargo de Miguel Nazar Haro que, a su vez dirigió al grupo paramilitar Brigada Blanca.

⁹⁷ Para establecer las relaciones entre el gobierno mexicano, la CIA y Chile véase la nota 25, *Parte de guerra II* de Julio Scherer García, para Centroamérica véase Kate Doyle “Una verdad en construcción”; y las declaraciones de María de los Ángeles Magdaleno Cárdenas, directora de análisis e investigación documental para la FEMOSPP en “México. La Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado” de García Morales *et al*; véase igualmente el documental *1968 La conexión americana* de Carlos Mendoza y el Canal 6 de Julio.

la Ilustración, que obedeció más a una distribución y organización, a decir un refinamiento de la razón de estado fundada en el mercado y el liberalismo.

En el curso en el *Collège de France* (1979), Foucault plantea que el arte de gobernar “no consiste tanto en asegurar un aumento de la fuerza, la riqueza y el poder del Estado, el crecimiento indefinido del Estado, como en limitar desde adentro el ejercicio del poder de gobernar” (*Nacimiento de la biopolítica*, 43). Este principio tendría como objetivo fundamental la organización y estructura jurídica, económica, social y política cuya función sea el promover la producción y el libre mercado. Pero para ello tendrá que establecer recortes, límites que protejan y equilibren intereses individuales y colectivos cuya piedra angular sea la producción de libertad, pero una libertad delimitada para proveer de seguridad a los distintos actores dentro del circuito de producción. Ésta será entonces, para Foucault, la estructura profunda que va a determinar las condiciones en que se dan en el estado moderno las relaciones de poder.

Si empleo el término “liberal” es ante todo porque esta práctica gubernamental que comienza a establecerse no se conforma con respetar tal o cual libertad, garantizar tal o cual libertad. Más profundamente, es consumidora de libertad. Y lo es en la medida en que sólo puede funcionar si hay efectivamente una serie de libertades: libertad de mercado, libertad del vendedor y el comprador, libre ejercicio del derecho de la propiedad, libertad de discusión, eventualmente libertad de expresión, etc. Por lo tanto, la nueva razón gubernamental tiene necesidad de libertad, el nuevo arte gubernamental consume libertad. Consume libertad: es decir que está obligado a producirla. Está obligado a producirla y está obligado a organizarla. (*Nacimiento de la biopolítica*, 83-84)

Paradójicamente la producción de libertad en un discurso que se pretende transparente, en realidad funciona de modo inverso: es decir, frente a la necesidad

de proteger intereses políticos subordinados a la producción y libre comercio —a decir intereses de carácter nacional y actualmente global—, la generación de libertades es consecuencia de su necesidad de consumo de libertad a partir de la estrategia, el cálculo y la implementación de la seguridad nacional.

El principio de cálculo, por supuesto, es lo que llamamos seguridad. Es decir que el liberalismo, el arte liberal de gobernar, se verá forzado a determinar con exactitud en qué medida y hasta qué punto el interés individual, los diferentes intereses, individuales en cuanto divergen unos de otros y eventualmente se oponen, no constituyen un peligro para el interés de todos. [...] La libertad y la seguridad, el juego entre una y otra, es eso lo que está en el corazón mismo de esa nueva razón gubernamental cuyas características generales les he presentado. Libertad y seguridad: esto animará desde adentro, para decirlo de alguna manera, los problemas de lo que llamaré la economía propia del liberalismo. (*Nacimiento de la biopolítica*, 85-86)

Visto de este modo, es posible entender la lógica que echó a andar esta maquinaria paranoica del poder, los excesos perpetuados contra la población civil, pero también la aparición del poder íntimamente ligada a la vigilancia, manipulación, intervención y distribución del registro escriturario; es decir el control del archivo, medios de información, así como la escritura del discurso histórico oficial.

Pretextas (1977) de Federico Campbell aborda desde las galerías del poder, la elaboración del libelo como un arma de combate de la razón de estado para desarticular cualquier empatía o influencia que tuviera algún grupo o movimiento social sobre la población en general. La aparición y circulación de libelos dirigidos contra los movimientos estudiantiles, grupos guerrilleros o específicamente contra algunos intelectuales no fue un procedimiento aislado durante el sexenio de Luis

Echeverría Álvarez (1970-1976)⁹⁸. De este modo, Campbell retoma eventos que formaban parte de la cotidianidad durante la guerra sucia para reelaborar, desde la literatura, una parodia del ejercicio escriturario y la aparición del libelo.

Los libelos, en tanto operación de contrainteligencia, funcionan como modos de desinformación para difamar y desprestigiar un movimiento o activista. Publicados bajo la anonimidad y sin un sello editorial que, alterando la información bajo una argumentación sospechosa y más cercana al rumor, exponían a la opinión pública el carácter y principios “poco morales” del movimiento o individuo que era blanco de ataque⁹⁹.

Los libelos son operaciones de desinformación, son proyectos de contra-información. Desde el punto de vista político, maniobras como ésta son bastante ingenuas, muy intelectuales, muy subliminales. Esto sólo cabía en la mente afiebrada y paranoica de Echeverría, porque es improbable que sus ayudantes o algunos funcionarios de gobernación se hayan animado a hacer solos el libelo, sin contar con lo que el que les daba línea allá arriba. Pero como que entra en la paranoia del gobernante atacar de esta manera. Es decir, él sufría el rechazo de buena parte de los intelectuales (no de todos, ya sabemos que hay quienes lo adoraban y lo adoran) y acudía a los instrumentos de esa misma intelectualidad. Es una puerilidad, la sutileza de un infeliz; desde el punto de vista de la policía política, me parece que el libelo es de una ingenuidad conmovedora. (Campbell, *La máquina de escribir*, 52)

Aunque para Campbell la elaboración de los libelos durante este período no poseen mayor impacto y atienden a una mente enfermiza y de ingenuidad

⁹⁸ Muestra de ello son los libelos que circularon contra el movimiento estudiantil del 68, el más conocido llamado *El móndrigo*, contra los estudiantes reprimidos el 10 de junio del 71, contra Lucio Cabañas, e inclusive contra el intelectual Daniel Cosío Villegas. A su vez, intelectuales, periodistas, profesores universitarios sufrieron el acoso en diversos grados por parte de la policía política, tales los casos de Heberto Castillo, Eli de Gortari y Julio Scherer García, por mencionar algunos ejemplos.

⁹⁹ Durante el período preindependentista los libelos fueron comunes en Hispanoamérica como un medio de difusión de ideas libertarias. Sin embargo, la tradición del libelo está centrada en difamar anónimamente a un personaje público.

inigualable, me parece que la producción del libelo es sumamente interesante ya que, como el propio Campbell lo lleva a cabo, devela los mecanismos burdos de intervención y desinformación como un segundo campo de batalla del poder hegemónico. De este modo, me interesa abordar tres líneas de lectura en *Pretextos*, por un lado 1) la relación entre poder y seguridad que atraviesa la obsesión de registro y control del archivo a partir de la mirada panóptica; 2) la relación entre escritura y poder, así como el papel del cronista enmascarado y, por último, 3) la retorsión al poder que opera Campbell en la novela al abordar el problema de la anonimidad y la marca de identidad en la escritura a partir de la fusión de identidades entre los personajes Bruno Medina, perpetuador del infundio, y Álvaro Ocaranza víctima de la difamación.

En la novela, Bruno Medina, periodista y escritor fracasado, acepta el trabajo de colaborar con el gobierno para elaborar un libelo contra un periodista y profesor universitario en Tijuana que, dada su participación en el movimiento estudiantil, se convierte en blanco de la policía secreta para hostigarlo, secuestrarlo, golpearlo y tomarle fotografías vestido de mujer junto a un grupo de jovencitos semidesnudos. Bruno Medina, al recibir los archivos e informes de la víctima de difamación, reconoce a Álvaro Ocaranza, que fuera su profesor en la universidad y con quien compartiera no sólo el trabajo en una revista de lucha libre y vida nocturna, sino también la misma mujer: Lauca Wolpert García, *La Quebrantahuesos*. Así, la relación entre autor y objeto de escritura comienza a fundirse en la confección del

libelo en un juego de identidades entre víctima y victimario, de la cual Bruno Medina difícilmente saldrá ileso.

La novela comienza con una retrospectiva que a su vez funciona como anticipación de la mala decisión que Bruno Medina hiciera al aceptar trabajar para el gobierno. Así como en la infancia Medina se muestra hipnotizado por las imágenes de los héroes en la lucha libre tras la máscara que cubre su identidad, Bruno Medina adulto es seducido por los expedientes y la posibilidad no sólo de acceder a ellos, sino trabajar en ellos anónimamente como un escritor enmascarado.

Que nunca fuera a trabajar para el gobierno le había pedido su padre muchos años atrás, por lo menos más de veinte años antes de que Bruno empujara el portón entreabierto de la antigua iglesia, entrara a la gran nave de la biblioteca abovedada y empezara a escudriñar expedientes judiciales [...] Las palabras de su padre se iban desvaneciendo en su memoria casi un instante después de que las pronunciara, absurdas, delirantes, sin ningún sentido para quien, inmerso en la contemplación del luchador encapuchado y los ojos y los labios y la punta de la nariz apenas entrevistos tras la máscara plateada, inidentificables... (*Pretextos*, 9)

Aunque situados en bandos opuestos, el profesor Ocaranza desde la ética y periodismo comprometido y Bruno Medina desde el oportunismo y corrupción, ambos comparten su pasión y obsesión por la escritura situándose en el espacio de la *ciudad letrada*.

El olor a tinta, el placer de comunicar algo desconocido o secreto, su propensión a sorprender e incluso al chisme, hubieron de marcarlo para siempre desde aquellos primeros contactos con la prensa, muchos años antes, ciertamente de que un camión de redilas remolcara las jaulas de los leones frente a los campos del club Campestre y entre los estudiantes en desbandada, muchos años antes de que el profesor Ocaranza amaneciera golpeado y malherido en el fondo de una zanja, muchos, pero no muchos atrás, [...] antes del momento en que, con una bayoneta en mano, Bruno irrumpiera en la casa del profesor y se la pusiera en la garganta, unos meses tan sólo antes de que le encargaran la

confección del libelo y le ordenaran rehacer de otra manera el pasado del viejo periodista mediante la invención de artimañas. (*Pretexta*, 10)

Recordemos brevemente que Ángel Rama destaca que la *ciudad letrada* tenía como función llevar a cabo el ordenamiento, constitución y previsión del futuro desorden desde la colonia hasta el siglo XIX, por supuesto tomando en cuenta las transformaciones y rearticulaciones que debió tener este anillo de poder. Visto entonces como una genealogía en el sentido foucaultiano, el poder de la letra y el ejercicio escriturario atraviesan las prácticas del saber actuando en el orden de las significaciones, buscando mediar la representación de la realidad. Por supuesto, esto no excluye que existan otra serie de prácticas y modos de funcionamiento que escapen al registro escriturario, o el cuestionamiento de ese orden dentro del discurso crítico y literario. No obstante, es innegable la intervención que el poder de la letra y la distribución del discurso sigue teniendo, aunque haya llevado a cabo ciertas mutaciones y rearticulaciones. Así lo demuestra *Pretexta* al enlazar el ejercicio del poder con la escritura, con los motivos de seguridad nacional para intervenir el archivo; así como con la construcción de la historia y la manipulación de los medios, en particular la prensa.

En la novela, la disposición física del archivo replica el ordenamiento y distribución del discurso escrito ideal. Por ejemplo, la hemerobiblioteca, de arquitectura colonial, es descrita como un centro que no solamente contiene el registro escrito, sino que él mismo elabora la realidad. Los informes, actas, títulos de propiedad y cualquier tipo de actividad de la sociedad queda capturada en el acervo, en un intento por contener y controlar cualquier aspecto o cualquier

movimiento de los individuos. Por otro lado, no es gratuito que, al final de la cita, este espacio sea descrito a su vez como correccional y fábrica; lo cual remite inmediatamente al análisis que Foucault hace sobre la vigilancia, control y ordenamiento del cuerpo social en *Vigilar y castigar*.

Austera, no militar, la hemerobiblioteca era un caserón de la época colonial, una iglesia soberbia en cuyas naves y galerías resonaban las pisadas y los resuellos como un eco proveniente del pasado. Sólo en su interior, en intramuros, corría la historia, se desarrollaba y dirigía. El exterior, el mundo real, el de la calle sucedía allá afuera. Aquí, la palabra inventariada, escrita, era lo único que contaba aunque su asociación con los hechos o dichos fuera prefabricada. El inventario, el archivo: eso era lo que contaba. Lo demás todavía no cobraba existencia. De ahí la validez incuestionable de las actas de nacimiento, los títulos de propiedad y profesionales, el papel moneda, la letra impresa, los sellos, los signos de molde. Como un seminario o escuela correccional, la gran fábrica concentraba el acervo de su propio mundo y sus habitantes. (*Pretexta*, 80-81)

En este sentido, la novela pone en acción y parodia los mecanismos de intervención del sujeto a partir de la utopía escrituraria como capaz de concentrar y controlar el mundo y sus habitantes. Así, el espacio físico en el archivo, metafóricamente impondría un ordenamiento sobre la realidad caótica.

No tenían nada de laberínticos aquellos aposentos, al contrario: constituían un orden cerrado y pulcro, una hemerobiblioteca cuyos anaqueles en algunas partes llegaban hasta lo alto de los vitrales y atesoraban acordeones de archivos repletos de recortes, fotografías, cartas personales, cuadernos de notas, agendas, directorios, actas de nacimiento, credenciales: la historia toda de un personaje. (*Pretexta*, 13)

El lector, a su vez, puede dar cuenta del poder de manipulación que se ejerce en los informes policiales que le fueran entregados a Bruno Medina para redactar el libelo, así como las indicaciones y sesgos que el redactor del informe deja impresos en el ejercicio de selección.

Saltaba a la vista que la elección de los datos y los objetos más relevantes estaban al servicio de lo que el agente quería encontrar, de lo que sus superiores querían que fuera la forma de las cosas para, a partir de esa falacia patética, obrar en consecuencia, conforme a sus deseos más ocultos, inconfesables. (*Pretextas*, 144)

El concepto de archivo para Bruno Medina da por sentada la capacidad y posibilidad de realizar esta utopía panóptica de contener y manipular no sólo la formación de los discursos, sino volver efectiva, en las operaciones de representación y edición, la imposición y fijación de un modelo sobre la realidad. Recordemos brevemente que Foucault se refiere al archivo como los sistemas de formación y transformación de los enunciados dentro de la práctica discursiva. No es una suma de textos de la cultura o documentos que testimonien el pasado, tampoco se trata de una institución que permita el registro y conservación de los discursos. El archivo da cuerpo a los discursos para que no se amontonen en una multitud amorfa, pero a su vez su ordenamiento no implica la formación de *continuum* sin ruptura. El archivo, entonces, es aquello que permite la construcción discursiva a partir de sus regularidades, pero también da cuerpo a sus posibilidades e imposibilidades enunciativas; es decir el archivo es el sistema de funcionamiento de los discursos: “hace aparecer las reglas de una práctica que permite a la vez a los enunciados subsistir y modificarse regularmente. Es *el sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados*” (*La arqueología del saber*, 221).

El concepto más flexible de archivo en Foucault permite, a su vez, trabajar dentro de él para llevar a cabo una genealogía, a partir del análisis de las

condiciones que posibilitan la emergencia o reaparición de determinado discurso, así como dar cuenta de los elementos desplazados haciendo una arqueología del otro.

La novela, por otra parte, revela la falacia del constructor del discurso como capaz de controlar el archivo y la producción de su propio discurso que, escamoteado como un ejercicio de transparencia, utiliza la mediación, recorte y representación para legitimar su propio poder. Bruno Medina queda inmerso en el mundo de la representación, incluso antes de colaborar con el gobierno para reescribir la vida de Ocaranza en el libelo.

Ya no se enteraba de los acontecimientos cotidianos por medio de la observación o la experiencia directa sino mediante las palabras de los diarios o los libros o las fotografías que ilustraban las revistas en los estantes públicos donde se solazaba hojeándolas. Así, obraba por la vía de la representación, por el camino del fingimiento, de algo que daba el todo por una parte. [...] Porque en las páginas de una revista nadie vivo existe; todos están representados, en una situación subrogada. Se trata siempre de una proposición, una sustitución convencional. Y no otra cosa era aquel mundo de mujeres desnudas y luchadores enmascarados que Bruno iba recortando al croquis y pegando en grandes láminas apaisadas arriba de los pies de foto que él mismo inventaba, junto a sus comentarios de lucha libre que cocinaba semana a semana basándose en las noticias de las páginas deportivas y sin asistir jamás a tener la experiencia directa de la lucha en la arena y entre la algarabía del público. (*Pretextos*, 74)

Posteriormente, la narración señala el ejercicio de edición que, como parte de un argumento que legitima el papel del editor, se lleva a cabo y permea todas las acciones en la vida cotidiana. Así, el texto expone, implícitamente al lector, los peligrosos mecanismos de intervención y alteración en la construcción del discurso, ya sea escriturario o a partir del manejo de imágenes visuales.

Y es que en cierto modo uno va editando la vida, parecía decir, a como puede, según y cómo. [...] El sueño escoge: elige: selecciona: edita. Este objeto y no otro. Esta ciudad y no otra. [...] Iguales exclusiones, énfasis, reiteraciones, se

producen al hablar por teléfono. Editamos nuestra conversación. Al otro lado de la línea un editor más sagaz que nosotros comenta a medias, conforma verdades y mentiras a medias y, como en la fotografía deja fuera de encuadre lo que no encaja en la edición. Unos tonos resultan más grises o más negros que otros, o más blancos. El corte, el encuadramiento que se provoca en la fotografía nace, surge a la luz, mata algunas aristas en la oscuridad, se edita. Y de este cambio de matices vienen los resultados. (*Pretextas*, 169-170)

La representación, en tanto una sustitución convencional del todo por la parte, lleva a cabo un trabajo de mediación que ineludiblemente opera a partir de la exclusión, el recorte y la edición, al seleccionar cuidadosamente los elementos privilegiados sobre aquéllos que desestabilizarían el orden del discurso. Esta operación de selección, distribución, exclusión y representación atraviesa no sólo el registro escriturario de la historia, sino que también abarca la producción del saber en diferentes disciplinas, inclusive aquéllas que se legitiman bajo el relato científico de la objetividad.

Así, en la construcción del archivo¹⁰⁰, el discurso legal, médico y psiquiátrico ejercen la mirada panóptica al reproducir e imponer al sujeto modelos de representación que, contruidos *a priori*, fijan categorías, interpretan y

¹⁰⁰ En adelante usaré el concepto de “archivo”, no en términos de Foucault que lo define como el sistema de formación y transformación discursiva, sino como el intento de contener el mundo en el registro escriturario llevando a cabo la imposición de una estructura discursiva *a priori* sobre la construcción de la realidad. Por supuesto, esto se trata de una posibilidad ilusoria que paradójicamente se lleva a cabo mediante el lenguaje escrito. Por otra parte, el concepto de “archivo” en este trabajo, se distancia del manejo que Roberto González Echeverría da al término en su estudio *Mito y archivo*. González Echeverría traza el origen y desarrollo de la narrativa latinoamericana, así como la emergencia de la forma novelesca a partir del discurso legal del siglo XVI, es decir a partir de la *ciudad escrituraria* en Rama. La imitación del texto científico y antropológico cobra matices en los que el texto literario busca fugarse de las formas impuestas por la metrópoli; dichas fugas en los textos constituirán la especificidad latinoamericana precisamente a través del manejo del mito. Si bien es cierto que el término “archivo” está relacionado con la *ciudad escrituraria*, este trabajo se refiere específicamente a la intervención del registro escrito más no a su genealogía o desarrollo en la narrativa latinoamericana. Véase González Echeverría, *Mito y archivo*, 1998.

territorializan al sujeto de estudio. Tal es el caso del informe psiquiátrico que, hábilmente manipulado por Medina, se adjudicara a Álvaro Ocaranza.

Sus rasgos más patológicos son: tendencia a la necrofilia, homosexualidad latente, falta de identificación adecuada, tendencias regresivas a niveles muy profundos que producen rasgos esquizoparanoides, que nos hacen considerarlo en una situación limítrofe con la psicosis, pues pese a la desintegración encontrada, existe contacto con la realidad y mecanismos de defensa que lo ayudan a mantenerse en cierto equilibrio. (*Pretextas*, 117)

Otro ejemplo burdo de esta operación, es el informe policial que en lugar de denunciar el secuestro y vejación de Ocaranza, convierte a la víctima en sospechoso al editar los detalles y presentar únicamente el hecho de aparecer pintado y vestido de mujer. Dicho informe a su vez indica deliberadamente que la información puede ser usada según sea conveniente. De este modo, en manos de Medina, el informe se convertirá en pieza importante para crear una línea ficticia de difamación.

Para los efectos a que haya lugar, tengo el honor de comunicar a usted que el nombre correcto del profesor es Álvaro Ocaranza López. Este individuo como seña particular usa barba, aunque por lo que se desprende de los expedientes que nos han enviado para su examen se le encontró después rasurado y pintarrajeado como mujer en una fiesta que celebraba en compañía de varios jovencitos. Lo que comunicamos a usted para los fines que estime convenientes. Y adjunto al presente informe se anexan quince exposiciones fotográficas del acto de referencia. (*Pretextas*, 53)

Bruno Medina, echando mano de diversos informes avalados por el discurso legal o médico, confecciona cuidadosamente rasgos patológicos en el comportamiento de Ocaranza que den coherencia al argumento general del infundio. De este modo, el informe, el reporte, el acta, el parte policial, las declaraciones judiciales, el historial médico y psiquiátrico, las solicitudes y trámites burocráticos, en sí todo el aparato de una *ciudad escrituraria* van a conformar el entramado y argumento del libelo.

Ante la mirada atenta de Bruno, como si las pupilas se le ampliaran, los lenguajes de la policía y la clínica psiquiátrica se mimetizaban sobre todo cuando las aseveraciones servían para calificar —o descalificar— a un individuo con un número o con entidades abstractas como “el de la voz” o “el estudiado”. No pocas de las especificaciones técnicas, médicas o jurídicas se referían no a Ocaranza sino a personas que el azar facilitaba cuando Bruno extraía del archivo varios expedientes sólo considerados por sexo o edad. (*Pretexta*, 52)

Aún más, al establecer los antecedentes familiares y el cuadro patológico de Ocaranza, Bruno Medina comienza a introducir algunos detalles de su propia vida, inclusive su propio historial psiquiátrico, como un modo de llenar los períodos que desconoce de Ocaranza, pero a su vez como un modo compulsivo de borrar su propia identidad.

Se caía en otro tramo ignorado en la vida de Álvaro, pero la primera separación de su madre (y aquí Bruno no resistió la tentación de trasponer ciertos momentos de su propia vida personal en la laguna aquella que surgía de la discontinuada biografía de Ocaranza) hubo de marcarlo de manera indeleble. Bruno se vio en el adolescente aquel que apenas pasaba de los trece años una noche en la estación de los ferrocarriles. (*Pretexta*, 37)

Así como el placer de recortar durante su infancia las imágenes de los héroes enmascarados y pegarlos en hojas apaisadas representando la realidad, el mayor placer para Bruno es manipular la escritura y saber las consecuencias que traerían sobre la vida de algún individuo.

Se había vuelto, era cierto, ni modo, un agente de la escritura secreta, un halcón de la literatura. Era su coraza. De esa manera se sabía protegido, por su propio talento y desde arriba, invulnerable, porque así era, cómo dudarle, un creador invisible, omnipotente, divino, situado en todas partes y ninguna. (*Pretexta*, 18-19)

El ejercicio del poder, en Bruno no tiene límites y más allá de considerar la redacción del libelo como una traición, significa una recompensa, debiendo de actuar

con “la humildad del criado, con la dignidad del artista”. Para Medina, la verdadera escritura no se lleva a cabo por medio de la autoría, sino en la construcción de una maquinaria escrituraria que carezca de autor, para ello entonces el precio del poder será el anular y destruir su propia identidad.

El más alto honor consistía en la destrucción de su identidad personal. No quería ser un individuo. Había aprendido no sólo a no ser él mismo, sino a no ser de todo... y a estar entre todos los demás sin chistar —con una ubicuidad ni siquiera morbosa, más bien indiferente, aunque no exenta de miedo—, como si no existiera. Era el hombre invisible. Su identidad era no tener identidad. Él era él y las cosas, el objeto pasivo de la historia, el redactor fantasma, el *cronista enmascarado* (énfasis mío, *Pretexta*, 82)

Las medidas de seguridad, la disciplina y el estricto reglamento de anonimía en el manejo del archivo —no hablar y no solicitar nombres de funcionarios— embelezan a Bruno pues lo hacen sentir el poder y la importancia, aunque sin el reconocimiento público, de saberse un hombre de Estado.

Su profundo placer competía con la gratificación íntima y solitaria y obsesiva del espía: la mano desconocida que lanzaba la piedra, el dedo en la oscuridad distante que apretaba el gatillo, el ojo detrás de los binoculares o la mira telescópica que penetraba las ventanas encendidas de los edificios o que se aproximaba a los muslos de las parejas recostadas en los parques. Así procedería, como una fuerza inatrapable y omnipresente, con la dulce irresponsabilidad infantil de quien se sabe invisible y maléfico, devastador, un diablo, un dios, un hombre de Estado. (*Pretexta*, 17-18)

Más que molestia, el anonimato para Bruno, significa el resguardo que le da completa libertad para realizar su proyecto personal como escritor. Así, reconstruye su identidad a través de la invisibilidad, como un escritor fantasma. Sin embargo, se percata que, a partir de su relación cercana con Ocaranza, también él aparece en los archivos policíacos, se sabe vigilado y sabe que tampoco él puede escapar a la

mirada panóptica de la policía secreta. Así la duda lo asalta frente a la posibilidad de ser identificado.

Deshuesar, negociar, maltratar, denostar, ultrajar, abusar, ofender, traicionar, desacreditar, calumniar, deturpar, eran verbos que Bruno debía evitar para no dejarlos implícitos en el sentido global del mamotreto sino con el fin de no pasear jamás la mente del lector por los meandros de una connotación parecida. Creía sin embargo que todo aquel juego de artimañas, giros verbales, referencias irreprochables inventadas y peculiares afijos, tendrían más tarde un efecto de bumerang en su contra. Sería señalado: el colaboracionista, el traidor, la pluma mercenaria, el *ghost writer* que tiraba la piedra y escondía la mano, el pérfido. El simple temor imaginado lo paralizaba ante la máquina y la hoja en blanco. (*Pretexta*, 69)

De este modo, en la medida en que crece el tamaño de la difamación, aumenta la paranoia de Bruno Medina, al punto de pasar más tiempo investigando sobre los posibles métodos de identificación autorial en la escritura. El método estilográfico, el cotejo de manuscritos, las huellas dactilares, así como la frecuencia en el uso de palabras muletilla, el análisis grafológico, el uso de giros lingüísticos que delaten su procedencia, los casos de espionaje y uso de códigos secretos en la escritura, así como la relación con el profesor Ocaranza se convierten en un delirio que lo atormenta.

Sin embargo, abrigaba el temor de que alguien lo identificara, y por ello utilizaba palabras y estructuras propias del castellano peninsular o conosureño para así despistar a los posibles estilistas o lingüistas metidos a detectives de la letra que intentaran descifrar, por el ritmo de sus frases, por la respiración de sus párrafos, por el tamaño de sus diálogos y su organización con guiones y comillas, el texto del probable pergeñador del mamotreto. Pero lo hacía por dinero, eso estaba claro. (*Pretexta*, 16)

Los casos de Aldo Moro, político italiano secuestrado y encontrado a partir de un análisis grafológico del perito Francesco Pesce; Alger Hiss condenado por espionaje tras ser reconocido por el FBI a través de una máquina de escribir

Rémington; o mediante el método estilográfico, la identificación de Sir Phillip Francis como verdadero autor de las cartas satíricas que, bajo el pseudónimo de Junius, fueran dirigidas contra el rey y contra el consejo de ministros en la Inglaterra del siglo XVIII; se convierten en obsesiones que inundan la escritura del libelo.

Todas estas consideraciones a futuro disminuían su capacidad diaria de trabajo. Sin querer se concentraba en las posibles dificultades que más tarde tendría, como el homicida que nunca logra convencerse de la perfección de su crimen. Dedicaba más energía a la invención de una o varias coartadas que a la obra misma de denigración que se le había confinado. El temor de ser investigado después le impediría dormir. (*Pretextas*, 107)

Así la escritura en la novela comienza a reflejar la creciente paranoia de Bruno Medina al incluir en la narración los datos e informes recabados sobre Ocaranza; los casos que verifican la “cientificidad” del método estilográfico; la carta de un analista del archivo que, también en anonimia, previene a Bruno el abuso de palabras clave en la redacción y estilo para evitar ser identificado. Aún más, la narración incorpora el modo en que Bruno Medina fusiona su historia personal con la de Ocaranza, al grado de que, en algunas partes, es imposible reconocer ya de quién se trata la historia narrada. De este modo, la novela en sí funciona como una gran maquinaria escrituraria en la que no existe separación entre sujeto y objeto de escritura, entre autor y personaje, entre víctima y victimario; sitiando, de este modo, todos los actores dentro de una enorme maquinaria panóptica. El punto climático en la narración incorpora las fantasías, sueños y pesadillas de Bruno, así finalmente la escritura explota en el desdoblamiento y confusión de la identidad de Bruno Medina.

Bruno me llevaba del brazo, ambos vamos desnudos. Veo que el otro Bruno me lleva del brazo fraternalmente y al mismo tiempo siento yo que llevo a Bruno del brazo y veo que Bruno me lleva del brazo. Siento que pongo a Bruno sobre la plataforma que siento helada en la espalda. Veo a Bruno de frente, arriba, y Bruno me ve abajo, y veo a Bruno de arriba hacia abajo, él está por encima de mí, y veo a Bruno tendido en la plataforma. Bruno toma un bisturí y veo que, con el bisturí en la mano, estoy a punto de penetrarle el pecho a Bruno con el bisturí y pongo el bisturí bajo su tetilla izquierda mientras siento el filo del bisturí que Bruno coloca delicadamente sobre mi tetilla izquierda y en ese instante despierto y digo, *me digo, le digo*: se puede tener dos cuerpos pero no dos corazones. (*Pretextas*, 155-156)

Dentro de este delirio escriturario, aparece también el modo en que se ordenó la confección del libelo, así como la incongruencia entre las fuerzas invertidas en el proyecto con el pequeño peso político de la víctima de difamación.

Para la efectividad del método y los riesgos calculados (*calculated risks*: una expresión militar), Bruno percibía una desproporción entre la conjura y el tamaño político del personaje señalado por el dedo policiaco. Nunca se explicitó el encargo. Se dio simplemente curso al antojo que dejó hacer ver Bruno en una conversación ligera durante una recepción oficial: las ganas de hacerlo, las posibilidades de tan fascinante maquinación que serviría además para experimentar con un medio aún inédito de guerra ideológica. De esa ambigüedad pasó a la acción. Se movió un dedo allá arriba para que todo su plan imaginado empezara a caminar por sí mismo, como un ciempiés... (*Pretextas*, 66)

Dicha incongruencia, por un lado, deja ver sí los mecanismos poco refinados de control y vigilancia llevada a cabo por parte del Estado, al grado de parecer al lector un proyecto más cercano a la ficción o la locura que a la realidad. Pero, por otra parte, devela a su vez la paranoia institucionalizada y terrorismo de estado en su afán por mantener la seguridad nacional. De este modo, Bruno Medina más que llevar a cabo el empoderamiento por medio de la escritura y el manejo del archivo, se convierte en un engranaje más de la maquinaria panóptica, sometiéndose a su anulación como individuo.

Las galerías del poder: las largas oficinas toda pulcritud, el cielo y el infierno a los que todos sin excepción aspiraban, tomaron de pronto para Bruno la forma de un instituto en el que la obediencia, el silencio, la contenida y callada anulación de sí mismo constituían las cualidades a las cuales debía apuntar sus esfuerzos. (*Pretextas*, 64)

En el tercer capítulo se ha señalado el modo en que el preso político es anulado en su subjetividad y reducido a cuerpo puro, así como una de las estrategias de retorsión del poder fue la reificación del sujeto ejecutor de poder representado en el carcelero. Por el contrario, en *Pretextas* se puede observar la perspectiva del sujeto de poder que en su megalomanía y adicción al poder pierde su subjetividad. La reificación del ejecutor de poder es entonces la contraparte del preso político o la víctima de la violencia de estado. Inclusive podría decirse que la relación entre autor y víctima del infundio, reproduce la relación entre torturador y torturado, entre aparato represor y resistencias activas que, fundidos en el acto de escritura — inflicción del dolor durante la tortura, censura y represión sobre las resistencias— sus subjetividades quedan enclavadas en un rejón de doble filo. Como señala Waldo Lloreda a propósito de las prácticas de resistencia:

Las contraculturas son un revelador: mientras más hondo se las quiera enterrar, más se le dificultará la salida al enterrador; son un rejón enclavado en el sistema: mientras más esfuerzos hace por liberarse de él, más le duele. (Lloreda, 19)

Por otro lado, *Pretextas* actualiza los modos de proliferación y operación de los medios de comunicación que, así como los medios electrónicos actualmente, no dejan de replicar la misma función que siglos anteriores tuviera la *ciudad letrada* para servir al poder y ejercerlo al seleccionar, controlar, manipular, editar y representar el discurso informativo y el discurso histórico. Muestra de ello es el margen de

movilidad e influencia que han tenido los medios electrónicos en la política durante las últimas décadas como la creación de legitimidad y verosimilitud en la manipulación de las encuestas durante el período electoral en México¹⁰¹.

Durante la década de los sesenta y setenta, los medios de comunicación fueron controlados por el estado a través del suministro de papel distribuido por la paraestatal PIPSA, la cooptación de los sindicatos, la corrupción y el soborno. Como se queja el propio Ocaranza en la novela, el periodismo se convirtió en un poder lucrativo, sólo si se estaba del lado del gobierno.

Y los reporteros, que no tenían nada de profesionales y sí de trabajadores de la prensa, quedaron obligados a soportar la misma degradación a cambio de otra, muy productiva materialmente: la de completar su presupuesto doméstico en las oficinas de la prensa y en las giras de algún funcionario. (*Pretextos*, 34)

De este modo, el estado mantuvo —y mantiene en la actualidad aunque dentro otra dinámica— el control de los medios, manipulando y minimizando los hechos de represión del movimiento del 68 y a lo largo del período de la guerra sucia¹⁰². A tal grado llegó su control, que, entre otras acciones de censura, en junio de 1976 obligó la salida del destacado periodista Julio Scherer García, director de

¹⁰¹ El manejo mediático en la campaña de Felipe Calderón, así como la campaña del terror contra el candidato de izquierda Andrés Manuel López Obrador, en las pasadas elecciones del 2006, no fue una estrategia nueva. Ya en las elecciones presidenciales de 1988 la prensa divulgó inmediatamente la victoria de Carlos Salinas de Gortari sin poner en duda el proceso electoral, las irregularidades en las casillas de votaciones y la beneficiosa caída del sistema electrónico.

¹⁰² Durante los eventos de represión, en los últimos tres años, en Oaxaca y Atenco, los medios desplegaron su obscena propaganda gubernamental al editar en la transmisión televisiva la brutal violencia ejercida por la fuerza pública. Aún más, la repetición interminable de las imágenes en donde un policía es golpeado por los habitantes de Atenco, silenció el asesinato y desaparición forzada de los manifestantes, así como el ultraje y violación de las mujeres ya fuesen activistas o simples habitantes de la población.

Excélsior, periódico que en teoría funcionaba bajo una estructura no jerárquica de la cooperativa.

Dicho evento fue el detonante en Campbell para comenzar la escritura de la novela que, aunque *Pretextas* no hace una referencia directa al caso de Scherer García, toma cuerpo en la figura de Álvaro Ocaranza al ser despedido del periódico ficticio *El país* con el apoyo y firmas de todos los miembros de la cooperativa. Las firmas fueron recolectadas bajo presión del director por órdenes del gobierno. Bruno Medina, al investigar en los archivos, encuentra un escrito de Ocaranza donde relata su salida del periódico.

Había cacicazgos aquí y allá para mantener el equilibrio, decían, de la cooperativa, tiranuelos que adoptaban las formas más groseras en los talleres: algún jefe que manejaba permisos y suspensiones a cambio de regalos, y otros que se repartían los turnos de los ausentes. A raíz de mi caso personal todo aquel aparato administrativo alcanzó su extremo paroxismo al salir de su rutina burocrática, chata actividad, y lanzarse a la cruzada para conseguir firmas en contra del socio tal, es decir: y, por considerársele un elemento de vida desordenada que, decían, socavaba el ideal cooperativo y obedecía a consignas foráneas. (*Pretextas*, 32-33)

De este modo, la novela denuncia el poder hegemónico del Estado sobre el derecho de libre expresión, clausurando las posibilidades materiales de un ejercer periodismo crítico durante el período de la guerra sucia.

Por teléfono llegaban órdenes de publicar desplegados tendientes a distorsionar lo que sucedía en las calles. Asociaciones fantasma de profesionistas revolucionarios, nombres inventados que daban la versión de los hechos idéntica a la oficial. *El país* tuvo que abandonar, por una especie de pudor extraño o para disimular su cinismo, su retórica vanguardista de antaño, quitarse la máscara y exhibir el verdadero rostro de sus dueños incrustados en el aparato represivo del régimen. (*Pretextas*, 96)

Otro de los blancos de la novela es la parodia en el modo en que la prensa y el informe policial lejos de presentar la información, echa cortina de humo sobre los eventos dando múltiples versiones de la represión, al grado de contradecirse y obstaculizar el proceso de investigación. Por ejemplo, en la narración un grupo de estudiantes toman el campo de golf Club Campestre, demandando al gobierno la necesidad de ampliar las instalaciones de la universidad pública. Durante la toma, se llevan a cabo algunos actos de violencia, como la quema de camiones y el enfrentamiento con algunos de los socios del club. La policía entra para negociar con los estudiantes, pero a su vez, en un operativo caricaturesco, la fuerza pública suelta leones traídos de un circo para asustar y dispersar a los estudiantes¹⁰³.

Este evento aparece a lo largo de la novela a manera de informes policiales o desplegados en el periódico, así como declaraciones de diferentes testigos. Cabe destacar que la estrategia narrativa en *Pretextas* es presentar retazos de escritos que el lector deberá ordenar en el transcurso de la lectura; a su vez, la narración en tercera persona no anuncia al lector el cambio de registro marcado por la tipografía o cambio de narrador.

De este modo, *Pretextas* demanda un lector activo que deberá intuir por el contexto las diferentes fuentes de información y los rastros de la realidad a partir de lo desplazado, de lo que no se dice. Estas estrategias narrativas crean un efecto en

¹⁰³ Aunque en realidad hubo un movimiento estudiantil en Tijuana, así como brotes guerrilleros en diferentes estados del norte de México, Campbell señala en una entrevista que en la novela creó un espacio ficticio elaborado a partir de diferentes eventos durante la década del setenta. En este sentido, no estamos frente a un texto testimonio, sino la elaboración literaria del contexto político en México durante ese período. Véase Campbell, *La máquina de escribir*.

el lector de encontrarse totalmente perdido en el archivo escriturario del libelo, los distintos informes, actas, declaraciones y la propia narración que un narrador omnisciente bajo el sospechoso pronombre de un “nosotros” anónimo presenta la historia de Bruno Medina.

La novela presenta cinco versiones diferentes en el transcurso de la narración, desde la deliberada acción de soltar a los leones, hasta la inexistencia de éstos o bien el destacado acto heroico de un soldado al matar a la fiera y salvar a los estudiantes.

De pronto apareció por el bulevar un camión de redilas que remolcaba unas jaulas, al parecer de circo, amarillas y con letreros borrosos. Los estudiantes quedaron estupefactos. También algunos policías. Siguió aumentando la tensión. Hubo gritos y silencios, y el camión que iba jalando las jaulas iba precedido por un motociclista que le abría el paso. Mientras los estudiantes huían, casi atropellándose con los agentes, el chofer del camión estiró la mano para soltar las puertas de las jaulas, pero los leones se negaban a salir. Les tuvieron que pegar con látigos, parecían animales viejos, cansados. (*Pretextas*, 88)

Una segunda versión presenta sospechas sobre los estudiantes tratando de desprestigiar el movimiento bajo el viejo estereotipo de drogadicción, sin embargo otro militar deja escapar irónicamente que los estudiantes estaban tan drogados como los leones del circo.

La policía aseguró que muchos de los muchachos presentaban inconfundibles síntomas de estar drogados. Tan drogados como los leones, dijo uno de los tenientes, medio en serio medio en broma. (*Pretextas*, 90)

Posteriormente, en una quinta versión la información aparece como una nota de redacción, así como las indicaciones de tipografía para ser publicada en el periódico.

Versión oficial acepta escape de un león al caer una jaula y abrirse una portezuela accidentalmente. Una estudiante perdió el brazo descuartizado y fue puesta fuera de peligro en el hospital de la Cruz Roja. Un soldado mató a la fiera. Declaraciones veterinarios afirman leones estaban drogados y cansados. Comité estudiantil declara que leones estaban hambrientos y que la jaula fue abierta por un policía de careta transparente pero borrosa. 6OF./TOM.1177005/IRG. 3/líneas. Añádase nota leones. Jefe de zona militar desmiente que león fue fulminado de un bazookazo. Aparte, dueños circo afirman leones nunca salieron sus instalaciones. (*Pretexta*, 97)

Como se puede observar, más allá del tono satírico, Campbell pone énfasis en el carácter de desinformación en la prensa, haciendo el juego al gobierno en la proliferación de información que en realidad activa la sospecha, difumina el interés de la opinión pública o cualquier empatía con los movimientos de resistencia y, esencialmente, los motivos y condicionantes que hacen emerger dichas resistencias. De este modo, el poder de los medios y la letra juegan un papel de intervención y control.

Casi un periódico por cada doscientos habitantes. Se echaba así una cortina de humo: mucha información (diversificada, pero en el fondo idéntica) para no informar nada. Se trataba no de aclarar sino de enturbiar, no de hacer visible sino de ocultarlas, no de que se viera el bosque sino que los árboles impidieran escudriñarlo. (*Pretexta*, 140)

Sin embargo, a pesar de que la novela aborda principalmente el poder de la escritura, no deja a un lado la constante amenaza de la intervención física del Estado al servicio de la seguridad nacional. Casi al final de la novela, aparece un episodio de violencia, en donde Bruno Medina, con la mente alterada por la paranoia de ser identificado, irrumpe en la casa del profesor Ocaranza para amenazarlo y, paradójicamente, para pedirle ayuda. Inmediatamente entra un

grupo de agentes que se lleva a Bruno Medina y amenaza a Álvaro Ocaranza para que guarde silencio.

Dése usted cuenta de que si desaparecen quince periodistas en este país en realidad no sucede nada. Nada más se perderían. Nada más se los cogerían, y todo con sus fotos y detalles. Piense usted en la disminución total o parcial de la facultad auditiva, abscesos hepáticos que han ocasionado fallecimientos, amputaciones de piernas, fracturas de costillas, brazos, piernas, dedos, cicatrices permanentes en la cara y en el cuerpo, pérdida de piezas dentales, alteración del funcionamiento de los riñones, tumores en la cabeza, los brazos y el abdomen, aborto en mujeres torturadas en estado de gravidez, traumas psíquicos y muerte. Piense usted en los golpes con los puños cerrados o con culatas de rifles y cachas de pistolas en las partes nobles, en la cara y en la nuca... golpes en ambas orejas con las palmas abiertas y contra los tímpanos... Piense usted en la introducción de bebidas gaseosas —tehuacán o pepsicola—, alcohol o gasolina en las fosas nasales, con la boca fuertemente atada, las manos atrás, amarradas a una tabla, presionando el tórax por un policía sentado en el cuerpo del detenido. [...] ¿Y a quién le importaba todo esto? No era para amedrentarse, se decía, pero así se lo habían explicado, a boca de jarro, al profesor Ocaranza. Luego entonces: había que tener cuidado. (*Pretexta*, 142-143)

De este modo, Campbell enlaza la ficción con la realidad de un Estado represor. A su vez, a través del cronista enmascarado, denuncia no sólo el poder de la escritura intervenida y la sujeción del autor y producción de los discursos dentro de un artefacto vigilante, sino también los peligros de la representación, edición y manipulación de los discursos. Así, en un brillante trabajo narrativo la novela utiliza el género de la *pretexta*, antigua pieza teatral latina de dudosa autoría que era utilizada como una crítica política.

Más que para ser representadas en el escenario, estas composiciones se escribían para leerse ante el público, en presencia de algunos amigos o entre personas que en la ciudad tenían alguna forma de participación social. La *pretexta* podía fallar dramáticamente por su armazón o si se atendía a una correcta puesta en escena, pero su efecto debía darse finalmente solo con la lectura de su autor ante el público. Poco importaba su redondez como pieza de teatro; su importancia estribaba en la parodia, en el cumplimiento de una

función que ahora sería como la de los periódicos a fin de dirimir un asunto de historia local más inmediata. (*Pretexta*, 44-45)

Si la *pretexta* estaba destinada a ser leída en público y no para llevarse a cabo en la puesta en escena, *Pretexta* encuentra su modo de performatividad en el acto de escritura, al estar compuesta por retazos de textos que canónicamente no pertenecerían al ámbito de lo literario. La fusión de distintos géneros crea un texto híbrido que, aunque bajo la etiqueta de novela, es difícil establecer si se trata de una crónica, de una novela policíaca, de un libelo, de un pre-texto, de una *pretexta* o de todas éstas.

Por otro lado, el diseño de la portada, en las ediciones del Fondo de Cultura Económica, utiliza las imágenes de un juego de lotería en donde imagen y palabra no corresponden a su significado. Así “la pistola” designa el nombre a una máquina de escribir, “la máquina” designa a una máscara de luchador, “la máscara” designa a una iglesia, “la iglesia” designa a una pistola, etc... De este modo, al igual que la novela, se produce un cuestionamiento a la relación convencional entre significado y significante, así como el ejercicio de representación.

En una vuelta de tuerca, *Pretexta* se convierte en un texto bastardo que, no solamente devela el fetiche del libro y la autofagia de la *ciudad letrada*, sino que el texto está invadido por elementos residuales de la “cultura popular” como la lucha libre, la novela policíaca y el periodismo amarillista; elementos que precisamente el circuito letrado ha dejado al margen.

En este sentido, en un asalto a la *ciudad letrada* la cultura de masas impone a la escritura la necesaria desmitificación de la cultura y las bellas artes. La lucha

libre se convierte no sólo en un refugio y obsesión para Bruno Medina, sino que a su vez hace alusiones directas a la emergencia de héroes sociales que cubren el rostro bajo la máscara y a los cuales pretende imitar. Aunque escrita con anterioridad al surgimiento de nuevos actores sociales como Superbarrio y el Subcomandante Marcos, no se puede dejar de señalar la resignificación de la máscara dentro del contexto contemporáneo en un México que precisamente ha ocultado el verdadero rostro bajo la máscara de la modernidad. Por su parte, el cronista enmascarado opera por el reverso en donde, queriendo esconder su rostro e identidad, más que un héroe o un hombre de Estado se transforma en un antihéroe y víctima del poder, aniquilando al sujeto y reificándolo. En este sentido, la máscara imprime en el sujeto la anonimidad dentro de la maquinaria textual, develando los mecanismos en los que no existe un discurso verdadero sino efectos de verdad, a través del manejo de la verosimilitud y la legitimidad.

Federico Campbell denuncia sí, los excesos del Estado, pero a su vez opera una retorsión al poder, al parodiar no solamente sus mecanismos panópticos y su utópica realización en la escritura del archivo, reduciéndola, paradójicamente a través de la propia escritura, a la imposibilidad de su realización. A su vez, como señala Adriana Méndez Rodenas, en la fusión de identidades entre Bruno Medina y Álvaro Ocaranza se anula la separación entre autor y personaje, entre intención del autor y escritura, por lo que el poder del cronista enmascarado o, como él mismo se denomina, del “escritor fantasma” queda limitado a ser cómplice y engranaje en la maquinaria del poder.

A través de la relación simbiótica entre Bruno y Ocaranza, Campbell pone en duda no sólo la identidad del autor y personaje, sino también la naturaleza misma del texto en nuestras manos: ¿historia o ficción, crónica periodística o literatura? Ya que *Pretexta* se compone de los “pre-textos” con que Bruno re- escribe la vida de Ocaranza, como asimismo de los fragmentos del libelo que Bruno trama contra su víctima, y de sus circulares reflexiones acerca del acto de escribir, la novela de Campbell parodia el efecto verosímil de la literatura al convertir la intención autorial en pretexto de una novela. [...] Campbell mostrará de manera aguda y corrosiva tanto el papel represor asignado a todo autor como su complicidad con el poder. Reducido a un mero “escritor fantasma” o al escritor-portavoz de las ideas del partido (Barthes), el escritor contemporáneo deriva su poder de la maquinaria impersonal del Estado, del poder totalitario que lo somete al usurpar su talento. (Méndez Rodenas, 382)

De este modo, el cronista enmascarado es expuesto en la novela como el perverso ejercicio de un ángel maldito, un falso testigo de la historia, cuya letra no puede más que replicar la triste caricatura de sí mismo.

5.3 EL ÁNGEL CAÍDO DE LA HISTORIA O LA MEMORIA DELIRANTE

Por el reverso del “cronista enmascarado”, imagen de un engranaje más en la maquinaria panóptica del poder, la memoria fluctúa en su carácter de acontecimiento, emerge del pasado inclusive si no se la convoca. La memoria, al contrario de la fijación del pasado que opera el discurso histórico, trabaja a partir de las multiplicidades evitando así la clausura de su inminente flujo en la interpretación. Contra “las tecnologías de la desmemoria”, a decir la prensa y los medios, la construcción utópica del archivo, los órganos de investigación estatales, la manipulación de los informes y el registro escrito, la memoria se presenta activando las resistencias en lo cotidiano.

Muertes de Aurora (1980) de Gerardo de la Torre presenta, a partir de los delirios alcohólicos de Jesús de la Cruz, el fluir de la memoria como acontecimiento y no como un ejercicio programado que pretenda reconstruir la verdad histórica fijada en una única versión. Ex-trabajador y activista petrolero durante el movimiento obrero del 58, Jesús de la Cruz pese a enfrentar el movimiento estudiantil del 68 desde el escepticismo y la derrota sufre una transformación, en la que el fluir de la memoria lo invade convirtiéndolo en testigo de la historia.

La novela presenta el movimiento y represión del 68 desde la mirada de los obreros y el modo en que éste afecta su vida cotidiana. Efrén, Arturo y Galdino, tres trabajadores de Petróleos Mexicanos (PEMEX), cobran conciencia de las dimensiones del movimiento y la represión del Estado, por lo que deciden involucrarse tratando de rehacer una pequeña célula de resistencia que, casi muerta, logre politizar a los compañeros para unirse a los estudiantes. Frente a las narrativas del 68 que, en su mayoría, se circunscriben a la participación estudiantil y la actuación de los líderes protagonistas, *Muertes de Aurora* presenta el 68 como telón de fondo; en donde el obrero y el empleado común se encuentran en un espacio menos privilegiado para escapar de la vigilancia y coerción que ejerce el gobierno a través del sindicato.

Los personajes de la novela pertenecen a una clase social media baja, en donde cada cual buscará una oportunidad de movilidad social, de mejoras laborales o simplemente dejarse llevar por algo que rompa con la monotonía cotidiana. Así, Efrén, Arturo y Galdino buscan en la participación política mejoras sociales para los obreros; María, madre soltera de quince años y novia de Galdino, evade las

responsabilidades de un hijo no deseado y la mala relación con su madre, a su vez soltera. Abundio Rosales, empleado de confianza de PEMEX, busca mediante la delación y oportunismo subir en el escalafón burocrático; a su vez, Marco Lérido, amigo de Jesús de la Cruz y oficinista del gobierno, pone todos sus empeños en escribir una gran frase política que le permita dejar la mediocridad de su empleo. Por otra parte, Jesús de la Cruz ha pasado por distintos empleos desde mecánico y tornero, hasta traductor y redactor en una agencia de noticias, para terminar vendiendo libros de casa en casa y, al final de la novela, quedar desempleado una vez más por su alcoholismo.

La novela transcurre durante los meses de agosto a octubre de 1968, meses en los que el movimiento estudiantil cobra fuerza y es reprimido violentamente en Tlatelolco. El análisis de la novela intenta seguir la secuencia cronológica del movimiento estudiantil, incorporando a su vez un análisis histórico relacionando eventos reales con las problemáticas que plantea el texto literario y el impacto del movimiento en la vida cotidiana de los petroleros, sus pequeñas conquistas y la represión de las manifestaciones.

Durante estos meses, la vida cotidiana se desarrolla entre la participación y unión entre obreros y estudiantes, el espionaje de Abundio Rosales —único personaje que termina en la Plaza de las Tres Culturas por curiosidad—, la asesoría de Jesús de la Cruz al calor de las copas en la cantina donde se reúnen para planear las acciones obreras, la relación y distanciamiento entre María y Galdino, la muerte del Innombrado, hijo de María, los enfrentamientos entre militares y obreros de la

refinería, la huida de María con unos desconocidos a Veracruz, su violación y refugio en un prostíbulo, así como las alucinaciones de Jesús de la Cruz conforman un amplio espectro de una realidad atroz, ante la cual los personajes deberán renacer para seguir en su cotidianidad.

De este modo, la novela presenta un cuadro de la vida cotidiana y el modo en que estos personajes marginados deciden tomar acción para cambiar el transcurso de sus vidas, o bien, dejarse llevar por las circunstancias. Como señala Gerardo de la Torre en la cuarta de forros, la rutina y enajenación contrastan con la activación de resistencias generadas por la capacidad de convocatoria que tuvo el movimiento estudiantil del 68 como un momento constitutivo en la historia de México.

Casi todos mis personajes se dejan arrastrar mansamente por las circunstancias. Pero en buen número de ellos yo quiero descubrir la decisión de enfrentar los actos cotidianos con respuestas que comprometan el orgullo, la dignidad, el amor; esto es, la posibilidad de apartarse de la rutina y la grisura de cada día, del tedio de la vida, mediante la más simple alternativa que parezca heroica. Entre tales personajes, si los primeros no eligen nada, hay otros que acaban aceptando la excepcionalidad de algún combate. Al final, sin embargo, concluyen todos en el viejo mundo rutinario y soso: unos porque no aceptaron desafiarlo y los rebeldes porque el desafío se resolvió en derrota. La pregunta es, entonces, si vale la pena volver a intentarlo. (*Muertes de Aurora*, s.p)

La narración se distancia de la épica y romantización del movimiento al enfatizar la opresión de lo cotidiano en las vidas de sus personajes que, junto con la represión del Estado, quiebran al sujeto y lo obligan a asumir *el lado moridor* de la realidad. Esto es que, sin caer en el pesimismo, *el lado moridor* significa que el sujeto, siendo consciente, como testigo de la historia, asume la catástrofe sin perder

la esperanza que surge precisamente en la toma de conciencia¹⁰⁴. En el caso de Jesús de la Cruz, pese a ser el personaje menos activo y el más escéptico, la memoria se le presenta como un flujo delirante que lo atormenta pero que, a su vez, lo sitúa en el lugar del testigo; es decir, logra vislumbrar al ángel de Benjamin.

En este sentido, *Muertes de Aurora* ensambla la activación de la memoria en un personaje marginal, la lucha obrera, los modos de cooptación de los sindicatos y las resistencias políticas, con la mirada no desde los grandes actores sociales, sino desde abajo. En este apartado, me interesa destacar principalmente 1) la relación entre obrero-estudiante y el debate sobre la posibilidad de llevar a cabo la revolución, 2) el estigma social y el modo en que la novela satiriza los discursos políticos y a la *ciudad letrada*, y 3) el modo en que opera la memoria que, a través del delirio, despliega en toda su fuerza la violencia de estado.

A pesar del auge económico durante el “milagro mexicano”, la movilidad social del sector obrero fue relativamente poca. La mano de obra no calificada —campesinos emigrantes o habitantes de pequeños poblados engullidos por el crecimiento urbano— se unió a las filas del sector industrial comenzando quizás desde ayudante de mecánico o mensajero, esperando subir en el escalafón mediante alguna oportunidad. De este modo, los deseos de movilidad toman forma ya sea a través del desempeño duro en el trabajo, o bien mediante el oportunismo y corrupción.

¹⁰⁴ Sobre el término *lado moridor* de José Revueltas, véase nota 53 y las páginas 124 a 126 de la tesis.

La historia sindical en México, por otro lado, ha estado constantemente activa como lo demuestran diversos levantamientos y huelgas durante el siglo XIX y gran parte el siglo XX¹⁰⁵. Como recuerda Jesús de la Cruz a sus amigos de lucha, a pesar del ejercicio de cooptación de los líderes por parte de los diferentes gobiernos, siempre ha habido una lucha subterránea al lado de las represiones. Así, Jesús narra la represión en 1865 que Maximiliano hiciera contra la huelga de las fábricas textiles La Colmena y San Idelfonso; la fundación del Gran Círculo de Obreros que cooptara parcialmente el gobierno de Juárez y, posteriormente, el gobierno de Lerdo de Tejada. Por otro lado, pese a la mano dura de Porfirio Díaz, los trabajadores se levantaron en Acayucan y Minatitlán, y las huelgas de los mineros en Cananea y los textiles en Río Blanco fueron uno de los detonantes para la Revolución mexicana, señala Jesús de la Cruz.

Se refrescó la boca con el jaibol helado, dijo que por entonces se creó la Casa del Obrero Mundial, de inspiración anarcosindicalista, y otra vez estuvieron allí los trabajadores, los proletarios, exigiendo su lugar en el mundo. Carranza se ganó a los dirigentes, siempre traidores, siempre corrompidos, y envió a los batallones rojos, hilanderos, metalúrgicos, panaderos, electricistas, albañiles, a combatir contra sus hermanos campesinos que peleaban bajo las banderas de Villa y Zapata. Pidió una nueva bebida Jesús antes de mencionar que la primera gran central proletaria se formó en 1918, pero que pronto sus dirigentes se acogieron a la protección de Obregón y Calles, y éste llegó a controlarla por completo con la complicidad de Luis Morones. A pesar de los traidores, los textiles [sic] de San Ángel y los tranviarios de la capital hicieron huelgas que fueron reprimidas con mucho gasto de sangre trabajadora. Pero los obreros jamás arriaron sus banderas y por allá de 1936 las fuerzas que se hallaban en dispersión lograron fundar la Confederación de Trabajadores Mexicanos, la CTM. [...] —La de izquierda, con Lombardo, Fidel Velázquez y Amilpa. El presidente Cárdenas le dio alas y miren en lo que ha venido a

¹⁰⁵ Para una historia sindical en México véase Barry Carr; para una perspectiva del 68 desde el movimiento petrolero véase Gerardo de la Torre “Los petroleros en el 68”.

parar. Miren lo que son ustedes, lo que somos, obreros dóciles, sin espíritu de lucha —concluyó Jesús antes de darle a su jaibol. (*Muertes de Aurora*, 65-66)

Entre jaibol y jaibol, y con algunos desatinos, Jesús de la Cruz hace memoria del pasado sindicalista. Sin entrar en detalle sobre la conformación del modelo priísta y el control estratégico de los sindicatos a través de la Confederación de los Trabajadores Mexicanos (CTM) durante el período de Lázaro Cárdenas; el desplazamiento e inmediata desactivación de los sectores de la izquierda sindical — representados por Lombardo Toledano— así como el puesto vitalicio de Fidel Velázquez —líder de la CTM que fungió durante más de cincuenta años—; Jesús recuerda su pasado activista y los motivos para seguir en una lucha destinada a la derrota por la corrupción y oportunismo de los líderes.

Tal vez porque queríamos demostrar que éramos respetables, que nuestra dignidad estaba a salvo. Tal vez porque allí estaba el ejemplo de los ferrocarrileros, de su lucha por sacudirse a los líderes charros, y parecía clara la posibilidad de sacudírseles. Nos dábamos cuenta de que nuestros sindicatos no andaban bien, había algo podrido. Falta de democracia interna, dependencia del gobierno, predominio de una burocracia sindical entreguista y ladrona, pero lo que más molestaba a los trabajadores, a todos, en bloque, era la sujeción a las decisiones de otros, era esa renuncia impuesta a decidir sobre los asuntos sindicales. [...] La revolución —y entonces la palabra se magnificaba, se extendía como una gran amiba en su pensamiento y no dejaba salidas— difícilmente puede ofrecer a los obreros, y sobre todo a los obreros mejor pagados, los de la gran industria, los satisfactores que un régimen capitalista les ofrece a corto plazo y sin enganche. (*Muertes de Aurora*, 30-31)

A diferencia de los otros sectores industriales, el petrolero fue el más privilegiado dada la importancia económica de las exportaciones del crudo, de tal modo que los trabajadores quedaron atados de manos por los sindicatos a través de amenazas, despido, o bien mediante mejores prestaciones para los obreros y, por supuesto, el soborno a los líderes. Los sindicatos fueron la piedra angular para

asegurar el voto al Partido Institucional Revolucionario (PRI), estableciendo la tradición en donde el líder de la CTM, Fidel Velázquez, “destapaba” cada seis años al candidato oficial a la presidencia de México. De este modo, sin el apoyo corporativo del sindicato, hubiera sido sumamente difícil, por un lado, sostener la estructura priísta; y, por otro, dar un giro radical del populismo cardenista a la modernización y proteccionismo del sector empresarial a partir del sexenio de Manuel Ávila Camacho¹⁰⁶.

Como se mencionó en el primer capítulo, la transición al auge económico, sin precedentes, logrado durante el período de Adolfo López Mateos (1958-1964) se llevó a cabo junto con la represión programática de los movimientos sociales. Por citar algunos ejemplos, durante el período de Manuel Ávila Camacho (1940-1946), sucesor de Lázaro Cárdenas del Río (1934-1940), el reparto agrario fue drásticamente frenado; posteriormente, Miguel Alemán Valdés (1946-1952), primer presidente civil tras la revolución, reprimió la huelga de la Escuela Nacional de Maestros en 1949 y en 1951 reformó las leyes para tipificar el delito de “disolución social”. Adolfo Ruíz Cortínez (1952-1958) reprimió el movimiento ferrocarrilero en 1955 y otros movimientos obreros que se levantaron contra el sindicalismo oficial en

¹⁰⁶ La cooptación de los sindicatos en la tradición priísta ha dejado remanentes políticos que todavía se manifiestan a pesar del reciente cambio de gobierno bajo la administración panista. La líder magisterial ex-priísta Elba Esther Godillo, vendió obscenamente los votos priístas al Partido Acción Nacional (PAN) en las elecciones presidenciales de 2006. A su vez, ha sido un puente para la alianza estratégica entre PRI y PAN, muestra de ello es la manipulación política y del sindicato magisterial, su cercana relación con el presidente Felipe Calderón y con fallecido ex-secretario de Gobernación, el gallego Juan Camilo Mouriño; como lo fue en su momento con Vicente Fox, Roberto Madrazo, líder priísta en ese tiempo y Salinas de Gortari durante las constantes reuniones en la casa de este último en El Pedregal. Otro ejemplo, ha sido la imposición del líder sindical Romero Deschamps en el sector petrolero para viabilizar el proyecto de Felipe Calderón y el grupo empresarial para la privatización de PEMEX.

1957. En 1958 el ejército tomó las instalaciones de Telégrafos Nacionales ocupadas por los obreros en huelga.

Ese mismo año, el líder independiente de los ferrocarrileros Demetrio Vallejo ganó las elecciones del sindicato; sin embargo, en 1959, Adolfo López Mateos (1958-1964) desconoció las elecciones, reprimió la huelga e impuso a un nuevo líder sindical. Posteriormente, en 1960, estallaron las huelgas de los trabajadores de Teléfonos de México, de Aviación y reapareció el movimiento magisterial. En ese mismo año, las manifestaciones de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas fueron reprimidas, lo cual provocó que pasaran al movimiento armado en el estado de Guerrero. Bajo el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) surgió el movimiento médico y de enfermeras en 1965 y 1966, al cuál se unieron diversos sectores en solidaridad a la huelga nacional.

De este modo, se puede observar los constantes levantamientos a pesar de la represión por parte del Estado. Esta bomba de tiempo, acumulada por décadas, prácticamente estalló en manos de Díaz Ordaz con el levantamiento de varios grupos guerrilleros —asalto al cuartel Madera en 65, Cabañas en 67 y Vázquez en 68— y el movimiento estudiantil del 68 que, junto con la participación obrera, volvió más visible que nunca las fisuras en el sistema político mexicano.

No obstante, el movimiento petrolero tuvo menor fuerza, ya que el sistema corporativo del sindicato fue sumamente controlado por el gobierno. Los únicos movimientos sindicales, orquestados desde arriba, se llevaban a cabo en el momento de renovar el contrato colectivo. El clientelismo y absoluta incondicionalidad del

sindicato petrolero es demostrado en la novela con la reacción de Abundio Rosales, empleado de confianza que gozaba de relativos beneficios en comparación con los obreros, al descubrir un volante convocando a unir los trabajadores con el movimiento estudiantil.

¡Eso en la refinería no! Los trabajadores petroleros podían ser groseros, borrachos, a veces irresponsables, pero también eran agradecidos y no iban a dejarse arrastrar por la canalla estudiantil que se enfrentaba a las autoridades. (*Muertes de Aurora*, 33)

Su ambición y servilismo lo llevan a pensar ingenuamente en la necesidad de vigilar de cerca a los trabajadores y detectar a los disidentes para, de este modo, probar su lealtad a las autoridades y obtener un ascenso. Esta reacción expone claramente en el arrivismo y el soborno, así como los modos en que operaron —y operan todavía— los sindicatos y los funcionarios en el gobierno. A su vez, las reflexiones de Galdino apuntan hacia otro de los vicios en el sistema sindical: la falta de empatía e interés por la lucha social, a partir de la comodidad y beneficios que obtuvo el sector petrolero.

—Yo creo que más que miedo es falta de interés —dijo Galdino—. Están acostumbrados a la política rascuache del sindicato. Les consigues un préstamo o le das trabajo a sus recomendados y contentos. Y si no, nomás les queda quejarse. (*Muertes de Aurora*, 27-28)

Al lado del conformismo, el mito de progreso y bienestar soslayó la poca movilidad de las clases bajas. Por ejemplo, el padre de Galdino, tras la derrota del movimiento del 58, evitó involucrarse en cualquier movimiento político dedicándose simplemente a trabajar honradamente para la refinería. El abuelo de Galdino, por su parte, vivió la transformación y modernización del pueblo de Azcapotzalco

impulsadas por las instalaciones de la refinería; sin embargo, nunca trabajó para PEMEX y prefirió atender un pequeño negocio en el barrio. En contraste, Abundio Rosales refleja la cara del oportunismo que prolongó este sistema de complicidades.

No es fácil, cuando existen escalafones y se computan antigüedades, ascender de mensajero a oficinista de tercera, y menos alcanzar el nombramiento de empleado de confianza encargado de revisar las nóminas y contratos. Pero Abundio Rosales era ambicioso y a los 37 años abrigaba esperanzas. No habría bastado tal cualidad para situarlo en despacho privado, tampoco las reverencias y zalemas con que obsequiaba al jefe. Pero Abundio Rosales era un soplón. (*Muertes de Aurora*, 32)

Como se puede apreciar, la mayoría de los personajes en la novela pertenecen a una clase obrera en busca de movilidad social; en contraste con Jesús de la Cruz, hundido en el alcohol y la decepción tras la derrota del 58, los constantes despidos y la muerte de su esposa, la única clase media acomodada que figura en la novela es la de su hermana y cuñado que viven la “vergüenza” de tener un pariente alcohólico. Siendo el médico de la familia, el cuñado atiende a Jesús no sin darle una serie de consejos y recomendaciones para que cuide su salud y se aleje del alcohol. Durante la consulta, Jesús ironiza la vida burguesa y aburrida de la clase media.

Los domingos conducir a los niños dóciles al club para que naden y correen con niños de su edad y de su posición, igualmente dóciles y obtusos, mientras los padres beben limonada y hablan de últimos modelos y aparatos de sonido y modas y lo mal que le va a los cubanos con dieta de azúcar y ron. Si por lo menos aprovecharan la visita al club para ponerse una buena borrachera, los padres y los hijos para ahogar en la alberca a uno de esos niñitos descoloridos y chillones que llenan los clubes los domingos. (*Muertes de Aurora*, 15)

Por otro lado, la nueva sangre petrolera y la incorporación de una agenda política en las movilizaciones estudiantiles, activan la lucha obrera. Así, con la ayuda de Jesús de la Cruz, los obreros redactan un pequeño volante que es

distribuido, de manera clandestina, en los casilleros de los empleados. En este contexto, las diferencias de clase y las dificultades para conformar un grupo fuera del poder del sindicato, demuestran la otra cara de los movimientos sociales que, menos privilegiados, han formado parte de una larga lucha contra los líderes corruptos que lejos de representar los intereses del obrero, han sido usados por el gobierno como un modo de control y legitimación del carácter revolucionario y corporativo del partido oficial.

A la clase *hobrer*a petrolera: Los estudiantes han iniciado un gran movimiento. Nosotros, los trabajadores petroleros, no podemos permanecer ajenos *ha* este movimiento. Es un movimiento del pueblo no solamente de los estudiantes los *hobrer*os petroleros, también somos parte del pueblo. Por eso tenemos que decidarnos a luchar con nuestros compañeros los estudiantes porque ya es hora de que se acaben los líderes Velázquez es decir charros, y para que se aumenten nuestros salarios y tengamos una vida mejor. A la clase *hobrer*a le corresponde un lugar privilegiado en las luchas del pueblo porque ya basta, de que nos estén viendo la cara. Por eso hacemos este *llamamiento* para que todos como, un solo hombre pongamos nuestro granito de arena para que este movimiento triunfe. La Comisión. (énfasis mío, *Muertes de Aurora*, 21)

Las deliberadas faltas de ortografía, términos coloquiales y mala redacción señalan una marca de clase y educación que, por principio, estigmatizan y deslegitiman a un sector iletrado para tomar la palabra y entrar a un espacio perteneciente a sectores con educación, hijos legítimos del progreso y desarrollo tecnológico. De este modo, la redacción del volante designa un acto estratégico de apropiación que rompe los límites establecidos desde el sector educado. Así, tras el primer intento, los jóvenes petroleros esperan desilusionados la respuesta de los demás trabajadores.

Las tres cabezas pendulaban inclinadas y a intervalos tiraban un mordisco piadoso a las tortas. Sufrían de soledad. Era la refinería un islote, zona

incontaminada, y para los trabajadores la política tomaba cuerpo en los meros hechos sindicales, hallaba su fin y su principio en la asamblea, y sus más elevadas expresiones en la elección anual de funcionarios sindicales. No importaba que las asambleas fuesen mascaradas torpes sino que se celebraran; ningún sentido tenía una elección en la que contendían bandos inocuos, obedientes, pero consolaba apostar a [sic] ganador. Cada dos años, sin embargo, en la revisión del contrato colectivo, abríanse las compuertas de la empresa y desparramaban prestaciones, albricias, tantos por ciento, agua de la vida; maná. A Galdino la situación lo sublevaba. Ahora, hecho el volante, encarado el riesgo, esperaba por lo menos una respuesta mínima, el gesto, la bravata, un círculo de fuego en cada frente. Rutina inalterable la del centro de trabajo. Un volante o mil nada modificaban. (*Muertes de Aurora*, 22)

Por otro lado, Gerardo de la Torre parodia el discurso político, en el que las palabras han dejado de tener significado para convertirse en frases hechas e intercambiables. A partir de los discursos de funcionarios y frases de moda, Marco Lérido establece un método infalible con el que sueña acuñar la frase perfecta.

Arma con que contaba Marco Lérido, a más de su talento, era el método. Se toman todas las frases pronunciadas por políticos importantes en los últimos cuatro años. Se descomponen: sujeto y predicado; sujeto, verbo y complemento; elementos, palabras aisladas. Se recombinan las partes. Originalmente: *La lucha política no es sino la prolongación de la lucha social. El aumento en las exportaciones significa elevación de los niveles de vida del mexicano.* Nuevas combinaciones: *El aumento en las exportaciones es la prolongación de la lucha social. La lucha política significa elevación de los niveles de vida del mexicano.* (*Muertes de Aurora*, 42)

Así, en las siguientes versiones que sustituyen e intercambian las estructuras de la oración, las frases no sólo se vuelven oscuras, sino que carecen de significado para convertirse en un balbuceo que hace estallar en carcajadas a Jesús.

La lucha política es el aumento de las exportaciones. Elevar los niveles de vida del mexicano es prolongar en la lucha política la lucha social.
La prolongación de las exportaciones eleva la lucha política, significa lucha social, no es sino el aumento de los niveles de vida del mexicano.
La lucha por la vida eleva los niveles políticos de las exportaciones, es la prolongación del mexicano, significa el aumento social. (*Muertes de Aurora*, 42)

A pesar de la afinidad en la agenda política del sector estudiantil y obrero, la narración no deja de cuestionar y desarticular el poder del letrado. Un ejemplo de ello es cuando los obreros asisten a las reuniones con los estudiantes del Politécnico que, pese a sus buenas intenciones, no dejan de impartir lecciones estableciendo así una jerarquía entre el que detenta el saber y aquél que debe escuchar y aprender.

El profesor te explicaba qué era la Constitución Política, te señalaba tus derechos, te decía que no era un crimen salir en manifestación y tú te morías de ganas de tomar la copa. Ese pendejo de Efrén que te había inmiscuido, te había arrastrado a la escuelita constitucional. [...] Porque los derechos que consagra la Constitución son irrenunciables, son sagrados... Eduardo Anzúres levantó la mano. —Dígame compañero. —Hágame el favor de prestarme ese librito, maestro, y si puede, regálenos uno a cada uno, porque si como usted dice, es tan bueno y tan sagrado, pues vamos saliendo a la calle cada quien con el suyo y cuando el granadero o el soldado nos quiera arrear un culatazo o una patada, le enseñamos el librito y se acabó. (*Muertes de Aurora*, 86)

De este modo, las reuniones más que un diálogo para unir fuerzas, se convirtieron en adoctrinamiento en el salón de clases. Así lo señala Arturo que, tras conocer a los estudiantes del Politécnico inmediatamente lo pusieron a estudiar marxismo: “De eso sí no se me ha pegado gran cosa. Yo solamente sé que a los trabajadores nos toca la peor parte y que los ricos nos joden. Contra eso estoy. Y aquí me tienen, firme, participando” (*Muertes de Aurora*, 120). Por otro lado, la novela parodia igualmente el papel del intelectual que a pesar de su activismo político, no deja a un lado su espacio privilegiado. Así, durante una de las manifestaciones, Abundio Rosales en su afán por identificar al grupo petrolero decide incorporarse a la marcha justo en el momento en que pasa el contingente de intelectuales y, por supuesto, es rechazado por no ser parte del grupo.

...pensé que era mejor de plano irme con la manifestación, pero cerca de los que andaba vigilando, y para ese efecto intenté meterme en un grupo que llevaba una manta donde decía que eran artistas, intelectuales y escritores. Intenté meterme y no me dejaron, y eso que iban gritando únete pueblo. Les dije que yo era pueblo, pero me contestaron que me uniera a la cola. Me fui a la banqueta otra vez y seguí a los trabajadores de la Refinería. (*Muertes de Aurora*, 67)

Es cierto que las marchas estaban organizadas por grupos o gremios para demostrar claramente la diversidad de los manifestantes; no obstante, la novela hace énfasis en la postura contradictoria del intelectual al convocar al pueblo para que se una, pero guardando cada cual su sitio. De este modo, la perspectiva del 68, así como la política sindical y gubernamental que se desarrolla en la novela demuestra, atinadamente, la voz de sectores marginados que no fueron visibles durante el movimiento estudiantil.

En un segundo volante escrito por los muchachos, por supuesto, al calor de las copas, se explican las afinidades que el movimiento estudiantil tiene con el sector obrero, así como la necesidad de solidarizarse, ya que las víctimas de la represión podrían ser cualquier miembro de sus familias. Este aspecto fue muy importante para el movimiento del 68, ya que los padres de los asesinados, detenidos y desaparecidos fueron los primeros en adherirse a las manifestaciones. A su vez, cabe destacar que los habitantes de colonias aledañas al Instituto Politécnico Nacional (IPN) en el Casco de Santo Tomás defendieron a los estudiantes enfrentándose a los soldados con palas, piedras e inclusive con ollas de agua caliente que aventaban a los militares desde las ventanas.

Compañeros: Nosotros, los trabajadores petroleros, producimos el petróleo y la gasolina que el ejército usa para sus tanques y transportes de tropas. Esas

tropas y esos tanques que se están usando para reprimir a los estudiantes que pueden ser nuestros hermanos o nuestros hijos, que están luchando por el bienestar del pueblo. Entre las demandas de los estudiantes está la libertad de los presos políticos, que son casi todos trabajadores encarcelados por el delito de luchar por mejores condiciones de vida y mejores salarios para nosotros, los trabajadores. También piden la derogación del delito de disolución social, que se nos aplica a los obreros cuando peleamos por lo que nos corresponde. [...] Solamente estando todos unidos, podremos conquistar la independencia de nuestros sindicatos y la democracia sindical. (*Muertes de Aurora*, 47)

Tras varios volantes y el contacto que establecieron Efrén, Arturo y Galdino con los estudiantes del politécnico, lograron convocar a un mitin en las afueras de la refinería, donde se congregaron la primera ocasión entre quince y veinte trabajadores.

No sabían si ese orador era hijo de un abogado, de un empresario de provincia, de un campesino, de un obrero, de un militar, pero se identificaban con esas palabras magníficas, magnificadas, que surgían del altavoz. [...] Mas lo importante, en ese momento, no era que un estudiante hablase de miseria, explotación y malos tratos, sino el hecho de que los trabajadores se congregaran en desafío a las autoridades —sindicales, empresariales, del gobierno— que ya los había condenado a aceptar sin protestas un género de vida que ellos juzgaban mezquino, irrazonable, injusto, cruel. La presencia proletaria, así se convertía en un acto de insubordinación. (*Muertes de Aurora*, 51)

En este pasaje la importancia ya no estriba en el aleccionamiento de los estudiantes, sino en el desafío que representa para los obreros la rearticulación del movimiento obrero. El pequeño grupo se multiplicó hasta llegar a participar alrededor de cincuenta trabajadores que asistieron a reuniones con los estudiantes en las instalaciones del IPN en el Casco de Santo Tomás.

Llegaba el momento de que en torno del autobús politécnico se reunieran si no una multitud por lo menos un buen auditorio que iba más allá de los quince trabajadores de rostros secos y ajenos de uno de los primeros días; que iba más allá de la docena y media de muchachos que, después de cumplir su jornada en la refinería, partían con libros y cuadernos bajo el brazo, ya que habían

escuchado a uno de los oradores, a la escuela politécnica o universitaria: que iba más allá de esa cincuentena de trabajadores que Galdino, Efrén y Arturo soñaban reunir alguna vez. (*Muertes de Aurora*, 50)

Como se señaló en el primer capítulo, una vez que la autonomía de la universidad fue violada con el bazookazo dirigido a la Escuela Nacional Preparatoria en San Idelfonso el 29 de julio, y el apoyo a los estudiantes de Javier Barros Sierra, entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, el movimiento estudiantil aprovechó la coyuntura para transformar una agenda de autonomía universitaria en una agenda política que repudiaba el uso de la fuerza pública y demandaba democracia a todos los niveles. Dicha democracia no sería posible sin atacar la raíz que, por medio de un “estado de excepción” implícito, cubría todas las acciones de la violencia ejercida por el gobierno. De tal modo que el 4 de agosto el movimiento publicó los seis puntos del Pliego Petitorio, cuyo blanco de ataque era la violencia de estado¹⁰⁷.

Mientras tanto, el grupo petrolero se adhirió a la marcha del 13 de agosto que partió del Casco de Santo Tomás al Zócalo y reunió ciento cincuenta mil manifestantes; a la marcha del 27 de agosto que partió del Museo Nacional de Antropología al Zócalo —en donde se reunieron aproximadamente trescientos mil manifestantes que exigieron al gobierno el diálogo público— y a la marcha del 13 de septiembre, “La marcha del silencio” o “La silenciosa”, que también partió del

¹⁰⁷ Como se mencionó en la nota 21 Los seis puntos el Pliego Petitorio fueron: 1) Libertad a los presos políticos (estudiantes, profesores y obreros); 2) derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal (que instituían el delito de disolución social y sirvieron de instrumento jurídico para reprimir cualquier movimiento social); 3) desaparición del Cuerpo de Granaderos (que fungió como aparato represor); 4) destitución de los jefes policiacos; 5) indemnización a los familiares de todos los muertos y heridos desde el inicio del conflicto; y 6) deslindar las responsabilidades de los funcionarios que ordenaron la utilización de la fuerza pública.

Museo hacia el Zócalo y logró reunir a doscientos cincuenta mil manifestantes de distintos sectores. Gerardo de la Torre menciona la participación de doscientos manifestantes del gremio petrolero en “La marcha del silencio”¹⁰⁸.

En la novela, Abundio Rosales comienza sus actividades de espionaje haciendo un informe detallado de las reuniones y presentando los resultados de la investigación a sus superiores.

10 de agosto de 1968. La maquinación comunista comienza a dar frutos en la Refinería. Hoy, cerca de cien trabajadores asistieron a un mitin que los estudiantes organizaron frente a la puerta principal. Este servidor elaboró una lista casi completa de los trabajadores que estuvieron en el mitin (se adjunta por separado). Pero también, en virtud de que es difícil para este servidor tomar nota taquigráfica de las palabras de los oradores, me cupo la idea de llevar bajo mi chamarra una pequeña grabadora y tengo grabados los discursos que se dijeron en el acto. (*Muertes de Aurora*, 52)

La narración satiriza la reacción de las autoridades petroleras que, tras escuchar cuidadosamente el reporte de Rosales, no saben exactamente cómo actuar. La mirada de interrogación pasa así de autoridad en autoridad, siguiendo el escalafón burocrático, para dirigirse finalmente a los retratos de altos funcionarios para que, en una suerte de plegaria a una imagen religiosa, pudieran interceder y resolver el problema de disidencia.

El agente de trabajo acababa de dar lectura a su reporte y se habían comentado los peligros, amenazas, riesgos y turbulencias que podía significar en un futuro cercano, el grupo aquel de trabajadores que el día anterior asistió al mitin. Abundio Rosales le echó una mirada al jefe de personal. El jefe de personal le echó una mirada al superintendente. El superintendente, como por mirar a alguien le echó una mirada a Jesús Reyes Heróles, Gustavo Díaz Ordaz y Lázaro Cárdenas, cuyas fotografías pendían de una pared, graves,

¹⁰⁸ Las cifras varían dependiendo de las fuentes; por ejemplo en *La marcha del silencio* se estima una asistencia entre 300 000 y 800 000 manifestantes. De cualquier modo, la capacidad de convocatoria e impacto que tuvo el movimiento no puede ser discutido.

serios estos personajes, como muy conscientes de su calidad de iconos de la religión sexenal petrolera. El jefe de personal, por fin, hizo una señal a Abundio y éste echó a andar la grabadora. (*Muertes de Aurora*, 53)

A pesar de la poca capacidad de convocatoria para participar en la manifestación del 13 de agosto, en comparación con los ciento cincuenta mil manifestantes, los petroleros se muestran jubilosos al escuchar las consignas para liberar a los presos políticos del 58. De este modo, la distancia de clase y educación que normalmente separó al sector universitario del obrero se funde en un llamado colectivo a la sociedad civil para demandar libertades y democracia. Como señala de la Torre, para el sector obrero, prácticamente copado por el sindicato, las manifestaciones estudiantiles representaron un modo de apropiación y regeneración del activismo reprimido una década anterior.

Los trabajadores se manifestaban silenciosos y solemnes. Querían gritar Poli Unam unidos vencerán, pero se los impedía cierto dolor en el pecho y la humildad de su condición. De pronto una consigna era gritada allá adelante, entre los contingentes que encabezaban. Libertad Vallejo Libertad Vallejo. [...] Sacaban entonces lo mejor de su garganta, pisaban con firmeza, levantaban los puños agresivos. Como que las manifestaciones —comentaría meses más tarde Galdino— no eran nuestras, pero las agarrábamos prestadas cuando se gritaba Vallejo. Allí, a falta de marchas propias, participaban petroleros, ferrocarrileros, maestros, algunos electricistas. Viejos trabajadores que en su hora demandaron libertades y emancipaciones y hoy, contagiados por el entusiasmo y la impulsividad de los jóvenes, tornaban a las calles y desfilaban con un júbilo profundo que no afloraba en sus rostros roquizos y tensos. (*Muertes de Aurora*, 106)

Durante la marcha del 27 de agosto, los estudiantes desplegaron mantas con imágenes de revolucionarios mexicanos, ya que el gobierno y la prensa habían diseminado la versión de un complot llevado a cabo por fuerzas extranjeras y comunistas, satanizando al movimiento de antipatriótico. Una vez reunida la

manifestación en el Zócalo, se quemaron efigies de Díaz Ordaz, se cantó el himno nacional y se colgó una bandera rojinegra a media asta frente a Palacio Nacional. Colgar la bandera rojinegra fue tomado como un agravio a los símbolos patrios y de nuevo los colores fueron relacionados con la influencia comunista. Este hecho, aunado a la espontánea propuesta de Sócrates Campos Lemus —miembro del Comité Central del CNH y posible agitador infiltrado en el movimiento— que en el micrófono pidió a los manifestantes hacer un plantón indefinido en el Zócalo hasta que el gobierno acordara una fecha para el diálogo público, fue motivo suficiente para que se enviaran a las tropas para dispersar violentamente la manifestación.

Al día siguiente, el gobierno convocó a los sindicatos para que llevaran a cabo un acto de desagravio a la bandera, como un modo de echar cortina de humo sobre el movimiento estudiantil. Sin embargo, los empleados y trabajadores del gobierno desfilaron gritando la consigna: “Somos borregos, nos llevan, beee”, la cual lejos de contrarrestar el movimiento, expuso sus viejos mecanismos de corrupción.

Este hecho es retomado por la novela con un tono paródico, ya que Marco Lévido cree tener su gran oportunidad para acuñar esa frase que lo llevaría al éxito político y económico. Sin embargo, durante la manifestación oficial, la consigna de ser acarreados irrumpe con la solemnidad de la ceremonia, ante lo cual el secretario general del sindicato ordena que la banda toque más fuerte para silenciar las voces.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno. —Canten algo. —Aunque sea *El abandonado*. Con todo, por encima de aquellas voces que desgarraban —y en ese momento no valían exigencias de cuadratura o tono— la popular canción, se elevaban otras, en ese momento puras, liberadas, auténticas, que sencillamente decían: Somos borregos, nos llevan/ Somos borregos, beee. (*Muertes de Aurora*, 115)

Por supuesto, los enfrentamientos entre estudiantes y militares fueron en ascenso hasta la toma de Ciudad Universitaria el 18 de septiembre y, el 23 de septiembre, el Casco de Santo Tomás que fue el blanco más difícil y sangriento. En la novela, aparece solamente un enfrentamiento entre estudiantes del politécnico y el ejército a las afueras de la refinería, en donde los obreros actúan contra los soldados incendiando un auto que transportaba a unos agentes policíacos. Esta pequeña victoria sobre la autoridad exalta el espíritu de lucha; sin embargo, los obreros se percatan de que los soldados contra quienes pelean son de la misma condición que ellos.

Estábamos allí paladeando el poder. No sé, lánzate contra una reja, golpéala con toda tu fuerza, destrózate los hombros y las piernas y la puerta no cederá. En cambio si somos cien, mil, nos lanzamos contra esa reja y la reja se va al suelo así, chasqueando los dedos Galdino, haciendo una pausa y bebiendo la cerveza. [...] Te juro, mano, que me dieron lástima los pobres soldados. Carne como nuestra carne, la diferencia es que tenían uniformes y fusil, y al fusil se agarraban no porque en ese momento fuera a salvarlos, que se les va un tiro y allí se acaban, sino porque joda que le dan al que lo pierda. (*Muertes de Aurora*, 122-123)

La masacre del 2 de octubre es cubierta parcialmente a través del personaje Abundio Rosales, que en su afán de investigar pierde la pista a los obreros y decide ir directamente al mitin en Tlatelolco. La balacera es descrita con confusión y sin entrar en detalles, haciendo énfasis tan sólo en la presencia del Batallón Olimpia y las luces de bengala que fueran la señal para abrir el fuego. De este modo, *Muertes de Aurora* deja un vacío que es reconstruido por la palabra de otros personajes, mas no por el grupo de obreros que iniciaron la movilización en la refinería.

Pepe Cervantes gritaba, se desgarraba la garganta hablando de las balas que destrozaban las paredes, de los minutos horas que pasó tendido en las losas de la plaza, de los ayes y gemidos, de las muertes, sufrimientos, ahora se sabía que los triunfadores no eran los difuntos ni los escapados a la muerte, no eran los airados ni los estudiantes ni trabajadores que ayer, a la misma hora, marchaban orgullosos, pantalones de mezclilla y caqui, banderas y pancartas, sino éstos que mostraban los dientes y paseaban su vestimenta pulcra y bien planchada. [...] Pepe Cervantes, bájate de ahí. Pepe Cervantes, nos partieron la madre. (*Muertes de Aurora*, 145)

Este silencio puede ser visto quizás como una estrategia narrativa en donde el énfasis esté dado no en el protagonismo del movimiento estudiantil, sino en la percepción de estos hechos por parte de sectores que quedaron de cierto modo al margen. La narración cambia de foco en el argumento al acercarse a la masacre del 2 de octubre, haciendo énfasis en la vida cotidiana de los personajes. En este sentido, la novela desarrolla más la historia de María, que tras la muerte de su hijo y la relación insatisfecha con Galdino, se va a Veracruz con tres jóvenes que la violan y la abandonan en el hotel, por lo que María termina trabajando en el prostíbulo que visitaran el día anterior durante la juerga. Tras la masacre y la estancia en la ciudad de México con un cliente que conoció en Veracruz, María regresa al departamento de su madre en Tlatelolco con la incertidumbre de estar embarazada por segunda vez; así María asume de nuevo el tedio en su cotidianidad. Por su parte, Jesús revive escenas del pasado, se involucra con Patricia, con quien comparte la soledad y el alcohol para perderse de nuevo en los delirios sobre las muertes de Aurora y rondar las calles de la ciudad en busca de alcohol. Galdino y los muchachos vuelven al trabajo decepcionados, acepando la consigna de que el trabajo ennoblece.

Con un humor ácido, la novela parece cerrar cualquier posibilidad de cambio bajo la frase lapidaria “La patria es primero”, que Marco Lépido acuñara tras el terror sufrido en la balacera en Tlatelolco y su repudio a los movimientos de rebelión. Sin embargo, *Muertes de Aurora* desarrolla un modo particular de esperanza a partir del trabajo de la memoria desde los estados alterados. Este hecho cambia radicalmente la propuesta de la novela, alejándose de una postura derrotista sobre los movimientos sociales de la década del sesenta.

Jesús de la Cruz, ex-miembro del grupo “Los Chimales” que luchó contra el sindicato durante el movimiento obrero del 58, se encuentra sumido en el alcohol y desempleado, es un personaje marginal. La novela comienza *in media res* tras una noche de bebida en la que María buscó a Jesús para tener relaciones sexuales con el pretexto de hablar sobre su relación con Galdino. La versión de María dista completamente de la de Jesús, que asume haber tenido una noche de todo tipo de excesos y la resaca moral lo tortura por traicionar a su amigo.

Así, la narración, rompiendo hábilmente con el manejo del tiempo, retrocede a la llamada telefónica de Arturo para pedirle que los ayude a movilizar a los petroleros a sumarse al movimiento estudiantil. Jesús acepta la invitación, más por el hecho de reunirse en la cantina que por involucrarse de nuevo del lado disidente.

La amnesia, el olvido. Bebía para borrar el pasado y al mismo tiempo olvidaba todo género de recomendaciones. Después se empeñaba en el rescate de un gesto, de una frase, de una imagen, de un sentimiento. [...] Pudo decir por teléfono beban beban beban y déjenme en paz. Pudo haber mencionado su alcoholismo, ese mundo aparte donde nada sabemos de conciencia, principios de clase, lucha de clases, capital, beban y olviden todo, no vale la pena. Pero nada de eso dijo. Aceptó la cita, se dispuso a ejemplificar con embriaguez

desnuda y silenciosa. Quiero que me digan, que me ayuden a recordar. Y Jesús de la Cruz, de nuevo comenzó a recordar. (*Muertes de Aurora*, 16-17).

La narración combina el desarrollo cronológico del movimiento, que hasta ahora he tratado de reproducir, con el pasado y presente de la historia de Jesús. Sin embargo, la narración construye un tercer espacio en donde aparece el delirio y en donde no es posible detectar un orden temporal progresivo y lineal; de este modo, el flujo de la memoria delirante irrumpe con la construcción del tiempo como *continuum*, para dejar paso a la alucinación como acontecimiento. El modo en que operan las alucinaciones de Jesús construye un espacio otro que, distanciado del concepto de tiempo como transcurso dialéctico, se asemeja más al concepto nietzscheano del eterno retorno que sucede precisamente en la imagen del ángel de la historia de Benjamin.

Como señala Stefan Gandler sobre el *Angelus novus*, el acto reflexivo del testigo, al igual que el proceso histórico, no puede ser visto como una acumulación de verdades y realidades entendidas o conceptos clausurados, ya que el pensamiento corre el riesgo de perder algo ya encontrado a cada instante como lo propone Benjamin en la tesis V (Gadler, 57-58). De este modo, la imagen del ángel, en tanto acontecimiento, devela el movimiento enajenado del progreso como una organización instrumental que se aleja de las promesas de libertad, igualdad y fraternidad.

El movimiento que realiza el ángel es entonces un movimiento enajenado, que realiza sin poderlo controlar. Así es la situación del mundo actual en su condición provocada por la forma de producción capitalista: avanzamos indeteniblemente, no sólo por el progreso tecnológico, sino también por la necesidad aparente eterna de *luchar* por la supervivencia. (Gandler, 70)

Visto así, la recurrencia del acontecimiento y las visiones de Jesús se repiten sí como un eterno retorno; sin embargo, en cada nueva aparición se despliegan infinidad de variables que desarticulan cada intento por interpretar y territorializar el acontecimiento. Como señala Ana Forcinito en *Memorias y nomadías*.

Al transitar las zonas del olvido y de opresión, la práctica de la memoria constituye subjetividades no sedentarias que están en constante movimiento de reinterpretación, atravesando las fronteras impuestas por las normas de la territorialidad. (Forcinito, 14)

De este modo, el concepto del mito del eterno retorno no se dirige a la aparición incesante del acontecimiento como un círculo clausurado en su repetición, sino más bien a las condiciones que generan su reaparición; es decir, su reactivación obliga a preguntar no por qué reaparece, sino qué es lo que señala en su incesante emergencia.

Los vampiros llegaron en la madrugada. Era una noche calurosa y por la ventana abierta entró el primero, silencioso y hábil como una mariposa, y con su volar neutro, sin ruido, se acomodó a los pies de la cama. El segundo vampiro, igualmente secreto, se posó al lado del compañero. [...] Aquí está ya, irrumpe lanza en ristre y, cobardes, se doblegan vampiros, moscos, tragos, chinches y medusas que habían puesto sitio al cuerpo soporoso de Jesús. Gracias, caballero, ante su bondad me inclino agradecido. ¿Está allí todavía? ¿Permanece vigilante junto a mi lecho? ¿Quién es, si no? Jesús abrió los ojos y alcanzó la pequeña botella de brandy que guardaba en el buró. Se disponía a beber cuando la vio, pálida en la oscuridad primero, después resplandeciente. (*Muertes de Aurora*, 12-13)

En medio de la borrachera, las alucinaciones de Jesús se presentan aleatoriamente guardando una constante que, entre chinches, moscos, vampiros y un caballero negro que parece protegerlo, emerge Aurora en diferentes contextos, en diferentes cuerpos, para ser asesinada por la violencia de estado una y otra vez. En

adelante citaré las diferentes muertes de Aurora sin seguir un orden cronológico, ya que el efecto en la novela precisamente es el de romper la continuidad mediante el acontecimiento en un tiempo suspendido, o un tiempo mesiánico en términos de Benjamin. Así, en la primera alucinación que aparece en la narración, Aurora relumbra de vida en medio de una manifestación estudiantil, que al ser reprimida pierde la vida.

Aurora buscaba un sitio donde refugiarse y eran puertas cerradas, calles oscurecidas por el gas. Tropezó con los pies de un compañero y cayó boca abajo. Levantó la cara, miró hacia atrás, ojos empavorecidos, labios abiertos en una mueca que el recuerdo rescataría mil veces, y allí, entre los ojos, golpeó la culata, saltó el chorro de sangre en surtidor. Aurora, apenas viva, dijo paz, o libertad, o Jesús, o piedad, o nada, o todo. De tantos cuerpos abandonados en el campo de batalla, a Jesús ése le interesaba. Se acercó al cuerpo, pantalón de mezclilla, suéter a franjas azules y rojas, que más amaba. (*Muertes de Aurora*, 13)

Tras los delirios y el recuerdo vívido de Aurora, Jesús de la Cruz consulta a su cuñado para una revisión médica. Sin embargo, pese a los consejos y explicaciones del severo daño que le está causando el alcohol, Jesús asume su alcoholismo desde la burla y el desenfado.

Sí doctor, ya sé, entiendo que se llama delirium tremens y que es provocado por el exceso de alcohol o por falta. Y el alcohol, seguro, daña el hígado, lo destruye, perturba todas las funciones del organismo, produce avitaminosis y se encarniza con el cerebro. Se pierde toda noción de la realidad, sí, se descuidan las obligaciones, las importantes y las secundarias. Hay una terrible destrucción de las neuronas que trae al poco tiempo la idiotez. Signos como la frecuente distracción, vale decir la ausencia de concentración, la pérdida del hilo en una charla, el tartajeo de incoherencias, indican que ya se está cerca de ese abismo del cual no se regresa. [...] Pero no se moleste, doctor, no me estoy burlando. Bebo mis copas, es cierto, pero también hago deporte: tres veces por semana frontenis y después un baño de vapor. Sí tiene usted toda la razón, estoy quemando la vela por los dos cabos y me la voy a acabar en un santiamén, como usted dice. En ese caso tendré que dejar el deporte porque no

puedo dejar el alcohol. Soy alcohólico ya mayorcito y a nadie acuso de sonsacador. ¿O usted qué me aconseja? (*Muertes de Aurora*, 14)

Su actitud, más que irresponsable, me parece que enfatiza ese *lado moridor* que se mencionó anteriormente, ya que asume su condición desde la marginalidad del discurso médico y moral que sancionan furiosamente hábitos y comportamientos que afecten al cuerpo social. Si bien el alcohol se encuentra del lado de los consumos legales a diferencia de las drogas, la intervención de los cuerpos, a través de un discurso de saneamiento social, conforma uno de los mecanismos más sofisticados del aparato disciplinario. De este modo, Gerardo de la Torre, al elegir como testigo de la historia a un personaje alcohólico, incrusta estratégicamente un rejón de doble filo en el muro del edificio panóptico. Así, las alucinaciones generan un espacio alterno que se conecta con la realidad como memoria profunda. Por ejemplo, los animales que atormentan a Jesús funcionan como una poderosa imagen que, entretejida entre elementos “reales” e imaginarios, desestabilizan la lógica racional tal como sucede en el sueño.

Alguien movía la cama, las chinches o los vampiros. Y los moscos comenzaban a zumbar, a cercarlo con sus enormes trompas succionadoras erguidas como falos. Ofreció gustoso su cuerpo a la sangría, se dejó caer de espaldas en el lecho y le vino un ataque de risa pensando que los moscos iban a emborracharse y perderían el sentido. Tengan cuidado, pueden caer desde una ventana. Y a esos moscos, otros moscos, los moscos de los moscos, les chuparían la sangre y compartirían la embriaguez. Era una idea que le agradaba: todos borrachos, borrachos los moscos y los caballos y los seres humanos y las escolopendras. Le dio mucha risa imaginar borrachas a las escolopendras, pero qué carajos eran las escolopendras. Las supuso hipotéticas aves emparentadas con las golondrinas, y como tales seguramente se emborracharían volando en círculo. (*Muertes de Aurora*, 37)

La siguiente muerte de Aurora que narra la novela, se sitúa en una aldea vietnamita que es bombardeada e incendiada por las tropas estadounidenses. Así, transformada en campesina, Jesús reconoce a Aurora en otro cuerpo al cruzar las miradas justo antes de que caiga la bomba.

Aurora en la puerta de la choza cuando ya comenzaban a caer las bombas. El fósforo extendía sus llamaradas blancas. Jesús la vio. Aurora en la puerta de la choza, muda, mirando hacia todas partes, indefensa. La bomba cayó frente a la choza, y un momento antes de que surgiera el relámpago blanco, enceguecedor, las miradas de Aurora y Jesús se cruzaron. El rostro empavorecido de Aurora, percibido un instante y después perdido para siempre. Aurora rodó envuelta en llamas. Aurora rodaba y el fuego moría al contacto con la tierra y la incendiaba de nuevo a cada vuelta. [...] Aurora moría quejándose apenas, ardiendo sus ropas negras de campesina vietnamita, ardiendo piel, penetrando el fuego hasta los huesos. Aurora, no te mueras. Pero Aurora moría irremediabilmente y una vez que hubiese muerto la vida no tendría sentido. Déjenme caer sus bombas, malditos. (*Muertes de Aurora*, 39)

De este modo, Aurora, deja de ser esposa de Jesús para convertirse en imagen del olvido y de todo aquello que la historia moderna se ha obstinado en enterrar; no obstante, la memoria emerge desde el subsuelo de una historia delirante como pasado incontenible que se presenta ya no como la historia personal, sino como los horrores de una historia colectiva. Así, como señala Gandler, la imagen del ángel de Benjamin se levanta de entre las ruinas para abrir una fisura en el tiempo y dar paso a la memoria del pasado.

La memoria que tan fácilmente se deja corromper, en esta sociedad corrompida por su forma económica y social, encuentra una fisura en la máquina sin piedad que llamamos *tiempo*. Y en esta pequeñísima fisura, que sólo ven los que no cierran rápidamente los ojos ante el horror que se esconde en lo que llamamos nuestro *pasado*, se abre por instantes, instantes que son una eternidad, un espacio de libertad que permite a la memoria hacer emerger lo que había estado hundido y condenado al olvido. (Gandler, 64-65)

En otra de las muertes, Aurora se materializa en un cuerpo casi infantil que sucumbe a la tortura de la policía política tratando de obtener la delación de sus compañeros de lucha. La narración contrasta la fortaleza de espíritu para abandonar su cuerpo en el momento de la muerte, con la violencia de los torturadores en su intento por retener el cuerpo destrozado de Aurora.

Aurora desnuda, arrastrada en tenebrosos pasillos por dos policías vestidos de civil. Vas a decir todo lo que sepas, desgraciada cabrona. [...] El hombre se levantó y dejó caer los puños sobre el rostro infantil; supo que sus puños no hacían daño después de la violación frecuente, los manguerazos en los riñones, la picana en la vagina y en el recto, las dentelladas en los pezones, la risa y los insultos. [...] Los hombres se dieron cuenta de que se les escapaba el cuerpo, el cuerpo delgadito y maltratado de Aurora, y se echaron sobre él endemoniados. Los [sic] sostenían por los miembros, tiraban de él, pero el cuerpo se iba, más fuerte su voluntad de desaparecer que el vigor y la violencia que lo retenían. (*Muertes de Aurora*, 109-110)

Los horrores sufridos por Jesús al presenciar las muertes de su esposa establecen una afinidad con los eventos de represión durante el 68, como un modo de integrar el ejercicio de la violencia dentro un espectro más amplio y no simplemente restringiéndola a un contexto nacional. En este sentido, el fluir de la memoria se desprende de la historia individual para formar parte de un pasado colectivo subalterno que ha sido demarcado bajo las categorías de nación, género, raza o ideología, por citar algunos ejemplos.

Por otro lado, llama la atención que Gerardo de la Torre, en la novela, hiciera mayor énfasis en las represiones durante las marchas, que en la tarde fatídica de Tlatelolco el 2 de octubre. La narración de la violencia es mucho más detallada en las alucinaciones de Jesús y en la marcha del 27 de agosto durante la cuál los estudiantes colgaron la bandera rojinegra a media asta.

Disparaban todavía las ametralladoras cuando Jesús pidió el último ron. Iba la manifestación por la avenida Madero cuando se halló de pronto frente a las ametralladoras, dos una docena, emplazadas en los accesos al Zócalo. [...] Las ametralladoras, cuántas, el cañón enrojecido, debilitado el afuste, desgranaban cananas. Sobre el cuerpo abatido de un estudiante lloraba la hermana. Alzó la cabeza para pedir compasión y una bala se le incrustó en la frente. Día aciago, día de terrores inusitados, día de generales asesinos y políticos carniceros. La matanza, hoy, martes 27 de agosto. (*Muertes de Aurora*, 108)

La descripción de la represión durante la marcha, devuelve al movimiento del 68 otra faceta que ha sido obnubilada por la radical visibilidad del 2 de octubre. De este modo, *Muertes de Aurora* ofrece una perspectiva distinta que transita por ciertas zonas de olvido para traerlas de nuevo a la luz. Como señala Nelly Richard, el ejercicio de la memoria da un paso atrás no para recomponer, como quisiera el ángel de la historia, pero sí para complementar la relectura de la historia desde la pluralidad.

Ni el pasado histórico ni el recuerdo que le da forma son referencias dadas, ya organizadas como tales, en espera de que la memoria se dé vuelta hacia atrás para recoger sus contenidos como si se tratara de un depósito de significaciones ya listas e igualmente disponibles para cualquier relectura. La presión urgida —y urgente— del *hoy* nos insta a desatar los nudos de la temporalidad que tienden a comprimir los sucesos en un pretérito fijo, inactivo, para reorganizarlos según entrecruzamientos plurales. (*Políticas y estéticas de la memoria*, 9)

Otra muerte de Aurora ocurre durante una cacería en la que Aurora toma el cuerpo de una esclava negra que huye para encontrar su libertad. La visión aparece en Jesús, esta vez, a partir de la asociación de ideas y los estímulos sensoriales. Escuchado la Quinta Sinfonía de Sibelius e imaginando a los perros de caza caminar “por las heladas extensiones finlandesas”, Jesús percibe que los ladridos no salen de

la bocina del tocadiscos y comienza a buscar por el departamento, pero es imposible localizar si vienen de la cocina o de debajo de la cama.

Se tapó los oídos y entonces supo que los perros aullaban por dentro. Perros hijos de perra que nada tenían que ver con Sibelius o Finlandia. Aurora volvió el rostro. Ahora se percibían claramente sus jadeos y llegaban distantes los ladridos. [...] Unos pasos más Aurora, y al salir del pantano para correr, sentirse libre, negrita voladora. Eran solamente unos metros. Aurora avanzaba hundiéndose hasta la barbilla cada dos pasos, tragando lodo del color de su carne. Al fin estaba en la orilla del pantano. Al fin salía arrastrándose, acezante. Aurora dormía sobre la yerba húmeda. [...] Ya no duermas Aurora. Las bocazas entrenadas buscaron la garganta, clavaron los colmillos, desgarraron la carne. (*Muertes de Aurora*, 87)

De nuevo, se puede observar cómo la imagen de Aurora es una imagen recuperada por el pasado de Jesús, pero a su vez se manifiesta múltiple. El cambio de escenario, de los medios de tortura, de los cuerpos y de los modos de muerte, funcionan como una serie de capas de cebolla que una vez abiertas dejan vislumbrar una constante de violencia que reúne a todas las variantes para captar el acontecimiento en el presente y no solamente como un pasado histórico clausurado.

Como señaló Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado*¹⁰⁹:

[Al pasado] Pueden reprimirlo sólo la patología psicológica, intelectual o moral; pero sigue allí, lejano y próximo, acechando el presente como el recuerdo que irrumpe en el momento menos pensado, o como la nube insidiosa que rodea el hecho que no se quiere o no se puede recordar. Del pasado no se prescinde por el ejercicio de la decisión ni de la inteligencia; tampoco se lo convoca

¹⁰⁹ Retomamos de Beatriz Sarlo algunas reflexiones sobre la articulación del pasado y el ejercicio de la memoria, en especial aquéllas ligadas con la perspectiva de Walter Benjamin en *Tesis de filosofía de la historia*; sin embargo este trabajo se distancia de la postura neoconservadora que ha primado en el pensamiento latinoamericano relacionado especialmente con el debate en torno al testimonio y la reevaluación de la izquierda durante la década del setenta. Para una crítica del intelectual latinoamericano véase John Beverley “El giro neoconservador de la crítica literaria y cultural latinoamericana”, para revisar algunos apuntes sobre la lucha armada en América Latina véase también de Beverley “Rethinking the Armed Struggle in Latin America” y Salvador Castañeda; para la lucha armada en México véase Laura Castellanos, Héctor Ibarra y Verónica Oikón, entre otros.

simplemente por un acto de la voluntad. El regreso del pasado no es siempre un momento liberador del recuerdo, sino un advenimiento, una captura del presente. (Sarlo, 9)

Por otra parte, las visiones de Jesús no sólo presentan la muerte de Aurora como imagen recurrente, aparecen también diversos animales cuyo elemento en común es que se alimentan chupando sangre. Los animales se asocian con Jesús por el acto de beber, así como por tratarse de animales parásitos que de algún modo comparten su marginalidad con el alcohólico, ya que ambos provocan repugnancia y se alimentan de otros seres. La única alucinación que aparece cuando Jesús está en un lugar público comienza cuando ve a los animales ensañarse con su mano después de meterla en el bolsillo para buscar la cajetilla de cigarros. De este modo, me parece que también la imagen de los animales está relacionada con la huella profunda que la violencia deja impresa en el sujeto. De este modo, Jesús en tanto “arcángel de la utopía, caído, en su desdicha” —como lo describe Gerardo de la Torre en la voz de Galdino—, deviene en testigo de la historia silenciada que sufre el suplicio en su cuerpo.

Jesús recargado en la barra, metió la mano en la bolsa del saco para buscar cigarros. Los animalitos se pegaron a la piel, las trompas diminutas chupaban, extraían. Al contacto retiró la mano y golpeó con ella la atmósfera tibia de la cantina con su afán desmesurado de arrancar a los bichos, hemípteros tenaces que presagiaban desastre. Jesús se miró la mano oscurecida por las chinches. Golpeó con ella, palma y revés, la madera de la barra, pero las chinches sostuvieron el acoso, imperturbables, invictas. Rascó entonces con furia y las uñas fueron más allá de las chinches, atravesaron seres incorpóreos, penetraron la piel y abrieron surcos que abrumó la sangre. Desaparecieron las chinches. Sobre la piel resplandecían cuatro surcos sanguinolentos. Jesús fue al lavabo y dejó que el agua corriera sobre la mano herida. Después le dio la vuelta a la bolsa del saco, cayó la cajetilla de cigarros, una moneda, menudas borlas de hilo y polvo. (*Muertes de Aurora*, 104-105)

Sin ejercer una interpretación que reduzca la memoria y fije al testigo de la historia al martirio y sacrificio católico, se debe reconocer el impacto de la cultura y pensamiento judeocristiano en la novela; ya que el nombre del protagonista, Jesús de la Cruz, remite inmediatamente a la imagen de Jesucristo que entrega su cuerpo al sacrificio. Es decir, no propongo una lectura religiosa, sino que retomando la mitología cristiana, se pueden establecer relaciones con el carácter visionario del testigo en un tiempo de excepción.

En este sentido, cuando Benjamin introduce el carácter mesiánico en sus *Tesis de filosofía de la historia*, la teología juega un papel fundamental como lo señala en la figura del autómeta en la tesis primera; ya que la teología le permite precisamente tomar distancia, hacer una pausa en el *continuum* de la historia para dar paso a la experiencia en un tiempo ahora, *jetztzeit*. Sin embargo, en una era racionalista, la disciplina teológica no es aceptada ya que forma parte del edificio de las ideologías y la falsa conciencia para el marxismo. De este modo, Benjamin opera una ruptura de paradigma, al reconocer a la teología como herramienta conceptual que permita articular su particular concepto del materialismo histórico, así como la posibilidad de ser testigo de la historia, reconocer la *débil fuerza* heredada de las generaciones pasadas y llevar así a cabo un cambio social en el presente.

Un muñeco trajeado a la turca, en la boca una pipa de narguile, se sentaba a [sic] tablero apoyado sobre una mesa espaciosa. Un sistema de espejos despertaba la ilusión de que esta mesa era transparente por todos sus lados. En realidad se sentaba adentro un enano jorobado que era maestro en el juego de ajedrez y que guiaba mediante hilos la mano del muñeco. [...] Siempre tendrá que ganar el muñeco que llamamos “materialismo histórico”. Podrá habérselas sin más ni más con cualquiera, si toma a su servicio a la teología

que, como es sabido, es hoy pequeña y fea y no debe dejarse ver en modo alguno. (*Discursos interrumpidos*, 177)

La teología como el enano, deforme y horrible, no puede ser vista desde el plano materialista, por lo que se esconde bajo el tablero de ajedrez guiando las jugadas del autómatas, es decir, del materialismo histórico. El elemento teológico, en Benjamin, que ofrece tomar distancia en el mundo, no significa retirarse de las “luchas reales” y quedar inmerso en la contemplación sin acción, como señala Stefan Gandler.

La diferencia entre la teología y lo que retoma Benjamin de ella consiste en que él ve la posibilidad de esta ruptura *dentro* de este mundo. El “*jetztzeit* [tiempo del ahora]”, no es el Juicio Final y no hay que esperar la propia muerte para poder acercarse a esta nueva concepción del tiempo. La experiencia y la *praxis* de muchas generaciones en sus actos de memoria y tradiciones vivas tienen en sí algo central de esta concepción del tiempo. [...] Benjamin recurre a la teología para poder superar una de las razones principales de por qué el proyecto de Marx, a lo largo del tiempo, perdió tanta fuerza explicativa y tanto impulso revolucionario: las tendencias positivistas que existían de igual manera en la interpretación de los teóricos de corte socialdemócrata y de corte estalinista. (Gandler, 52-53)

Más adelante, Gandler expone que el ángel de la historia mira hacia el pasado para entenderlo no como algo exterior al yo, sino para conocerse a sí mismo ya no a partir de la propia historia o el contexto de la vida cotidiana, sino “verse a sí mismo mirando hacia atrás”. Esta mirada del ángel, es la mirada del testigo que distanciado del ego es capaz de confrontar “el *ayer* con el *hoy* de manera *directa*, interrumpiendo el *continuum* histórico” (Gandler, 61-62).

En el momento del peligro vemos las imágenes de los recuerdos no como algo pasado, como algo que está a distancia, separado por el tiempo de nosotros hoy, sino como algo presente *en este momento*. Nos confrontamos de manera inmediata con estas imágenes y nos vemos a nosotros mismos en ellas. Éste es

el único momento en el cual lo que llamamos memoria es realmente capaz de hacernos entender algo nuevo (Gandler, 63).

Este momento es la iluminación, ya que en ella existe el pasado y el presente de modo conjunto, al mismo tiempo que existe una mirada distanciada que deviene en testigo y contiene la amenaza del *continuum* histórico de irrumpir en el tiempo mesiánico. Es decir, la memoria del sujeto, como acontecimiento, despliega ante éste su pasado y presente logrando verse a sí mismo, pero al mismo tiempo su mirada necesariamente poseé una distancia como testigo de sí mismo y de la historia. A su vez, la mirada distanciada del testigo permite contener por un momento el concepto de un tiempo contínuo de la historia que interrumpa con el tiempo mesiánico donde se lleva a cabo la iluminación. De este modo, la iluminación no es otra cosa que el acontecimiento que toma cuerpo en la imagen del ángel de la historia.

Por el contrario, existen otros actos de “memoria”, señala Gandler, en los que se utilizan imágenes preconstruidas para organizar lo que estamos pensando o imaginando. Sin embargo, no se trata más que de imágenes territorializadas por el signo al integrarlas a nuestras interpretaciones.

Esto provoca que signo e imagen estén en un continuo conflicto, y que la imagen, en el momento de ser absorbida por el signo, pierda por completo su fuerza y su verdad. De esto sabe Benjamin y también por esto busca la interrupción de esos procesos aparentemente *normales* de ver la historia. Sólo cuando la imagen histórica tiene su pleno derecho, puede tener un efecto iluminador sobre nuestra conciencia, y sólo puede tener este derecho pleno si se confronta el momento histórico *pasado* de manera *inmediata* con nosotros. Por eso el ángel de la historia se ve a sí mismo cuando ve hacia atrás. *Él mismo* está ahí, en el pasado, o dicho de otra manera: el momento específico del pasado está presente frente a él mismo en el mismo momento. (Gandler, 63)

Se podría decir que el ángel de la historia es la imagen de la posibilidad de iluminación que puede traer la memoria al sujeto. La memoria despliega pasado y presente integrados al sujeto, a su vez el sujeto se mira a sí mismo siendo testigo de la historia que no podría llevarse a cabo fuera del tiempo mesiánico que ofrece la teología a Benjamin. Regresando a la novela, Jesús se convierte en testigo que se mira a sí mismo, integrado en presente y pasado mediante las alucinaciones sobre las distintas muertes de Aurora. Ésta, a su vez, es el fluir de la memoria materializada en una imagen; sin embargo, la aparición de Aurora a través de otros cuerpos y diferentes muertes, permite sugerir que la memoria aparece una y otra vez pese a ser absorbida y territorializada por el signo.

En las visiones de las muertes de Aurora como campesina vietnamita, como estudiante manifestándose, como esclava buscando la libertad, como prisionera política siendo torturada, como madre que muere dando a luz, Aurora es la memoria que regresa una y otra vez, como un ave Fénix que emerge de sus cenizas. Más lo importante, como se señaló anteriormente, no es preguntar por qué se repite, sino qué es lo que señala su incómoda repetición, a decir la violencia de estado frente a la cual Jesús no es más que un ángel caído de la historia.

6.0 REFLEXIONES FINALES

Tras un seguimiento de la política mexicana durante los años recientes, es evidente que este tema no está cerrado y, seguramente para el lector, al final de este viaje más que certezas lo que surjan sean preguntas, dudas, demandas y quizás indignación. No puedo escribir una nota de conclusiones porque no se trata de un tema concluido, por el contrario, este trabajo es una puerta hacia futuros proyectos y exploraciones tanto personales como de aquellos que estén interesados en esta problemática. Lo que sí puedo señalar brevemente es una serie de apuntalamientos o caminos a seguir que no fueron considerados o cubiertos en este trabajo, así como proyecciones a desarrollar en el futuro.

Lo primero que quisiera destacar es la necesidad de abrir un espacio de debate y reflexión sobre la guerra sucia, particularmente en México, ya que la historia ha sido encubierta desde el gobierno, así como por parte de ciertos actores políticos cuyos intereses se verían afectados. Desentrañar la historia subterránea es una tarea emergente no sólo por el hecho indignante del ejercicio de la violencia de estado en las décadas pasadas, y en la actualidad, sino por los mecanismos perversos de un régimen democrático que hasta la fecha ha saboteado cualquier instancia de la sociedad civil para demandar un recuento histórico y jurídico que

logre sentar un precedente en el procesamiento de los responsables por los crímenes de lesa humanidad.

No reconocer estos hechos en el registro o archivo de la memoria oficial significa el aniquilamiento no solamente simbólico del pasado histórico, sino que a su vez la impunidad de la que han gozado los responsables, permite proseguir con las políticas de represión que se han agudizado durante el período presidencial de Felipe Calderón y su falaz guerra contra el narcotráfico.

Pese a la reciente experiencia de alternancia partidaria en México, los procedimientos del Estado han sido igualmente sucios, anulando el derecho del ciudadano a participar realmente en los procesos democráticos, así como generar formas incluyentes de pensar la nación. Si bien dichos procedimientos fueron legitimados por los relatos de modernidad y progreso, en la actualidad no difieren en sus modos de funcionamiento a pesar de estar cobijados bajo los relatos de globalización, libre mercado y seguridad nacional, esta última actualizada en la guerra contra el narcotráfico. Se trata, entonces, de formas rearticuladas que ejercen un proceso de recuperación o reterritorialización; de tal modo que, como se planteó en el último capítulo, la persistencia de la memoria apunta hacia el mito del eterno retorno no como una imagen decadentista del ave fénix que renace de las cenizas, sino como el rejón de doble filo que se encaja en el corazón de los mecanismos panópticos de lo político. En este sentido, visitar las décadas de los sesenta y setenta, así como los eventos de la guerra sucia, es una impronta que el mismo presente exige al experimentar el estado de excepción.

Por otra parte, el espacio literario cobra importancia en tanto una forma de registro alternativo a los espacios políticos que fueron clausurados, asimismo el espacio literario es apropiado por los sujetos marginales que lo convierten en táctica o en “tretas del débil”, al fundar espacios entre medio desde donde fue posible operar una retorsión al poder. Cabe también mencionar, el necesario cambio de perspectiva sobre lo estético o la especificidad de lo literario para poder analizar los modos en que lo estético, alejado de la apreciación hedonista o el juicio de valor, se asume políticamente más allá del estéril debate entre forma y fondo.

Originalmente el proyecto de la tesis planteaba analizar diferentes aspectos de lo marginal durante las décadas del sesenta y setenta tomando en cuenta el parteaguas que significó el movimiento del 68 en la historia y la literatura de México; entre éstos se encontraba la marginalidad por razones políticas, el encierro carcelario, el encierro psiquiátrico, el disciplinamiento de los cuerpos “más débiles” como el de la mujer, el niño y el del homosexual, la marginalidad social y, por supuesto, la representación del cuerpo social atravesado por la escritura intervenida de la historia oficial. Con el tiempo y conforme avanzaba la investigación, me percaté de lo que mi comité había diagnosticado durante la propuesta: la amplitud del tema y la necesidad de contextualizar mejor un aspecto de lo marginal. De este modo, muchos de estos temas quedaron en el tintero, aunque no pierdo la esperanza de dedicarles un espacio de análisis en el futuro.

Entre los temas que quedaron fuera y que están íntimamente relacionados con la guerra sucia y los proyectos independientes en resistencia vale la pena

mencionar: 1) la recuperación del archivo histórico y los testimonios personales, 2) las publicaciones o libros de memorias aparecidos después del 94 como los trabajos de Gustavo Hiraes y Alberto Ulloa Bornemann, 3) las narrativas producidas desde la *ciudad letrada*, 4) el rastreo y producción de la voz femenina, 5) los proyectos de cine y 6) la producción de debates críticos.

Sobre el archivo y testimonios de la guerra sucia, me parece apremiante realizar un trabajo de campo que recupere y analice los testimonios que fueron escritos, publicados y distribuidos de manera independiente y, personalmente, por los propios ex-guerrilleros. Este aspecto no fue contemplado en el desarrollo de la tesis, en primer lugar porque la existencia de este material no se visibilizó inmediatamente. En este sentido, mi interés se centró el analizar los espacios de contacto entre el discurso hegemónico y las estrategias de infiltración de subjetividades marginales.

El recorte temporal aplicado al *corpus* con el que decidí trabajar, un período entre dos irrupciones visibles y orquestadas desde las bases, dejó fuera libros de memorias publicados tardíamente en los últimos 14 años como *Memoria de la guerra de los justos* (1996) de Gustavo Hiraes, ex-miembro del MAR, y *Sendero en tinieblas* (2004) de Alberto Ulloa Bornemann, ex-colaborador de Lucio Cabañas y contacto con las bases urbanas del Partido de los Pobres. Dichos textos me parecen fundamentales para observar el giro conservador muy acorde con el cambio neoliberal de la política mexicana tras la presidencia de Carlos Salinas de Gortari

(1990-1994). Mi trabajo, sin embargo, se enfocó en los textos que tuvieron que lidiar con la censura y la política priísta de mano dura durante la guerra sucia.

Un soslayo, esta vez deliberado, fueron los discursos letrados sobre la guerra sucia, que pasan por el ensayo, el periodismo y la novelística. Ejemplo de esto último serían las novelas *La guerra de Galio* de Héctor Aguilar Camín y *La guerra en el paraíso* de Carlos Montemayor, ambas publicadas en 1991. No obstante, mi trabajo se centró en la producción de textos marginales que desestabilizaron los discursos del poder.

La gran ausencia en esta tesis y en la crítica, lamentablemente, ha sido la voz femenina y la perspectiva de género. Como señalé a lo largo de la tesis, pocos han sido los textos escritos por compañeras ex-guerrilleras o participantes del movimiento estudiantil del 68. De ahí la necesidad de salir del registro escrito para arrancar del olvido el testimonio femenino.

Otro de los proyectos que quedaron truncados y no fueron incorporados a la tesis fue el análisis de las producciones documentales independientes como la Cooperativa de cine marginal cuyo compromiso político en la producción, exhibición y distribución fue estratégica y álgida tras la represión del movimiento estudiantil. Lamentablemente poco material ha sobrevivido, por lo que dicho proyecto requiere de una mayor investigación de campo y archivo.

Finalmente quisiera señalar el punto que me parece imprescindible desarrollar a corto plazo y sería el abrir un debate crítico sobre el fenómeno de reflujos que en los últimos años se ha dado al revisitar las décadas malditas, las

décadas de los sesenta y setenta. Dentro de este fenómeno, he observado *grosso modo* tres líneas que, sin ser las únicas, se entrecruzan creando un conveniente olvido. Estas líneas que expongo a continuación están centradas en la guerra sucia y la lucha abiertamente política; sin embargo, se podrían observar a varios niveles y en otros ámbitos en los que las décadas de los sesenta y setenta inevitablemente marcaron un cambio de paradigma.

Por mencionar algunos ejemplos: las formas no institucionalizadas de convivencia, la experimentación de los estados alterados de la conciencia como formas de conocimiento, el uso de plantas y tradiciones medicinales no occidentales, la autogestión y sustentabilidad de las comunidades retomando tradiciones y epistemologías indígenas en algunos casos, el desarrollo de tecnologías y fuentes de energía alternativas, el cambio epistemológico de disciplina a partir del cuestionamiento del sujeto observador, entre otros.

Entre éstas tres líneas que observo, en primer lugar se encuentran las narrativas y discursos producidos por sujetos que, o bien, una vez incorporados al sistema partidista o *establishment* han negociado espacios de poder, ya sea por ambición propia o porque legítimamente no han visto otros modos de participación política; o bien, se sitúan en las antípodas políticas de la izquierda —lo que John Beverley ha llamado recientemente el giro neoconservador o el grupo de los guerrilleros arrepentidos—. En este grupo entrarían por ejemplo los ex-líderes del movimiento estudiantil del 68 que se incorporaron a las filas ya sea del PRI o de la izquierda, representada por el PRD, me referiría concretamente a Sócrates Campos

Lemus, Pablo Gómez, Gilberto Guevara Niebla, Marcelino Perelló, Salvador Martínez de la Rocca “El pino”, o bien los ex -guerrilleros Gustavo Hiraes, Saúl López de la Torre y Alberto Ulloa Bornemann, por mencionar a algunos.

En segundo lugar, me parece interesante observar las narrativas o discursos de la nostalgia que, producidos desde distintos espacios que van desde el letrado hasta el activismo y prácticas culturales, no han logrado romper la barrera del tiempo para transformar la protesta de la nostalgia improductiva a una crítica capaz de articular el presente con el pasado. Muestra de estas narrativas han sido, con pocas excepciones, los eventos programados para la celebración del cuarenta aniversario de la masacre de Tlatelolco.

Para cerrar, la última línea discursiva que me parece mucho más grave que las anteriores es el silencio cómplice producido sobre la guerra sucia. Hasta cierto punto el giro conservador y el grupo de los guerrilleros arrepentidos me parece un fenómeno mucho más predecible y visible que el encubrimiento de la guerra sucia y los mecanismos de un Estado democrático represor. El uso del término “guerra sucia” es ambiguo pues, por un lado, refiere a la lucha contrainsurgente en las décadas del sesenta y setenta; mientras que, por otro lado, es utilizado para referirse a la represión de los movimientos estudiantiles del 68 y 71. El propio informe de la FEMOSPP *Que no vuelva a suceder* incluye estos dos tipos de movimientos disidentes, al tiempo que se le ha dado mayor peso a la masacre del 68 y, por conveniencia jurídica (ya que Echeverría estaba en la presidencia), a la represión del 10 de junio del 71 o “El jueves de Corpus”.

De este modo, la memoria del 68 es un arma de doble filo que parecería ser peligrosa y estar convenientemente cada vez más cerca del “2 de octubre no se olvida” para olvidar el resto, como si los movimientos de resistencia hubieran terminado el 2 de octubre, como si hubiera sido el único acto de violencia de estado, como si miles de campesinos no hubieran muerto, como si actualmente no sucediera nada y la *ciudad letrada* se limitara a visitar los setenta como parte de una moda retro, tal como apuntan las películas *El bulto* (1991) de Gabriel Retes y *¿De qué lado estás?* (2002) de Eva López Sánchez, para el caso en el caso mexicano; o bien *Los rubios* (2003) de Alberta Carri para el caso argentino.

APÉNDICE DE IMÁGENES



Imagen 1. "Entre el progreso y el desarrollo", Héctor García (1950)
Héctor García, p. 49



Imagen 2. "Nuestra señora sociedad", Héctor García (1942)
Héctor García, p. 108



Imagen 3. "Niño en el vientre de concreto", Héctor García (1952)
Héctor García, p. 10



Imagen 4 Movimiento valleista, fotoreportaje de Héctor García (1958)
Héctor García, pp. 123 y 131



¡LIBERTAD
DE EXPRESION!

MEXICO 68

Imagen 5. Grabado "Libertad de Expresión" de Adolfo Mexiac
en Óscar Menéndez, *Memoria del 68*, p. 14



Imagen 6. Manifestación del silencio, Óscar Menéndez
Memoria del 68, p. 44



Imagen 7. Perro pancarta, Óscar Menéndez
Memoria del 68, p. 20



Imagen 8. Contingente de mujeres en la Manifestación del silencio
Óscar Menéndez, *Memoria del 68, p. 54*



Imagen 9. Toma de Ciudad Universitaria 18 de septiembre de 1968
Óscar Menéndez, *Memoria del 68*, p. 59



Imagen 10. Mitin el 2 de octubre en Tlatelolco
Óscar Menéndez, *Memoria del 68*, p. 87



Imagen 11. Edificio Chihuahua, 2 de octubre en Tlatelolco
Óscar Menéndez, *Memoria del 68*, p. 91

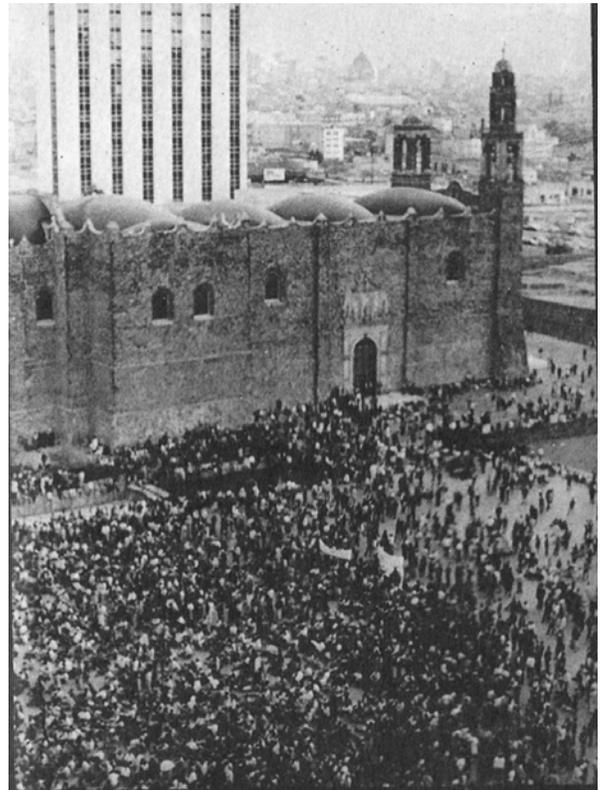


Imagen 12. Mitin en Tlatelolco, 2 de octubre 1968
en Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*



Imagen 13. Fotografías entregadas a Sanjuana Martínez
en *Parte de Guerra II*, s.p.



Imagen 14. Plaza de Tlatelolco
en *Las claves de la masacre*, s.p.



Imagen 15. Zapatos y papeles en Tlatelolco
en Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, s.p.

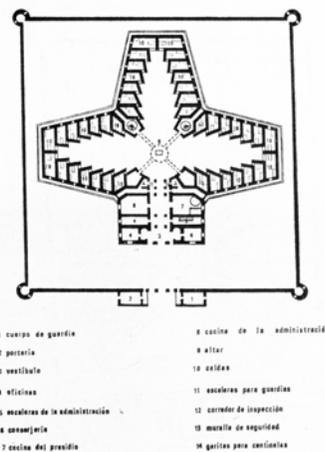
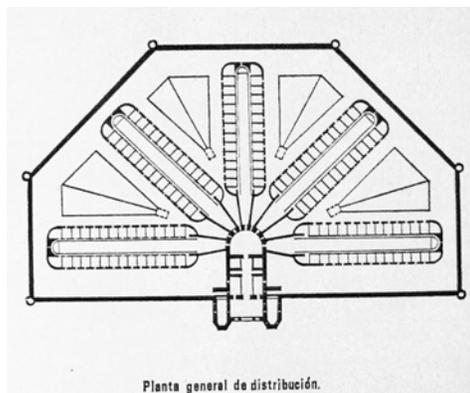


Imagen16. Planos del modelo carcelario Filadelfia y Lamberton

Dibujos reproducidos por Lorenzo de la Hidalga en *Paralelo de las penitenciarías*, México: 1848.

Tomado de *Lecumberri, un palacio lleno de historia*, AGN, 1994.

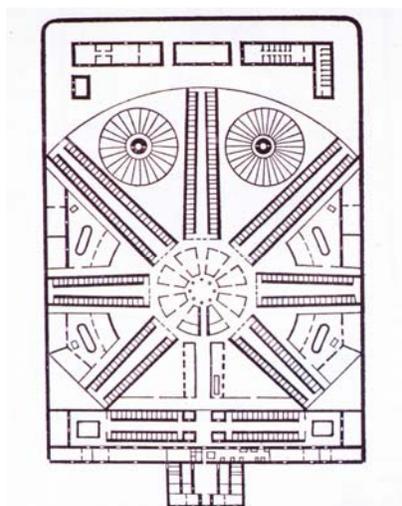


Imagen 17. Plano general de la planta baja de Lecumberri

Arquitecto Antonio Torres Torija, 1896.

Tomado de *Lecumberri, un palacio lleno de historia*, México: AGN, 1994.



Imagen 18. Construcción de Lecumberri, crujía "D"
Tomado de *Lecumberri, un palacio lleno de historia*, AGN, 1994.



Imagen 19. Últimas celdas, crujía "C"
Tomado de *Lecumberri, un palacio lleno de historia*, AGN, 1994.



Imagen 22. Fachada principal de Lecumberri
Tomado de *Lecumberri, un palacio lleno de historia*, AGN, 1994.



Imagen 23. Torre central como cárcel y como Archivo General de la Nación
Tomado de *Lecumberri, un palacio lleno de historia*, AGN, 1994.

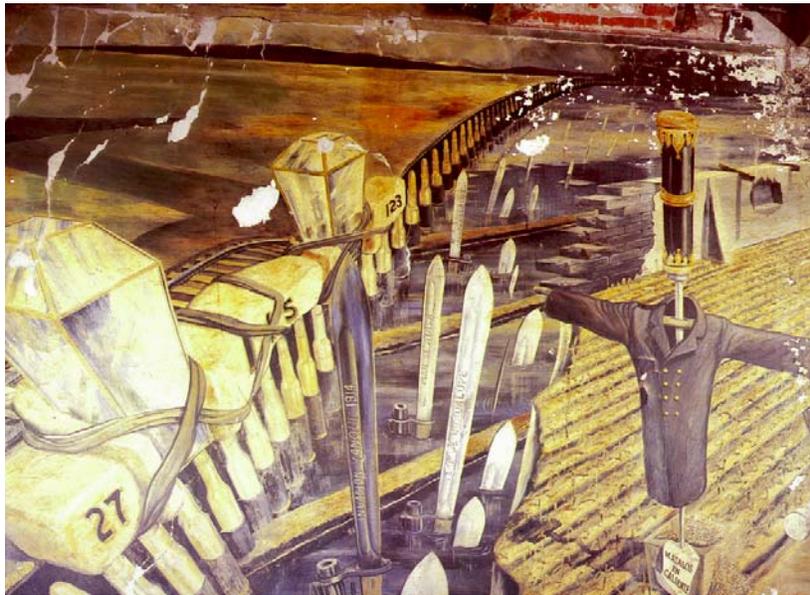


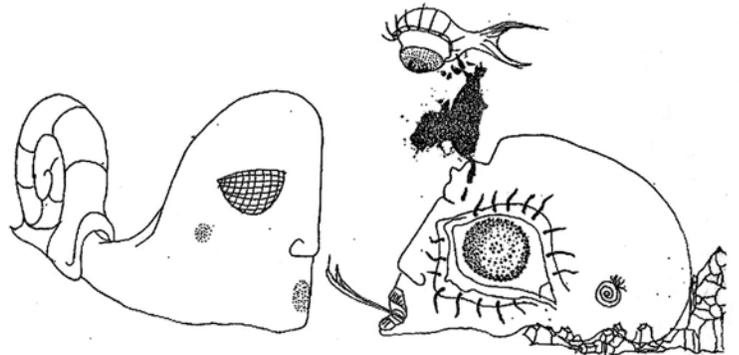
Imagen 24. Murales en Lecumberri, pintados por reclusos
Tomado de *Lecumberri, un palacio lleno de historia*, AGN, 1994.



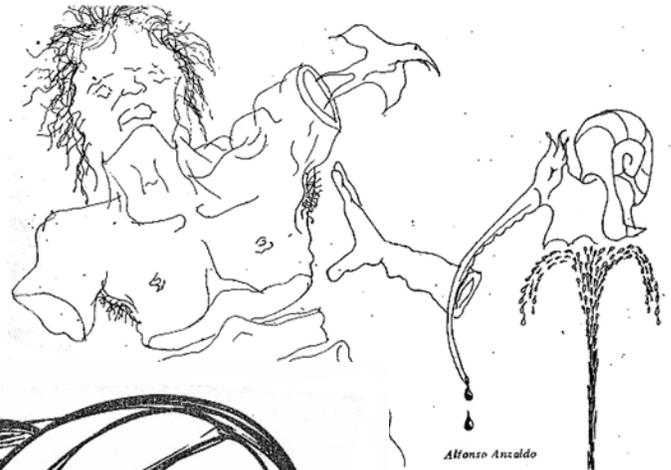
Imagen 25. Tríptico de David Alfaro Siqueiros
Tomado de *Lecumberri, un palacio lleno de historia*, AGN, 1994.



Alfonso Anzaldo



Alfonso Anzaldo

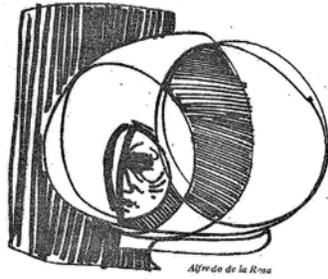


Alfonso Anzaldo



Alfonso Anzaldo

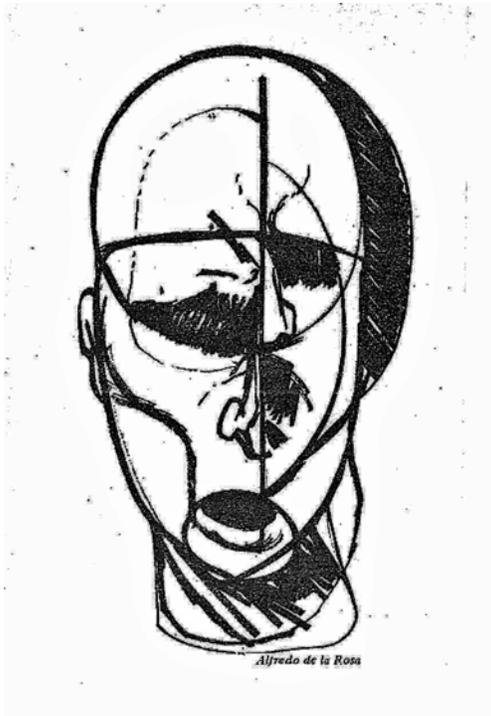
Imagen 26. Grabados de Alfonso Anzaldo
Tomados de la antología de poesía carcelaria
Sobreviviremos al hielo



Alfredo de la Rosa



Alfredo de la Rosa



Alfredo de la Rosa

SOBREVIVIREMOS AL HIELO

literatura
de presos políticos

Recopilación de
Manuel Anzaldo Meneses y
David Zaragoza Jiménez



COSTA-AMIC EDITORES, S. A
MEXICO, D. F.



Alfredo de la Rosa

Imagen 27. Grabados de Alfredo de la Rosa y portada de "Sobreviviremos al hielo"



University of Pittsburgh

School of Arts and Sciences
Department of Hispanic Languages and Literatures

1309 Cathedral of Learning
Pittsburgh, PA 15260
412-624-5225
Fax: 412-624-8505

8 de octubre de 2008

Maestro Óscar Menéndez
Editorial La rana del sur

Estimado Maestro Menéndez,

Agradezco su atención al aceptar mi petición de mostrar un corto de su película *Historia de un documento* en el formato electrónico de mi tesis de doctorado "Narrativas de marginalidad y guerra sucia en México" que defenderé el 13 de noviembre de 2008 en la Universidad de Pittsburgh.

Esta carta confirma la conversación que sostuvimos por correo electrónico, en donde usted otorga el permiso de exhibir 3 minutos de su documental sin costo alguno y con fines estrictamente académicos. La edición de las imágenes se encuentran protegidas por el siguiente aviso al comienzo del corto:

"Las siguientes imagines están registradas a nombre de Óscar Menéndez. Está prohibida su reproducción parcial o total que no sean con fines exclusivamente académicos. Derechos de autor © Óscar Menéndez"

A su vez, el corto se muestra con la imagen de copyright a nombre de usted. De este modo, puede estar seguro que las imágenes no son exhibidas sin la leyenda que protege sus derechos de autor.

Si estas condiciones satisfacen su consentimiento y aprobación para incluir el corto en la tesis, por favor firme esta carta.

Una vez más agradezco su gentileza al permitir mostrar su trabajo. Me despido con un saludo cordial

Aurelia Gómez Unamuno

Otorgo mi permiso solicitado arriba.

Óscar Menéndez

Fecha: 13 oct 2008

cc. Óscar Menéndez
cc. Department of Hispanic Languages and Literatures

BIBLIOGRAFÍA

- Achugar, Hugo. "Literatura/literaturas y la nueva producción literaria latinoamericana." Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, año XV, núm. 29 (1989): 153-65.
- Agamben, Giorgio. Estado de excepción. Stato di eccezione 2003. Trans. Flavia e Ivana Costa. 2a ed. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2005.
- . Homo sacer. Sovereign Power and Bare Life. Homo sacer. Il potere sovrano e la nuda vita, Guilio Einaudi editore, 1995. Trans. Daniel Hellen-Roazen. 2a ed. Stanford: Stanford University Press, 1998.
- AGN. Lecumberri, un palacio lleno de historia. México: AGN, 1994.
- Aguayo Quezada, Sergio. 1968: Los archivos de la violencia. México: Grijalbo, 1998.
- . "Los usos, abusos y retos de la seguridad nacional mexicana." En busca de la seguridad perdida. Aproximaciones a la seguridad nacional mexicana. Sergio Aguayo Quezada y Bruce Michael Bagley (comps.). México: Siglo XXI, 1990.
- Aguilar Camín, Héctor. "La cultura mexicana de los setentas." La cultura en México, suplemento Siempre! 27 de agosto 1975.
- . Saldo de la Revolución. México: Océano, 1985.
- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer. A la sombra de la Revolución Mexicana. México: Cal y arena, 1990.
- Aguilar Mora, Jorge. "Sobre el lado moridor de la literatura." Más allá del boom, literatura y mercado. Ed. David Viñas et al. México: Marcha Editores, 1981.
- Alexa, et al. Bajo condena: literatura carcelaria femenina. México: Documentación y Estudios de Mujeres A.C., 2003.
- Althusser, Louis. "La corriente subterránea del materialismo del encuentro." Trans. Luis Alegre Zahonero y Guadalupe González Diéguez. Para un

- materialismo aleatorio. Le courant souterrain du matérialisme de la rencontre, Paris Editions Stock 1982. Madrid: Arena Libros, 2002. 31-72.
- Álvarez Garín, Raúl et al (coords.). Pensar el 68. México: Cal y Arena, 1998.
- Anzaldo Meneses, Manuel y David Zaragoza Jiménez. Sobreviviremos al hielo. Literatura de presos políticos. México: Costa Amic, 1988.
- Arroche Parra, Miguel (comp.). 53 poemas del 68 mexicano. México: editora y distribuidora nacional de publicaciones, 1972.
- Avelar, Idelber. Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo de duelo. Santiago: Cuarto propio, 2000.
- . The Letter of Violence. Essays on Narrative, Ethics, and Politics. New York: Palgrave MacMillan, 2004.
- . "La práctica de la tortura y la historia de la verdad." Pensar en/la postdictadura. Ed. Nelly Richard. Santiago: Editorial Cuarto propio, 2001. 175-96.
- Avendaño Martínez, Roberta "La Tita". Testimonios de la cárcel. De la libertad y el encierro. México: La idea dorada 1998.
- Ayala, Leopoldo. Lienzo Tlatelolco. México: Nuevo siglo, 1998.
- Ayala, Leopoldo et al, Ysabel Gracida (selecc. y prol.). Tambores de sol: poesía sobre el movimiento estudiantil de 1968. México: Praxis, 1998.
- Bartra, Armando. 1968 el mayo de la revolución. México: Itaca, 1999.
- Bajtín, Mijail. La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais. Madrid: Alianza, 1995.
- Bencomo, Anadeli. Voces y voceros de la megalópolis: La crónica periodístico-literaria en México. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Veuvert, 2002.
- Benjamin, Walter. "Para la crítica de la violencia." Trans. H A Murena. Ensayos escogidos. México: Ediciones Coyoacán, 1999. 109-30
- . "Tesis de filosofía de la historia." (trad., prol. y notas) Jesús Aguirre. Discursos interrumpidos I. Suhrkamp Verlag 1972. Madrid: Taurus, 1973. 175-92.
- Beverly, John. Against Literature. 1a ed. Minnesota: University of Minnesota Press, 1993.

- . Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural. Trans. Marlene Beiza y Sergio Villalobos. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2004.
- . Testimonio. On the Politics of Truth. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2004.
- . "El giro neoconservador en la crítica literaria y cultural latinoamericana." Papel máquina. Revista de cultura 1:1 (2008).
- . "La persistencia del subalterno." Revista Iberoamericana vol. 69, núm. 203 (2003): 335-42.
- . "¿Posliteratura?: sujeto subalterno e impasse de las humanidades." Casa de las Américas 190 (1993): 13-24.
- . "Rethinking the Armed Struggle in Latin America." Latin American Studies Association. Montreal, 2007.
- . "Subalternidad/ modernidad/ multiculturalismo." Revista de Crítica Literaria Latinoamericana año XXVII, núm. 53 (2001):153-63.
- Beverley, John y Hugo Achugar (eds). La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Pittsburgh/Lima: Latinoamericana Editores, 1992.
- Beverley, John et al (eds). The Postmodernism Debate in Latin America. Durham/ London: Duke University Press, 1995.
- Bhabha, Homi. El lugar de la cultura. 1994 Routedge. Trans. César Aira. 1a español ed. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Brushwood, John S. La novela mexicana: 1967-1982. México: Grijalbo, 1985.
- . México en su novela. México: FCE, 1973.
- Butler, Judith. Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence. 2004. London/ New York: Verso, 2006.
- Camp, Roderic. Los intelectuales y el estado en el México del siglo XX. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Campbell, Federico. Conversaciones con escritores. México: Diana-Sepsetentas, 1981.
- . De cuerpo entero. México: Coordinación de Difusión Cultural/ UNAM, 1990.
- . La máquina de escribir. Entrevistas con Federico Campbell. Hernán Becerra Pino ed. Tijuana: CONACULTA/ Centro cultural Tijuana, 1997.

- . Pretexta. 1977. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.
- . Pretexta (fragmento de novela). México: La máquina de escribir, 1977.
- Campos Lemus, Sócrates. El otoño de la revolución. México: Costa Amic 1973.
- Campos Lemus, Sócrates y Juan Sánchez Mendoza (eds.). 68: Tiempo de hablar. México: Sansores/Aljure, 1998.
- Campos, Marco Antonio. Poemas y narraciones sobre el movimiento estudiantil de 1968. México: UNAM, 1996.
- Cárdenas Montaña, Macrina. "La participación de las mujeres en los movimientos armados." Movimientos armados en México, siglo XX. Ed. Verónica Oikón Solano y Marta Eugenia García Ugarte. Vol. II. Zamora: El Colegio de Michoacán/ CIESAS, 2006.
- Carey, Elaine. Plaza of Sacrifices. Gender, Power and Terror in 1968 Mexico Albuquerque University of New Mexico Press, 2005.
- Carr, Barry. "Labor and the Political Left in Mexico." Unions, Workers, and the State in Mexico Ed. Kevin J. Middlebrook. San Diego: Center for US-Mexican Studies, University of California, 1991.
- Castañeda, Salvador. Diario bastardo (diario desde la cárcel). México: Instituto Coahuilense de Cultura/ Gobierno del Estado de Coahuila, 2004.
- . La negación del número. La guerrilla en México, 1965-1996: Una aproximación crítica. México: CONACULTA, 2006.
- . La Patria Celestial. México: Cal y Arena, 1992.
- . Los diques del tiempo (diario desde la cárcel). México: Coordinación de Difusión Cultural UNAM, 1991.
- . Papel revolución. Torreón: Colección MM, 2000.
- . ¿Por qué no dijiste todo? México: Grijalbo, 1980.
- . "Balance del Movimiento de Acción Revolucionaria." Expediente abierto núm. 2 (1992).
- . "El 68, mitos y realidades." La palabra y el hombre num. 4 (1998): 111-20.
- . "Los grupos guerrilleros en los setenta. Una aproximación crítica." Historia y novela histórica. Ed. Conrado Hernández López. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2006. 229-38.

- Castellanos, Laura. México armado. México: Era, 2007.
- Cazés, Daniel. Memorial del 68. México: La Jornada, 1993.
- Certeau, Michel de. La escritura de la historia. L'écriture de l'histoire, Paris: Gallimard, 1978. Trans. Jorge López Moctezuma. 2a ed. México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- . La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer. L'invention du quotidien I. arts de faire, Paris: Gallimard, 1990. Trans. Alejandro Pescador. 1a ed. México: Universidad Iberoamericana/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996.
- Corona Gutiérrez, Ignacio. Después de Tlatelolco: las narrativas políticas en México (1976-1990). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2001.
- Deleuze, Gilles. "Curso del (16/11/71)." Trans. Ernesto Hernández B. Los códigos, el capitalismo y otros temas. Santiago de Cali Octubre 1997.
- Deleuze, Guilles y Félix Guatari. Kafka, por una literatura menor. Kafka. Pour une littérature mineure, Paris: Les Éditions de Minuit, 1975. Trans. Jorge Aguilar Mora. México: Era, 2001.
- . Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia. 1980 París Editions de Minuit. Trans. José Vázquez Pérez. 3a ed. Valencia: Pre-textos, 1997.
- Doyle, Kate. "Guerra sucia, apertura y privacidad en Estados Unidos." Proceso 1326 (2002).
- . "Impunity's Triumph: The Failure of Mexico's Special Prosecutor."
<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB180/index2.htm>, 2006.
- . "La guerra sucia vista desde Washington." Proceso 1414 (2003): 26-30.
- . "Los rasurados archivos mexicanos." Proceso 1374 (2003).
- . "Secretos por revelar." Proceso 1405 (2003).
- . "The Mexico Project". Washington, 2005. George Washington University.
 <<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/mexico/index.html>>.
- . "Una verdad en construcción." Proceso 1545 (2006).

- Duncan, J. Ann. Voices, Visions and New Reality. Mexican Fiction Since 1970. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1986.
- Echeverría, Bolívar (comp.). La mirada del ángel. En torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin. México: Facultad de Filosofía y Letras UNAM/ Ediciones Era, 2005.
- Eltit, Diamela. Emergencias. Escritos sobre literatura, arte y política, 1a ed. Santiago: Planeta/Ariel, 2000.
- Escalante, Evodio. José Revueltas. Una literatura del lado moridor. México: Era, 1979.
- Estrada, Josefina (ed.). Mujeres de oriente: relatos desde la cárcel. Puebla, México: Secretaría de Cultura Puebla, 2002.
- Flores Alavéz, Gilberto. Beso negro. México: Posada, 1992.
- Forcinito, Ana. Memorias y nomadías: Géneros y cuerpos en los márgenes del posfeminismo. Santiago: Cuarto propio, 2004.
- Foucault, Michel. Historia de la sexualidad 1, La voluntad de saber. Historie de la sexualité 1: la volonté de savoir, Paris: Éditions Gallimard, 1976. Trans. Ulises Guinazú. México: Siglo XXI, 2005.
- . La arqueología del saber. L'archéologie du savoir, Paris: Gallimard, 1969. Trans. Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 1996.
- . Microfísica del poder. Trans. Julia Varela y Fernando Álvarez Uría. Genealogía del poder 1. 3a ed. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1992.
- . Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979). Naissance de la biopolitique. Course au Collège de France, Paris: Seuil/Gallimard, 2004. Trans. Horacio Pons. Michel Senellart bajo dirección de François Ewald y Alessandro Fontana ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- . Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión. París: Gallimard 1975. Trans. Aurelio Garzón del Camino. Ed. nueva criminología. 31a ed. México: Siglo XXI, 2001.
- Franco, Jean. Decadencia y caída de la ciudad letrada. Barcelona: Random House Mondadori S.A., 2003.
- . "The Critique of the Pyramid and Mexican Narrative after 1968." Latin American Fiction Today. Ed. Rose S. Minc y Takoma Park (eds.). New Jersey: Hispamérica, 1979. 46-60.

- Frazier, Lessie Jo y Cohen, Deborah. "Defining the Space of Mexico 68: Heroic Masculinity in the Prison and "Women" in the Streets." Hispanic American Historical Review vol. 83, núm. 4 (2003): 617-60.
- . "No solo cocinábamos... historia inédita de la otra mitad del '68." La transición interrumpida. Ed. Ilán Semo. México: Universidad Iberoamericana/ Nueva Imagen, 1993. 75-109.
- Fuentes, Carlos. Los 68. París-Praga-México. Debate. México: Random House Mondadori, 2005.
- Gandler, Stefan. "¿Por qué el ángel de la historia mira hacia atrás?" La mirada del ángel. En torno a las Tesis sobre la historia de Walter Benjamin Ed. Bolívar Echeverría. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM/ Ediciones Era, 2005. 45-88.
- García, Héctor. *Héctor García, Alfonso Morales Carrillo et al* (eds.), Madrid: CONACULTA/ DGE/ Equilibrista/Turner, 2004.
- García Morales, Alfonso et al. "México. La Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado." Entre la memoria y la justicia. Experiencias latinoamericanas sobre Guerra Sucia y defensa de Derechos Humanos. Ed. Rubén Ruiz Guerra. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. 221-37.
- García Ramírez, Sergio. "Pena y prisión. Los tiempos de Lecumberri " Lecumberri. Un palacio lleno de historia. Ed. AGN. México: Archivo General de la Nación, 1994.
- Garmendia, Arturo. "1968: El movimiento estudiantil y el cine." Revista de la Universidad de México vol. 26, núm. 10 (1972): 25-32.
- Geel, María Carolina. Cárcel de mujeres, Santiago: Zig-Zag, 1956.
- Gómez Unamuno, Aurelia. "Encierros del cuerpo, devenires de la letra: el discurso de lo carcelario." Casa del tiempo 1, época IV, núm. 4 (2008): 71-77.
- González de Alba, Luis. Los días y los años. 1971. vigésima reimpresión. México: Era, 2004.
- González Echeverría, Roberto. Mito y archivo. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- González Marín, Silvia (coord.). Diálogos sobre el 68. México: UNAM, 2003.

- González Stephan, Beatriz (comp.). ed. Cultura y tercer mundo. 1. Cambios en el saber académico. 1a ed. Vol. 1. 3 vols. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1996.
- Guevara Niebla, Gilberto. La democracia en la calle: Crónica del movimiento estudiantil mexicano. México: Siglo XXI, 1988.
- . La libertad nunca se olvida. Memoria del 68. 1a ed. México: Cal y Arena, 2004.
- Gutiérrez, Ivonne (prol.). Entre el silencio y la estridencia: La protesta literaria del 68. México: Aldus, 1998.
- Guzmán, Martín Luis. Islas Mariás. 1959. México: Joaquín Mortiz, 2002.
- Hernández López, Conrado (ed). Historia y novela histórica. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004.
- Herz, Theda M. "Mexican Fiction in the 1970's and the Critical Controversy on Artistry versus Significance " Revista Canadiense de Estudios Hispánicos vol. 13, núm. 1 (1988): 67-78.
- Hirales, Gustavo. La liga comunista 23 de Septiembre: orígenes y naufragio. México: Ediciones de Cultura Popular, 1977.
- . Memoria de la guerra de los justos. México: Cal y arena, 1996.
- Ibarra Chávez, Héctor. Pensar la guerrilla en México. México: Expediente Abierto, 2006.
- Ibarra Chávez, Héctor (comp.). La guerrilla de los 70 y la transición a la democracia. México: Ce-Acatl A.C., 2006.
- "Informe. Que no vuelva a suceder". México, 2005. FEMOSPP. National Security Archives <<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB209/index.htm>>.
- Jardón, Raúl. El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidense en 1968. México: Itaca, 2003.
- Jørgensen, Beth E. "Framing Questions: The Role of the Editor in Elena Poniatowska's La noche de Tlatelolco." Latin American Perspectives vol. 18, núm. 3 Voices of the Coiceless in Testimonial Literatura, part. 1 (1991): 80-90.
- Kohut, Karl (ed.). Literatura mexicana hoy: Del 68 al ocaso de la revolución. Frankfurt: Vervuert Verlag, 1991.

La Jornada (1998-2008).

Lander, Edgardo (comp.). La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires: CLACSO, 2000.

Lerner, Jesse. "Superocheros." *Wide Angle* 21.3 (2003): 2-35.

Long, Ryan. "Challenging the Foundations of History: The State, 1968 and the Mexican Novel." Duke, 2002.

---. "Lecumberri, Fact, and Fiction: The Prison Writings of Álvaro Mutis and Luis González de Alba." Manuscrito.

---. "Narrative, Criticism, and Politics: Negotiating Latin American Transition." Latin American Research Review 40.2 (2005): 268-80.

López, Aralia. La narrativa tlatelolca. Ed. Signos. México: UAM Iztapalapa, 1987.

---. "Quebrantos, búsquedas y azares de una pasión nacional (dos décadas de narrativa mexicana: 1970-1980)." *Revista Iberoamericana* núms. 164-165 (1993): pp. 659-86.

Lloreda, Waldo. "Discursos y antidiscursos: notas para una aproximación a la narrativa reciente en México." *Latin American Studies Association*. México DF, 1983.

---. "Reflexiones en torno a la Contracultura en México." *Osamayor* XV: 15. *Bordes de la teoría cultural latinoamericana* (2003): 14-21.

Lukács, Geörgy. La significación actual del realismo crítico. La signification presente du réalisme critique 1960, París: Gallimard, Die Gegenwartsbedeutung der Kritischen Realismus. Trans. revisión Federico Álvarez y María Teresa Toral. México: Era, 1963.

Mairena, Ana. Cena de cenizas. México: Joaquín Mortiz, 1975.

Martínez Ortega, Judith. La isla y tres cuentos más. 1938. México: Dirección General de Publicaciones UNAM, 1959.

Martre, Gonzalo. El movimiento popular estudiantil de 1968 en la novela mexicana. 1986. México: UNAM, 1998.

Méndez, José Carlos. "Hacia un cine político: La cooperativa de cine marginal." *Wide Angle* 21.3 (2003): 42-65.

Méndez Rodenas, Adriana. "¿Texto, Pretextu o pre-texto? Historia y parodia en la narrativa mexicana contemporánea." La historia en la literatura

- iberoamericana. Textos del XXVI Congreso del IILI. Ed. Raquel y Gabriela de Beer Chang Rodríguez. Nueva York: Ed. del Norte, 1989. 379-92.
- Menéndez, Óscar. *Memoria del 68. Fotografías y fotogramas*, Cuernavaca: La rana del sur, 2003.
- Mignolo, Walter. "Entre el canon y el corpus, alternativas para los estudios literarios y culturales en/sobre América." Nuevo texto crítico vol. VII, núms. 14-25 (1995): 23-35.
- Monsiváis, Carlos. Días de guardar. México: Era, 1970.
- . El 68. La tradición de la resistencia. México: Era, 2008.
- . "La emergencia de la diversidad: Las comunidades marginales y sus batallas por la visibilidad." *Debate feminista* vol. 15, núm. 29 (2004): 187-205.
- . "Los de atrás se quedarán: Cultura y sociedad en los años setenta." *Nexos* núm. 28 (1980).
- . "Los espacios marginales." Debate feminista vol. Ciudad, espacio y vida: 20-38.
- . "Persistencia de la memoria." Parte de Guerra II. Los rostros del 68. Ed. Julio y Carlos Monsiváis Scherer García. México: Nuevo siglo / Aguilar, 20002. 26-40.
- Moreno, Alejandro. "Luchas campesinas y el movimiento del 68, entrevista con Armando Bartra." La guillotina (2005): 1-10.
- Morley, Jefferson. "LITEMPO: Los ojos de la CIA en Tlatelolco". Washington, 2006. George Washington University. <<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB204/index2.htm> >.
- Mouralis, Bernard. Las contraliteraturas. 1975 Presses Universitaires de France. Trans. Eddy Montaldo. 1a español ed. Buenos Aires: Ateneo, 1978.
- Mutis, Álvaro. Diario de Lecumberri. Ficción. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1960.
- Negrín, Edith. "El movimiento del '68 y la literatura de Revueltas." La Palabra y el Hombre núm. 110 (1999): 7-15.
- Oikón Solano, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte (eds.). Movimientos armados en México, siglo XX. III vols. Zamora: El Colegio de Michoacán/ CIESAS, 2006.
- Olea, Raquel. "Cuerpo, memoria y escritura." Pensar en/la postdictadura. Ed. Nelly Richard y Alberto Moreiras. Santiago: Cuarto Propio, 2001. 197-219.

- Osorio T, Nelson. "Ficción de oralidad y cultura de periferia en la narrativa mexicana e hispanoamericana actual." Literatura mexicana hoy: del 68 al ocaso de la revolución. Ed. Karl Kohut. Frankfurt: Vervuert Verlag, 1991.
- Ossa, Carlos. "El jardín de las máscaras." Políticas y estéticas de la memoria. Ed. Nelly Richard. Santiago: Cuarto Propio, 2006. 71-76.
- Padilla, Antonio. De Belem a Lecumberri: Pensamiento social y penal en el México decimonónico. México: AGN, 2001.
- Pineda Ochoa, Fernando. En las profundidades del MAR. México: Plaza y Valdés, 2003.
- Poniatowska, Elena. Fuerte es el silencio. México: Era, 1980.
- . La noche de Tlatelolco. México: Era, 1971.
- Portilla Livinston, Jorge. De cuerpo entero. México: Coordinación de difusión cultural UNAM/ Ediciones Corunda, 1992.
- . Los murmullos. México: Joaquín Mortiz, 1975.
- Pozas Horcasitas, Ricardo. La democracia en blanco: el movimiento médico en México 1964-1965. México: Siglo XXI, 1993.
- Prakash, Gyan. "La imposibilidad de la historia subalterna." Convergencia de tiempos. Estudios subalternos/contextos latinoamericanos. Estado, cultura, subalternidad. Ed. Ileana Rodríguez. Amsterdam: Rodopi, 2001. 61-69.
- . "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism." The America Historical Review vol. 99, núm. 5 (1994): pp. 1475-90.
- Quijano, Aníbal. Imperialismo y marginalidad en América Latina. Lima: Mosca Azul, 1977.
- . "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina." La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Ed. Edgardo Lander. Buenos Aires: CLACSO, 2000. 201-46.
- . "La construcción del mundo de la marginalidad urbana." EURE vol. 2, núm. 5 (1972): 89-106.
- . "Modernity, Identity and Utopia in Latin America." The Postmodernism Debate in Latin America. Ed. Michael Aronna, José Oviedo John Beverley. Durham/London: Duke University Press, 1995. 201-16.
- Rama, Ángel. La ciudad letrada. Rama. New Hampshire: Ediciones del Norte, 1984.

- . La transculturación narrativa en América Latina. México: Siglo XXI, 1983.
- . "Literatura y cultura en América Latina (fragmento del libro de próxima publicación: <<la transculturación narrativa en América Latina>>." Revista de Crítica Literaria Latinoamericana vol. 9. núm. 18 (1983): 7-35.
- . "Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana." Revista de literatura hispanoamericana núm. 5 (1974): 9-38.
- . "Medio siglo de narrativa latinoamericana." La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980. Latinoamericana: 75 narratori, Franco Mogni (ed.), Vallecchi Editore, 1973. Montevideo/Xalapa: Fundación Ángel Rama/ Universidad Veracruzana, 1982.
- Ramírez, José Agustín. Círculo vicioso. México: Joaquín Mortiz, 1974.
- Ramírez Gómez, Ramón. El movimiento estudiantil de México: Julio/diciembre de 1968. 2 vols. México: Era, 1969.
- Ramos, Agustín. Al cielo por asalto. México: Era, 1979.
- Rancière, Jacques. The Politics of Aesthetics. Le Partage du sensible: Esthétique et politique, París: La Fabrique-Éditions, 2000. Trans. Gabriel Rockhill. London/New York: Continuum, 2005.
- Revueltas, Andrea y Phillip Cheron (comps.). Conversaciones con José Revueltas. 1977 UV. México: Era, 2001.
- . José Revueltas y el 68. México: DiVersa, 1998.
- Revueltas, José. El apando. México: Era, 1969.
- . La palabra sagrada. José Agustín ed. México: Era, 1999.
- . Los muros del agua. 1941 Editorial Los Insurgentes. 14 reimpresión ed. México: Era, 2000.
- . México 68: juventud y revolución. México: Era, 1976.
- . "Año nuevo en Lecumberri." En el filo. 1970. Ed. Andrea Revueltas (selecc.) y Juan Cristóbal Cruz Revueltas (prol.). México: UNAM/ Era, 2000. 119-72.
- . "Hegel y yo." Material de sueños. México: Era, 1974.
- Richard, Nelly. La estratificación de los márgenes. Santiago: Francisco Zeggors Editor, 1989.

- . Residuos y metáforas. Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición. Santiago: Editorial Cuarto propio, 1998.
- Richard, Nelly. (comp.). Pensar en/la postdictadura. Santiago: Editorial Cuarto propio, 2001.
- . Políticas y estéticas de la memoria. Santiago: Editorial Cuarto propio, 2000.
- Rodríguez, Ileana (ed.). Convergencia de tiempos. Estudios subalternos/contextos latinoamericanos. Estado, cultura, subalternidad. Amsterdam: Rodopi, 2001.
- Rodríguez Munguía, Jacinto. "La masacre desconocida en Guerrero." Eme Equis (2006).
- Ruiz Guerra, Rubén (coord.). Entre la memoria y la justicia. Experiencias latinoamericanas sobre Guerra Sucia y defensa de Derechos Humanos. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Salvatore, Ricardo D y Carlos Aguirre. The Birth of the Penitentiary in Latin America: Essays on Criminology, Prison Reform, and Social Control, 1830-1940. Austin: University of Texas Press/ Institute of Latin American Studies, 1996.
- Samuel-Muñoz, Rafael. "El otro testimonio: Literatura carcelaria en América Latina." Revista Iberoamericana núms. 164-165 (1993): 497-507.
- Santiago, Silvano. Uma literatura nos trópicos. São Paulo: Editora Perspectiva, 1978.
- . "Crítica cultural, crítica literaria: desafíos do fim de século." Revista Iberoamericana vol. LXIII, núm. 180 (1997): 363-77.
- Sarlo, Beatriz. Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005. México: Siglo XXI, 2006.
- Scarry, Elaine. The Body in Pain: the Making and Unmaking of the World. 1985. New York: Oxford University Press, 1987.
- Scherer García, Julio y Carlos Monsiváis. Parte de guerra II. México: Aguilar, 2000.
- Schmucler, Héctor. "Testimonio de los sobrevivientes." Revista Controversia núm. 9-10 (1980).
- Schneider, Luis Mario. La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política. México: Nueva Imagen, 1997.

- Sefchovich, Sara. México: País de ideas, país de novelas: Una sociología de la literatura mexicana. México: Grijalbo, 1987.
- Semo, Ilán (ed.). La transición interrumpida México: Universidad Iberoamericana/ Nueva Imagen, 1993.
- Shapira, Yoram. "Mexico: The impact of the 1968 Student Protest on Echeverría's Reformism." Journal of Interamerican Studies and World Affairs vol. 19, núm. 4 (1977): 557-80.
- Sierra Guzmán, Jorge Luis. El enemigo interno. Contrainsurgencia y fuerzas armadas en México. México: Plaza Valdés/Universidad Iberoamericana/ Centro Estudios Estratégicos de América del Norte, 2003.
- Sloan, Julia. "The 1968 Student Movement and the Crisis of Mexico's Institutionalized Revolution." University of Houston, 2001.
- Suárez, Luis. Lucio Cabañas. El guerrillero sin esperanza. México: Grijalbo, 1985.
- Summer, Colin (ed). Violence, Culture and Censure. London: Taylor & Francis, 1997.
- Toledo Manrique, Alejandro. "Anotaciones: El 68 en la novela mexicana." La palabra y el hombre num. 1(1985): 23-8.
- . "El invierno de nuestras desdichas: Apuntes sobre el movimiento estudiantil de 1968 en la novela mexicana." La palabra y el hombre núm. 4 (1998): 133-43.
- Torre, Gerardo de la. De cuerpo entero. México DF: Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de literatura/ UNAM, 1990.
- . Muertes de Aurora. Editorial Cultura Popular, 1980. México: Coordinación de Difusión Cultural UNAM, 1991.
- . "Los petroleros en el 68." La palabra y el hombre núm. 4 (1998): 121-31.
- Ulloa Bornemann, Alberto. Sendero en tinieblas. México: Cal y arena, 2004.
- . Surviving Mexico's Dirty War. A Political Prisoner's Memoir. Trans. and Ed. Arthur Schmidt y Aurora Camacho de Schmidt. Philadelphia: Temple University Press, 2007.
- Vidal, Hernán. Chile, poética de la tortura política. Santiago: Mosquito Comunicaciones, 2000.
- . Política cultural de la memoria histórica: derechos humanos y discursos culturales en Chile. Santiago: Mosquito Comunicaciones, 1997.

- . "Poética de la población marginal, I: Fundamentos materialistas para una historiografía estética." Minneapolis: Prisma Inst., 1987.
- Vilanova, Nuria. "La ficción de los márgenes." Revista Canadiense de Literatura Latinoamericana año 26, núm. 51 (2000): 201-14.
- Wallerstein, Immanuel. World Systems Analysis An Introduction. Durham/London: Duke University Press, 2004.
- Wiethüchter, Blanca. "A propósito de las contraliteraturas." Hipótesis vol. IV, núm.1 (1983): 47-62.
- Young, Dolly. J. "Mexican Literary Reactions to Tlatelolco 1968." Latin American Research Review vol. 20, núm. 2 (1985): 71-85.
- Zavaleta Mercado, René. . "Las masas en noviembre." Bolivia, hoy. Ed. Comp. René Zavaleta Mercado. México: Siglo XXI, 1987.
- Zermeño, Sergio. México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil de 1968. México: Siglo XXI, 1987.
- Zolov, Eric. "Showcasing the Land of Tomorrow: Mexico and the 1968 Olympics." The Americas vol. 61, núm. 2 (2004): 159-88.

FILMOGRAFÍA

- 2 de octubre. Aquí México, Óscar Menéndez. La rana del Sur/ Pentagrama. 1970.
- 10 de junio: crimen de estado, Carolina Verduzco. Colectivo del Comité Pro Libertades Democráticas A.C. 2003.
- 1968 La conexión americana, Carlos Mendoza. Canal 6 de Julio. 2008.
- Bajo la metralla, Felipe Cazals. Conacite Uno. 1983.
- Batallón Olimpia/ documento abierto, Carlos Mendoza. Canal 6 de Julio. 1998.
- Canoa, Felipe Cazals. Conacite Uno. 1976.
- ¿De qué lado estás?, Eva López Sánchez. Instituto Mexicano de Cinematografía. 2002.
- El apando, Felipe Cazals. Conacite Uno. 1976.
- El bulto, Gabriel Retes. Cooperativa Conexión SCL. 1991.
- El grito, Leobardo López Aretche. Centro Universitario de Cine. 1968.
- El palacio negro de Lecumberri, Julio Pliego. 2001.
- El violín, Francisco Vargas. Cámara Carnal. 2005.
- Guerrilla de los años setenta. Un testimonio, Julio Pliego. Universidad Nacional Autónoma de México. 1970.
- Halcones. Terrorismo de Estado, Carlos Mendoza. Canal 6 de Julio. 2006
- Historia de un documento, Óscar Menéndez. La rana del Sur/ Pentagrama. 1971.
- Homenaje a Revueltas, Óscar Menéndez. La rana del Sur/ Pentagrama. 1978.
- La guerrilla de la esperanza: Lucio Cabañas, Gerardo Tort. Instituto Mexicano del Cine. 2005.
- Los años difíciles 1968-1971, Heberto Castillo/Óscar Menéndez. Cooperativa Salvador Toscano/La Rana del Sur /Pentagrama. 1997.

Los rubios, Alberta Carri. 2003.

México 68, Óscar Menéndez. La rana del Sur/ Pentagrama. 1993

Mural efímero del 68, Raúl Kampfer. Universidad Nacional Autónoma de México.1973.

Operación Galeana, Carlos Mendoza. Canal 6 de Julio. 2000.

Orfeu negro, Marcel Camus. Dispat Films. 1959.

Tlatelolco. Las claves de la masacre, Carlos Mendoza. Canal 6 de Julio/La Jornada. 2002.

Rojo amanecer, Jorge Fons. Cinematografía Sol S.A. 1989.

Rubén Jaramillo 1900-1962. Una historia mexicana, Óscar Menéndez. La rana del Sur/
Pentagrama. 1999.

¿Y si platicamos de agosto?, Marisa Sistach. 1981.